

José M. Monnéu

Pláticas Espirituales

PARA RELIGIOSAS



LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
SAN DIEGO
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
SAN DIEGO
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
SAN DIEGO
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
SAN DIEGO

Monmenéu

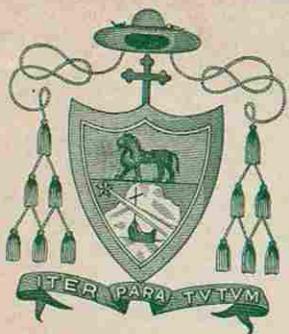
Pláticas
Espirituales
para
RELIGIOSAS

TOMO II

BX903

M6

v. 2

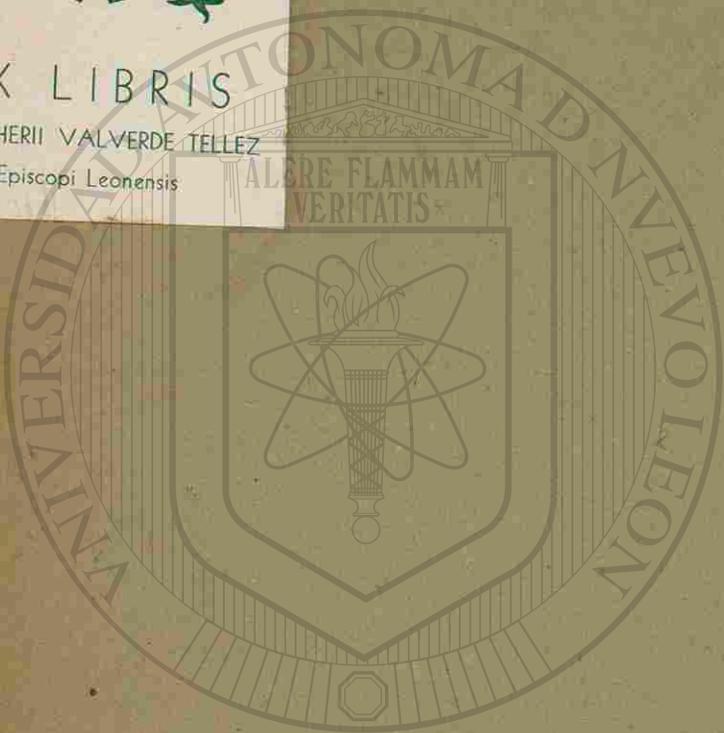


1080015615

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HE



PLÁTICAS ESPIRITUALES

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PLÁTICAS ESPIRITUALES

PARA

RELIGIOSAS

DE VIDA ACTIVA Y CONTEMPLATIVA

ESCRITAS CON CLARIDAD Y SENCILLEZ

POR

D. JOSÉ M.^A MONMENÉU Y ALMIÑANO

CAPELLÁN DE LA CASA DIOCESANA DE SIERVAS DE MARÍA

MINISTRAS DE LOS ENFERMOS, DE VALENCIA

TOMO SEGUNDO

*Hec est via, ambulate in ea.
—Isaie, xxx, 21.—*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



CON CENSURA ECLESIASTICA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VALENCIA—1905

TIPOGRAFÍA MODERNA, Á CARGO DE MIGUEL GIMÉNEZ

AVELLANAS, 11

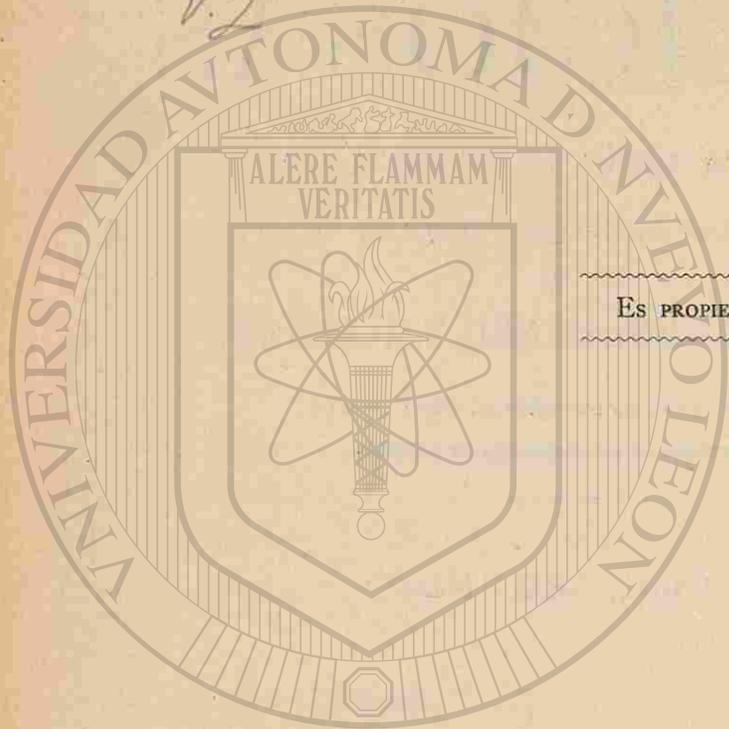
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

45250

BX 903

M6

v.2



Es PROPIEDAD DEL AUTOR

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

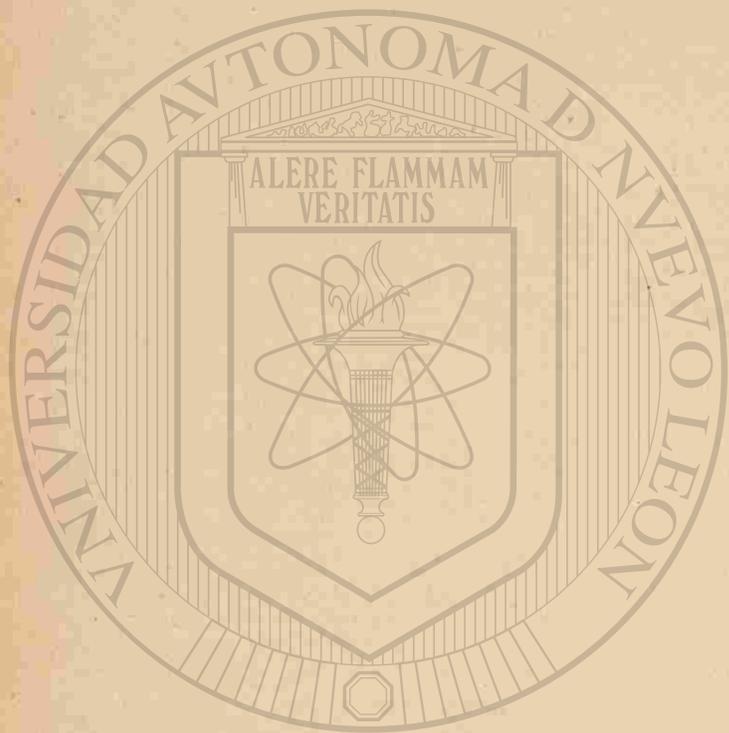


FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



008633

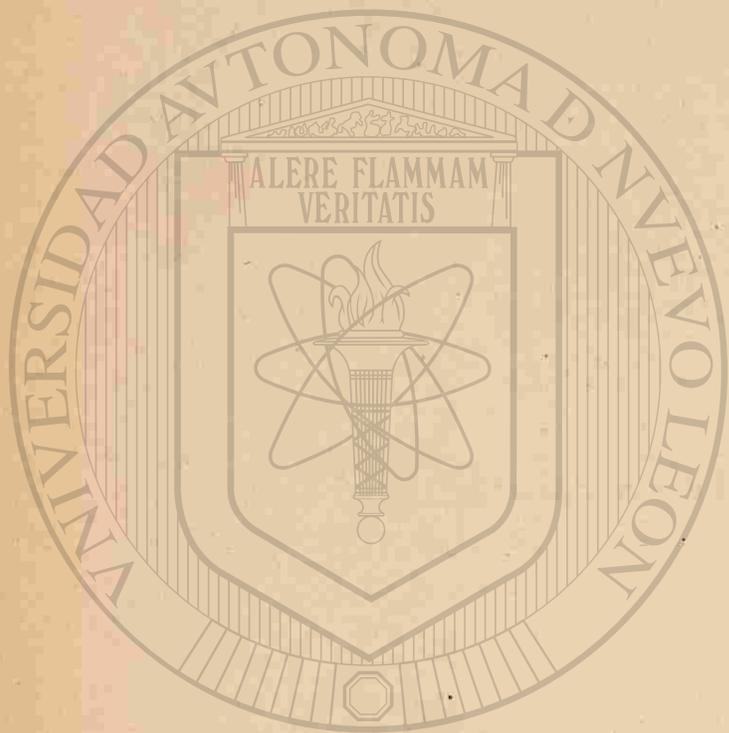


U A N L
DE LA PACIENCIA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DE LA PACIENCIA

No debo esforzarme en demostrar que vivimos cercados por todas partes de dolores, tribulaciones y angustias (1), pues con harta elocuencia lo atestiguan la experiencia propia y el unánime clamor del humano linaje. Este es un hecho general, constante é imperioso, y por tanto, puede ser tenido por ley universal, absoluta é ineludible. ¿Quién podrá, en efecto, contar el número y gravedad de las tribulaciones, dolores y desgracias que de grado ó por fuerza hemos de padecer, pues son tantos y tan poderosos los enemigos que nos las procuran? El cielo y la tierra, el mar, el aire, el fuego y todos los elementos se arman á cada paso contra nosotros; el ángel malo (2) y el ángel bueno (3) son ministros de Dios para afligirnos; nosotros somos con frecuencia nuestros más crueles verdugos (4), y el mismo Dios

(1) Psalm. XXXIX, 13.

(2) II. Corinth., XII, 7.

(3) P. Rivadeneira, De la tribulación, cap. 2; Exod., XXIII, 21; Psal. XXXIV, 6; Génes., XIX, 13.

(4) Job, VII, 20; Mich., VII, 6; Matth., X, 36.

muchas veces se nos muestra contrario, como dice el santo Job (1). Y no hay en el mundo ningún hijo de Adán que pueda librarse de los efectos de esta ley universal; pues, como escribe el Sabio, *desde el que está sentado en trono real y ciñe corona, hasta el pordiosero que cubre su cuerpo con andrajos*, están sujetos á estas miserias (2). La razón es porque todos somos *concebidos en iniquidad* (3) y todos heredamos el pecado original (4), caudaloso manantial de quebrantos y desgracias. Por tanto, la tribulación y el dolor son para la raza de Adán nativa condición y carga inexcusable.

Dura es, por cierto, esta ley, y no obstante, constituye el único camino que conduce á la patria de los bienaventurados; pues, como escribe el Apóstol, *es preciso pasar por muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios* (5). Si, pues, la tribulación es necesaria y por otra parte inspira á la naturaleza una repugnancia insuperable—pues todos por instinto irresistible tememos al dolor y procuramos evitarlo,—¿cómo lograremos trocársela en dulce y sabrosa y hacerla meritoria de vida eterna? Un medio hay infalible: *Ejercitando la paciencia*. Así lo dice San Pablo: *La paciencia os es necesaria, para que, haciendo la voluntad de Dios, obtengáis la promesa* (6) de la felicidad eterna, con tantos trabajos adquirida. Veamos, por tanto, la «excelencia» de esta virtud y «cuánto importa» su ejercicio.

Definición. «Paciencia, según San Agustín y Santo Tomás, es una virtud con la cual sufrimos imperturbables todo linaje de adversidades y tribulaciones, así del alma como del

(1) Job, XIII, 24.
(2) Eccli., XL, 3.
(3) Psalm. L, 7.
(4) Rom., V, 12.

(5) Act., XIV, 21; Rom., VIII, 18;
I. Petr., II, 21.
(6) Hebræ., X, 36.

«cuerpo» (1). Para que esta virtud sea agradable y meritoria á los ojos de Dios, dice el Doctor Angélico, requiérese en primer lugar, que esté en gracia quien la practica, y además que sufra la contradicción ó adversidad impulsado por algún motivo sobrenatural. La razón es, porque sufrir con paciencia algún daño por conveniencia ó respeto humano, como sería sufrir una dolorosa operación exclusivamente por conservar la salud ó por el amor natural que inspira la vida, carecería de mérito delante de Dios, pues lo mismo hicieron muchos filósofos gentiles por miras interesables y terrenas, y aun en nuestros días algunos mundanos por orgullo, vanidad ó fastuosa jactancia (2).

Su excelencia. Pues bien: acabáis de oír cómo se expresa el Apóstol hablando de la paciencia. Dice que debemos ejercitarnos con empeño en la práctica de esta virtud, si deseamos entrar en posesión de las divinas promesas. De estas palabras tan terminantes y expresivas podemos inferir la importancia de esta virtud, como medio eficazísimo de salvación, y sobre todo la necesidad imperiosa é ineludible de vivir apercebidos y resueltos á practicarla en todo tiempo, ya que á toda hora puede sorprendernos esta necesidad por las continuas calamidades y desgracias de que está sembrada la vida. Pues á pesar de ello, no se suele estimar el valor de la paciencia. Súelese poner empeño en no omitir la oración, el examen de conciencia, la lectura espiritual, la mortificación de los sentidos, etc., medios todos eficazísimos para la santificación del alma y prácticas esenciales de toda piedad verdadera; pero por punto general suelen pasar inadvertidos el valor y eficacia incalculables que atesora esta virtud tan importante. El mayor elogio que de ella puede

(1) De patient., cap. 2; 2, 2, q. 136, art. 4, ad 2.

(2) 2, 2, q. 136, art. 3, in corpore.

hacerse es, decir que ninguna virtud puede llamarse sólida y genuina si la paciencia no la acompaña y perfecciona. Y así, no hay verdadera humildad si no se toleran y sufren con paciencia las humillaciones y desprecios. Ni existe verdadera pobreza, si no se sufren la escasez, el hambre y la sed con heroica paciencia. Ni sólida mortificación, si no va acompañada de la paciencia, ya que esta virtud, en frase del apóstol Santiago, *perfecciona la obra* (1), limpiando y purificando nuestra alma de toda imperfección, añade San Cipriano. Ni se concibe la caridad, si por la paciencia no se sufren y toleran con amor las ofensas y flaquezas de nuestros prójimos, siquiera sean enemigos, pues *la caridad*, dice el Apóstol, *es paciente y sufrida* (2). Por ello afirma Tertuliano que «no hay virtud que no tenga á la paciencia por compañera inseparable y aun por guía fidelísimo» (3).

Además, la paciencia viene á ser como un escudo fortísimo en donde se estrellan y aniquilan todos los males imaginables. Ella rige, amansa y suaviza los movimientos desordenados del espíritu; ella regula y encauza todos los afectos y apetitos bastardos que pueden turbar la paz y sosiego del alma. Por ello *el varón paciente y sufrido es dueño y señor de sí mismo, y más esforzado*, dice el Sabio, *que el conquistador de ciudades* (4), como dotado de gran fortaleza para obrar el bien. De San Ignacio de Loyola se lee, que era señor de sus pasiones y dueño de sus primeros impulsos, y por ello con calma imperturbable navegaba confiado hacia las playas eternas. Esta calma, esta paz inalterable es fruto y recompensa á la vez de una heroica paciencia. Lo mismo enseña Jesucristo por San Lucas: *Por la paciencia*, dice, *poseeréis vuestras almas* (5). Santo Tomás escribe, comentando estas palabras:

(1) Jacob., I, 4.
 (2) I. Corinth., XIII, 4.
 (3) Lib. de patient., cap. 11 et 12.

(4) Prov., XVI, 32.
 (5) Luc., XXI, 19.

«Dícese que el hombre posee su alma por la paciencia, y así es, porque esta virtud, apenas asoma la tribulación, enfrena, sujeta y domina todas las pasiones que pudieran turbar la paz del alma, como son la tristeza, la ira, la envidia, la venganza, etc., impidiendo que derramen su ponzoña en la límpida y serena región de la conciencia. Por el contrario, el impaciente no sólo no posee su alma, sino que es poseído con su alma de la ira é impaciencia, y por tanto, de «Satanás» (1). Preguntaron al Doctor Angélico quién era perfecto, y respondió: «El que enfrena su lengua y sufre con paciencia el ser despreciado. De modo que al que viereis que se indigna ó se contrista cuando lo desprecian, no le juzguéis perfecto, aunque obrare milagros, porque todas las virtudes sin la paciencia son semejantes á una pared sin cimientos, que al menor empuje se derrumba» (2). Lo propio atestigua San Beda: «Aquel á quien la impaciencia no logra vencer, muestra ser perfecto». Ved si importa adquirirla á toda costa, con ayuda de la gracia.

Tres grados. Veamos ahora el modo de ejercitar la paciencia. San Bernardo (3) señala tres grados de esta virtud. El primero consiste en padecer «conformados» con la voluntad de Dios, lo cual es propio de los que empiezan á ejercitarse en las virtudes. El segundo, en sufrir «de buen grado» las tribulaciones, y así obran los que, abrazados con su cruz, van aprovechando en los caminos del espíritu. El tercero consiste en «desear» los padecimientos, y esto es propio de los perfectos, los cuales *viven crucificados con Cristo* (4), y como el Apóstol, *se glorian en las tribulaciones* (5).

1.º Cuanto al primer grado, que consiste en padecer en-

(1) 2. 2, q. 138, art. 2, ad 2.
 (2) Apud Cornel. a Lap. in cap 1.
 S. Jacobi.
 (3) Serm. S. Andr.

(4) Galat., II, 19; I. Corinth., II, 2.
 (5) Rom., V, 3; II. Corinth., VII, 4.

teramente «conformados» con la voluntad divina, obliga á todo cristiano que no mire con indiferencia su salvación eterna; pues, como ha dicho San Pablo, *la paciencia es necesaria para salvarnos cumpliendo la voluntad de Dios* (1), y como *la voluntad de Dios es nuestra santificación* (2), á ella dirige todos los acontecimientos de la vida, sean prósperos ó adversos. De manera que si esa es su adorable voluntad, debemos soportar con dócil resignación cuantas cruces nos enviare, ora del corazón, ora del espíritu, enfermedades ó tentaciones, privaciones ó desengaños, menosprecios ó afrentas, bien procedan de nuestros enemigos ó de nuestros amigos y allegados, porque «el verdadero siervo de Dios, dice San Francisco de Sales, con el mismo amor y voluntad sufre unas que otras» (3). Ejemplo elocuentísimo de ello tenemos en María Magdalena: murmurada del fariseo (4), de Judas (5) y aun de su hermana Marta (6), nunca desplegó sus labios para justificar su proceder, sino que puso su defensa en manos de Cristo, el cual aprobó como bueno y excelente lo que otros calificaban de delito, y esto nos prueba que el mérito de la resignación y paciencia es imponderable á los ojos de Dios y constituye á la vez la mejor disposición para recibir los dones del Espíritu Santo. «Esta es la piedra de toque para poder apreciar los grados de perfección del hombre, dice San Bernardo: si siendo bueno y justo, sufre con paciencia que le tengan por malo», como aconteció á Cristo Nuestro Señor con los escribas y fariseos, los cuales tenían por obras del demonio las maravillas que obraba por virtud divina (7), y calificaban de gula la dignación y condescendencia de Cristo de comer con los pecadores (8). Esto deben recordar á

(1) Hebræ., X, 36; Eccli., II, 3-4.
 (2) Levit., XI, 44; Ephes., I, 4;
 I. Thessal., IV, 3.
 (3) Vida devota, part. 3, cap. 3.
 (4) Luc., VII, 39.

(5) Matth., XXVI, 9.
 (6) Luc., X, 41.
 (7) Marc., III, 22; Matth., IX, 34.
 (8) Matth., IX, 11.

menudo los que se mortifican por sí mismos y no tienen paciencia para tolerar de los demás una pequeña mortificación ó molestia. «El demonio, decía Santa Teresa á sus hijas, hará »creer á muchas que tenéis paciencia, pero acaecerá que á »una palabra que os digan á vuestro disgusto, vaya la paciencia por el suelo» (1).

Y así, cuando nos hallemos agobiados bajo el peso de la calumnia, de la ingratitud, de la humillación ó del dolor, menester es que nuestro espíritu—despreciando los clamores y protestas del amor propio—se someta incondicionalmente á los designios amorosos de la Providencia, que todo lo dispone ó permite para nuestro bien (2). Y si oprimido y angustiado nuestro corazón, llena de lágrimas los ojos, lloremos, hermanas mías, porque las lágrimas nos mueven á confianza y nos abren nuevos caminos á nuestro Padre celestial; y en todo caso, «mejor está al humano corazón, dice San Agustín, el llorar y consolarse, que el no dolerse de nada jamás, »porque con esto deja de ser corazón humano» (3). No creáis que se opongan á la cristiana resignación las lágrimas, ni los gemidos, ni los temores racionales, ni otras aficciones de espíritu; nada de esto es contrario á la voluntad de Dios, pues junto con un corazón henchido de lágrimas, cabe poseer ánimo valerosísimo y firmísima voluntad. Resignados en la tribulación, digamos con María, nuestra amantísima Madre: *He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra* (4). Esta es la manera de que el padecer nos aproveche.

2.º El segundo acto, que consiste en padecer de «buen grado» la tribulación, lo constituye aquella disposición de ánimo en cuya virtud no solamente sufrimos conformados la adversidad, sino que logramos dominarla, y aun la converti-

(1) Camin. de perf., cap. 38.
 (2) Sapient., VIII, 1.

(3) Serm., 33, de verb. apos.
 (4) Luc., I, 38.

mos en caudaloso manantial de actos de todas las virtudes. Ciertamente ya en el primer grado alcanzamos victoria sobre nosotros mismos sufriendo resignados los embates de la tribulación; pero este segundo grado de paciencia supone toda una serie de afectos, pensamientos, palabras y obras superiores á la mera aquiescencia del ánimo, muy adecuados para santificar la paciencia y hacerla más fecunda y meritoria. El alma que por dicha suya logra poseer este segundo grado de paciencia, esfuérsase en ser más amante cuanto es más atribulada, y esto es heroico y sublime, porque sublime y heroico es amar á quien nos castiga, bendecir á quien nos aflige y aun dar gracias á quien nos hace llorar (1), pues nada menos que esto es dado al cristiano, dice San Jerónimo (2), y de ello tenemos ejemplo en muchos Santos. En efecto: refiere San Buenaventura en la vida de San Francisco de Asís, que hallándose una vez este santo horriblemente atormentado por agudísimos dolores, compadecido de él un religioso lego, díjole: «Padre mío, ruegue á Dios que le mitigue y alivie los dolores». Apenas oyó esto el santo, reprendióle severamente diciendo: «Si no conociera tu nativa simplicidad y rudeza, desde ahora te separaba de mi lado, ya que intentas frustrar los designios que Dios tiene sobre mí». Dicho esto, arrojóse el santo en el suelo exclamando: «Gracias, Dios mío, por los agudos dolores que estoy padeciendo; suplicóos tengáis á bien centuplicarlos, pues esto es lo que deseo sobre todas las cosas» (3). Santa Catalina de Sena, á quien el Señor dió á escoger entre una corona de espinas y otra de oro, cogió con ambas manos la de espinas y se la puso en la cabeza con tanta fuerza, que las espinas la penetraron por todas partes (4). No debemos extrañarlo,

(1) Mons. Gay. Paciencia.

(2) In cap. V, epist. ad Ephes.

(3) In vita S. Franc., cap. 14.

(4) Vida, part. 2, cap. 4.

pues, como dice el autor de la «Imitación de Cristo», «tan esforzada se siente el alma por la gracia interior, que en ella derrama la tribulación unida á la cruz de Cristo, que no quiere estar sin dolor, porque se tiene por más amada de Dios cuanto mayores tribulaciones pudiere padecer por El. Esto no es virtud humana, sino gracia divina, la cual puede tanto en la carne flaca, que lo que naturalmente siempre aborrece y huye, lo emprenda y ame con fervor de espíritu» (1). Y para que veáis que los Santos, en medio de sus heroicos sufrimientos, no dejaban de sentir la flaqueza y ruindad de la humana naturaleza, escuchad un ejemplo edificante é instructivo en sumo grado. El Beato Juan de Avila, que por espacio de diecisiete años padeció indecibles trabajos y enfermedades con admirable resignación y aun con gran contento de su alma, estando un día apretadísimo y angustiado por la agudeza del dolor, pidió á Nuestro Señor se lo quitase, y luego durmió un poco y despertó sin dolor y sin angustia. Entonces dijo á uno de sus discípulos: «¡Oh, qué bofetada me ha dado Nuestro Señor esta noche!» Lenguaje es este que no entenderán los mundanos; mas enténdalo este varón de Dios, porque conocía el valor y mérito de la paciencia en los dolores, y veía que con su petición había perdido parte de este merecimiento (2).

3.º El último grado consiste en «desear» los padecimientos. Esta es la insigne victoria del espíritu sobre la carne; esta es la perfecta imitación de Cristo, el cual poco antes de morir dijo á sus Apóstoles: *Con un bautismo de sangre tengo de ser bautizado; ¡oh y cómo traigo en prensa el corazón, mientras que no lo veo cumplido!* (3). Tales eran las disposiciones habituales del Corazón Sacratísimo de Jesús; hambre y

(1) Lib. II, cap. 12.

(2) Vida, tom. I, cap. 5.

(3) Luc., XII, 50.

sed tenía de justicia, y la justicia para Él era su Pasión (1). De manera, que así como el dolor es para las almas vulgares tormento duro y fiera violencia, para Jesús, que tanto amaba, fué un linaje de refrigerio y verdadera consolación; maravilla que se trasfunde, digámoslo así, del Alma Santísima de Jesús al alma de todos los Santos, los cuales vivieron como devorados por el ansia de padecer y ser despreciados por Él (2). Santa Teresa de Jesús decía: «Después que el Señor me dió á entender la diferencia que hay en el cielo de lo que gozan unos á lo que gozan otros cuán grande es, tomaría todos los trabajos del mundo hasta el fin de él para subir un poquito más en gloria y entender las grandezas de Dios (3). Por eso digo á Dios muchas veces: Señor, ó padecer ó morir; no os pido otra cosa para mí» (4). Santa María Magdalena de Pazzis quejábase amorosamente á su Esposo divino, diciéndole: «¡Oh Esposo mío! ¿Por qué me faltas al pacto que tenemos hecho? ¿No sabes que he prometido no gustar más dulzuras que tu hiel y vinagre, ni más delicias que tus tormentos, ni otra vida sino aquella que esté en perfecta conformidad con la tuya? Padecer y no morir: esto es lo que deseo» (5). San Juan de la Cruz no sólo pidió á Dios trabajos por premio de trabajos, sino también el ser despreciado y padecer afrentas por voluntad de otro, lo cual es mucho más sensible y desabrido á la naturaleza. Esto mismo pedía el pacientísimo Job (6) cuando decía *que su alma deseaba la muerte de horca*; no eligió otro modo de padecer ni de morir sino ahorcado en un patíbulo á la faz del mundo; y esta muerte es decretada por la justicia, y supone un proceso público y ruidoso, y da lugar á despiadados co-

(1) Matth., III, 15.

(2) Mons. Gay. Paciencia.

(3) Vida, cap. 37, n. 5; Joann., XIV, 2.

(4) Vida, cap. 14, n. 15.

(5) Kissel, tom. I, conc. 19.

(6) Job. VII, 15.

mentarios que atacan, destrozan y pulverizan la fama y la honra del infortunado criminal. Esta es la historia de todos los Santos; éste el distintivo de los *hijos de Dios y coherederos de Cristo* (1), de los *amigos del Esposo* (2), el cual, dice el Evangelista San Juan, no tiene amigos á quien no pruebe con trabajos (3), y añade el doctor iluminado Fray Juan Taulero, que «si no los tuviera en el mundo los criaría de nuevo, sólo por el fruto que traen á las almas los trabajos sufridos con paciencia» (4).

Escuchad, hermanas mías, lo que me atrevo á deciros, fundado en la excelencia de esta virtud maravillosa. Suponed á un hombre enriquecido con cuantas prendas, virtudes y merecimientos puede atesorar en el orden de la gracia; suponedle ayunador, pobre de espíritu, limosnero, obediente, recogido, humilde y mortificado. Pues ninguna de estas virtudes ni todas juntas lograrán persuadirme de que ese hombre es en verdad virtuoso y siervo de Dios. ¿Sabéis cuándo creeré en su virtud, sin temer equivocarme? Cuando lo vea paciente y enteramente conformado con la voluntad de Dios en un trabajo. La razón es porque todas las demás virtudes pueden simularse y engañarnos, mientras que en la virtud de la paciencia no cabe, no es posible el engaño. Decía Moisés á su pueblo: «Dios te ha traído por el desierto cuarenta años para afligirte y tentarte y probarte, para descubrir todo lo que hay en el secreto de tu corazón, para ver si guardabas su Ley ó no» (5). Y el Sabio dice que *sólo la tribulación prueba ó descubre al hombre justo* (6). Bien entendía esto Satanás cuando oyendo alabar á Job por boca del mismo Dios, de «sencillo, recto, temeroso del Señor y apartado de todo mal»,

(1) Rom., VIII, 17.

(2) Joann., III, 29.

(3) Apocal., III, 19; Prov., III, 12; Hebræ., XII, 6.

(4) Cap. XVI, n. 173.

(5) Exod., XX, 20.

(6) Eccli., XXVII, 6.

respondióle el demonio: *¿Por ventura Job sirve á Dios de balde? Extiende, Señor, un poco tu mano y toca á sus huesos y carne, y verás como te maldice en la cara* (1). De arte que hasta el demonio tiene á la paciencia por señal inequívoca de santidad.

Resolvámonos, por tanto, hermanas mías, á practicar esta virtud, no sólo en su primer grado que, como he dicho, obliga á todo cristiano que desee salvar su alma, sino también en el segundo si para el tercero nos faltan alientos, puesto que la religiosa, por obligación de su estado, no debe contentarse con sufrir resignada las tribulaciones ó contrariedades de la vida, sino que debe aspirar á sufrirlas de buen grado, poniendo los ojos de la consideración en Jesús, más que sufrido, más que paciente, pues que volvía bien por mal y pagaba con amor el odio. La religiosa no debe ceñirse á llevar una vida ordinaria y común á todo cristiano, ya que no son comunes, sino especiales y extraordinarias, las gracias y mercedes que de su Esposo ha recibido y está recibiendo á toda hora, y de las cuales debe darle estrecha cuenta (2).

Por último, creamos firmemente que, mientras la Providencia divina no lo consintiere, las potestades del mundo y del infierno conjuradas en nuestro daño *no harán caer un solo cabello de nuestra cabeza* (3). Pero en el momento de la prueba abracémosnos de buen grado con la cruz, ora nos venga directamente de Dios, ora por medio de las criaturas, de nuestros superiores ó de nuestros iguales, y sobre todo las cruces que nosotros mismos formamos con nuestras culpas. No soltemos la cruz, porque es la llave del cielo y el crisol donde se prueba y aquilata la índole noble del amador de Cristo; antes bien *alegrémonos*, como San Pablo, *en la tribula-*

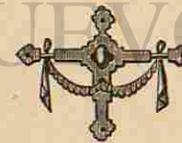
(1) Job, I, 8; Job, II, 5.
(2) Luc., XVI, 2; Luc., XII, 48;
Rom., XIV, 12.

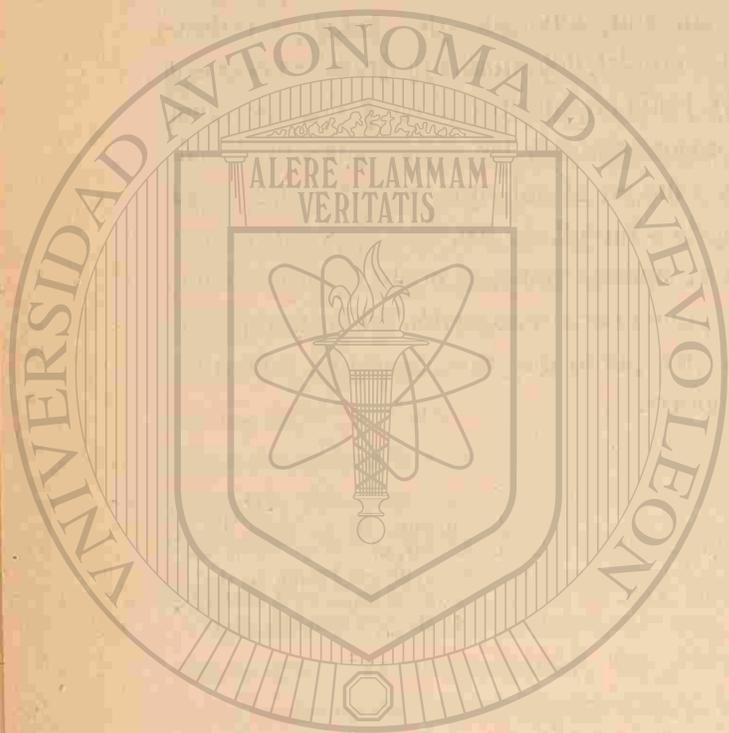
(3) Luc., XXI, 18.

ción (1) y *gloriémonos* con él en las enfermedades, persecuciones y angustias (2), puesto que han de procurarnos *el eterno peso de una gloria incomparable* (3). Y si deseamos un asilo seguro en los contratiempos de la vida, recojámonos en el santuario de nuestro corazón, albergue del manso Cordero Jesús (4), y abrazados con Él, dejémonos purificar en el crisol de la adversidad (5). Jesús en nuestra alma y nuestra alma en Jesús sean para nosotros todas las cosas, pues antes faltará agua en el mar y luz en el sol, que misericordia en Él para el corazón afligido y humillado (6). Sea Él nuestra esperanza (7), el áncora de nuestra nave, el norte de nuestra navegación, el puerto seguro para recogernos en las tempestades del alma y el diestro piloto que nos conduzca á las moradas eternas de la gloria.

(1) Rom., V, 3.
(2) II. Corinth., XII, 10; Galat., VI, 14.
(3) II. Corinth., IV, 17; Psal. XVI, 15; Rom., VIII, 18.
(4) Joann., I, 29.

(5) Sapien., III, 6; Eccli, II, 5; Eccli., XXVII, 6.
(6) Eccli., II, 12; Psalm. L, 19.
(7) Psalm. XXI, 10; Psal. CXXI, 6; Jerem., XVII, 17; I. Timoth., I, 1.



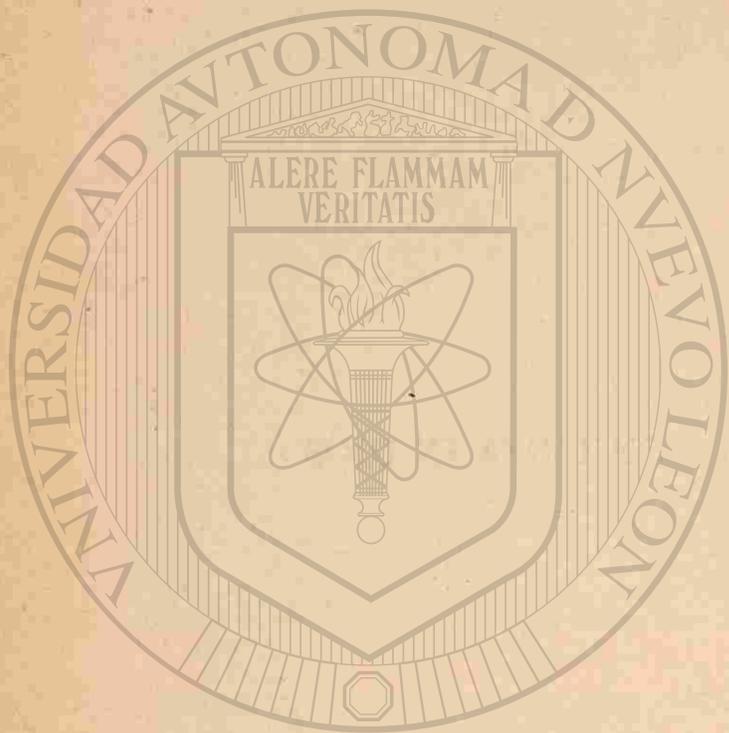


DE LA CONFIANZA EN DIOS
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

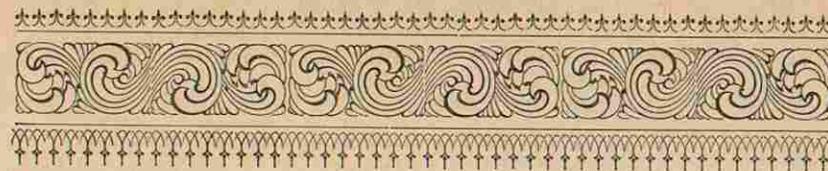
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



DE LA CONFIANZA EN DIOS

No hay otro Dios como el nuestro (1) ni quien pueda imitar siquiera sus obras, dice el real Profeta (2), porque Él es suave y benigno, y de gran clemencia para todos los que le invocan (3). El Señor es paciente, añade el profeta Joel, y misericordioso y de mucha clemencia (4), sufrido y piadosísimo y perdonador de los pecadores (5). ¿No es verdad, hermanas mías, que estas frases tiernísimas y apacibles que los santos profetas han escrito en alabanza de nuestro buen Dios, derraman dulce consuelo en nuestros corazones, pues indican que, si grandes son nuestras miserias, mayores sin comparación son las misericordias de nuestro amantísimo Padre? Así es, hermanas mías; pues, como escribe el Profeta David, «no nos ha tratado Dios como merecían nuestros pecados, ni dado el castigo debido á nuestras iniquidades; antes bien, tan lejos de nosotros ha echado nuestras maldades, cuanto dista

(1) Deut., III, 24; Deut., XXXIII, 26; I. Reg., II, 2; Psal. XVII, 32.

(2) Ps. LXXXV, 8.

(3) Ps. LXXXV, 5.

(4) Joel, II, 13.

(5) Jonæ, IV, 2.

»el Oriente del Occidente; y como un padre se compadece
 »de sus hijos, así se ha compadecido el Señor de nosotros,
 »porque le es muy conocida la fragilidad de nuestro sér y
 »tiene muy presente que somos polvo» (1). Así se expresa el
 Profeta, como quien habla por experiencia; así obra Dios
 con el pecador arrepentido; y, como dice el Doctor Angé-
 lico, «esta es la obra más propia de Dios» (2) y *la que des-
 cuella y resplandece en el universo* (3): *su inagotable misericor-
 dia* (4). Pero, ¿quién será capaz de describirla, dice el Sabio,
 con toda su esplendorosa magnificencia? (5). No osaría ha-
 cerlo yo si ella misma no se presentara con todos sus atrac-
 tivos, prodigando á raudales los tesoros inagotables de su
 ternura y humanándose, digámoslo así, para atraernos más
 fácilmente á su regazo.

De ella intento hablaros hoy, exponiendo á vuestra reli-
 giosa consideración algunos motivos, algunas pruebas de
 hecho, que son las más elocuentes y poderosas para mover-
 nos á poner en Dios toda nuestra confianza, de tal manera
 que ni la enfermedad, ni la tribulación, ni la misma muerte
 logren desalentarnos jamás; antes, como olas de mar alborotado,
 vengan á estrellarse todos estos males aparentes en la
 inquebrantable roca de nuestra confianza, Cristo Señor nues-
 tro (6), el único que puede librarnos de todos los males ó
 convertirlos en inefables bienes. Este es el asunto sobre el
 cual voy á hacer sencillas reflexiones.

El cristiano que tiene la dicha de conservar en su cora-
 zón algún rastro de fe, virtud fundamental que recibió en el

(1) Génes., III, 19; Psal. CII,
 10-14.

(2) I. 2, q. 113, art. 9; Conc.
 Trid., sess. VI, cap. 7; Ps. CXLIV, 9.

(3) Psal. XXXII, 5.

(4) Luc., I, 50.

(5) Eccli., XVIII, 4.

(6) I. Corinth., X, 4.

Bautismo y sin la cual *nadie puede agradar á Dios* (1), es
 imposible que halle razones sólidas en que apoyar su des-
 confianza para con Dios, por muy graves que sean las des-
 gracias ó tribulaciones que le opriman. Afortunadamente no
 necesito esforzarme en probar esta verdad, porque tengo el
 gusto de hablar á una Comunidad de religiosas en cuyos co-
 razones tiene echadas la fe muy hondas raíces. Pues bien:
 yo apelo, hermanas mías, á esa misma fe que os anima y que
constituye la vida del justo sobre la tierra (2), para probaros
 que jamás debéis dar entrada en vuestro corazón á la des-
 confianza. En efecto: la fe, la razón, el mundo visible, el tes-
 timonio unánime de los hombres más sabios que han existi-
 do en el espacio de sesenta siglos y el buen sentido, nos
 dicen que hay *un Dios, creador de todas las cosas visibles é invi-
 sibles* (3), fuente y manantial inagotable de todo bien (4).
 Nos dicen que en Él hay una Providencia que conserva y
 dirige con admirable sabiduría todas las cosas criadas á un
 fin adecuado á su naturaleza (5); que esta Providencia ex-
 tiende su soberano influjo en el orden físico sobre los tres
 reinos de la naturaleza y todos sus elementos, y en el orden
 moral sobre todos y cada uno de los acontecimientos de la
 vida humana; de suerte que nada puede librarse de su in-
 fluencia, ni el grano de trigo escondido en la tierra, ni la
 hoja del árbol arrebatada por el viento (6), ni mucho menos
 lo que de alguna manera está relacionado con el último fin
 del hombre. Esta misma fe nos dice además que *Dios no
 aborrece* ni puede aborrecer *ninguna de las cosas que han sali-
 do de sus manos* (7); por tanto, no puede permitir ni permi-

(1) Hebræ., XI, 6.

(2) Galat., III, 11; Habac., II, 4;
 Rom., I, 17; Hebræ., X, 38.

(3) Symb. Apost.; Psal. XXXII, 9.

(4) Psal. XXXV, 10; Eccli., I, 5;
 Isai., XII, 3.

(5) Sapient., XII, 15; Sapient.,
 VIII, 1; Sapient., XIV, 3; Sapient.,
 XV, 1.

(6) Job., XIII, 25.

(7) Sapient., XI, 25.

tirá jamás—cuanto es de su parte—que ninguno de los acontecimientos de la vida, llámense enfermedades, pestilencias, guerras, inundaciones, terremotos ni la misma muerte puedan impedir al hombre la consecución de su último fin, que es Dios; antes procura que todos los acontecimientos le sirvan como de medios, más ó menos sensibles, pero encaminados todos á asegurar al hombre la posesión de la felicidad eterna (1). Así debe discurrir el hombre dotado de razón; de esta manera debe reflexionar el cristiano, y con más motivo el religioso, cuando se vea cercado de infortunios en tiempo de tribulación y de prueba, y así lo practicaba el real Profeta, con harta ganancia de su alma (2); á estas consideraciones debe acogerse y en ellas debe descansar, porque constituyen otras tantas verdades de fe, inspiradas por esa misma Providencia que *todo lo dispone con fortaleza y suavidad* (3), para el logro de sus fines, muchas veces ocultos, pero henchidos siempre de misericordia.

Ya sé que todas vosotras creéis esto y lo confesáis, y con la gracia de Dios estáis dispuestas á defender y sellar estas verdades con sangre de vuestras venas, y esta sería la mayor dicha que podríais lograr en esta vida. No, no es la falta de fe en estos dogmas, sino de confianza en la divina misericordia lo que pone en apretura muchas veces nuestro corazón. Miramos á Dios, y creemos en Él y le amamos; pero nos miramos á nosotros mismos, ponemos los ojos en nuestra vida pasada y en las faltas é infidelidades que cometemos todos los días, y decimos: «Yo he ofendido mucho á Dios, y no sé de cierto si me ha perdonado los pecados que he cometido, aunque los detesto con todo mi corazón; por tanto, ignoro si en el juicio rectísimo que seguirá á mi

(1) Rom., VIII, 28.

(2) Psal. CXVIII, 143; Psal. XXVI, 3; Hebræ., II, 13.

(3) Sapient., VIII, 1.

»muerte (1) seré absuelto ó reprobado para siempre. ¿Quién no temblará?...» Este parece ser el motivo principal en que estriban los temores, congojas y angustias que suelen saltar á muchas almas temerosas de Dios en los momentos de prueba, de los cuales se vale el demonio para quitarnos la paz y aun para hacernos desconfiar de la divina misericordia, y con ello lograría un gran triunfo sobre nosotros. Pero no ha de conseguirlo, hermanas mías, porque lucharemos con él embrazando el escudo de la fe, como nos lo aconseja San Pedro (2), y caerá rendido á nuestros pies.

En primer lugar, es de fe, como lo definió el Concilio Tridentino (3), que «sin especial revelación, nadie puede estar cierto, con certeza absoluta é infalible, de la salvación de su alma»; pues, como dice el Espíritu Santo en el capítulo noveno del Eclesiastés, *ignora el hombre si es digno de amor ó de odio* en la presencia de Dios (4). Así es, aunque le parezca que ha hecho mucha penitencia por los pecados cometidos y ya confesados, pues añade el Sabio en el capítulo quinto del Eclesiástico: *Del pecado perdonado no quieras estar sin temor* (5), y San Pablo, que *obremos nuestra salvación con temor y temblor* (6). Todo esto es cierto, todo esto es de fe, y no puede ponerse en duda sin impiedad; y por cierto que estas consideraciones infundían temor á los Santos, que no tenían tantos motivos para ello como nosotros. Sí, hermanas mías, hemos pecado mucho, y aunque nos hemos arrepentido y confesado, no sabemos con certeza absoluta si estamos perdonados, y por tanto, si seremos compañeros de los ángeles en el cielo ó de los réprobos en el infierno. ¡Dios mío!, y ¿no hay motivo para temblar y desfallecer?... Pero,

(1) II. Corinth., V, 10; Hebræ., IX, 27.

(2) I. Petr., V, 9; I. Joann., V, 4.

(3) Sess. VI, cap. 16.

(4) Eclesiast., IX, 1.

(5) Eccli., V, 5.

(6) Philipp., II, 12; I. Corinth., X, 12.

¿adónde vamos á parar con estas dudas, con esta incertidumbre tan desgarradora acerca de nuestro eterno destino?... ¿Por ventura hanse atajado para nosotros las corrientes de la divina misericordia?... Y ¿ni un rayo de esperanza alumbrará ya nuestra alma arrepentida?... Sí, hermanas mías; un rayo y, más que un rayo, un océano de luz, un mar inmenso de misericordia y de perdón hay reservado para el pecador arrepentido. Y no creáis exageradas mis palabras; escuchadlas de los labios del discípulo amado del Salvador del mundo, del apasionado amigo de Jesús, del que tuvo la inefable dicha de reclinar su cabeza en el Sacratísimo Corazón de Cristo, y por tanto, de conocer hasta dónde alcanzan los efectos de su misericordia. *Hijos míos*, nos dice, *procurad no caer en pecado*, sobre todo en aquel que os prive de la gracia de Dios. *Mas si por humana fragilidad cayere alguno en él, no desespere, pues tenemos por abogado para con el Padre á Jesucristo, el Justo por excelencia, y Él mismo es víctima de propiciación por nuestros pecados, y no tan sólo por los nuestros, sino también por los de todo el mundo* (1). ¿Puede estar más terminante, más tierno ni más expresivo el apóstol del amor, hermanas mías?... Y digo yo ahora con San Agustín: Si el que ha de juzgarnos después de la muerte se ha constituido nuestro Abogado defensor para con el Padre celestial; si Jesucristo *ha bajado del cielo precisamente para llamarnos á nosotros pecadores* (2), y perdonar nuestros pecados, y meternos en sus entrañas amorosísimas, ¿por qué ha de quedar en nuestro corazón la más liviana sombra de duda respecto al perdón de nuestras culpas? ¿Por ventura nos parecen exageradas estas expresiones? ¿O es que intentamos medir la generosidad del Corazón de Jesús por la ruindad y miseria del

(1) I. Joann., II, 1-2.

(2) Matth., IX, 13; Marc., II, 17;

Psal. CXLVI, 3; Luc., IV, 18; Luc., V, 31.

nuestro, cuando se trata de perdonar una ofensa? Así lo demostró San Pedro cuando, al oír que Jesús hablaba de la obligación de perdonar las injurias que recibimos de nuestros prójimos, le preguntó: *Señor, y ¿cuántas veces he de perdonar á quien me injurie?, ¿hasta siete veces?...* Qué os parece, hermanas mías, ¿hay mucho que esperar de la mezquindad y pobreza del corazón humano?... Ofrece siete veces el perdón, y queda agotada toda su ternura... ¿Qué dices, Pedro?, respondióle Jesús: *¿Siete veces no más quieres perdonar?, ¿á tan estrechos límites quieres reducir mi compasión y misericordia?...* No digo siete veces, sino *setenta veces siete* has de perdonar, esto es, siempre, sin número ni limitación (1).

Veis aquí, hermanas mías, los sentimientos del tiernísimo Corazón de Jesús, cuyo único manjar era la conversión de las almas (2), la reconciliación de los pecadores; éste era el norte á que dirigía todos los actos de su vida pública. Y salía por calles y plazas, y atravesaba áridos desiertos; en los montes, en los mares, á cualquiera hora y en todas partes ofrecía á todos la reconciliación con su Eterno Padre y el perdón de los pecados. Cuando hallaba á alguno de estos desgraciados, parecía como que se le iban tras él los ojos y el corazón, y ya sólo pensaba en hallar ocasión de hablarle para ganar su alma. Y á tal extremo llegó su pasión por los pecadores, que Él mismo les salía al encuentro (3) y á veces se convidaba á comer en sus casas (4), de suerte que llegó á hacer sospechosa su santidad á los ojos de algunos envidiosos. *¿Qué tal será Él—osaron decir los fariseos—cuando anda con gente tan perdida y se sienta con ellos á la mesa! ¿Este es el Profeta, el Mesías, el Hijo de Dios?...* Y ¿sabéis qué respondió Jesús á estas acusaciones? ¡Ah!, jamás tuvieron defensor más

(1) Matth., XVIII, 22.

(2) Joann., IV, 32; Luc., XII, 50.

(3) Rom., X, 20.

(4) Luc., XIX, 5.

elocuente las almas arrepentidas, por mucho que hayan pecado. *Yo no he venido del cielo, decía, á buscar á los justos, sino á abrazar y perdonar á los pecadores, pues los sanos no necesitan del médico, sino los enfermos* (1). Y es de notar que cuanto más escandalosos, cuanto más engolfados se hallaban éstos en el vicio, más compasión le robaban, y se sentía como obligado á acercarse á ellos y hacerse amigo suyo para convertirlos. ¿Tendré necesidad de recordar ejemplos de todos conocidos? Sólo dos quiero mencionar.

Dícenos San Juan en el capítulo cuarto de su Evangelio, que estando Jesús anunciando el reino de Dios en los pueblos de Judea, súbitamente y sin proveerse de mantenimientos, acompañado de algunos discípulos, encaminóse á la ciudad de Samaria. ¿Qué es esto, hermanas mías?... Jesucristo, incapaz de obrar apasionadamente; el Hijo de Dios, de quien proceden la equidad y la justicia (2), y á quien nada puede sorprender, ¿aprieta ahora el paso, como dominado por una idea fija, arrojando las molestias de un camino largo y penoso que cubre de copioso sudor su divino rostro y lo llena de congojosa fatiga, hasta el punto de tener que sentarse para descansar?... Algún negocio de importancia trae entre manos. ¡Oh!, sí, hermanas mías, negocio importante es y de suma transcendencia. Peligra un alma, y desea salvarla. ¿Un alma? ¿Será la de algún personaje de esclarecida alcurnia? ¿Qué decís? Esa alma es la de una mujer sin honra ni vergüenza; esa alma es la de una pecadora escandalosa, engolfada en los vicios más infames. Miradla: descarada, desenvuelta, procaz en sus modales, lasciva en sus vestidos y derramando perdición en sus andares, se acerca para llenar un cántaro de agua en la fuente de Jacob, á cuya vera

(1) Luc., V, 31; Joann., X, 10.

(2) Psal. CXVIII, 172; Psal. CX, 8; Prov., VIII, 14; Hebræ., I, 8.

se hallaba sentado el Salvador. Llena su cántaro, y al intentar volverse á su casa, Jesús la detiene diciéndola: *Mujer, tengo sed, dame de beber*. MULIER, DA MIHI BIBERE (1). Como si dijera: «Mujer desgraciada á quien deseo salvar á toda costa, tengo sed de tu conversión y arrepentimiento; dame tu corazón, dame tu alma». ¿Veis, hermanas mías, en qué aprecio tenía Jesús aun á los pecadores más infames?, ¿veis cómo los buscaba y les salía al encuentro, y cuántos sacrificios hacía para ganar sus corazones?...

Escuchad otro ejemplo. Había en la ciudad de Jericó, dice San Lucas, gran número de cobradores de los tributos públicos, llamados por ello publicanos, sinónimo de ladrones, tenidos generalmente por los judíos como infames. Pues bien: el jefe de esta generación odiosa era á la sazón un hombre llamado Zaqueo, que vivía de la usura y del fraude. Este hombre había oído hablar de Jesús; sabía que iba á entrar en la ciudad, y deseaba verlo; mas siéndole esto difícil á causa del gentío, por ser él de pequeña estatura, adelantóse corriendo, y ayudado de otros, subióse á un árbol para verlo. Llegado que hubo Jesús á aquel sitio, detúvose, y poniendo en Zaqueo sus ojos amorosísimos, díjole: *Zaqueo, baja al momento, apresúrate á bajar de ese árbol, porque me conviene hospedarme hoy en tu casa* (2). ¿Habéis oído, hermanas mías? *Me conviene hospedarme hoy en tu casa*. ¡Oh divino amador de los hombres! ¿A Vos conviene hacer esta visita? Pero, ¿sabéis en qué casa entráis? ¿Qué va á decir la gente que os acompaña, si os ven entrar á comer en casa de un gentil, de un usurero público, de uno de esos monstruos, afrenta del humano linaje, que se enriquecen á costa del pobre?... ¿Qué no oís el murmullo del pueblo y las murmuraciones de los fariseos? *Y murmuraban todos diciendo que había ido á hospedarse*

(1) Joann., IV, 7.

(2) Luc., XIX, 5.

en casa de un hombre de mala vida (1). Sí, murmurad cuanto queráis los que no conocéis el Espíritu de Jesucristo. «Decidme, exclama aquí San Pedro Crisólogo: ¿Adónde ha de ir el médico sino á casa del enfermo? El que ha perdido una piedra preciosa, ¿halla acaso dificultad en entrar en los lugares más oscuros, ni en revolver las materias más inmundas para dar con ella?...» Dejad, dejad obrar al Salvador del mundo. *Baja de ese árbol, Zaqueo, porque me conviene á mí entrar hoy en tu casa.* ¡Oh palabras amorosísimas! Grabadlas en vuestras almas, hermanas mías, las que dudáis, las que teméis con temor excesivo los rigores de este mansísimo Cordero (2) que busca á los pecadores y se entra Él mismo por las puertas de sus casas para abrazarlos á todos y derramar sobre ellos sus misericordias, como lo hizo con toda la familia de este afortunado gentil. Grabadlas, repito, en vuestros corazones, y sabed que la misma bondad mostró Jesús con Pedro que le negó (3), y con Pablo que persiguió encarnizadamente á la Iglesia (4), y con la mujer adúltera á quien públicamente defendió (5), y con Magdalena á quien tantos pecados perdonó (6), y con Mateo el publicano (7) y con Dimas el ladrón, poco antes de su muerte (8), y con otros innumerables que acudieron á sus plantas cargados de iniquidades, y levantáronse convertidos en amigos de Dios y herederos de su gloria... ¿No es verdad, hermanas mías, que estas consideraciones tan regaladas parece como que despiertan en el alma una ilimitada confianza en la misericordia de nuestro Dios?... «Cierto, decís, pero es que mi conducta no puede equipararse con la de ninguno de los pecadores

(1) Luc., XIX, 7.

(2) Isai., LIII, 7; Jerem., XI, 19.; Joann., I, 29-36; Act., VIII, 32.

(3) Matth., XXVI, 70-72.

(4) Act., IX, 4.

(5) Joann., VIII, 11.

(6) Luc., VII, 48; Matth., IX, 2;

(7) Marc., II, 14.

(8) Luc., XXIII, 43.

»mencionados; yo he sido mucho más ingrata que todos »ellos, porque he abusado de las gracias y dones de Dios, y »mis pecados, casi innumerables, son mucho más graves á »sus divinos ojos. ¿Qué será de mí?...»

Hermanas mías, no paséis adelante. Cabalmente esperaba esta objeción para deciros en nombre de Jesucristo que, aun cuando alguna de vosotras hubiese cometido todos los pecados habidos desde el principio del mundo, no por ello debería desconfiar del perdón. Más aún, y esto parece increíble: seréis tanto más amadas, favorecidas y aun regaladas de Dios, cuanto más graves hayan sido vuestros pecados, si los detestáis con todo vuestro corazón y correspondéis á la gracia. ¡Ah! ¡Cuánto siento no poder extenderme en esta materia para consuelo de vuestras almas y de la mía! Pero algo he de decir. Leed el «Año cristiano», y en las vidas de los Santos hallaréis muchas plagadas de crímenes horrendos, de monstruosos pecados, lavados luego con lágrimas de verdadera penitencia que lograron amansar el Corazón de Dios y gustar la inefable dulcedumbre de su trato (1). ¿Quién de vosotras no tiene noticia de una María Egipciaca, de una Pelagia de Antioquía, de una Angela de Foligno, de una Margarita de Cortona, todas ellas mujeres escandalosas, públicas pecadoras que constituían una verdadera plaga en la sociedad?... ¿Ninguna de vosotras ha leído la desgarrada vida de un Jacobo, de un Moisés, de un Eustaquio, de un Guillermo de Aquitania y de cien otros famosísimos pecadores que emplearon todas sus fuerzas y facultades en el servicio de Satanás, soltando la rienda á todas las pasiones, enfrascados por muchos años en los vicios más infames?... Y á pesar de ello, ¡con qué abundancia de inefables gracias y consuelos no fué galardonada por Dios su penitencia! ¿No

(1) Psal. XXX, 20; Psal. XXXIII, 9; Cant., II, 14; I. Petr., II, 3.

fué Angela de Foligno aquella afortunada penitente á quien se aparecía con frecuencia nuestro adorable Redentor, y con la cual se entretenía familiarmente contándola muy por menudo los acerbísimos dolores que padeció en su sacratísima Pasión, llevando su condescendencia hasta á reclinar su adorable cabeza en el pecho de esta pecadora?... ¿No fué Margarita de Cortona la que amó tanto á Jesús, después de su conversión, que logró verlo muchas veces y hablar con Él, como suelen hablarse dos amigos, y á la cual Jesús, con ternura infinita, solía llamar su pecadora? «Margarita, tú eres mi pecadora—la decía,—y quiero servirme de ti como de lazo para atraer á muchos pecadores á penitencia.»

¿No es cierto, amadas hermanas mías, que escuchando estos ejemplos el alma se siente como engolfada en el abismo sin suelo de las misericordias de nuestro Dios? Pues bien: ved aquí á vuestro Juez (1); este mismo Jesús tan tierno y tan amable, tan cariñoso y condescendiente, tan compasivo y misericordioso con los mayores pecadores, es quien ha de juzgarnos después de la muerte. ¿A qué vienen, pues, esas dudas, esas desconfianzas, esos temores tan exagerados?... Si creemos esto, ¿por qué no confiamos más en Jesús?, ¿por qué no nos abandonamos enteramente á su voluntad para descansar en ella confiadamente, como descansa el niño en los brazos de su cariñosa madre? Porque entrañas más que de madre tiene Dios para nosotros, como lo dice Él por Isaías: *¿Puede una madre olvidar á su hijo y no compadecerse del que salió de sus entrañas?... Pero aun cuando ella pudiese olvidarle, yo nunca podré olvidarme de ti, porque te llevo escrito en mis manos* (2). Y si todos deben tener esta confianza en Dios, ¿cuánto más los religiosos, que ha recibido por suyos y les

(1) Eccli., XXXV, 15; Psal. XLIX, 6; II. Timoth., IV, 8; Act., X, 42.

(2) Isai., XLIX, 15; Jerem., II, 32.

ha dado espíritu y corazón de hijos (1), y hecho que dejen sus padres y que tomen á Él por padre? Con más razón y con mayor confianza que el Profeta podéis decir: *Dios se ha encargado de mí y de todas mis cosas, no me faltará nada* (2); *en paz dormiré y descansaré, porque tú, Señor, aseguraste mi vida con la esperanza de tu misericordia* (3).

Procuremos, hermanas mías, grabar en nuestros corazones esta confianza, mediante la sosegada consideración de estas verdades, porque es cierto que mientras con mayor confianza nos arrojáremos en Dios, más seguros y consolados viviremos; y por el contrario, hasta que llegemos á tener esta confianza filial, nunca lograremos verdadera paz de corazón, y sin ella todas las cosas nos turbarán y desmayarán. Acabemos, pues, de ponernos en manos de Dios y descansenos en Él, como nos lo aconseja el apóstol San Pedro, diciendo: *Arrojad en Dios toda vuestra solicitud, porque Él tiene cuidado de vosotros* (4); y el Profeta: *Arroja tus cuidados en el Señor, que Él te proveerá* (5). La razón es, porque *de sus manos benditísimas hemos salido* (6), y nada puede acontecernos que no lo haya dispuesto ó permitido su adorable Providencia para el logro de sus fines, siempre amorosísimos. Por tanto, vengan calamidades y contratiempos; levántense ejércitos enemigos y presenten batalla en el terreno que gusten (7); multiplíquense las plagas y cubra el contagio la superficie del globo. Ninguno de estos males aparentes ha de infundirnos temor en lo sucesivo. *Con la conciencia tranquila, que constituye nuestra mayor gloria* (8), y puesta en Dios la confianza, no temamos desafiar al mundo ni al infierno, porque nada

(1) Rom., VIII, 15.

(2) Psalm. XXII, 1.

(3) Psal. IV, 9.

(4) I. Petr., V, 7.

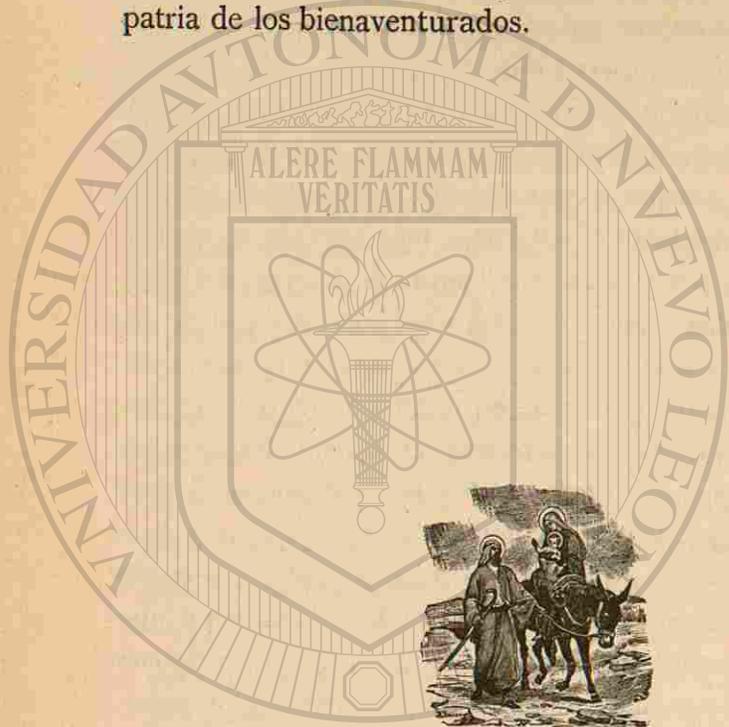
(5) Psal. LIV, 23.

(6) Job., X, 8; Psal. XCIX, 3; Psal. CXVIII, 73.

(7) Psal. XXVI, 3.

(8) II. Corinth., I, 12; Rom., IX, 1; Hebræ., XIII, 18; Act., XXIV, 16; I. Petr., III, 16.

han de poder contra nosotros, mientras vivamos en gracia. Paz, hermanas mías, mucha paz en el corazón, mucha confianza en Jesucristo, y no temamos ni á la misma muerte, porque ella será la puerta que nos facilite la entrada en la patria de los bienaventurados.

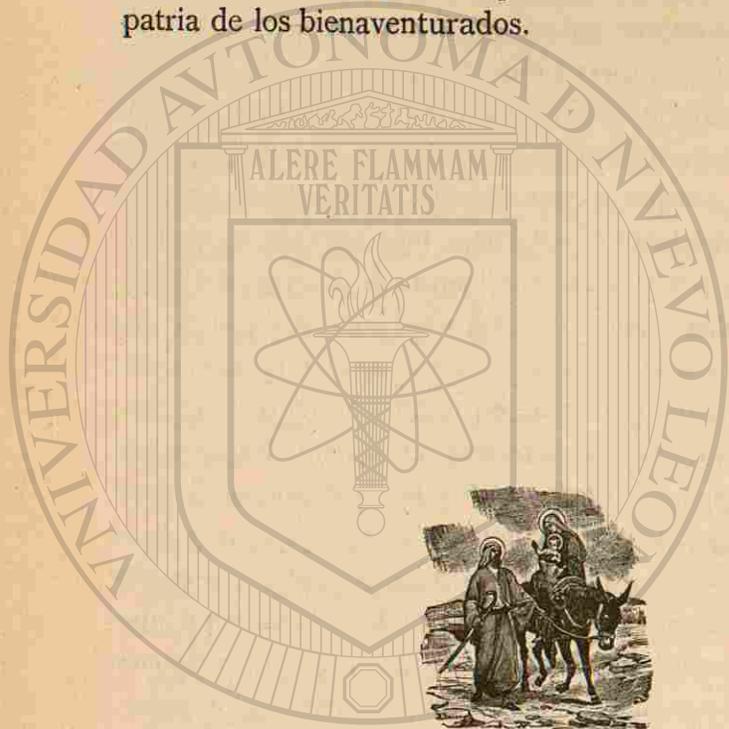


VIDA DE FE
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

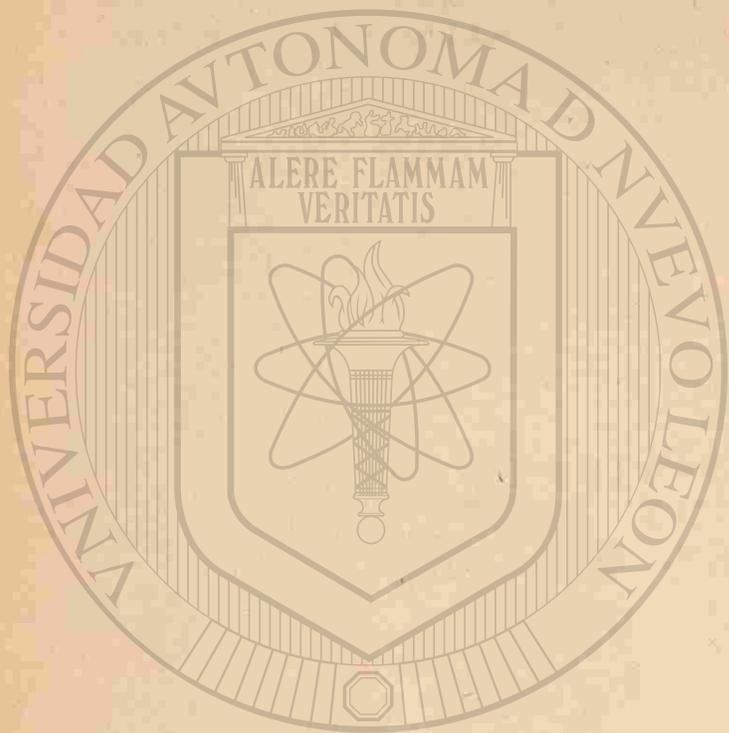
han de poder contra nosotros, mientras vivamos en gracia. Paz, hermanas mías, mucha paz en el corazón, mucha confianza en Jesucristo, y no temamos ni á la misma muerte, porque ella será la puerta que nos facilite la entrada en la patria de los bienaventurados.



VIDA DE FE
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VIDA DE FE

Es principio filosófico que «nada se ama sin que antes se conozca». La razón es, porque la voluntad, potencia ciega, necesita una luz que la alumbre y la guíe y la conduzca á amar lo bueno. Esto que sucede en las cosas del orden natural, acontece también en la esfera de lo sobrenatural. En efecto: *el hombre ha sido criado para conocer, amar y servir á Dios en esta vida* (1); y ¿cómo podrá amarle y servirle, si no lo conoce? Además, Dios, sus perfecciones y atributos pertenecen á un orden de verdades tan elevado, que está fuera del alcance del humano entendimiento (2). Luego para que el hombre pueda amar y servir á Dios y conocer sus obras, sus perfecciones y atributos, necesita que una luz increada, que una luz sobrenatural, alumbrando su entendimiento, disipe las tinieblas en que vive acerca de estas verdades (3), y lo ilustre con el conocimiento de Dios y de sus

(1) Deut., VI, 13; Matth., IV, 10; Luc., IV, 8.

(2) Isai., LIII, 8; Act., VIII, 33.

(3) II. Corinth., IV, 6.

perfecciones infinitas, y de este modo incline la voluntad á amarle y servirle como merece (1).

Pues bien: esa luz tan necesaria al hombre es la fe, virtud sobrenatural, don gratuito que infunde el Espíritu Santo en nuestras almas al recibir el Bautismo (2); y con esta luz, al llegar al uso de la razón, conocemos á Dios, su adorable voluntad, sus atributos y perfecciones, los misterios de la Humanidad de Cristo y otros que nos propone la Iglesia, los cuales no podríamos nunca alcanzar por nuestros sentidos, ni por la sola razón, ni por autoridad alguna humana; y una vez conocidas estas verdades, las creemos firmemente, sin dudas ni vacilaciones, dispuestos, con la gracia divina, á confesarlas en público y aun á dar la sangre y la vida en su defensa, porque las garantiza la veracidad de Dios (3), único fundamento en que estriba nuestra fe católica (4).

Felices nosotros los cristianos, que sin trabajo ni estudio alguno, alumbrados tan sólo por los fulgores vivísimos de la fe, hemos logrado conocer á Dios y amarle y esperar en sus promesas, lo cual no pudieron alcanzar con profundos estudios y enconadas controversias los más renombrados filósofos del paganismo. Pero seremos mucho más dichosos si, penetrados de la eficacia de esta virtud excelentísima, ajustamos nuestra conducta á sus saludables preceptos y enseñanzas. Para lograrlo, procuremos «creer obrando» y «obrar creyendo». Dos puntos que voy á desenvolver con brevedad.

La fe, dice el Doctor Angélico (5), es un don gratuito que el Espíritu Santo infunde en nuestras almas al recibir el santo Bautismo. La fe es el distintivo de los hijos de la Igle-

(1) Ecclesiast., XII, 13.
(2) 2. 2, q. 5, art. 2.
(3) 2. 2, q. 4, art. 8.

(4) Matth., XXII, 16; Marc., XII, 14; Rom., III, 4; I. Joann., V, 9.
(5) 2. 2, q. 5, art. 2; Act., XIX, 6.

sia católica; es la marca ó señal que el Pastor divino, Jesucristo, imprime en las ovejas que pertenecen á su rebaño (1); y quien culpablemente rehusa entrar en este único redil de la Iglesia (2), ó se separa de él por el cisma ó la herejía, vive fuera del Reino de Cristo y dentro del reino de Satanás, dice el Evangelista San Mateo (3); porque «fuera de la »Iglesia de Jesucristo, añade San Agustín (4), «no hay salvación posible» (5). La fe es además el primer móvil de las acciones del hombre; ella se sirve de las demás virtudes como de instrumentos para obrar, pero principalmente de la caridad, como escribe el Apóstol (6). De modo que sin fe no hay virtud verdadera. «Sin fe, dice San Agustín (7), no »hay verdadera humildad, ni paciencia, ni castidad, ni obediencia, ni virtud alguna digna de este nombre, porque las »falta el fundamento». La fe es para las virtudes lo que para el árbol la raíz, que sin ella se seca (8). *Sin fe es imposible agradar á Dios* y obtener la salvación (9), pues dice Jesucristo por San Marcos (10): *El que no creyere, se condenará*. «Todos los hombres, añade Santo Tomás, deben creer algo »sobre su razón natural, deben profesar la fe católica, si »quieren salvarse» (11).

Creer obrando. Como veis, excelente virtud es la fe; ella constituye «la raíz y fundamento de nuestra justificación y »salvación» (12), y es la que distingue al cristiano del hereje y del cismático. Pero, ¿bastará tener fe para lograr la salvación? No, de ninguna manera, aunque otra cosa afirmen los protestantes. *¿De qué servirá,* dice el apóstol Santiago, *el que uno diga que tiene fe, si no tiene obras? ¿Por ventura podrá la fe*

(1) Rom., IV, 11.
(2) Joán., X, 16.
(3) Matth., XVIII, 17.
(4) Epist. 185.
(5) I. Timoth., I, 20.
(6) Galat., V, 6.
(7) Lib. IV, cont. Julian., cap. 3.

(8) Parra, part. 1.^a, plát. 3.^a.
(9) Rom., XIV, 23; I. Timoth., II, 15; Hebr., XI, 6.
(10) Marc., XVI, 16; Joann., VIII, 24.
(11) 2. 2, q. 2, art. 3.
(12) Conc. Trident., sess. VI, cap. 8.

salvarle? Suponed que vuestro hermano está desnudo y hambriento: ¿de qué le servirá que alguno de vosotros le diga: ve en paz, defiéndete del frío y come cuanto quieras, si no le dais lo necesario para reparo del cuerpo? Así la fe, si no va acompañada de obras, está muerta en sí misma (1). El hombre será colmado de bienes, dice el Sabio, según fueren las obras de sus manos (2). San Juan, en su Apocalipsis, oyó una voz del cielo que decía: Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor; esto es, bienaventurados los que mueren en la fe y en la confesión de Jesucristo: que descansen de sus trabajos, puesto que sus obras los acompañan (3). Lo mismo escribe San Pablo á los fieles de Tesalónica y de Corinto (4). Baste el testimonio de Jesucristo: No todo aquel que me dice Señor, Señor, entrará por eso en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial (5); «porque el reino de los cielos, dice San Hilario, no se logra con solas palabras de una fe muerta y estéril, sino con el cumplimiento de la voluntad de Dios, contenida en sus preceptos.»

Pero estas buenas obras que han de acompañarse con la fe, ¿bastarán por sí solas para salvarnos? Tampoco. Por grande que sea nuestra fe, y aunque merezcan calificarse de heroicas nuestras obras, carecerán de mérito á los ojos de Dios si no proceden de la caridad, raíz del mérito sobrenatural. O lo que es lo mismo: es necesario que el alma esté en gracia de Dios al practicar esas buenas obras, porque faltando la gracia falta la caridad, y sin caridad no hay merecimiento digno de premio. Lo dice San Pablo con estas palabras: Aunque yo tuviera el don de profecía y penetrase todos los misterios y poseyese todas las ciencias; y aunque tuviera tanta fe que

(1) Rom., IX, 32; Tit., III, 8; Jacob., II, 17; Jacob., II, 22.
 (2) Prov., XII, 14; Prov., XXIV, 12.
 (3) Apocal., XIV, 13.
 (4) Matth., XVI, 27; Rom., II, 6;

I. Corinth., III, 8; II. Corinth., V, 10; I. Thessal., I, 3.
 (5) Matth., VII, 21; Rom., II, 13; Jacob., I, 22.

lograse trasladar los montes de una á otra parte; aunque distribuyese todos mis bienes para sustento de pobres y entregara mi cuerpo á las llamas; si me falta la caridad, de nada me serviría todo lo dicho (1). Ya veis, hermanas mías, qué obras tan heroicas menciona el Apóstol: don de profecía, fe capaz de trasladar montes, renuncia de todas las riquezas para remedio de pobres... pues nada son delante de Dios sin la gracia y la caridad. Ella es la reina de las virtudes (2); por ello San Pablo hace tantas ponderaciones en su elogio. Tan excelente es esta virtud, que el mismo Dios se llama caridad, dice el Evangelista San Juan (3). De modo que más cerca está el alma de la perfección por un acto de caridad, que por la práctica de muchas virtudes y mortificaciones; por ello el Apóstol no pide á los fieles de Filipo que multipliquen los ejercicios espirituales, sino que la caridad abunde en ellos más y más (4). Quedamos, pues, en que nada aprovecha la fe si no va acompañada de caridad y buenas obras, como dice el Catecismo. Por eso dije al principio que debemos «crear obrando»; y esto, por misericordia de Dios, estáis practicándolo todos los días con edificación de los fieles, que contemplan vuestro heroísmo, y con regocijo de los ángeles, que entretejen las coronas que han de ceñir vuestras sienes en la patria de los bienaventurados. Lo segundo que debemos procurar con empeño, ayudando Dios, es:

Obrar creyendo. Este punto merece tratarse con algún detenimiento, porque es muy esencial para la vida cristiana y aun para la religiosa. Al decir que debemos «obrar creyendo», quiero dar á entender que las obras buenas en que nos ocupamos debemos practicarlas, no llevados por la costumbre ó impulsados por motivos humanos, ni mucho menos

(1) I. Corinth., XIII, 2.
 (2) I. Corinth., XIII, 13.

(3) I. Joann., IV, 8.
 (4) Philipp., I, 9.

arrastrados como á remolque por la necesidad, sino con viva fe, como merece el fidelísimo Señor á quien servimos (1). Ahora bien: hemos dicho que la fe es el primer móvil de nuestras acciones, que es la raíz de todas las virtudes y la que las empuja á obrar; y así como el vapor cuanto más se le comprime y aprisiona tiene mayor fuerza expansiva y aumenta prodigiosamente la velocidad de la máquina; así también cuanto más abastecido de viva fe se halle nuestro corazón, mayor impulso dará á la caridad, y ésta, como *centella que discurre por un cañaveral* (2), nos ayudará á progresar en el camino de la perfección, atraídos por la abundancia y suavidad de los dones de Dios (3).

En nuestros días abundan, loor á Dios, las obras de piedad, de caridad, de beneficencia y de religión, es decir, los cristianos de hoy día practican muchas obras buenas; pero ¿obran con espíritu de fe?, ¿es la fe viva la que los impulsa á obrar?... Lo cierto es que no vemos en muchos de ellos grandes progresos en la virtud; no vemos ninguno de los prodigios que suele obrar la fe viva en las almas que la poseen. Y esa falta de fe no creáis que es lamentable y exclusiva desgracia de nuestros tiempos; porque en el Antiguo Testamento ya vemos á Moisés, el caudillo del pueblo de Israel, vacilando en la fe, él que había obrado tantas maravillas en nombre de Dios. El pueblo de Israel, sediento, le pide agua, y Dios dice á Moisés: *Toma la vara de los prodigios, golpea esa peña y brotarán aguas, y beberá todo el pueblo con sus ganados.* Toma Moisés la vara, y al ir á golpear con ella la peña, se detiene, duda, vacila y se pregunta: *¿Por ventura podré sacar agua de esta peña?* Da un golpe en la peña y... no sale agua. ¿Cómo había de salir, si él mismo lo juzgaba imposible? Al momento dícele el Señor:

(1) I. Reg., XII, 24; I. Paral., XXVIII, 9; Psal. XCIX, 2.

(2) Sapient., III, 7.

(3) Psal. XXXIII, 9; Psal. CXXXIV, 3; Cant., I, 3.

Ya que no has creído, no entrarás en la tierra de promisión (1). Muchos cristianos golpean hoy la piedra, Cristo Señor nuestro (2), con la vara de los prodigios, que es la fe; muchos oran, trabajan, se fatigan con largas devociones, pero no sacan agua, esto es, no logran lo que piden, no progresan en la virtud, no adelantan un paso en la perfección de su estado, porque dudan, porque vacilan y preguntan como Moisés: «¿Por ventura me oirá Dios?, y ¿podré alcanzar lo que deseo?, y ¿ganaré esta indulgencia?...» Estos no alcanzan lo que piden, porque no obran creyendo.

También en el Nuevo Testamento leemos ejemplos tristísimos en esta materia. Pedro, tan amado y favorecido de Jesús, fué reprendido muchas veces por su Maestro, casi siempre porque no obraba creyendo. Un día andaba el Salvador sobre las aguas del mar, y llamó á Pedro; éste apresuróse á bajar de la barca en que se hallaba, y empezó á andar también sobre la superficie de las aguas; mas al ver que se hundía, lleno de pasmo comenzó á dar voces diciendo: *Señor, sálvame;* y cogiéndolo Jesús del brazo, le dijo: *Hombre de poca fe, ¿por qué has titubeado?* (3). En otra ocasión, no habiendo logrado los discípulos del Salvador arrojar al demonio del cuerpo de un joven, preguntaron á Jesús por qué no habían podido ellos echarlo, y respondiósles: *Porque tenéis poca fe* (4). Siempre reprendiendo la falta de fe. Cierto que todos estos hechos no podrían menos de contristar profundamente al divino Maestro, sobre todo porque estas infidelidades procedían de quien menos eran de esperar, es decir, de los discípulos más favorecidos de su amante Corazón. En cambio, cuando hallaba en algunos esta viva fe, como si no pudiese contener el gozo

(1) Núm., XX, 12; Psal. CV, 32.

(2) I. Corinth., X, 4; Psal. CXVII, 22; Matth., XXI, 42; Marc., XII, 10. Luc., XX, 17; Act., IV, 11.

(3) Matth., XIV, 31.

(4) Matth., XVII, 19.

que henchía su Corazón, levantando la voz para ser oído de la muchedumbre que siempre le seguía, exclamaba enternecido: *En verdad os digo, que no he hallado tanta fe en Israel* (1). Así aconteció con el Centurión, con Zaqueo, con la Cananea, con la Hemorroísa, con la Magdalena y con otros muchos que leemos en las Santas Escrituras. Advertid que ninguno de los que acabo de nombrar pertenecía á la escuela ni aun al pueblo escogido de Cristo, sino que eran gentiles y publicanos y gentes de mal vivir. Por eso decía Jesucristo que en los hijos de Israel no había hallado tanta fe como entre éstos. Y aun esto le pareció poco, pues quiso honrar la memoria de estos creyentes publicando sus nombres en el santo Evangelio, para ejemplo de los que nos llamamos cristianos, y también para confusión y vergüenza de esta generación corrompida, tan soberbia como estúpida é ignorante en esta materia.

¡Oh cuán duro de corazón es el hombre, y cuánto le cuesta creer en la palabra infalible de Dios! (2). Por ello, y á fin de convencer á sus discípulos de la eficacia de esta virtud, llegó á asegurarles con juramento lo que jamás hubieran podido imaginar. Díjoles: *En verdad, en verdad os aseguro que si alguno cree en mí con fe viva, hará también las obras que yo hago, y las hará todavía mayores* (3). ¡Las mismas obras que Jesucristo!... ¡Mayores obras que Jesucristo!... ¿Será posible?... Sí, hermanas mías, y así ha sucedido. Sabemos por las Sagradas Escrituras que Jesucristo resucitó sólo tres muertos (4). «En cambio San Andrés resucitó cuarenta de una vez» (5). San Pedró curó muchos enfermos con sólo pasarlos por la sombra que hacía su persona (6); y no se lee

(1) Matth., VIII, 10.
 (2) Act., VII, 51; Luc., XXIV, 25;
 Rom., X, 10.
 (3) Joann., XIV, 12.
 (4) Marc., V, 41; S. August.,

Serm. 44, de verbis Domini; Luc., VII, 14; Joann., XI, 43.
 (5) B.^o Juan de Avila, Audi, filia, cap. 32.
 (6) Act., V, 15.

esto de Jesucristo. De San Gregorio Taumaturgo sabemos que, hecha oración á Dios, logró que un monte se retirase hasta dejar holgado espacio para edificar un templo (1). «Y la conversión del mundo pagano, verificada por doce pescadores de Galilea, ¿no es obra más estupenda, dice San Agustín, que crear los cielos y la tierra?» (2).

Ya lo veis: se ha cumplido la promesa que hizo Jesucristo á sus Apóstoles, y en ellos á todos los que en Él crean. Luego podemos asegurar que el que obra creyendo con viva fe es omnipotente, es dueño del mundo (3), dueño de la naturaleza con todos sus elementos. Cierto que Dios no exige de vosotras milagros estupendos que asombren á las gentes; no os pide que resucitéis muertos, sino que muráis al mundo y á sus vanidades (4); ni que arranquéis de cuajo una montaña, cosa inútil porque á nada conduce, sino que arranquéis de vuestro corazón la propia voluntad y toda propiedad espiritual, pues á ello os habéis obligado el día memorable de vuestra profesión. Sí, hermanas mías; Dios tiene perfecto derecho á esperar de la religiosa que, cumpliendo sus sagradas promesas, emplee esa misma fe en la práctica de los consejos evangélicos que voluntariamente ha abrazado, esto es, que se niegue á sí misma y le siga cargada con su cruz todos los días de su vida (5). Entrad ahora en cuentas con vuestro corazón, y á la luz esplendorosa de la fe, examinad brevemente si obráis en armonía con lo que exige esa misma fe, que constituye como el alma de la vida religiosa. Bien lo sabéis: *negarse á sí mismo*, es desenlazarse de la propia voluntad; *negarse á sí mismo*, es arrancar del corazón todos nuestros quereres, apegos y aficiones, nuestros pensamientos, afectos y deseos terrenos; es renunciar á nuestra honra,

(1) S. Maxim., Ep., Homil. LIX.
 (2) Tract. 72.
 (3) I. Joann., V, 4.

(4) Coloss., III, 3.
 (5) Luc., IX, 23; Matth., X, 38;
 Matth., XVI, 24; Marc., VIII, 34.

fama, salud y vida, y una vez vacío el corazón de todos estos impedimentos del amor divino, invitar á Cristo á que entre y more en él para siempre; entonces podremos afirmar con verdad *que el reino de Dios está dentro de nosotros* (1). Mientras esto no suceda, reinará en nuestro corazón el «Yo», el amor propio, enemigo jurado del amor de Dios y raíz de todos los males y pecados.

Práctica. Y ¿es este nuestro proceder? ¿Procuramos negarnos á nosotros mismos, hasta el punto de sernos indiferente el vivir mucho ó poco, con salud ó enfermos, honrados y agasajados del mundo ó despreciados y aborrecidos? ¿Fomentamos en nuestro corazón algún afecto ó deseo que no vaya encaminado á mayor gloria de Dios y santificación de nuestras almas? ¿Tenemos apego á la ciudad ó casa en que vivimos, al santo hábito que vestimos, al oficio ó cargo que desempeñamos, al libro, medalla ó recuerdo que tenemos para nuestro uso, de suerte que llegaría á costarnos un verdadero sacrificio el dejar alguna de estas cosas?... Si así es, ¿dónde está nuestra fe?, ¿dónde está la renuncia de la propia voluntad que nos pide Jesucristo y que voluntariamente hemos puesto en sus divinas manos en la profesión religiosa? Esto no es obrar creyendo; esto es vivir como viven los mundanos, con el corazón pegado á la tierra y esclavo de los apetitos, y por ello sujeto á mil inquietudes y mudanzas (2) que han de robarle la libertad, la paz y el sosiego que necesita para servir á Dios y adelantar en la perfección.

La segunda condición que exige Jesucristo á la religiosa es, que *tome su cruz* (3), y añade: *Quien no se abraza con esta cruz todos los días, no puede ser mi discípulo* (4). La palabra «cruz» incluye la práctica de la humildad, de la pobreza y de

(1) Luc., XVII, 21.
(2) Jacob., IV, 1.

(3) Marc., VIII, 34.
(4) Luc., IX, 23.

la mortificación del cuerpo. Por tanto, obrar creyendo, tratándose de la humildad, es confesar que de nosotros no tenemos nada bueno; lo único que nos pertenece es el pecado (1), que Dios aborrece infinita y necesariamente (2). Quien esto cree con viva fe, está muy lejos de envanecerse por alguna buena cualidad que posea, porque sabe que no es suya, pues la ha recibido de Dios (3) para negociar con ella la salvación de su alma (4). La religiosa que vive penetrada de estas verdades, está firmemente persuadida de que nada es, nada vale, para nada bueno aprovecha, y tiene por grande honra el servir y ayudar á las demás, y se esmera en desempeñar muy cumplidamente los cargos ú ocupaciones que la obediencia la confía. Convencida de estas verdades, jamás se deja dominar por la impaciencia, hija del orgullo, ni falta nunca á la caridad con sus prójimos, porque los cree superiores á ella, por lo menos en virtudes y merecimientos delante de Dios. La religiosa que obra creyendo de este suerte es profundamente humilde.

Cuanto á la pobreza, como la religiosa nada tiene, porque todo lo ha renunciado y puesto en manos de Dios (5), porque la fe la dice que *quien renuncia todo lo que posee, tendrá un tesoro en el cielo* (6), fiada en esta promesa de Jesucristo, vive tranquila y olvidada de todo lo que atañe al bienestar y regalo de su persona; y así acepta lo que la dan agradeciéndolo y alabando á Dios, como lo hace el pobre cuando recibe una limosna, y aun se alegra cuando la falta lo necesario, porque entonces se la ofrece ocasión de imitar en esta virtud á su divino Esposo. Esto es obrar creyendo.

Últimamente, si se trata de la mortificación del cuerpo,

(1) Psal. L, 4-5; Psal. L, 7.
(2) Psal. XLIV, 8; Sapient., XIV, 9; Hebræ., I, 9.
(3) I. Corinth., IV, 7; Jacob., I, 17.

(4) Luc., XIX, 13.
(5) Psal. XXX, 16.
(6) Marc., X, 21; Luc., XVIII, 22.

la fe dice por el Apóstol que *los que son de Jesucristo*, los que cursan en su escuela, *tienen crucificada su carne con los vicios y pasiones* (1), y por tanto, la religiosa de buen espíritu no condesciende con las tendencias depravadas de la concupiscencia, y para salir siempre airoso en la lucha de la carne contra el espíritu (2), practica los medios señalados en las santas Reglas, sobre todo la mortificación de los sentidos, *por donde entra la muerte del alma* (3). Y si en algún caso se ve sorprendida por grave tentación en esta materia, en alas de la fe, como el Profeta (4), levanta el vuelo su alma para refugiarse, como paloma perseguida, en los agujeros de la piedra (5), esto es, en las llagas sacratísimas de Cristo, que la espera con ansias de enamorado y la recibe con ternura inefable en la llaga de su abrasado Corazón. Esto es obrar creyendo; esto es vivir con el cuerpo en la tierra y el espíritu y el corazón en el cielo. ¡Dichosa el alma que, comprendiendo las sólidas ventajas que facilita esta vida celestial y divina, procura con empeño, en medio de las necesidades y ocupaciones de la vida, levantar su corazón á Dios, cuya soberana voluntad es el blanco á que debemos enderezar siempre todos nuestros actos!...

Pidámoselo con humildad y perseverancia en la oración; y mientras tanto, procuremos disponernos para recibir aumentos de este don del cielo (6), arrancando de nuestro corazón todo amor propio, todo apego á criaturas ó cosas de la tierra, todo lo que no tienda á Dios ó sea indigno de su divina Majestad, porque, como dice el Apóstol, *pasa la figura de este mundo* (7). En él vivimos como peregrinos que se diri-

(1) Galat., V, 24.
 (2) Rom., VII, 25; II. Corinth., XII, 7; Galat., V, 17.
 (3) Jerem., IX, 21.

(4) Psal. LIV, 7.
 (5) Cant., II, 14; I. Corinth., X, 4.
 (6) Jacob., I, 17.
 (7) I. Corinth., VII, 31.

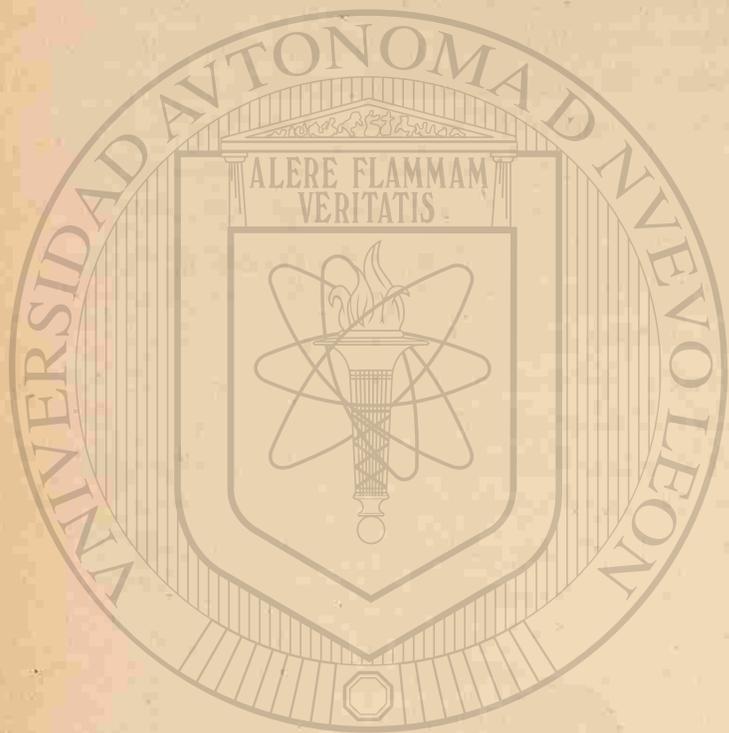
gen á la Jerusalén celestial, nuestra verdadera patria (1); por tanto, allí debemos tener siempre puestos los ojos de la fe (2) y nuestro corazón, nuestros deseos y nuestras esperanzas, de suerte que nuestra vida sea como de *ciudadanos del cielo* (3), que desean verse libres de las ataduras de este cuerpo (4) para volar á la mansión de la paz y vivir y reinar con Cristo Jesús para siempre.

(1) I. Paral., XXIX, 15; Psal. XXXVIII, 13; Hebræ., XI, 13; Hebræ., XIII, 14; I. Petr., II, 2.

(2) Isai., XL, 26; Coloss., III, 1.
 (3) Philipp., III, 20.
 (4) Philipp., I, 23.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

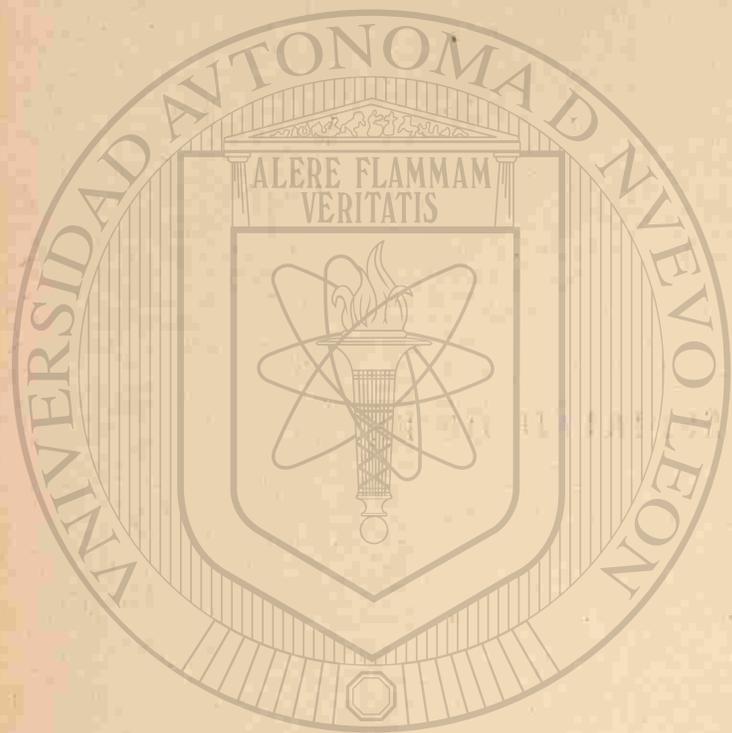


ESPÍRITU DE FE
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

008633



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ESPIRITU DE FE

DESEO hablaros otra vez de la virtud teológica de la fe, y no extrañéis que insista en ello, porque se trata de una virtud excelentísima; se trata de una virtud tan esencial en la vida cristiana, que no puede ser reemplazada por ninguna otra; nada, en efecto, puede sustituirla, ni la intención más recta, ni la más acrisolada virtud moral, ni la ciencia más encumbrada, ni el talento más eminente. Si no tenemos fe, ninguna otra virtud podrá granjearnos la amistad de Dios y el ser contados entre sus hijos (1). A pesar de ello, esta virtud es muy poco conocida y entendida de los fieles cristianos, aunque todos se gloríen de tenerla arraigada en su corazón. Muchos dicen: yo creo en Dios, creo en Jesucristo, creo en su Iglesia, fiel depositaria de las verdades reveladas; pero creen todo esto con fe protestante, con fe muerta, con fe de demonios (2), esto es, con fe que no se

(1) Tobíæ, II, 18; Rom., V, 1-2; Hebræ., XI, 6.

(2) Jacob., II, 19.

acompaña con la caridad y buenas obras, y esa fe para nada les aprovecha, dice el apóstol Santiago (1). Otros creen y obran, pero obran como si no tuviesen fe; se ejercitan en obras de caridad, de beneficencia, de religión y demás virtudes cristianas; pero si se atiende al modo como las practican y á la intención con que las hacen, quizá lejos de merecer recompensa, sean dignos de castigo; por lo menos los que así obran no lograrán nunca saborear los inestimables frutos vinculados á las obras hechas con viva fe.

¿Puede ocurrir esto también entre vosotras? Aunque no es verosímil, es posible. Veis aquí por qué me siento movido á hablaros otra vez de esta virtud, manantial inagotable de méritos y de actos en cierto modo divinos, como dice el Doctor Angélico (2).

Concretando el asunto, deseo mostraros la necesidad que tenéis y tenemos todos de obrar con «espíritu de fe», para abastecernos de virtudes, para multiplicar los merecimientos, para agradar más á Dios y asegurar la salvación de nuestras almas.

Vivir con «espíritu de fe» entiendo que es vivir tan profundamente convencidos, penetrados y hasta enamorados de las verdades reveladas por Dios, que en todos los actos y circunstancias de la vida pueda decirse de nosotros que la fe en estas verdades es la que nos empuja á obrar; que ella es la que da vida á todas nuestras obras, la que nos alienta en las dificultades, la que nos consuela en nuestras aflicciones y trabajos, la que nos defiende en los peligros y la que da á nuestros corazones íntima confianza en la salvación eterna de nuestras almas. De modo que así como el alma es

(1) Jacob., II, 17.

(2) 2. 2, q. 4, art. 3.

el principio de todos los movimientos del cuerpo, el espíritu de fe es el que debe animar toda la vida sobrenatural, haciendo circular, por así decirlo, en todos nuestros pensamientos, palabras y obras el Espíritu de Jesucristo, y en este sentido dice el Apóstol que *quien no vive animado del Espíritu de Cristo, no le pertenece* (1). Esto es vivir con espíritu de fe.

Además, dícenos San Pablo que *el justo vive de fe* (2), esto es, vive alimentado, sostenido y como engolfado en el piélagos de luz que brota á torrentes de cada una de las verdades que Dios ha revelado. De manera que, así como el mundano vive con los sueños de su ambición y las sombras de la mentira (3); y como el avariento no piensa sino en el oro y en él tiene puesto el corazón, *porque allí está su tesoro* (4); y el traficante apenas come ni descansa y no acierta á hablar sino de sus negocios y todo lo encamina á ellos; así *el justo que vive de fe*, por la fe lo mide todo; á la luz de esta antorcha divina ve las cosas, no como aparecen á los ojos del cuerpo, no como las forjan los sentidos y las pasiones bastardas, sino como son en realidad. Y así, por ejemplo, la honra y el honor por cuya adquisición tantas locuras cometen los mundanos, miradas con esta luz celestial, aparecen como ridícula vanidad. Las riquezas, el oro, la plata, que tanto deslumbran y tanto se codician y que son causa de innumerables injusticias y pecados, para el que vive de fe son cargas, espinas y un peligro constante de perdición eterna (5). ¿Por qué? Porque aprecia todas esas cosas en su justo valor; porque las ve como ellas son, pues las ve con las luces y, por decirlo así, con los ojos de Dios. Esto es vivir de fe,

(1) Rom., VIII, 9.

(2) Habac., II, 4; Rom., I, 17; Galat., III, 11; Hebræ., X, 38.

(3) Psal. IV, 3; Ecclesiast., IV, 8.

(4) Matth., VI, 21; Luc., XIII, 34; Jerem., XLVIII, 7.

(5) Ezech., VII, 19; Eccli., V, 10; Prov., XI, 4-28; Ecclesiast., V, 10; Marc., X, 25; Luc., VIII, 14.

y esa es la vida de los justos; vida de gracia, vida de amor, vida que los amadores del mundo, engolfados en los vicios, no pueden comprender y por eso la desprecian, pero que constituye el secreto de la felicidad de las almas justas que, desprendidas de todo lo terreno, ponen todo su empeño en cumplir la voluntad divina, único camino que conduce al cielo (1).

Quien así vive, nada tiene que temer, porque vive estribando en Cristo (2), *pedra angular* é inmovible (3), contra la cual se estrellarán siempre las potestades del infierno (4). Quien así vive, acomete las más arduas empresas, sin que le arredren las dificultades, porque, á semejanza del Apóstol, sabe que *todo lo puede en Dios* (5). ¿Habéis observado alguna vez cómo los perros de caza, apenas divisan la codiciada presa, emprenden veloz carrera, sin que les arredre lo quebrado del terreno, ni las zarzas, ni los matorrales, ni las piedras, ni obstáculo alguno hasta que logran darla alcance? Pues así también el que vive de fe y por ella vislumbra los esplendores de la gloria venidera, despojado de todo afecto terreno y esperando en Dios, *que salva á los que en Él confían* (6), nada teme, nada le detiene, todo lo sufre, todo lo arrostra, por todo pasa, á trueque de alcanzar *la corona prometida al que venciere* en los recios combates de la vida (7). Leed el «Martirologio Romano», y veréis cuán grande fué la intrepidez y fervor de los primeros cristianos y cuán encendido el deseo de padecer y morir por Cristo, que ellos mismos se ofrecían á los más atroces tormentos, como si se tratara de asistir á un regalado convite; y desafiaban el caba-

(1) Prov., VII, 2; Matth., XIX, 17.
 (2) Philipp., I, 21.
 (3) Isai., XXVIII, 16; Luc., XX, 17; I. Corinth., X, 4; Ephes., II, 20.
 (4) Matth., XVI, 18; Matth., XXI, 44.

(5) Philipp., IV, 13.
 (6) Dan. XIII, 60; Psal. LXXXV, 2.
 (7) Isai., XXVIII, 5; Apocal., VI, 2.

lete, y se reían de las uñas y garfios de hierro, y mostraban tan admirable constancia, que los paganos los acusaban de emplear la magia y de servirse de sortilegios para no sentir los tormentos; y acudían de todas partes á padecer el martirio en tan gran número, que los verdugos, rendidos por el cansancio, veíanse forzados muchas veces á renunciar tan infernal oficio. Decidme: ¿quién logró encender en el corazón de aquellos héroes cristianos tan activo fuego de amor de Dios sino *la fe viva que obra por la caridad*, como dice el Apóstol? (1). La fe les infundió alientos para confesar á Cristo (2); la fe los revistió de fortaleza sobrehumana (3) haciéndolos invencibles y al mismo tiempo vencedores del mundo (4), de la carne y del infierno, y poniéndolos luego en posesión de las divinas recompensas (5).

Y no sólo los mártires, sino también los confesores y las vírgenes y todos los cristianos que aprendieron en la escuela de Cristo que, para atesorar merecimientos y lograr los bienes eternos, debían estar dispuestos, con la gracia de Dios, á resistir todas las tentaciones, á padecer todos los males imaginables y á perder la honra, la fama, las riquezas, la salud y hasta la vida del cuerpo, salieron siempre vencedores en todos los combates (6), y lograron, como los mártires, la corona de la victoria. Por el contrario, los que no viven apercebidos para la defensa con *el escudo de la fe y la armadura de Dios* (7), al verse acometidos por alguna de las tres concupiscencias (8), como no pueden resistir con las solas fuerzas naturales, como les falta el impulso de la fe y el fervor de la caridad, son fácilmente vencidos por ellas y arrastran una vida miserable. *Resistid á vuestros enemigos con la formi-*

(1) Galat., V, 6.
 (2) Apocal., XII, 11.
 (3) Hebræ., XI, 34.
 (4) I. Joann., V, 4.
 (5) Hebræ., XI, 33.

(6) Sapient., IV, 2; Hebræ., X, 32-39.
 (7) Psal. XVII, 40; Ephes., VI, 11.
 (8) I. Joann., II, 16.

dable arma de la fe, nos dice San Pedro (1), pues *esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe* (2). Este es el secreto de nuestra invencible fortaleza, porque la verdadera fortaleza estriba en el vencimiento propio (3), y San Pablo nos exhorta á trabar esta noble batalla *embrazando el escudo de la fe con que podemos apagar los dardos encendidos del maligno espíritu* (4). Notad que el Apóstol llama «escudo» á la virtud de la fe, y esta es una de las mayores alabanzas que se la pueden tributar, porque es decirnos que la fe constituye una defensa universal contra todas las tentaciones, porque el escudo defiende todo el cuerpo; él guarda el brazo, defiende el pecho, ampara la cabeza, y no hay miembro que en él no tenga defensa. Y esto es literalmente lo que en nosotros obra la fe; ella no es como las demás virtudes morales, que son como piezas de la armadura espiritual del cristiano, y cada una defiende al alma del golpe de su contrario. La castidad, por ejemplo, nos ampara contra la torpeza y lascivia; la humildad contra la soberbia; la mansedumbre contra la ira; la liberalidad contra la avaricia, y las otras virtudes contra los vicios contrarios. Pero la fe es como escudo que acude á la defensa de todas las virtudes, resistiendo al golpe de todas las tentaciones y facilitando remedios para todos los vicios. ¡Desventurada el alma que carece de fe!; pero lo es en más alto grado la que, habiendo recibido de Dios este don gratuito é inestimable, llega á perderla, ó por lo menos vive como si no la tuviera.

Ejemplo. Escuchad lo que refiere de Sansón la Santa Escritura: Dotado de fuerzas sobrehumanas, mientras permaneció fiel á Dios, este hombre era invencible; su brazo de hierro sembraba el terror y el exterminio en los campos de

(1) Ephes., IV, 27; Jacob., IV, 7;
I. Petr., V, 9.

(2) I. Joann., V, 4.

(3) Prov., XVI, 32.

(4) Ephes., VI, 16.

batalla; por tres veces intentaron los filisteos, sus enemigos, apoderarse de él sobornando á Dálila, mujer con quien él vivía, para que les revelara el secreto de sus colosales fuerzas. Al fin, seducido por los halagos de esta mala mujer, Sansón cede y la dice que sus fuerzas radicaban en sus cabellos. Dálila se los corta, y los filisteos se apoderan de Sansón y le sacan los ojos, y juegan con él y le obligan á dar vueltas á una tahona, como si fuera una bestia, pues Dios se había retirado de él (1). Esto mismo acontece á los que, habiendo recibido el don gratuito de la fe, que constituye la fuerza y el vigor del espíritu, llegan á perderla ó no hacen de ella el uso conveniente: caen como Sansón en manos de sus enemigos y son juguete de las pasiones, y aun llegan á asemejarse á los animales, en frase del Apóstol, porque ya *no pueden percibir ni entender las cosas que son del Espíritu de Dios*, puesto que se han de discernir con la fe, luz espiritual que ellos no tienen (2).

No diré yo que carezcan de fe muchos que confiesan y comulgan con frecuencia y se ocupan en obras buenas y santas, pero que no adelantan un paso en el camino de la perfección á que son llamados; no osaré decirlo, porque sería injusto. Pero sí que puedo asegurar que Dios ha de exigirles cuenta rigurosísima, porque despreciaron ó no emplearon como debían este medio de santificación tan suave, tan delicioso y eficaz, como lo es el vivir con espíritu de fe. A estas almas desdichadas podría echárselas en cara la reprehensión que dió Jesucristo á sus Apóstoles cuando los vió turbados, vacilantes y llenos de miedo, teniéndole á Él tan cerca: Pero *¿dónde está vuestra fe?* (3). Como si dijera: ¿por ventura no me creéis Dios, y por ello, omnipotente? ¿No he obrado en

(1) Judic., XVI, 20.

(2) I. Corinth., II, 4; Psal.
XLVIII, 13.

(3) Luc., VIII, 25; Luc., XXIV, 25.

vuestra presencia milagros estupendos dando vista á los ciegos, oído á los sordos, movimiento á los paralíticos, salud á los enfermos y vida á los muertos? (1). ¿A qué vienen, pues, esas dudas, esas vacilaciones, esos temores, esos miedos? ¿Dónde está vuestra fe?... Así podríamos argüir á muchos que pasan por buenos y devotos, para que abrieran los ojos del alma, que son los de la fe, y emprendieran una vida de espíritu y de fervor.

Práctica. Y ¿cómo obramos nosotros?, ¿cómo practicamos las obras buenas en que nos ocupamos todos los días? ¿Resplandece en ellas el espíritu de fe?, ¿llevan impreso el SIGNACULUM FIDEI, de que habla San Pablo (2), esto es, la marca de la fe, sin la cual no tendrán valor alguno á los ojos de Dios?... Como se trata de una virtud tan poderosa, tan fecunda y tan esencial, pues constituye, según el Concilio de Trento, «el principio, la raíz y como la piedra fundamental» de nuestra justificación y salvación (3), quiero ser más explícito y sobre todo más práctico, á fin de que todas me entendáis y os aprovechéis, con la ayuda de Dios. ¿Sabéis qué es obrar con espíritu de fe? Obrar con espíritu de fe, es practicar las mismas obras en que nos ocupamos, prescindiendo enteramente de lo que nos dicen las pasiones y los sentidos del cuerpo, y atendiendo sólo á lo que nos dicta la fe en cada caso. Pongamos algún ejemplo. La profesión religiosa constituye el más perfecto de todos los estados. Esto es cierto. Pero ¿por qué lo creemos cierto? Porque así nos lo asegura la fe (4). Pues qué, la razón natural, las pasiones y apetitos desordenados y los sentidos del cuerpo, ¿no nos dicen también lo mismo?... De ninguna manera; nos dicen todo lo contrario.

(1) Marc., VII, 37.

(2) Rom., IV, 11.

(3) Sess., VI, cap. 8.

(4) Matth., XIX, 21; 2. 2, q. 188, art. 6.

Ellas nos dicen que, siendo el hombre libre por naturaleza (1), no debe esclavizarse sometiendo ciegamente su voluntad y juicio al juicio y voluntad de otro; y por ello, el voto de obediencia es tiránico é irracional.

Las pasiones y apetitos desordenados nos dicen que debemos entregarnos en cuerpo y alma á los placeres de la carne y de los sentidos y á los pasatiempos y diversiones que ofrece el mundo; porque la mortificación y el ayuno, el cilicio y la disciplina tienden á enflaquecer y arruinar el cuerpo y á quitarle la salud y la vida en poco tiempo; por tanto, el voto de castidad que esto exige es contrario á la naturaleza.

La razón extraviada, los apetitos y los sentidos del cuerpo os dicen que habéis mostrado no tener juicio ni corazón al abandonar para siempre á vuestros padres, renunciando intereses, comodidades y quizá un porvenir brillante y lisonjero, para vestir un pobre hábito remendado y cubrir vuestras cabezas con una toca blanca, la cosa más ridícula y antiestética del mundo. Sí, faltas de corazón y de juicio os creen, porque no necesitando para vivir del socorro de nadie, os habéis obligado á vivir de limosna; y así, el voto de pobreza que á esto obliga es simplemente ridículo.

Las pasiones desordenadas y los sentidos del cuerpo os aconsejan que huyáis cien leguas de los enfermos asquerosos y repugnantes, porque os ponéis en peligro de perder la salud y la vida, bienes sumamente apreciables. Os dicen, en fin, que rompáis todas las trabas que os sujetan á tantas privaciones inútiles, y que gocéis de la juventud y saquéis de la vida todo el partido posible, ya que es tan corta (2).

Hermanas mías: aunque parezca increíble, así se expre-

(1) Conc. Trid., sess. VI, cap. 5; Deut., XXX, 15; Eccli., XV, 14-18; Jerem., XXI, 8.

(2) Job, XIV, 1-5; Sapient., II, 1-8; I. Corinth., VII, 29.

san los que carecen de fe, y son muchos por desgracia; esta es la vida que apetecen los sentidos y las pasiones; vida irracional, vida de brutos, en expresión de San Pablo (1). En esta atmósfera pestilente viven ó vegetan los mundanos.

Pero la fe nos habla de otra suerte; á la luz esplendorosa de esta antorcha divina descubrimos vastísimos horizontes llenos de encantos, de felicidad y de esperanzas. La fe es un talismán que tiene la virtud de embellecerlo todo, aun las cosas más repugnantes á los sentidos y pasiones. Ciertamente que habéis hecho el sacrificio de separaros para siempre de vuestros queridos padres y renunciar intereses y comodidades; pero es porque la fe os dice que en el cielo tenéis un Padre (2) que os ama entrañablemente desde la eternidad (3), el cual, lejos de echar en olvido vuestras necesidades (4), os dará *el cien doblado* en bienes espirituales y aun temporales, y después *la vida eterna* (5). Es cierto que os habéis ofrecido en holocausto al servicio de vuestro Esposo, renunciando con gusto vuestra voluntad y juicio, para someteros ciegamente á la obediencia; pero es porque la fe os asegura que la voluntad racional de vuestros legítimos superiores es la de Dios (6), y en esto consiste cabalmente lo más subido de la perfección. También es público que asistís con amor á los enfermos, porque la fe os enseña que son hermanos vuestros, redimidos, como vosotras, con la preciosa sangre de Cristo (7), y que *cuanto hiciereis por ellos, por Cristo lo hacéis* (8), y si llegáis á perder la vida en la demanda—como ya ha sucedido á algunas del Instituto—hallaréis abiertas las puertas de la gloria y en ella entraréis embellecidas con corona de

(1) I. Corinth., II, 14; Judæ, vers. 18-19.

(2) Isai., LXIII, 16; Matth., VI, 9; Matth., XXIII, 9.

(3) Jerem., XXXI, 3; Galat., II, 20.

(4) Matth., VI, 32.

(5) Matth., XIX, 29.

(6) Luc., X, 16.

(7) I. Corinth., VI, 20; I. Petr., I, 18-19.

(8) Matth., XXV, 40.

vírgenes y palma de mártires de la caridad (1). Esto es obrar con espíritu de fe y en ello consiste la vida de espíritu: en cerrar los oídos á cuanto puedan decirnos la razón extraviada, las pasiones y los sentidos, y atender y practicar con fervor lo que nos enseñan las verdades de fe en todos los actos y circunstancias de la vida.

Por tanto, sabemos ya á qué atenernos y qué medios debemos emplear para no sucumbir en la lucha con las tres concupiscencias (2), enemigos capitales de nuestra alma. *Revestidos de la armadura de Dios* (3), seremos invencibles; defendidos por *el escudo de la fe*, seremos omnipotentes (4), porque *Dios, en cuyo poder estriba la victoria* (5), peleará con nosotros (6). Guiados por esta antorcha divina, *cuya luz disipa las tinieblas de la tribulación*, en sentir del Profeta (7), andaremos sin tropiezo por *la senda de Dios, que es inmaculada* y como *acrisolada al fuego de su palabra* (8), y gozaremos de *la paz que*, en frase del Apóstol, *sobrepuja todo entendimiento* (9), y que experimentan, según dice el Profeta, los que guardan la Ley divina (10); paz que, *á manera de caudaloso río*, dice Isaías, tiene virtud para apagar las llamas de nuestros apetitos, y templar el ardor de nuestras codicias, y regar las venas estériles y secas de nuestro corazón, y brindar celestial refrigerio á nuestras almas (11). Tales son las mercedes que otorga el Señor, aun en esta vida, á los que cierran sus sentidos para no ver, ni oír, ni obrar según las máximas del mundo y las tendencias de la carne y de las pasiones, y se rigen y gobiernan con los ojos y el corazón puestos en el

(1) Joann., XV, 13.

(2) I. Joann., II, 16.

(3) Ephes., VI, 11.

(4) Matth., XVII, 19.

(5) Judith., IX, 16; I. Mach., III, 19.

(6) Psal. XC, 15; Apocal., II, 16.

(7) II. Reg., XXII, 29.

(8) II. Reg., XXII, 31; Psal. XVIII, 8.

(9) Philipp., IV, 7.

(10) Psal. CXVIII, 165.

(11) Isai., XLVIII, 18.

faro esplendoroso de la fe que les señala el camino de la justicia (1) y el lugar de su eterna bienaventuranza.

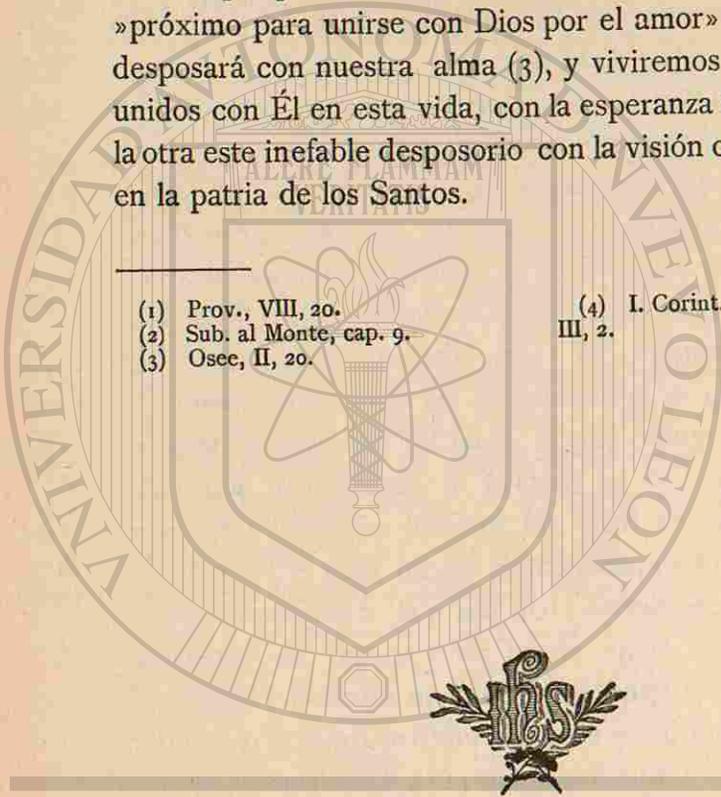
Si deseamos también nosotros estos bienes, obremos con fe viva, porque «la fe, dice San Juan de la Cruz, es el medio »próximo para unirse con Dios por el amor» (2); y Jesús se desposará con nuestra alma (3), y viviremos estrechamente unidos con Él en esta vida, con la esperanza de consumir en la otra este inefable desposorio con la visión clara de Dios (4) en la patria de los Santos.

(1) Prov., VIII, 20.

(2) Sub. al Monte, cap. 9.

(3) Osec, II, 20.

(4) I. Corint., XIII, 12; I. Joann., III, 2.



PRÁCTICA DE VIVA FE

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

faro esplendoroso de la fe que les señala el camino de la justicia (1) y el lugar de su eterna bienaventuranza.

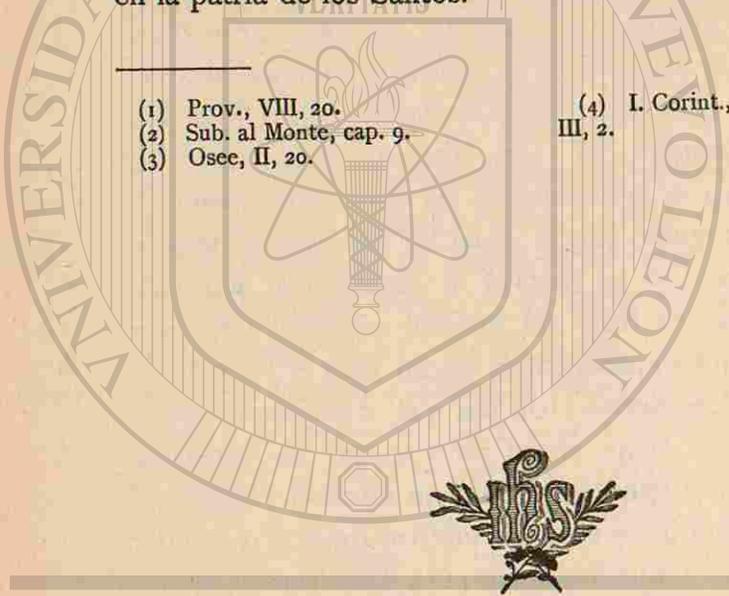
Si deseamos también nosotros estos bienes, obremos con fe viva, porque «la fe, dice San Juan de la Cruz, es el medio »próximo para unirse con Dios por el amor» (2); y Jesús se desposará con nuestra alma (3), y viviremos estrechamente unidos con Él en esta vida, con la esperanza de consumir en la otra este inefable desposorio con la visión clara de Dios (4) en la patria de los Santos.

(1) Prov., VIII, 20.

(2) Sub. al Monte, cap. 9.

(3) Osec, II, 20.

(4) I. Corint., XIII, 12; I. Joann., III, 2.



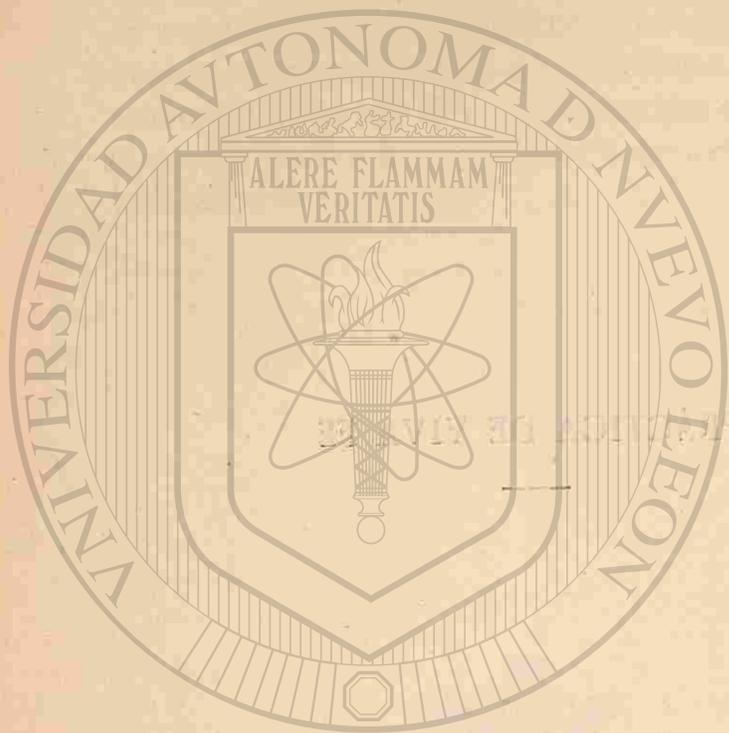
PRÁCTICA DE VIVA FE

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

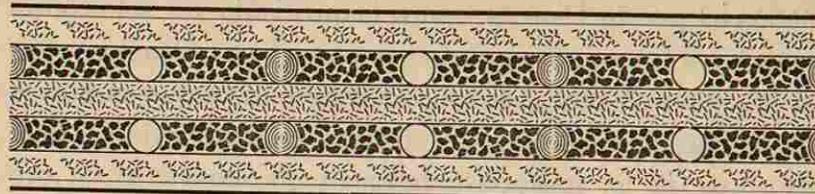
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PRÁCTICA DE VIVA FE

Somos pobres, hermanas mías, sumamente pobres; pero esta pobreza en que vivimos ni Dios nos la agradece, ni inspira compasión á nuestros prójimos, porque es una pobreza culpable, y la pobreza culpable es reprehensible. El pobre que lamenta su escasez y miseria, pudiendo vivir abastecido de bienes á muy poca costa, ningún socorro merece. Claro está que no me refiero á la pobreza ó escasez de bienes temporales que voluntariamente hemos renunciado, porque en este sentido somos ricos, sumamente ricos, pues aunque *nada tenemos, lo poseemos todo*, dice el Apóstol (1). Aludo á los bienes del alma; me refiero á las virtudes religiosas, noble patrimonio del espíritu. De estos verdaderos bienes creo no ser injusto si aseguro que andamos, por desgracia, muy escasos, pues de ello nos lamentamos á cada paso, y bueno es que conozcamos nuestra indigencia. En nuestras

(1) II. Corinth., VI, 10.

manos ha puesto Dios un tesoro inapreciable que sólo confía á sus hijos (1) para que negocien con él su salvación eterna (2), y no obstante, andamos hambreado y quejumbrosos por la alarmante escasez de virtudes en que vivimos. Este tesoro es la fe, misterioso talismán que convierte en oro cuanto toca; vara prodigiosa cuyo poder no conoce límites en la tierra ni en el cielo; *fuentes copiosísimas* de gracias y dones celestiales, *cuyas aguas vivas saltan hasta la vida eterna* (3); antorcha divina que despide rayos de luz tan potente, que, rasgando el firmamento, transporta el alma á las regiones celestiales y la permite asistir entre los coros de los ángeles, y escuchar embelesada el armonioso concierto de sus himnos inefables, y columbrar los abismos de felicidad en que sumerge Dios á sus escogidos.

Todos estos bienes produce la fe en el alma, cuando es activa, cuando es perfecta, cuando se acompaña con la caridad, en la cual estriba todo el mérito de nuestras buenas obras (4). Vamos á descubrir esos tesoros para enriquecer con ellos nuestras almas.

Comencemos por la definición. «Fe es una virtud sobrenatural que inclina nuestro entendimiento á creer firmemente lo que Dios ha revelado y la Iglesia nos propone» (5). «La fe es un don gratuito, dice Santo Tomás, que infunde en nuestra alma el Espíritu Santo en el sacramento del «Bautismo» (6). Aunque esta virtud, considerada en sí misma, es una é indivisible, como escribe el Apóstol (7), no obstante en la práctica, y por lo que atañe á nuestro asunto,

(1) Marc., IV, 11.

(2) Luc., XIX, 13.

(3) Joann., IV, 14; Eccli., I, 5; Jerem., II, 13; Isai., XII, 3.

(4) I. Corinth., XIII, 3.

(5) 2. 2, q. 1, art. 3, in corpore.

(6) 2. 2, q. 5, art. 2, ad 1 et 2.

(7) Ephes., IV, 5.

distínguense principalmente tres maneras de fe: «Fe viva», «fe muerta» y «fe activa ú operativa». Llámase fe viva la que está informada por la caridad. A este propósito dice San Pablo: *Aunque tuviera tanta fe que lograra trasladar los montes, si me falta la caridad, de nada me serviría* (1). Fe muerta, cuando no se acompaña con la caridad, y esta es la que tienen comúnmente los que viven en pecado mortal. Con éstos habla San Juan cuando dice: *Tienes nombre de vivo, porque conservas la fe, pero estás muerto* (2), porque esta tu fe no obra por la caridad; como solemos llamar aguas muertas á las estancadas en las lagunas, porque no corren ni se mueven; y por el contrario, comparamos la fe viva, como lo hizo Jesucristo, *al agua viva que salta hasta la vida eterna* (3), porque impulsa siempre á obrar por medio de la caridad (4). Por último, fe activa ú operativa llamamos á la práctica ó ejercicio de esta misma fe en todos los actos y circunstancias de la vida, lo cual añade á la fe viva un grado de perfección, porque puede uno obrar en gracia de Dios, sin acordarse de avivar la fe en aquel momento, como cuando se comulga en gracia, pero sin activar ó avivar la fe de la presencia real de Jesucristo en la sagrada Hostia. Esto acontece con frecuencia entre los cristianos, y luego se lamentan de la escasez de virtudes en que viven.

Por ello nunca se encarecerá bastante la importancia de los tesoros reales y positivos, aunque ocultos, que la fe pone en nuestras manos; y el no persuadirnos bien de esto es causa de la mayor parte de nuestros pecados, pero sobre todo de nuestras flaquezas de espíritu. Ciertamente que todos los que viven en gracia de Dios tienen fe viva, mas no todos suelen negociar con ella, juntándola con todas sus obras.

(1) I. Corinth., XIII, 2.

(2) Apocal., III, 1.

(3) Isai., XII, 3; Joann., VII, 38.

(4) Galat., V, 6.

Animado de esta fe activa vive el justo (1), y por medio de ella concédele Dios las riquezas y tesoros de su gracia, y mueve su voluntad á obrar el bien; y por ello dice el Apóstol que *la palabra de Dios*—caudaloso manantial de la fe—*es viva y eficaz, y más poderosa para penetrar nuestra alma que una espada de dos filos* (2). Advertid que no dice «la palabra de Dios es eficaz», sino *viva es la palabra de Dios*; porque de esta vida procede su eficacia; y esta vida no la tiene por sólo estar escrita en los Libros santos ó conservada en la memoria, sino cuando está actuada en nuestra alma mediante la consideración y ejercicio de la fe. Entonces posee una fuerza maravillosa para mover nuestro corazón á la práctica de las virtudes, y logra estos efectos con mucha más eficacia que cuantos razonamientos y consideraciones pueda discurrir nuestro entendimiento.

El Santo Job, hablando de la excelencia de esta virtud, dice que «su divina luz resplandecía como antorcha sobre su cabeza, y guiado por esta luz andaba seguro entre las tinieblas y errores de este mundo» (3); y yo hallo la metáfora muy adecuada para trazar la norma que debemos seguir en la práctica de esta viva fe. En efecto: el hombre consta de alma y cuerpo; con el cuerpo vive en este mundo alumbrado por la luz del sol y provisto de medios adecuados para subvenir á todas las necesidades de su naturaleza. Pero al alma, que es espiritual é imagen de Dios (4), no la bastan los rayos de este sol para vivir, ni halla en este mundo alimento apropiado á su naturaleza, y por tanto, necesita vivir en otra región más encumbrada, región sobrenatural bañada por una luz más intensa, más pura, por una luz perpetua é inextinguible, por la luz de la fe, aurora de la vida eterna y

(1) Habac., II, 4; Rom., I, 17; Hebræ., X, 38.

(2) Hebræ., IV, 12; Ephes., VI, 17.

(3) Job, XXIX, 3.

(4) Génes., I, 26; Génes., IX, 6.

destello inmortal de Dios. A esta luz se refiere el patriarca Job en el lugar citado; de ella habla el real Profeta cuando dice á Dios: *Antorcha para mis pies es tu palabra, y luz para mis sendas* (1); esta es *la antorcha encendida* que, como dice Jesucristo en su Evangelio, *debemos llevar en nuestras manos* los que vivimos consagrados al divino servicio (2), *para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz* (3). Ella es luz vivísima cuyos rayos esplendorosos inundan el alma y la instruyen y la alientan y la mueven á emprender obras heroicas, cuyos resultados admiramos hoy en muchos santos. Y á la verdad: alumbrado por esta luz divina San Antonio abad, y movido por aquellas palabras del Evangelio: *Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo á los pobres* (4), como si las hubiera oído de la boca de Jesucristo, al momento las puso en ejecución y voló al desierto. Así lo asegura San Atanasio. Lo mismo escribe San Buenaventura del glorioso San Francisco, el cual como oyese estas palabras: *No queráis poseer oro, ni plata, ni alforja para el viaje, ni más de una túnica y un calzado* (5), luego tomó aquello por base de su Instituto. Lo propio refiere San Jerónimo de San Hilarión; y si bien lo consideramos, esta misma viveza de fe, abriendo los ojos del alma para mirar lo eterno, ha sido la que llenó antiguamente los desiertos de monjes y anacoretas, ahora los conventos de religiosos, y siempre el cielo de mártires, vírgenes y confesores. Y vosotras debéis otorgarlo, alabando á Dios por ello. Decidme: ¿qué fuerza tan poderosa os ha arrancado de los brazos de vuestros queridos padres y puesto en los brazos de Jesús, para desposaros con Él hasta la muerte? (6). ¿Qué es-

(1) Psalm. CXVIII, 105; Psalm. CXVIII, 133; Prov., IV, 18; II. Reg., XXII, 29.

(2) Luc., XII, 35.

(3) Luc., I, 79.

(4) Matth., XIX, 21; Marc., X, 21; Luc., XVIII, 22.

(5) Matth., X, 9; Luc., IX, 3.

(6) Osee, II, 20.

trella os ha conducido hasta la Casa de Dios, en la cual todo os era desconocido y no podíais esperar sino humillaciones, mortificación y pobreza?... La fe; no lo dudéis. Ella os dijo un día en nombre de Dios: *Escucha, hija mía, mira, inclina tu oído. Si quieres que el Rey de reyes quede prendado de tu belleza, olvida tu pueblo y la casa de tu padre* (1); viéndoos turbadas é indecisas, os prestó sus alas, y rasgando las nubes, os llevó en espíritu á las puertas de la Ciudad santa (2), y pudisteis contemplar la gloria que Dios tiene reservada para aquellos que le aman (3); y estimuladas por estas promesas inefables, os faltó el tiempo para romper todos los lazos que os unían al siglo (4) y volar al encuentro de vuestro Amado.

Ya que hemos recibido de Dios este don inestimable (5), debemos utilizarlo aplicándolo á cada uno de nuestros actos y tomarlo por espléndido fanal de toda nuestra conducta, pues ayuda poderosamente á llevar con alivio la pesada carga de la vida. ¿Habéis observado alguna vez cómo, á altas horas de la noche, la primera autoridad—vulgarmente llamada la justicia—para asegurar la paz y tranquilidad de una población, ronda por sus calles y plazas provista de una linterna, cuya luz aproxima al rostro de los que halla al paso para conocerlos y frustrar sus propósitos, si intentan algún daño? Pues esto mismo debemos hacer y con estas precauciones hemos de vivir los que peregrinamos por este destierro lleno de tinieblas y peligros (6). Provistos de esta luz viva de fe que, en frase de San Pedro, *alumbra como antorcha en lugar obscuro* (7), cuando hallemos alguna dificultad ó repugnancia en el cumplimiento de nuestros deberes religiosos, ó bien en las graves tentaciones y peligros de que está sembrada la

(1) Psalm. XLIV, 11.

(2) Apocal., XXI, 10.

(3) I. Corinth., II, 9; Isaiaæ, LXIV, 4.

(4) Psalm. CXXIII, 7.

(5) Ephes., II, 8.

(6) Ephes., VI, 12.

(7) II. Petr., I, 19.

vida, avivando la fe, practiquemos al momento lo que nos sugiera en aquel caso, y entonces, no lo dudéis, viendo el tentador descubiertos sus planes y fracasados sus malvados intentos, huirá corrido y amostazado, y nosotros habremos logrado una de las mayores victorias vinculadas á la fe, dice el Apóstol (1).

Práctica. 1.º Pongamos ejemplos. Si cuando se trata de cumplir alguno de los deberes incluídos en el voto de obediencia sentimos que nuestra voluntad intenta levantar bandera de rebelión contra lo ordenado por el Superior, al momento recurramos á la fe, y ella nos dirá que el Superior está en lugar de Dios, y por tanto, *quien á él escucha, á Dios escucha; y quien le desprecia, ó no le obedece, á Dios desprecia* (2). Nos dirá con San Pablo, que *debemos obedecer á nuestros superiores y estarles sumisos, porque han de dar cuenta á Dios de nuestras almas* (3). Nos dirá que, como religiosos, estamos obligados á imitar á Cristo, *hecho obediente hasta la muerte de cruz* (4). Nos dirá que *el alma obediente logrará victoria sobre todos sus enemigos* (5), y hasta nuestra misma conciencia alarmada clamará recordándonos el sagrado voto de obediencia que espontánea y libremente hicimos arrodillados á las plantas de Jesús Sacramentado el día de nuestra profesión. Alumbrados con esta luz é instruídos con esta palabra divina, veremos á Jesucristo en nuestro Superior y le obedeceremos con grande amor y respeto. Con esta viva fe obra aquel grande Santo, Francisco Javier, de la Compañía de Jesús, y tan penetrado vivía de su espíritu, que cuando escribía alguna carta á su Superior, creyendo que hablaba con el mismo Dios, lo hacía puesto de rodillas.

2.º Si alguna vez nuestro amor propio se cree humillado

(1) I. Timoth., VI, 12; I. Petr., V, 8.

(2) Luc., X, 16.

(3) Hebræ., XIII, 17; Tit., III, 1.

(4) Philipp., II, 8.

(5) Prov., XXI, 28.

por algún desprecio ó corrección recibida, ó bien porque se nos trata con alguna dureza ó desabrimiento—que en nuestra errada opinión estamos muy lejos de merecer—ó por algún otro motivo que nos hiéra ó mortifique; si en esos momentos de angustia acudimos á la fe, ella derramará inefables consuelos en nuestras almas al recordarnos que Jesús, nuestro dulcísimo Esposo, abrasado de amor por nosotros (1), se anonadó á sí mismo (2), y dijo que era gusano y no hombre; el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe (3); al decirnos que no ha de ser el discípulo de mejor condición que su Maestro (4), de suerte, que si el Maestro fué llamado blasfemo (5) y endemoniado (6), y padeció humillaciones, calumnias, dolores, tormentos y muerte de cruz (7), no es justo, no es equitativo que el discípulo viva sin ellas, puesto que han de procurarle un peso inmenso de gloria en la eternidad (8). También nuestra conciencia puede con razón argüirnos en este punto y obligarnos á enmudecer diciéndonos, que quien ha merecido el infierno por sus pecados, en vez de quejarse cuando es humillado, debe andar á caza de humillaciones y desprecios, y aun mostrarse agradecido á quien se digna humillarle.

3.º Si tan grave y tenaz es la tentación con que Dios quiere probarnos (9), que sumiéndonos en profunda tristeza logra poner en peligro nuestra fidelidad en el servicio divino y parece como que nos arrastra hacia el abismo del pecado, RESISTITE FORTES IN FIDE, OS diré con San Pedro (10); la fe nos dará fuerzas para resistir y nos consolará asegurándonos en nombre de Dios que es dichoso y bienaventurado el que sufre

- (1) Jerem., XXXI, 3.
 (2) Philipp., VIII, 7.
 (3) Psal. XXI, 7.
 (4) Matth., X, 24.
 (5) Joann., X, 36.

- (6) Joann., VIII, 52.
 (7) Matth., XXVII, 38.
 (8) II. Corinth., IV, 17.
 (9) Tob., XII, 13; Hebræ., XII, 6.
 (10) I. Petr. V, 9.

con paciencia la tentación (1); la fe calmará las ansiedades y zozobras de nuestro espíritu, recordándonos que Dios es fiel, y no permitirá que seamos tentados sobre nuestras fuerzas; antes de la misma tentación nos hará sacar provecho (2); y que es forzoso pasar por muchas tribulaciones y tentaciones para entrar en el reino de Dios (3), ya que la vida del hombre es campo de batalla (4), y Dios ha prometido al que venciere sentarlo en un trono, coronado de gloria (5). ¿Veis las ventajas que procura la fe al alma que de ella vive y con ella obra y por ella padece y se sacrifica?, ¿columbráis las riquezas que atesora y el poder inmenso que posee para calmar las tempestades del corazón, y triunfar de todos los enemigos, y efectuar la unión de nuestra alma con su Criador? (6).

Pues bien, hermanas mías: esta es la luz que debe alumbrar nuestros pasos mientras peregrinemos en la tierra (7); esta es la antorcha espiritual que no debemos soltar nunca de la mano, para no desviarnos de la senda estrecha que conduce á la vida eterna (8); esta es el arma formidable y poderosa para triunfar siempre de los enemigos del alma visibles é invisibles; este es el tesoro escondido á los sabios y prudentes del siglo (9), pero abierto y patente á los humildes que buscan á Dios para adorarle con espíritu de viva fe (10). En nuestras manos le tenemos; aprovechémonos de este don del cielo, el mismo que ofrecía Jesús á la Samaritana junto al pozo de Jacob (11). Poseídos de este espíritu, obraremos maravillas como las que cuenta el Apóstol de los Santos del Antiguo Testamento (12); viviremos desprendidos del mundo y de sus vanidades (13); resistiremos con fortaleza los ataques del

- (1) Jacob., I, 12.
 (2) I. Corinth., X, 13.
 (3) Act., XIV, 21.
 (4) Job, VII, 1.
 (5) Apocal., III, 21.
 (6) Ephes., III, 17.
 (7) II. Corinth., V, 6.

- (8) Matth., VII, 14.
 (9) Matth., XI, 25.
 (10) Joann., IV, 24.
 (11) Joann., IV, 10; Ephes., II, 8.
 (12) Hebræ., XI, 33.
 (13) I. Joann., V, 4.

mal espíritu y las perniciosas influencias de la carne y de las pasiones (1); en la oración seremos siempre escuchados (2), porque todo es posible al que cree (3); en la comunión, ¡oh!, la comunión, hermanas mías... si recibiéramos con viva fe el Cuerpo sacratísimo de Cristo; si pensáramos, siquiera algunos momentos, que en el reducido espacio de la sagrada Hostia que recibimos está nuestro buen Dios, el Dios vivo (4), el adorado en el cielo, el Amante que por nosotros ha muerto, el Esposo enamorado que sale á recibir á su esposa para unirse estrechamente con ella, y perdonar sus pecados, y colmarla de gracias y mercedes, y darla el ósculo de paz, y abrasarla con vivas llamas de amor y hacerla suya para siempre... ¡ah! entonces lograríamos sentir en nuestras almas los admirables frutos de este Sacramento inefable, y gustar la suavidad y dulzura de nuestro Dios (5); y espoleados, como San Pablo, por la vehemencia del amor, exclamaríamos con él: *No soy yo el que vivo, sino Cristo quien vive en mí* (6). Ya no extraño que San Ignacio de Loyola sólo pudiera celebrar una Misa en una noche de Navidad, convertido como estaba su corazón en un áscua, en un volcán de amor divino. No me maravillo de que el Beato Juan de Ávila derramase tal abundancia de lágrimas durante el Santo Sacrificio, que hubiese luego necesidad de tender al sol los corporales para secarlos. Y es que el amor divino, impulsado por la fe, rebasaba los límites del corazón y asomaba á sus ojos deshecho en ardientes lágrimas...

En vista de estos ejemplos admirables, resolvámonos, hermanas mías, á emprender esta vida de fe, que es vida divina, vida de gracia, vida de amor; á apagar la sed de

(1) Rom., VIII, 13; Jacob., IV, 7; Ephes., IV, 27; I. Petr., V, 9.
(2) Matth., VII, 7-8; Luc., XI, 9-10; Joann., XVI, 24; Joann., XV, 7; Matth., XXI, 22.

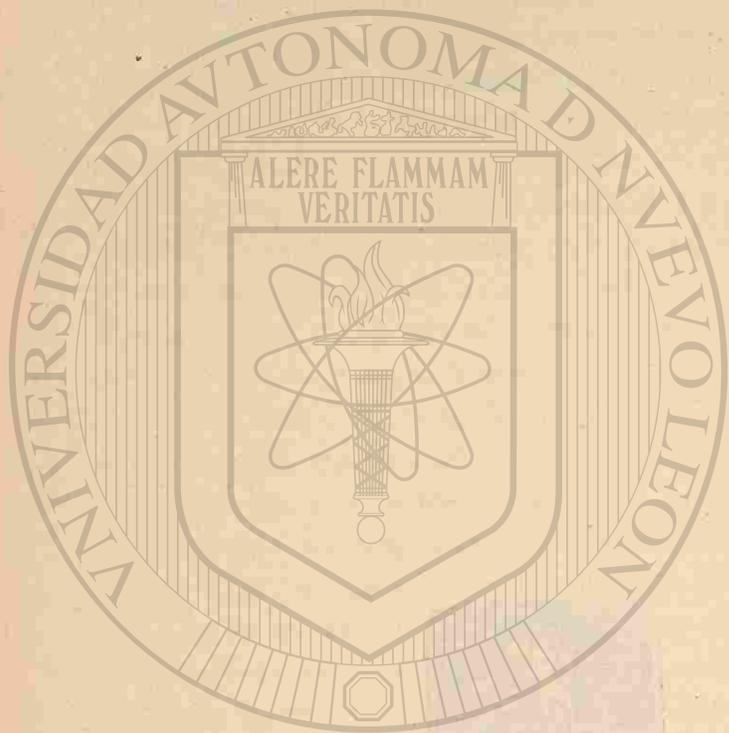
(3) Marc., IX, 22.
(4) Matth., XVI, 16.
(5) Psalm. XXXIII, 9; Psal. XXX, 20; Cant., II, 3.
(6) Galat., II, 20.

nuestras almas en este manantial indeficiente de *aguas vivas que saltan hasta la vida eterna* (1); á remediar nuestra pobreza espiritual con los tesoros de este don del cielo que Dios ha puesto en nuestras manos; á granjearnos numerosos amigos—que son las virtudes—para que nos defiendan en el día de la cuenta (2), y engalanados con ellas, nos introduzcan en las eternas moradas de la gloria.

(1) Joann., IV, 14.

(2) Luc., XVI, 9; Tobíaz, IV, 7-10; Eccli., XIV, 17.





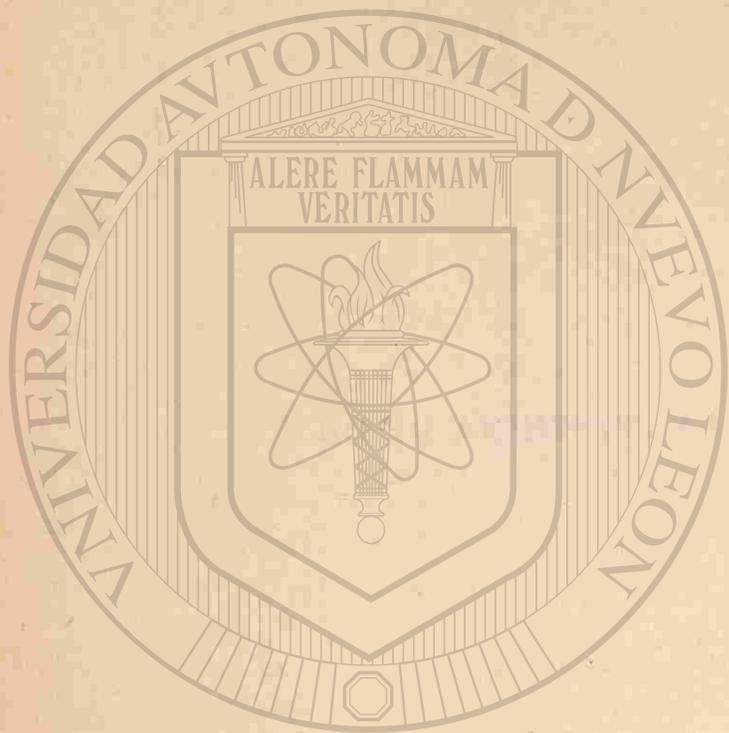
DE LA PRESENCIA DE DIOS

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

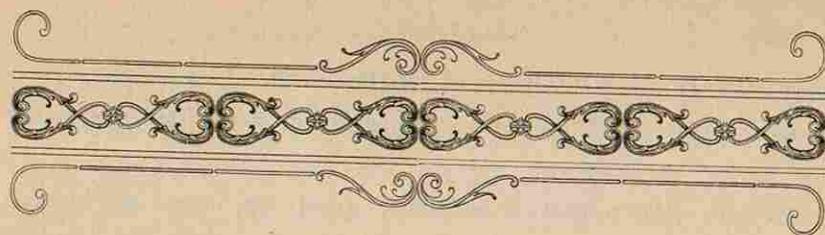


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DE LA PRESENCIA DE DIOS

HABLEMOS de Dios, que es dulce y deleitoso hablar de lo que mucho se ama. Hablemos de Dios, para que cada día se enamore más de Él nuestro pobre corazón, pues no hay en el mundo cosa, fuera de Dios, que merezca nuestros amores (1). Hablemos de Dios... Pero, ¿qué voy á decir, si no hallo palabras que expresen lo que el más fino entendimiento no puede comprender?... ¿Qué voy á hablar de Dios, á quien sólo conozco por lo que me enseña la fe y por las maravillas de que ha llenado el mundo, las cuales publican su poder y su gloria? (2). ¿Qué puedo decir, tratándose de Dios, si el Apóstol San Pablo, que fué arrebatado al paraíso, donde vió grandes arcanos, al intentar explicarlos, limitóse á decir que *ni ojo vió, ni oído oyó, ni pasó por pensamiento humano lo que reserva Dios para aquellos que le aman?* (3). ¿Cómo osaré yo, vil gusanillo, engolfarme en ese océano de luz, de

(1) Psal. LXXVI, 14.

(2) Psal. XVIII, 2; Rom., I, 20.

(3) Isai., LXIV, 4; I. Corinth., II, 9; II. Corinth., XII, 4.

amor, de bondad y belleza increadas, si dice el Espíritu Santo que *el que osare escudriñar la Majestad de Dios, será aplastado por el peso de su gloria?*... (1).

Pero si no podemos explicar quién es Dios, porque su inmensidad no cabe en nuestro entendimiento, en cambio podemos pensar en Él y hablar con Él á toda hora, y recrearnos con su presencia, aunque invisible á nuestros ojos (2), y esto es muy consolador para los que vivimos en este destierro. Sí, hermanas mías; podemos y aun debemos pensar en nuestro Dios (3) y hablar con Él en todo tiempo y lugar, porque es inmenso, y nada en la creación puede evitar su mirada (4). En el mundo son muy pocos los que piensan en Dios; por ello el Santo Rey David con harta razón llamó al mundo *tierra del olvido* (5), porque en él los hombres en todo piensan menos en Dios; en todo se ocupan menos en servirle; á todo atienden con extremada solicitud, menos á lo único que la merece toda (6); olvidan á quien nunca los olvida; no ven á quien siempre los está mirando; á todos ellos cuadra perfectamente aquella expresión del Bautista: *En medio de vosotros está Aquél á quien no conocéis* (7).

Por misericordia divina, no acontece así en *la tierra bendecida por Dios* (8), es decir, en el estado religioso, porque en él hay almas escogidas que aspiran á la santidad de la vida y á la pureza del corazón, y saben que uno de los medios más eficaces para lograrla estriba en el «ejercicio de la «presencia de Dios». De él voy á hablaros brevemente. La fe y la gracia nos ayudarán á practicarlo.

(1) Prov., XXV, 27; Eccli., III, 22.

(2) Coloss., I, 15; I. Timoth., I, 17.

(3) Deut., IV, 39; Prov., III, 6.

(4) Hebræ., IV, 13.

(5) Deut., XXXII, 18; Psal. LXXXVII, 13; Jerem., II, 32.

(6) Luc., X, 42.

(7) Joann., I, 26.

(8) Psal. LXXXIV, 2.

Ejercitando la fe. Que Dios está en todas partes, nos lo enseña la fe. Cristo, nuestro adorable Redentor, visible en cuanto hombre, está en el cielo y en el Santísimo Sacramento del altar, pero no está en todo lugar. Mas en cuanto Dios, está aquí presente, dentro de mí y en todo lugar. *El Espíritu del Señor*, dice el Sabio, *llena la redondez de la tierra* (1), y nos ve y lo vemos con los ojos del alma, que son los de la fe, y no es menester imaginarlo, sino creerlo, porque así es y no puede negarse, porque *Dios es inmenso* (2), y su Sér infinito lo llena todo. Nada hay en el cielo ni en la tierra que logre esconderse á su mirada, dice el Apóstol (3). *Si subo á los cielos*, escribe el real Profeta, *Señor, allí estáis: si bajo al fondo de los abismos, allí os encuentro: ¿adónde huiré, Señor, de vuestro Espíritu?, ¿dónde me esconderé para que no me vean vuestros ojos?* (4). *No está Dios lejos de nosotros*, dice San Pablo, porque *en Él vivimos, nos movemos y somos* (5). En realidad hállase Dios en nosotros más íntima é intrínsecamente presente que nosotros en nosotros mismos, porque *en Él vivimos*, y Él es el que da vida á todo cuanto vive; *en Él nos movemos*, y Él es el que da fuerza á todo cuanto se mueve; *en Él y de Él tenemos el sér*, y Él es el que da el sér á todo cuanto es. No importa que no lo veamos con los ojos del cuerpo, pues tampoco vemos el aire, y no obstante, envueltos en él vivimos, y sin él dejaríamos de existir. *¿Por ventura podrá ocultarse un hombre en algún escondrijo*, dice el Señor, *sin que yo lo vea?, ¿no lleno yo con mi presencia el cielo y la tierra?* (6). Imaginemos por un momento que Dios no está en nosotros conservando nuestro sér, y al punto dejaríamos de existir (7), porque nos faltaría la causa de nuestra exis-

(1) Sapient., I, 7-8.

(2) Symb. Athan.

(3) Hebræ., IV, 13; Psal. XVIII, 7.

(4) Psal. CXXXVIII, 8.

(5) Act., XVII, 28; Rom., XIV, 8.

(6) Jerem., XXIII, 24.

(7) Psal. CIII, 29.

tencia. Estamos, pues, llenos de Dios, rodeados de Dios y como engolfados en la inmensidad de Dios, porque su Sér infinito lo llena todo. *Dios*, dice el real Profeta, *tiene puestos sus ojos sobre todos y cada uno de los vivientes* (1); por tanto, ve con suma claridad todos los pensamientos de la mente, todos los deseos, afectos é intenciones del corazón y todas las buenas obras y pecados que se cometen sobre la haz de la tierra. *¿Por ventura*, dice el Santo Job, *no está el Señor observando mis caminos y contando todos mis pasos?* (2) ¿Quién osará ofender á Dios, si piensa que en todo tiempo y lugar le está mirando, con poder absoluto para quitarle súbitamente la vida y echarlo al infierno?... ¿Quién no se empeñará en resistir con valor las tentaciones, sabiendo que Dios le está mirando cómo lucha por su amor y aun le ayuda para que logre la victoria? (3)... ¿Quién no estará con modestia y decencia en cualquier lugar, aun el más solitario y oscuro, si cree con viva fe que está en presencia de la soberana Majestad de Dios, cuya mirada, como escribe el Profeta, *penetra hasta el corazón y las entrañas del hombre?* (4). ¿Quién, finalmente, no obrará con la mayor rectitud y justicia (5), si piensa que Dios, juez incorruptible (6), ha de pedirle cuenta después de la muerte aun de las palabras ociosas? (7). Ved cuánto aprovecha este ejercicio para conservar la pureza del corazón. Por eso dijo Dios al Santo Patriarca Abraham: *Anda en mi presencia, y serás perfecto* (8).

Por la gracia. También está Dios en nosotros por la gracia y la caridad, y éste es el segundo modo de considerarle presente en nosotros y mucho más práctico y eficaz

(1) Psal. XXXIII, 16; Eccli., XV, 20; Hebræ., IV, 13.

(2) Job, XXXI, 4.

(3) Psal. LXXX, 8; Psal. XC, 15.

(4) Jerem., XI, 20; I. Reg., XVI, 7; Psal. VII, 10; Rom., VIII, 27.

(5) Luc., I, 74-75.

(6) Isai., XXXIII, 22.

(7) Matth., XII, 36.

(8) Génes., XVII, 1.

que el anterior. En efecto: *Dios es caridad, y el que permanece en caridad, en Dios permanece y Dios en él* (1). Y Jesucristo ha dicho: *Si alguno me ama, mi Padre le amará, y vendremos á él, y haremos morada en él* (2). Por ello añade San Lucas, *que el reino de Dios está dentro de nosotros* (3); y San Pablo, *que somos templo de Dios, y que el Espíritu Santo mora en nosotros* (4). Así lo ha prometido el mismo Dios: *Habitare en medio de ellos, y en medio de ellos andaré, y Yo seré su Dios* (5). Por tanto, aquí en nuestro corazón le tenemos por la fe y la caridad (6), dispuesto á escuchar benigno nuestras súplicas (7), y alumbrar nuestras tinieblas (8), y abastecer nuestra indigencia (9), y saciar el deseo anhelante de felicidad que ha puesto en nuestro corazón. ¡Qué dicha, hermanas mías!; si estamos en gracia, si tenemos limpia conciencia, con nosotros mora Dios. San Agustín lo buscaba en las cosas exteriores, en las criaturas, fuera de él, y al fin lo halló en su corazón (10). «Allí está Dios, dice Santa Teresa; con »nosotros mora por la gracia; mirémosle con los ojos del »alma, porque Él no se cansa de mirarnos. Podéis mirar, »dice la santa, cosas muy feas, y no podéis mirar la cosa »más hermosa que se puede imaginar? Sabed que no está »aguardando otra cosa sino que le miréis. *Vuelve tu rostro,* »nos dice como á la Esposa de los Cantares, *vuelve tu rostro,* »esposa mía, para que te vea. (11) Si pudieris hacer esto muchas veces en el día—son palabras de la santa,—si pudieris hacerlo muchas veces durante el día, mejor; si no, sean »pocas, que siempre saldréis con ganancia». Mucho agradaba á la Santa Madre este modo de presencia de Dios, pues

(1) I. Joann., IV, 16.

(2) Joann., XIV, 23.

(3) Luc., XVII, 21.

(4) I. Corinth., III, 16; I. Corinth., VI, 19.

(5) Levit., XXVI, 12; II. Corinth., VI, 16.

(6) Ephes., III, 17.

(7) Job, XII, 4; Psal. CXIX, 1; Luc., XI, 10; II. Corinth., VI, 2.

(8) Psal. XXXIII, 6.

(9) Prov., VIII, 21.

(10) Confes., lib. X, cap. 27.

(11) Cant., VI, 12.

decía en su alabanza: «Los que de esta manera se pudieren »encerrar en este pequeño cielo de nuestra alma, en donde »está el que lo hizo á él y á la tierra, crean que llevan exce- »lente camino y que no dejarán de llegar á beber el agua de »la gracia, porque adelantan mucho en poco tiempo. Es como »quien va en una nave, que con un poco de buen tiempo se »pone al fin de la jornada; á los demás, como van por tierra, »les cuesta más» (1). Veis aquí resumidos los dos modos principales de ejercitarnos en la presencia de Dios. Veamos ahora de qué medios hemos de valernos para más fácilmente lograrla.

Ofrecimiento de obras. Hay almas que quisieran estar pensando siempre en Dios, y como esto no es posible porque hay mil objetos y ocupaciones que las distraen, llegan á inquietarse pensando que nunca han de practicar como conviene este santo ejercicio. En primer lugar, equívocase mucho quien juzgue que no está en la presencia de Dios porque no piensa en Él continuamente; pues Dios no nos exige un actual y continuo pensamiento de su presencia, que esto es imposible, sino que especialmente por la mañana ofrezcamos á su mayor honra y gloria todos nuestros pensamientos, palabras, obras, tentaciones y trabajos; y este deseo y esta voluntad, mientras no se retracten por un acto contrario, duran, perseveran, aunque no pensemos continuamente en Dios, y entonces nuestras obras son más meritorias que ese pensamiento continuo que deseamos. Aclaremos esto con algún ejemplo. El farmacéutico no suele pensar en el enfermo—á quien hartas veces no conoce—cuando está preparando los medicamentos; pero su trabajo es para el enfermo más provechoso que si estuviera pensando en él cruzado de brazos. Un niño dormido en el regazo de su

(1) Camin. de perf., cap. 28.

madre está realmente en un sitio envidiable, aunque ésta nada le diga, ni el niño á ella; pero en verdad ambos están gozando y amando. Estamos en la presencia de Dios, dice San Francisco de Sales, aun durmiendo, pues nos dormimos á su vista, y como si dijéramos en su regazo, por agradecerle y cumplir su santa voluntad. Al despertar vemos que Dios está con nosotros, como el niño con su madre, y así siempre estamos en su presencia, ora tengamos los ojos abiertos, ora los tengamos cerrados. No obstante, bueno es acostumbrarnos á renovar durante el día los ofrecimientos y propósitos que hemos hecho por la mañana de obrar y padecer por la gloria de Dios, especialmente los que tratamos de perfección, porque de este modo despertaremos el fervor en el alma, y aun las obras más pequeñas, hechas con este fin, tornaránse de oro purísimo á los ojos de Dios, el cual, en sentir de San Francisco de Sales, no mira tanto el número de las obras, cuanto la intención y fervor con que se hacen (1).

Jaculatorias. El segundo medio que facilita este ejercicio consiste en levantar el corazón á Dios con frecuentes jaculatorias. Como quiera que la práctica de este ejercicio consiste principalmente en actos de la voluntad, y no en discursos y sutilezas del entendimiento que cansarían la cabeza é inutilizarían al alma para la oración, por ello este segundo medio, que consiste en levantar el corazón á Dios valiéndonos de jaculatorias, es el más fácil y el más provechoso y eficaz. Llámense jaculatorias, dice San Buenaventura (2), unos deseos encendidos del corazón con que el alma anhela unirse á Dios con perfecto amor; unos afectos inflamados, unos suspiros vivos de las entrañas con que llama á Dios, acompañados de oraciones breves y fervorosas, que á manera de saetas hieren dulcemente el Corazón divino (3) é infla-

(1) Práct. del amor, lib. 11, cap. 14.

(2) De mystica theologia.
(3) Cant., IV, 9.

man en amor el nuestro. Estas aspiraciones se hacen instantáneamente á toda hora y en todo tiempo, en casa, en la calle, mientras comemos, trabajamos ó descansamos. ¡Cuántas pueden hacerse en un minuto! Tampoco es menester que sean diversas, porque una sola, repetida á menudo con entrañable afecto, es suficiente para andar en este ejercicio muchos días y aun toda la vida. Por ejemplo, podemos decir con el Apóstol: *Señor, ¿qué queréis que haga?* (1), ó con la Esposa: *Mi Amado para mí y yo para Él* (2); ó aquéllas del Profeta: *¿Qué quiero yo, Señor, fuera de Vos en el cielo ni en la tierra?* (3); ó como decía San Ignacio: «Dadme, Señor, »vuestro amor y vuestra gracia, que esto me basta»; ó como solía decir el Beato Juan de Avila: «¡Cuánto te quiero, Jesús mío, cuánto te amo!...»

También podemos levantar el corazón á Dios dándole gracias por los beneficios recibidos ó pidiendo algunas virtudes, unas veces profunda humildad, otras perfecta obediencia, otras caridad, otras paciencia... Quien á ello se acostumbra, puede asegurar que ha hallado un tesoro, un manantial inagotable de merecimientos, porque anda en un continuo ejercicio de amor de Dios, y sobre todo, porque sin trabajo y con gran suavidad está cumpliendo lo que Cristo Nuestro Redentor nos pide en su Evangelio: *Conviene siempre orar y nunca desfallecer.* (4). Por ello dice un Doctor de la Iglesia, y con harta razón, que el que perseverare con gran solicitud en este ejercicio, con estos afectos y deseos interiores, logrará tan copioso fruto, que en breve tiempo sentirá mudado y trocado su corazón, y hallará en él aversión particular al mundo y afición singular á Dios. Estas oraciones jaculatorias deben hacerse con profunda humildad y entera

(1) Act., IX, 6; Job, VII, 20;
Joann., VI, 28.
(2) Cant., II, 16.

(3) Psal. LXXII, 25.
(4) Eccli., XVIII, 22; Luc., XVIII,
1; Luc., XXI, 36; I. Timoth., II, 8.

confianza; pues así como el arco, cuanto más se dobla, tanto más lejos envía la saeta, y el ave para volar alta se cose el pecho con la tierra, así el alma tanto más subirá á Dios y con tanta mayor violencia le herirá con estas saetas de amor, cuanto más se humillare y confiare. Y nunca aspirará á Dios de este modo, que Él no la salga al camino y la dé nueva gracia y nuevos dones del cielo (1).

Ver á Dios en las criaturas. Por último, el tercer medio que facilita este ejercicio consiste en ver á Dios en todas las criaturas. Así como Dios ha impreso en nuestra alma la imagen de sí mismo (2), en los seres que carecen de razón ha dejado también una huella, un vestigio de su amor, para que por él le conozcamos. «El cielo, la tierra y todas las cosas »criadas, escribe San Agustín, me están diciendo á toda »hora que ame á Dios, y no cesan de decirlo á todos los »mortales» (3). El sol alumbrándonos, el aire refrescándonos, el fuego calentándonos, la tierra llevándonos en su seno, nos están continuamente dando voces y excitándonos á que pensemos en nuestro Dios y le amemos, puesto que por voluntad divina nos prestan sus servicios. Las aves alegrándonos con la melodía de sus gorgeos; las flores recreándonos con la belleza de sus matices y la suavidad y fragancia de sus aromas; los animales, frutos y plantas sirviéndonos de alimento ó medicina, y en fin, cuantas cosas hay en el mundo, criadas todas para servicio del hombre en sus respectivos usos y propiedades, nos están como forzando á acordarnos de Dios, á amarle entrañablemente y á serle agradecidos. Y no es esto fingimiento, pues aunque todos estos bienes nos los procuran las cosas criadas, Dios es la causa primera que ha puesto á todas ellas para nuestro servicio

(1) Eccli., XXXV, 21.

(2) Génes., I, 26-27; Sapient., II,

23; Eccli., XVII, 1; I. Corinth., XI, 7;
Coloss., III, 10.

(3) Confes., lib. X, cap. 6.

y regalo. Pongamos un ejemplo. Llega un huésped distinguido á casa de un príncipe, y éste manda á sus criados que le sirvan con esmero. Uno de ellos le prepara la mesa, otro la cama, éste la comida, aquél el equipaje y todos se desviven por complacerle de suerte, que hacen muy grata al huésped su estancia en aquel palacio. Si luego se le pregunta quién le ha obsequiado con tan esmerados servicios, ¿se acordará siquiera de mencionar á los criados? No, sino al dueño y señor de la casa que así lo dispuso y en cuyo nombre y por cuya voluntad todos le sirvieron. Pues bien: si esto es cierto tratándose de un señor de la tierra que ni dió vida á sus criados, ni fuerza ni voluntad para que sirvieran y regalaran al mencionado huésped, ¿cuánto más se ha de afirmar de Dios, vida de nuestra vida (1), por quien todo vive y sin cuyo auxilio no podrían las criaturas ni aun moverse para servirnos? (2).

Además, todas las cosas criadas, miradas con los ojos de la fe, nos están recordando á cada momento verdades eternas que no debemos olvidar. El fuego, por ejemplo, nos induce á pensar en los *ardores sempiternos* del infierno (3); las cosas hermosas ó agradables á los sentidos son un trasunto de la belleza increada y de la gloria eterna que esperamos; las desgracias, enfermedades y dolores nos recuerdan que vivimos desterrados en este valle de lágrimas y quebrantos; en las caídas de nuestros prójimos, vemos nuestra nativa ruindad y flaqueza; los gusanos y el polvo que pisamos nos dicen que *en polvo y gusanos hemos de convertirnos* (4), y con todas las cosas y acontecimientos de la vida podemos mantener siempre viva en nuestro corazón la llama del amor divino.

(1) Act., XVII, 28; Rom., XIV, 8; Joann., XI, 25; II. Corinth., XIII, 4; Coloss., III, 4.

(2) Act., XVII, 28; Joel, III, 16; Psal. XVI, 5.

(3) Isai., XXXIII, 14.

(4) Génes., III, 19; Job, XVII, 14.

Procuremos hacerlo así en lo sucesivo, con la gracia del Señor, bien ofreciendo á Dios todos los días—como lo hacemos—nuestros pensamientos, palabras, obras y trabajos, y renovando esta intención en las principales obras del día; bien por medio de jaculatorias breves y fervorosas, ó en fin, viendo á Dios y alabándole en todas las criaturas, pues todas son obra de sus manos (1). Ayuda y facilita maravillosamente este ejercicio el andar con modestia y recogimiento en casa y fuera de ella, porque *Dios nos ve* (2), *Dios está cerca de nosotros* (3), Dios está dentro de nosotros, *Dios está con nosotros* (4). Si hallándonos solos en nuestro retiro, Cristo viniera del cielo á visitarnos, ¿no es cierto que procuraríamos estar en su presencia con la mayor modestia, humildad y reverencia? Pues, hermanas mías, con nosotros está á toda hora la divinidad, no por un modo, sino por muchos, llenándonos y cercándonos con la inmensidad de su Sér (5), mirándonos con su presencia, conservándonos con su poder, regalándonos con sus caricias y abrazándonos con amor inefable. ¿Qué más podemos desear teniendo tan cerca á Dios que colma todos los deseos? ¿Por qué nos entristecemos, si está con nosotros el consuelo de todas las tristezas y la alegría de los cielos? ¿Por qué codiciamos otras amistades, teniendo en casa al más fiel amador de los amigos? (6). *Si el refugio y asilo de nuestras tribulaciones* y trabajos está con nosotros, ¿qué tememos? (7). Ciertamente que no podemos verlo mientras peregrinemos por este destierro; pero podemos pensar en Él y hablarle á toda hora, porque nos mira, nos escucha y hasta *nos habla* especialmente en la soledad y repo-

(1) Sapient., VI, 8; Jerem., LI, 15; Act., XIV, 14; Apocal., XIV, 7.

(2) Job, XXXIV, 21; Prov., XV, 3; Eccli., XXIII, 27.

(3) Psal. CXVIII, 151; Isai., VIII, 10; Philipp., IV, 5.

(4) Núm., XIV, 9; Judith, XIII, 13; Isai., VIII, 10; Matth., I, 23.

(5) Psal. CXXXIV, 2.

(6) Psal. CXXXVIII, 17; Cant., V, 16; Luc., XII, 4; Joann., XV, 14.

(7) Psal. IX, 10; Psal. XVII, 3; II. Reg., XXII, 3; Psal. XLIX, 15.

so del corazón; allí dice que *tiene sus delicias con nosotros* (1). Mirémosle, pues, con los ojos de la fe, regalémonos con Él y no nos cansemos de decirle que le amamos entrañablemente, que deseamos con ansia de enamorados que se rasgue el velo que nos le oculta, que se rompan pronto las ataduras de este cuerpo (2) para verle cara á cara en el cielo (3) y alabarle con los ángeles y los santos y gozar de sus abrazos amorosísimos por siglos eternos.

(1) Prov., VIII, 31.

(2) Philipp., I, 23.

(3) I. Corinth., XIII, 12; Psal. XLI, 3.



RECTITUD DE INTENCIÓN

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

so del corazón; allí dice que *tiene sus delicias con nosotros* (1). Mirémosle, pues, con los ojos de la fe, regalémonos con Él y no nos cansemos de decirle que le amamos entrañablemente, que deseamos con ansia de enamorados que se rasgue el velo que nos le oculta, que se rompan pronto las ataduras de este cuerpo (2) para verle cara á cara en el cielo (3) y alabarle con los ángeles y los santos y gozar de sus abrazos amorosísimos por siglos eternos.

(1) Prov., VIII, 31.

(2) Philipp., I, 23.

(3) I. Corinth., XIII, 12; Psal. XLI, 3.

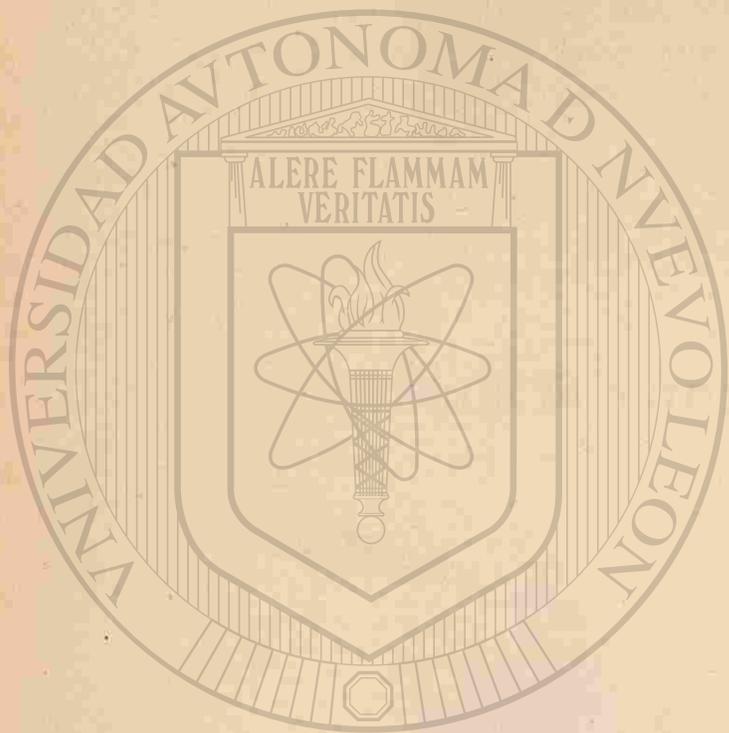


RECTITUD DE INTENCIÓN

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES



RECTITUD DE INTENCIÓN



A Señor tu Dios adorarás, y á Él sólo servirás (1). Veis aquí resumido en dos palabras el fin del hombre en esta vida: Amar y servir á Dios. Nosotros le amamos y servimos por su infinita misericordia; para ello nos ejercitamos todos los días en obras buenas y santas, en el trabajo y en la oración, frecuentamos los santos Sacramentos, practicamos obras de caridad y de misericordia con nuestros prójimos; en fin, procuramos emplear provechosamente el tiempo, porque sabemos que la ociosidad es un manantial inagotable de pecados (2). Pero, ¿osaríamos afirmar que con todas estas obras buenas que hacemos, amamos y servimos á solo Dios?, ¿ó nos buscamos á nosotros mismos, haciéndolas por seguir nuestra inclinación, ó por ser estimados y aplaudidos de los hombres? ¿Puede decirse de nosotros lo que leemos en el capítulo octavo de la profecía de Ezequiel? Dícese allí

(1) Deut., VI, 13; Josue, XXIV, 23.

(2) Eccli., XXXIII, 29; Ezech., XVI, 49; Prov., XII, 11.

que vió este profeta, entre el vestíbulo y el altar del templo de Jerusalén, como unos veinticinco hombres que tenían vueltas las espaldas al altar del Señor y sus rostros hacia el Oriente, adorando al sol que nacía y á otros idolillos que ellos habían pintado en las paredes del templo; y á pesar de ello, se gloriaban de ser adoradores del verdadero Dios (1).

Hermanas mías: yo no diré que haya entre nosotros quien se atreva á dar las espaldas á Dios viviendo en pecado mortal; pero quizá en las mismas obras buenas que hacemos nos volvemos de lado, y le miramos al soslayo y ponemos los ojos de nuestra intención en ciertos idolillos fabricados por nuestro amor propio, que usurpan todo el mérito á nuestras obras. Desgracia sería ésta muy de lamentar. Porque, hermanas mías, es incomprendible cómo, ocupándonos todos los días en cosas santas, no somos santos. ¿En qué consistirá esto? Sin duda en que nuestras obras adolecerán de algún defecto; porque les faltará la «rectitud de intención», que constituye como el alma y la vida de las mismas.

Veis aquí la necesidad de dirigir á Dios todas nuestras obras, si deseamos que nos sean meritorias de vida eterna. Esto voy á explicaros brevemente.

Antes de hablar de la rectitud y pureza de intención que debe informar todas nuestras obras, conviene advertir que, para ejercitarse el alma en esta virtud, debe arrancar de su corazón, entre otros impedimentos, el que lo es de toda obra buena y meritoria, es decir, la propia voluntad, porque si no mortifica el amor propio, no podrá dar un paso en este camino de perfección. Lo uno, porque hallará gran dificultad en hacer las obras por sólo la voluntad de Dios, quien tiene

(1) Ezech., VIII, 16.

su propia voluntad en pie, resistiendo á la divina; y aunque una ú otra obra haga por amor de Dios, hará mil por amor propio. Lo otro, porque aunque quiera hacer la voluntad de Dios, no acertará con efecto á hacerla, por la gran sutileza del amor propio, que pinta las cosas como quiere, mirando siempre á su comodidad, y nos persuadirá ser muchas cosas del servicio de Dios, que estarán muy lejos de serlo. De modo, que aunque la mortificación y renuncia de la propia voluntad no tuviera otro provecho que el de librar al alma de impedimentos y nieblas para conocer la verdad y hacer las cosas por sólo amor de Dios y por cumplir su voluntad justísima, santísima y provechosísima á nosotros, todos los esfuerzos y sacrificios hechos para lograrlo deberíamos dar por bien empleados (1).

Definición. Tomando esto en cuenta, empecemos por la definición. Entendemos por rectitud de intención, «un acto de la voluntad con el cual dirigimos todas nuestras obras á un fin sobrenatural, á mayor honra y gloria de Dios» (2). Y así, si practicamos alguna obra por redimir nuestros pecados, pongo por caso, y librarnos de las penas del purgatorio, ya enderezamos esta obra á gloria de Dios. Lo mismo acontece si la hacemos por aumentar merecimientos en esta vida y gloria en la otra, porque sobrenaturales son ambos fines. Pero será mucho más excelente y meritoria nuestra intención, si obramos exclusivamente por Dios, por cumplir su voluntad, porque es infinitamente bueno, y esto debemos procurar en lo posible.

Instruyendo San Pablo á su discípulo Timoteo acerca de lo que debía practicar y del modo de hacerlo para lograr la corona de la gloria, le advierte que sólo merecerá esta coro-

(1) Nieremberg. Vida divina, cap. 18.

(2) I. Corinth., X, 31; Rom., XVI, 27; Apocal., V, 13; Coloss., III, 17.

na *quien pelear legítimamente* (1). ¿No reparáis, dice un expositor sagrado—Cayetano,—cómo encarga el Apóstol que las obras buenas sean legítimas? ¿Luego hay obras buenas legítimas y otras que no lo son? Ciertamente, y la diferencia es evidente. En efecto: todas las obras son hijas del hombre, dice el real Profeta (2); pero hay obras buenas «legítimas», obras «naturales» y obras espúreas ó «bastardas». Obras buenas legítimas, son las que se hacen en estado de gracia y principalmente por Dios, á quien debemos dirigirnos siempre como único fin de todos nuestros actos. Obras naturales, son las que se hacen por motivos puramente naturales, v. gr., dar limosna por compasión natural. Y obras bastardas, son las que se hacen en pecado mortal, ó aunque se practiquen en gracia de Dios, pero se hacen con mal fin, grave ó leve, como socorrer á una persona necesitada con el fin de obligarla á ofender á Dios. Ahora bien: ¿tienen igual derecho á la herencia de la gloria todas estas obras? No; sólo las obras legítimas merecen la gloria eterna. Las naturales, si se dirigen á un fin sobrenatural, se hacen meritorias. Pero las obras bastardas, si lo son por el mal fin, son dignas de castigo; si lo son únicamente por estar en pecado mortal el que las hace, quedan privadas de recompensa eterna, aunque merecen algún premio temporal. Por tanto, para que nuestras obras sean meritorias de vida eterna, no basta que sean buenas en sí, ni que estén en gracia quien las hace, sino que se han de dirigir á Dios como á último fin. Así lo dicen San Gregorio, San León y otros Padres de la Iglesia.

¿Veis cuán fácilmente se pierde el mérito de las buenas obras? Por eso asegura San Francisco de Sales, que son muy contadas las obras buenas que se practican—aun por perso-

(1) II. Timoth., II, 5; I. Corinth., IX, 24.

(2) Psalm. XXVII, 4; Job, XXXIV, 11; Eccli., XV, 14.

nas que pasan por devotas—que sean agradables á su divina Majestad. Hay muchos enemigos ocultos en el camino, dice San Gregorio (1), y muchos motivos que nos desvían del amor de Dios, á quien deben dirigirse todas nuestras obras; por ejemplo, la simpatía, el deseo de agradar á otros, el interés ó utilidad que puede producir la buena obra, la complacencia que se experimenta en la ejecución de la misma, etc.; todos estos motivos ó alguno de ellos pueden usurparnos el mérito que podríamos adquirir, si obrásemos con recta y pura intención. Aun las obras indiferentes, esto es, aquellas que de suyo ni son buenas ni malas, como pasear, comer, trabajar, etc., menester es, para que sean gratas á Dios, que se enderecen á su Majestad, realizándolas con la pura intención de agradarle y proponiendo en ellas algún fin honesto, porque si éste llega á faltar, ocioso é inútil será cuanto se haga. De manera, que si salís á dar un paseo, debéis hacerlo con el fin de procurar al cuerpo algún descanso y dedicaros después con nuevo fervor á la virtud; si os ponéis á trabajar, sea con el fin de que redunde en mayor gloria de Dios y por cumplir su adorable voluntad (2); cuando os sentéis para comer, no habéis de hacerlo por satisfacer el gusto y la sensualidad, sino para tomar el alimento que necesitáis á fin de reparar vuestras fuerzas y servir mejor á Dios; y así de las demás obras indiferentes. Esto mismo nos aconseja San Pablo en su primera carta á los fieles de Corinto (3). Y está muy puesto en razón, porque así como el labrador que planta un árbol tiene derecho á sus frutos, así Dios que nos crió tiene tanto más derecho sobre nosotros cuanto más hizo en nosotros. *Hechura somos de sus manos* (4); nos sacó de la

(1) Homil. II, in Evang.

(2) Génes., III, 19; II. Timoth., II, 3.

(3) I. Corinth., X, 31; Coloss., III, 17; Tobíaz, XIII, 6.

(4) Génes., V, 1; Psal. XCIX, 3; Eccli., XVII, 1; Ephes., II, 10.

nada, y nos ha redimido con su sangre (1), y ha dado la vida por nosotros, y nos asiste con su gracia, y nos vivifica con su amor (2), y alimenta y robustece nuestro espíritu con su Sacratísimo Cuerpo (3), y nos defiende de nuestros enemigos con su misericordia y providencia (4). Por ello es muy justo y equitativo que nosotros trabajemos y demos fruto para Él; que nuestros pensamientos, palabras, obras é intenciones se dirijan á Dios, que es nuestro principio y último fin (5). La cuenta y rigor con que su Majestad quiere coger estos frutos de nuestras obras, nos la declara elocuentemente en su Evangelio, cuando llegándose á coger higos de aquella higuera en tiempo que no lo era de ellos, con todo eso la maldijo y ella se secó luego (6). Lo cual fué una imagen de lo que pasa en los hombres, de los cuales quiere su Majestad fruto con más rigor que un labrador del árbol que planta; porque el labrador se contenta con coger sus frutos en un tiempo del año, mas Dios los quiere en todos tiempos.

Práctica. Ahora bien, hermanas mías: cuando Jesucristo, *Señor de vivos y muertos* (7), examine nuestras obras; cuando á vosotras y á mí nos pregunte por qué las hicimos y á quién miramos en ellas, ¿qué responderemos? Porque es de fe que han de sujetarse á rigoroso juicio todas nuestras obras, aun las buenas y santas (8); y ¿quién sabe si, como escribió el Evangelista San Mateo, al examinar Jesucristo nuestras obras buenas, nuestros ayunos y penitencias, nuestras obras de caridad y beneficencia y demás prácticas de religión y de piedad, nos echará en cara la sentencia que

(1) Rom., V, 9; I. Corinth., VI, 20; I. Pet., I, 18.

(2) I. Timoth., VI, 13; Psal. CXXXVII, 7.

(3) Psal. LXXVII, 24; Psal. LXXX, 17.

(4) Exod., XXIII, 22; Psal. CXXXV, 24.

(5) Apocal., XXII, 13; Joann., VIII, 25.

(6) Matth., XXI, 19; Marc., XI, 13.

(7) Act., X, 42.

(8) Psal. LXXIV, 3; Matth., XII, 36.

fulminó contra los fariseos: *En verdad os digo, que ya recibieron su recompensa?* (1). ¿Sabéis por qué? Porque en todas sus obras se buscaban á sí mismos, pues las hacían por vanidad, por ser alabados y aplaudidos de los hombres, por ganarse la estimación de las gentes. Y así, ¿visitas ó asistes al enfermo porque te ves obligada á ello, ó te compadeces de él por sentimiento natural ú otro miramiento humano? Pues eso no es servir á Jesucristo en la persona del enfermo; eso es cumplir materialmente con la obediencia; eso es practicar un acto natural de humanidad, un acto de filantropía reducido á prestar un servicio humano; esa obra es bastarda, sin mérito y sin premio... ¿Asistes á la oración, examen, lectura espiritual y demás actos de comunidad por costumbre, como llevada por la corriente, movida más por la necesidad que por el deseo de agradar á Dios y aprovechar á tu alma? Eso no es virtud, sino obra bastarda, y por tanto, abominable á los ojos de Dios, el cual *maldice á los que practican con negligencia las obras de su servicio* (2). Cuando rezas privadamente tus devociones ó lo que tienes prescrito por la Regla, ¿lo haces con decaimiento de ánimo, ó arrebatadamente, ó voluntariamente distraída? Pues tales obras no las aprobará Dios, en cuyo tribunal se atiende más bien al peso de las obras que al número de las mismas; pues, como dice San Francisco de Sales, «no es la multitud de actos buenos lo que nos hace adelantar en la perfección, sino el fervor y la pureza de intención con que se ejecutan» (3).

No obstante, hermanas mías, esto no es decir que no hemos de sentir tentaciones de vanagloria en la práctica de nuestras buenas obras, que tentados lo seremos hasta la muerte y de mil maneras. Jesucristo, Nuestro Maestro, tam-

(1) Matth., VI, 2.

(2) Jerem., XLVIII, 10.

(3) Amor de Dios, lib. XII, cap. 6.

bién quiso ser tentado, y *tentación es la vida del hombre sobre la tierra* (1), y si no fuéramos tentados, tampoco podríamos ejercitarnos en las virtudes, ni crecer en ellas, ni adquirir méritos para el cielo. Pero no debemos desmayar por ello, ni mucho menos dejar de hacer obras buenas por temor de la vanagloria, que sería ese engaño grande del enemigo. Lo que debemos hacer cuando nos veamos tentados por ella, es lo que se lee que hizo San Bernardo. Estaba el santo predicando en una ocasión, cuando de repente le saltó una tentación, un pensamiento de vanagloria que le decía: «¡Oh qué bien lo haces, Bernardo, qué bien predicas!, ¡cuánto gustan á los fieles tus sermones!» Pero él respondió con mucha serenidad: «Ni por ti lo comencé, ni por ti lo dejaré», y se disipó la tentación. Dice San Juan Crisóstomo, que nos hemos de portar con el mundo como un padre con su hijo pequeño, que si el niño le alaba, no hace caso de ello, y si le vitupera poniéndole nombres afrentosos, tampoco, antes se ríe, porque es niño y no sabe lo que hace ni lo que dice; así nosotros no hemos de hacer caso de las alabanzas del mundo, ni del qué dirán, porque en eso el mundo es como niño que no sabe lo que dice. Nuestro fin, nuestro norte ha de ser siempre Dios, su mayor honra y gloria, el cumplimiento de su santísima voluntad. Si obramos siempre de esta suerte, aun las obras más pequeñas nos procurarán *un peso inmenso de gloria* en la otra vida (2).

Buena prueba de ello tenemos en la ofrenda de aquella pobre viuda de que nos habla el Evangelio (3). Hallábase nuestro divino Salvador sentado en el atrio del templo de Jerusalén, junto al cepillo ó arca de las ofrendas, viendo cómo las gentes echaban en ella sus limosnas. Los fariseos

(1) Job, VII, 1.

(2) II. Corinth., IV, 17.

(3) Marc., XII, 43; Luc., XXI, 3;
II. Corinth., VIII, 2-3.

y personajes más distinguidos echaban grandes cantidades; llegó entre ellos una viuda pobre y depositó una pequeña moneda que constituía todo su caudal: OMNIA QUÆ HABUIT. ¡Qué elogio hizo Jesucristo de esta pequeña ofrenda! *En verdad os digo*—exclamó dirigiéndose á sus discípulos,—*en verdad os digo, que esta pobre viuda ha ofrecido más que todos.* ¿Cómo se entiende esto? Cualquiera de los que entraban en el templo había ofrecido más que esta pobre mujer que sólo echó dos céntimos, y no obstante Jesucristo afirma que ella sola ofreció más que todos? Es que los otros dieron algo de lo que les sobraba; pero esta pobrecita, en su afán de hacer limosna, dió lo poco que tenía y quizá la hacía falta; es que los otros ofrecieron sus limosnas sin afecto interior, y esta pobre la ofreció con todo el amor de su alma; porque Dios no aprecia las obras de piedad por su valor é importancia, sino por la caridad y afecto de la voluntad con que se hacen (1). Y obrar de este modo reúne otra ventaja apreciable para nuestras almas, porque constituye un caudaloso y perenne manantial de gracias y favores divinos que ha de colmarnos de consuelo en la hora de la muerte.

Escuchad lo que se cuenta de un hermano ropero de la Compañía de Jesús. Llamábase éste Juan de Soto, y estando enfermo de gravedad, pidió una aguja que tenía puesta en un agujero de la pared. Pensaban los presentes que desvariaba; mas él, muy señor de sí, dijo: «No deliro, que en mí estoy, gracias á Dios; denme por amor de su divina Majestad lo que pido»; y dándole la aguja, la tomó en la mano diciendo: «Esta me ha de ser á mí la llave del cielo; con esta llave tengo que abrir las puertas del Paraíso; y así con ella quiero morir, porque con ella he de requerir á Cristo mi Redentor, porque no he hecho cosa con esta aguja que no

(1) Matth., VI, 22; Luc., XI, 34.

»haya sido por amor de Dios, ni dado una puntada que no »fuese para agradarle, y de la misma manera como si hubiese »se de vestir á Jesucristo». Pero no sólo premia Dios la recta intención en la otra vida, sino en ésta con muchas gracias y favores. Al santo hermano Alonso Rodríguez, que era portero de un colegio de la Compañía, porque siempre que abría la puerta lo hacía como si abriese á Jesucristo, vió muchas veces entrar por ella al mismo Señor (1). ¿Cuál es, pues, Dios mío, el valor de la pureza de intención y de la caridad?... No lo ignora Satanás, y así se porta con nosotros como se portó Naás, rey de los Ammonitas, con los ciudadanos de Jabes de Galaad. Concluyo con este ejemplo:

Refiérese en el libro primero de los Reyes (2), que Naás, rey de los Ammonitas, tenía sitiados á los habitantes de Jabes de Galaad: éstos, no pudiendo resistirse por más tiempo, trataron de hacer alianza con el rey, y así se lo manifestaron; y respondió éste: *La alianza que haré con vosotros será sacaros á todos el ojo derecho*. Dijo esto con el fin de inutilizarlos para la guerra, porque cubrían el ojo izquierdo con el escudo, y así nada podía temer de ellos en lo sucesivo. Pues esto precisamente hace el demonio con nosotros, esto pide, con esto se contenta. Nada le importa que frecuentemos los santos Sacramentos, que nos ejercitemos en actos de humildad, de caridad y de misericordia los más heroicos, que distribuyamos toda nuestra hacienda entre pobres, que martiricemos nuestro cuerpo con inauditas penitencias; sin cuidado le tiene todo esto, mientras logre apoderarse «del ojo derecho de la rectitud de intención», pues en este caso quedaríamos fuera de combate, inútiles para la guerra con el infierno y despojados del mérito de todas nuestras obras, por

(1) P. Nieremberg. Vida divina, cap. 18.

(2) I. Reg., XI, 2.

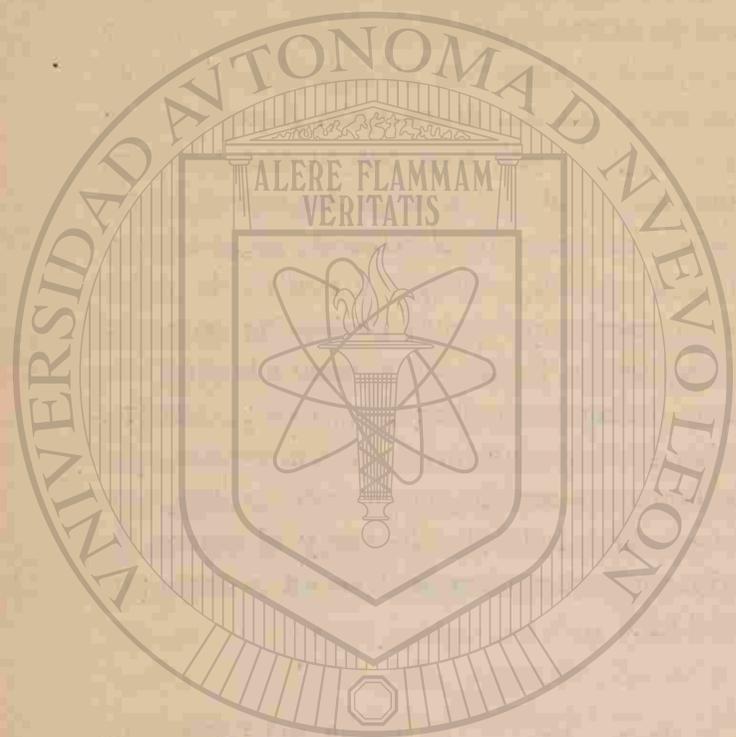
buenas y heroicas que fuesen. Ya veis si conviene vivir apercebidos para no ser víctimas de un enemigo, tanto más temible y cruel cuanto es más lisonjero con nuestra viciada naturaleza.

Para triunfar de su astucia, procuremos hacerlo todo por amor. Que no haya movimiento de nuestra vida, ni ocupación de nuestro estado sin ese divino sello. Al comenzar y al acabar cada obra, y durante toda ella, al comer, al leer, al trabajar manualmente, al descansar, al esparcir el ánimo en lícita recreación, y sobre todo al padecer, sea el amor á toda hora, en toda ocasión, principio y motivo de todos nuestros actos; de manera que pueda decirse de nosotros, con la debida proporción, lo que de nuestro adorable Redentor Jesucristo decían las gentes: BENE OMNIA FECIT (1). *Todo lo hizo bien*. Dichosos nosotros, si merecemos este elogio después de nuestra muerte, porque esta palabra, este adverbio «bien» incluye todos los bienes y el mayor de todos, que estriba en la vista clara de Dios en la gloria por toda la eternidad (2).

(1) Marc., VII, 37; Génes., I, 31; Eccli., XXXIX, 21; Joann., X, 38.

(2) Isai., III, 10; I. Corinth., XIII, 12; I. Joann., III, 2.





DE LA VERDADERA DEVOCIÓN

UANE

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



cubre á los humildes, en expresión del Profeta (1), el primer distintivo del alma devota es la humildad, la santa desconfianza de sí misma, «nacida del profundo conocimiento que »tiene de la gracia divina y de su propia miseria», dice San Agustín. Consagrada en cuerpo y alma al divino servicio, avanza con paso firme por las vías ordinarias que conducen á la perfección de su estado, sin pretender favores especiales, ni dones eminentes, ni las inefables caricias que suele otorgar el divino Esposo á las almas de su predilección, para que no defallezcan en las intrincadas sendas del espíritu. Nada de esto pretende el alma devota; pero cuando Dios se digna visitarla, le recibe con humilde fruición, y lejos de envanecerse por ello, confundida y anonadada exclama: «Señor, »yo no soy digna de hospedaros en mi pobre corazón» (2). *Retiráos de mí, que soy una gran pecadora* (3). Así se expresa, porque no pone su gozo y contentamiento en estos dones—siquiera sean inefables,—sino en el dador de ellos (4), en el cual sólo halla descanso (5); no cifra su gloria en estas visitas—que Dios concede ó niega, según le place,—sino en la paz de su conciencia, á imitación del Apóstol (6), y en su constante anhelo de mostrar amor y fidelidad á su divino Esposo. Y no obstante, estas almas reciben más copiosamente las gracias y dones del cielo; «cuanto más se abaten y »humillan, más las atrae y llama Dios hacia sí», dice San Agustín, *porque gusta de hablar con los humildes y sencillos de corazón* (7). Esta humildad en sus relaciones con Dios, la ejercita también con maravillosa dulzura en el trato con los prójimos, en cuyas almas columbra la imagen del Creador (8). En vano se intentará herirla con reprensiones, des-

(1) Matth., XI, 25; Luc., X, 21.

(2) Matth., VIII, 8; Luc., VII, 6.

(3) Luc., V, 8.

(4) Jacob., I, 17.

(5) Psal. IV, 9.

(6) II. Corinth., I, 12.

(7) Prov., III, 32.

(8) Genes., IX, 6; Psal. IV, 7.

denes, injurias ó reproches, porque envuelta en su humildad, es invulnerable, como lo fueron los santos.

Es sencilla. Hermana de la humildad y muy encarecida por Cristo en su Evangelio, es la sencillez (1) en el trato con nuestros semejantes, y esta la posee también el alma devota en alto grado. En efecto: en estas almas el ser y el parecer son una misma cosa; muéstranse en público tales como son, sin que en ellas se note nada extraordinario; su fisonomía, sus modales, su andar, sus conversaciones ni causan sorpresa ni despiertan curiosidad. Tienen muy presente el consejo de San Francisco de Sales: «Conviene no singularizarse en el »ejercicio de la virtud» (2); y las palabras del Profeta: *Toda la gloria de los hijos de Dios procede del interior* (3). «Estas »almas, dice San Gregorio Nacianceno, no cifran su devoción en andar á compás, con la cabeza inclinada, compungido el rostro y suspirando á menudo, sino en obrar con »intención recta, limpieza de corazón y afable sencillez en el »trato con el prójimo» (4). «El proceder de los amadores »de la virtud, añade Clemente Alejandrino, debe ser siempre digno, noble y elevado» (5). De San Francisco de Sales escribe Santa Juana de Chantal, que «toda la belleza »de su alma era interior y se hallaba en la perfección de las »virtudes que en su corazón había Dios arraigado, y el lustre »principal de su santidad estribaba en la manera no común »de hacer las cosas más comunes y ordinarias». Mas la sencillez de estas almas nada tiene de grosera y vulgar; pues como viven en frecuente comunicación con Dios, su trato es apacible, modesto y amable en sumo grado, y por tanto, no sólo no inspira desvío ó repugnancia, sino que atrae, encanta, embelesa é induce instintivamente á las gentes á practicar

(1) Matth., X, 16; Philipp., II, 15.

(2) Carta 793.

(3) Psal. XLIV, 14.

(4) Orat. XVIII, cap. 23.

(5) Pedag., lib., III, cap. 2.

la virtud, ó por lo menos á bendecirla y admirarla. «Guar-
»daos, dice el Santo Obispo de Ginebra, de aparecer melan-
»cólico y taciturno, no sea que se culpe de ello á la de-
»voción y la desprecien. Sembrad en cuantos os rodean
»consuelos y contento, para que estimen y deseen la devo-
»ción» (1). «Conservad un espíritu de gozo santo que, mo-
»destamente esparcido en vuestras palabras y acciones, con-
»suele á los que os traten y los mueva á glorificar á Dios» (2).

Es caritativa. Por último, el principal distintivo de la
devoción y el que los resume todos, es la caridad. ¿No ha de
serlo, hermanas mías, si esta virtud constituye como la esen-
cia, como el alma y la vida de la devoción? Abrasada en ca-
ridad, el alma devota nada ni á nadie ama sino en Aquél á
quien ama sobre todas las cosas; por Él únicamente suspira,
á Él tiende con todas sus fuerzas, y para hacerse digna de su
amor, de todo se desprende, aun de sí misma, y á menudo
exclama con San Francisco de Sales: «Si advirtiera en mi
»corazón la más pequeña fibra que no fuera de Dios, por
»Dios y para Dios, al momento la arrancaría». *Muerta al
mundo, vive escondida con Cristo en Dios* (3). De suerte, que
puede hacer suyas las palabras del Apóstol: *Vivo yo, mas ya
no yo, sino que vive Cristo en mí* (4). Y como posee en su co-
razón al sumo Bien, y éste es difusivo por naturaleza, tiende
á comunicarse, desea hacer á los demás partícipes de los
dones que la enriquecen, y se da á las prácticas de caridad
y misericordia con desinteresada abnegación. Dondequiera
que se halle, la veréis sacrificándose en aras de la paz, del
bienestar, de las comodidades ajenas. Como se conoce á sí
misma y sabe que el corazón humano encierra muchas mi-
serias (5), en vez de agrandarlas y cebarse en las debilidades

(1) Carta 53.

(2) Carta 867.

(3) Coloss., III, 3.

(4) Galat., II, 20.

(5) Matth., XV, 19.

y defectos de sus semejantes, los sufre con paciencia y aun
los cubre con el velo de una discreción encantadora. Estas
almas guardan secretos dolorosos de muchos corazones que
en ellas buscan consejo, sin que jamás se deslice de sus
labios ni la más ligera frase que delate una confidencia. Si el
mal llega á divulgarse por lamentables imprudencias y se ve
forzada á intervenir en conversaciones emponzoñadas por
lenguas viperinas, la verdadera devota sabe atenuarlo con
benignas interpretaciones inspiradas en la caridad cristiana,
que guarda para estos casos recursos inagotables. Si la ma-
ledicencia se ceba en su persona, en su conducta, en su buen
nombre, aunque su primer impulso es la defensa—porque la
naturaleza es muy avara de sus derechos y no consiente
estos golpes tan rudos como imprevistos,—no obstante, alza
sus ojos al cielo, y fortalecida por la divina gracia, ofrece al
mundo uno de los mayores prodigios, uno de los actos más
heroicos que puede efectuar el cristiano que sienta arder en
su corazón la caridad de Cristo (1): «el heroísmo del per-
dón». Sí, hermanas mías, el alma devota perdona y olvida
y ruega por los que la han ofendido, y su oración atrae
sobre ellos las bendiciones de Dios. En estos casos—harto
frecuentes en la vida,—abrazada á los pies sacratísimos de
Cristo, en ellos derrama su corazón, como Magdalena (2),
en perfumes de amor y lágrimas de compunción, mientras
Cristo se encarga de su defensa (3).

Y no creáis que el modelo que á grandes rasgos acabo
de trazar es ideal ó ficticio, toda vez que existen entre nos-
otros ejemplares elocuentísimos. Todos conocemos á perso-
nas fervorosas que viven en pasmosa actividad, siempre dis-
puestas á trabajar, á servir y á sacrificarse por el bien espi-

(1) II. Corinth., V, 14.

(2) Luc., VII, 38; Joann., XI, 2;
Joann., XII, 3.(3) Judith, V, 25; Psal. XXVI, 1;
Isal., XXXVIII, 14.

ritual y corporal del prójimo, á aliviarle el trabajo, á darle buenos consejos, á procurarle regalo y comodidades, á arrancar de las garras de Satanás á jóvenes atolondradas apartándolas del pecado, á concertar la unión y la paz entre matrimonios mal avenidos... y sienten en el alma las desgracias ajenas como si fueran propias, y *se alegran con sus prójimos, y lloran con ellos* (1), y parece como *que enferman si los ven enfermos*, según de sí mismo decía San Pablo (2), y *se hacen todo para todos, á fin de ganarlos para Jesucristo* (3); y enfrenan sus pasiones, y privan al cuerpo de lo superfluo en la comida y en el vestido (4), y aun cercenan algo de lo necesario, y *usan del mundo como si no usasen de él*, como aconseja el Apóstol (5), y todo esto lo hacen sin ruido ni aparato, con humilde sencillez y encantadora alegría. Estas almas afortunadas, poseídas de este fuego celestial, tienen un atractivo irresistible que cautiva los corazones, aun de las personas menos temerosas de Dios, las cuales en este modo de proceder para ellas desconocido, traslucen un no sé qué misterioso que no conciben, pero que no pueden menos de atribuir á algún don sobrehumano, y se ven forzadas á exclamar: «Es una santa; es un ángel». Estas son las almas verdaderamente devotas que pueden repetir con San Pablo: *La caridad de Cristo*, esto es, el fuego del amor divino, *nos urge*, nos abrasa y consume las entrañas (6).

Hay otra devoción, llamada «accidental» y sensible, que consiste en los gustos, ternuras, lágrimas y suavidades que suele sentir el alma en el ejercicio de la oración ó de las virtudes. Llámase accidental é imperfecta esta devoción, porque, como escribe Santa Teresa, «sin ella podemos salvarnos; »pues no es más santa ni más amada de Dios el alma que

(1) Eccli., VII, 38; Rom., XII, 15.

(2) II. Corinth., XI, 29.

(3) I. Corinth., IX, 22.

(4) I. Timoth., VI, 8.

(5) I. Corinth., VII, 31.

(6) II. Corinth., V, 14.

»experimenta estas suavidades y regalos, porque los da
»cuando quiere y como quiere, y á veces á grandes pecado-
»res, para aficionarlos y atraerlos á su servicio. Hay personas
»santas que jamás supieron qué cosa es recibir una de estas
»mercedes, y otras que las reciben y no son tan santas» (1). Esto no quiere decir que los dones y consuelos de Dios se desprecien ó no se admitan; sino que el alma no los reciba con apego á ellos, sino con agradecimiento y humildad, que este es el fin del Señor al concederlos. En una palabra, la mayor perfección del alma estriba en padecer trabajos por Cristo, sin asomo de consuelo, porque no hay perfección sino en el camino de la Cruz; y si la voluntad propia no está crucificada, no puede llamarse perfecta. Esta es la índole distintiva de los hijos de Dios, de los verdaderos devotos (2).

Medios. Y ¿sabéis por qué medios se logra este tan poderoso y tan noble afecto de devoción? Escuchad al Doctor Angélico: «La verdadera devoción despiértase en nosotros »con la consideración de las perfecciones de Dios y de sus »beneficios, y también con la meditación de nuestros propios »defectos y pecados» (3). Estas meditaciones engendran la devoción y con ella todas las demás virtudes. Y no merecen nombre de religiosos ni de personas espirituales los que no se recogen una hora á lo menos cada día para vacar á este santo ejercicio; porque así como no se puede obtener el efecto sin la causa, ni el fin sin los medios, tampoco es posible alcanzar la verdadera devoción sin la práctica frecuente de las causas y medios de donde ella procede, que son la oración y consideración; pues, como afirma el Santo Rey David, *en la meditación se enciende y aviva el fuego del amor* (4). Poseídos de este fuego celestial, y con la unción divina que

(1) Moradas, VI, cap. 9.

(2) Galat., V, 24.

(3) 2. 2, q. 82, art. 3 et 4.

(4) Psal. XXXVIII, 4.

comunica el amor, nuestras palabras despertarán de su tibieza á muchas almas estacionadas en el camino del cielo, y servirán de estímulo y acicate aun á las más fervorosas y devotas, como acontecía á Santa Catalina de Sena. Refiere el Beato Raimundo de Capua, su confesor, que cuando hablaba esta Santa, eran sus palabras como saetas encendidas, y ni uno solo había que, oyendo aquel hablar abrasado, no participase de sus efectos (1).

A vosotras acontecerá lo mismo, hermanas mías, si procuráis adquirir esta devoción, este fervor de alma enamorada de Cristo; ejerceréis también en torno vuestro un influjo bienhechor maravilloso, porque la religiosa devota y fervorosa en cuyo corazón mora el Espíritu de Dios (2), no puede menos de atraer los corazones, porque el ejemplo convence y arrastra mucho más que las palabras, y las almas se sienten subyugadas y movidas á reformar sus costumbres *apartándose del mal y practicando el bien* (3). Y como el oficio de poner á las almas en camino de salvación es oficio de apóstol, podréis vivir con la esperanza consoladora de recibir después de la muerte dos coronas: la de apóstol y la de virgen, para gozarlas eternamente en la gloria.

(1) Vida, cap. VI.

(2) Rom., VIII, 9; I. Corinth., III, 16.

(3) Psal. XXXIII, 15.

DEL PECADO VENIAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



comunica el amor, nuestras palabras despertarán de su tibieza á muchas almas estacionadas en el camino del cielo, y servirán de estímulo y acicate aun á las más fervorosas y devotas, como acontecía á Santa Catalina de Sena. Refiere el Beato Raimundo de Capua, su confesor, que cuando hablaba esta Santa, eran sus palabras como saetas encendidas, y ni uno solo había que, oyendo aquel hablar abrasado, no participase de sus efectos (1).

A vosotras acontecerá lo mismo, hermanas mías, si procuráis adquirir esta devoción, este fervor de alma enamorada de Cristo; ejerceréis también en torno vuestro un influjo bienhechor maravilloso, porque la religiosa devota y fervorosa en cuyo corazón mora el Espíritu de Dios (2), no puede menos de atraer los corazones, porque el ejemplo convence y arrastra mucho más que las palabras, y las almas se sienten subyugadas y movidas á reformar sus costumbres *apartándose del mal y practicando el bien* (3). Y como el oficio de poner á las almas en camino de salvación es oficio de apóstol, podréis vivir con la esperanza consoladora de recibir después de la muerte dos coronas: la de apóstol y la de virgen, para gozarlas eternamente en la gloria.

(1) Vida, cap. VI.

(2) Rom., VIII, 9; I. Corinth., III, 16.

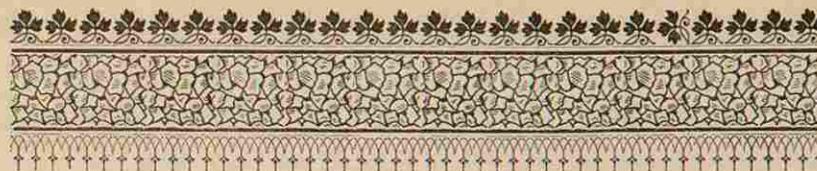
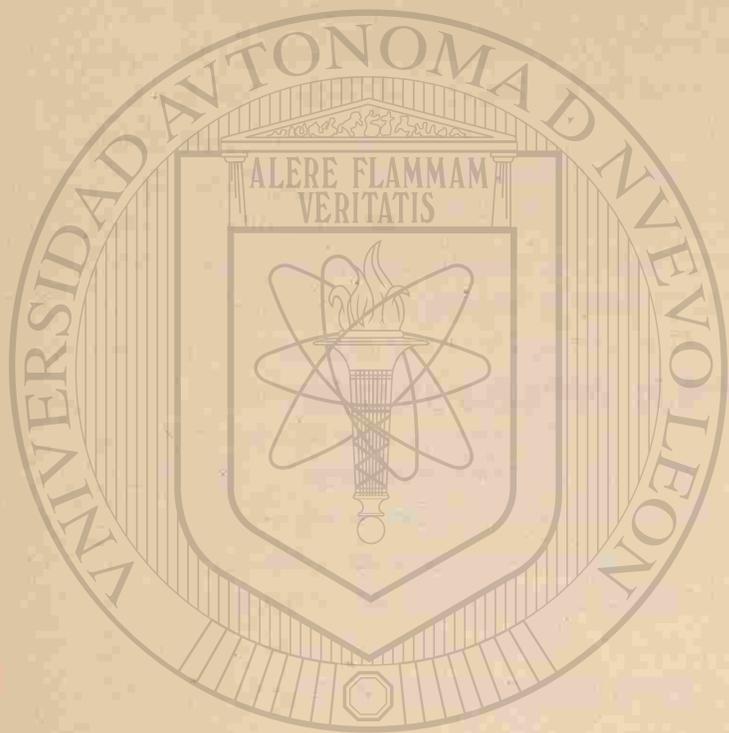
(3) Psal. XXXIII, 15.

DEL PECADO VENIAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DEL PECADO VENIAL



LA razón y la experiencia enseñan que no todo lo que aparece pequeño y sin importancia á los ojos del cuerpo, merece olvido ó desprecio. Y á la verdad: ¿qué cosa más pequeña que la chispa despedida del fuego?; y no obstante, puesta en contacto con alguna materia inflamable, producirá un horroroso incendio capaz de propagarse *como centella que discurre por un cañaveral* (1), y abrasar y reducir á pavesas toda una comarca. Así lo dice el Espíritu Santo: *Una sola chispa levanta un incendio* (2). ¿Qué cosa más tenue y ligera que el vaporcillo que, emanando de la tierra, sube hasta las altas regiones de la atmósfera?; y sin embargo, allí forja el rayo mortífero que lanzará á la tierra con horrisono estruendo; allí endurece las piedras que arrasarán dilatadas campiñas abastecidas de frutos; allí congrega las aguas que caerán á torrentes sembrando el espanto y la ruina en vastísimas comarcas. *Pequeña semilla es un grano de mostaza; pero*

(1) Sapient., III, 7.

(2) Eccli., XI, 34.

sembrado en la tierra, crece y hácese árbol tan frondoso, que las aves pueden reposar debajo de su sombra (1). Esto que sucede en el orden físico, acontece también en el orden moral, en la esfera de las costumbres. Una palabra indiscreta, una mirada curiosa, una lectura inmoral, una alusión intencionada, un juicio temerario, una mera sospecha... como nada de esto sorprende, no se le da importancia; y no obstante, cualquiera de estos pequeños actos suele ser la chispa que levanta un incendio formidable; suele ser el tenue vaporcillo condensado en el corazón donde se forman las tempestades del alma; suele ser el grano de mostaza que ha crecido y se ha hecho un árbol grande que ha producido muchos frutos de muerte.

Ahora bien, hermanas mías: ¿deseamos nosotros vivir al abrigo de estas frecuentes tempestades del corazón y que nuestro espíritu repose en dulce calma en las apacibles moradas de la confianza? Pues no miremos nunca con indiferencia los pequeños obstáculos de que están sembrados los caminos del espíritu. No condescendamos jamás con los primeros movimientos de nuestras pasiones y apetitos depravados, porque los resultados serían funestísimos para nuestras almas. En una palabra—y este es el asunto,—debemos declarar guerra á muerte al pecado leve, 1.º, por la malicia que entraña; 2.º, porque conduce al pecado mortal; 3.º, por los castigos que merece.

Al tratar del pecado venial, no me refiero á las faltas que se suelen cometer como por sorpresa, por mera fragilidad y sin plena voluntad, porque de este linaje de pecados nadie está libre. Fatal necesidad que obligaba á exclamar á San Pablo: *¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muer-*

(1) Matth., XIII, 31-32; Marc., IV, 31-32.

te? (1). No hablo de estos pecados; aludo únicamente á los que se cometen con reflexión y á sabiendas; me refiero á los pecados leves que se hacen por costumbre, contra todos los remordimientos de la conciencia, en cualquiera ocasión, por el más liviano motivo, so color de que no son más que pecados veniales y que Dios no los castiga con pena eterna. Este es el pecado que debemos evitar á toda costa, con la gracia de Dios; pecado enorme, pecado que debe alarmar nuestras conciencias, porque si paramos mientes en la malicia que entraña, sin duda ha de horrorizarnos.

Malicia que entraña. En efecto: el pecado venial, con relación á Dios, constituye una verdadera ofensa suya; envuelve un desprecio á su divina Majestad, una enorme ingratitud á su bondad infinita, un indigno abuso de su omnipotencia, una resistencia á su soberana voluntad y una disminución de su gloria accidental. Cada uno de estos efectos necesitaría un libro, si hubiera de ponderarse como merece. Escuchad lo que enseña la fe acerca de la malicia de este pecado. Dícenos que el pecado leve es un mal peor que todos los males del mundo, sin exceptuar la muerte ni el infierno. Luego podemos inferir que, si por una leve mentira lográramos convertir á todos los herejes, infieles é idólatras del universo; librar del purgatorio á todas las almas; sacar del infierno á todos los condenados; asegurar la salvación eterna de todos los hombres que han existido y existirán hasta el fin de los siglos, no nos sería lícito proferirla, y antes deberíamos consentir y querer la ruina del universo, la pérdida espiritual de todos los hombres y la eterna condenación de los réprobos, que la más leve ofensa de Dios.

Además, dicen los Santos Padres que es preferible ser poseído del demonio, padecer en el cuerpo los más agudos

(1) Rom., VII, 24; Sapient., IX, 15.

dolores y hasta ver nuestra alma ardiendo en el infierno, que manchada con un solo pecado leve. Luego antes que dejarnos arrebatados de un movimiento deliberado de impaciencia, por ejemplo, debemos estar dispuestos á padecer cuantos acerbísimos dolores, enfermedades y desgracias puedan imaginarse; cuantos tormentos y torturas padecieron los mártires de todos los siglos y hasta á padecer por toda la eternidad el fuego del infierno; y allí, desde el fondo de aquellas simas incandescentes, deberíamos exclamar á cada instante: «Cuanto padezco, constituye un mal infinitamente menor que la más ligera falta voluntaria». Esta doctrina es cierta, hermanas mías; es dogma de fe y no se la puede poner en duda sin impiedad. La razón es, porque la pena eterna es un mal inferior sin comparación á la injuria que inflige á Dios la culpa, por leve que sea. Por tanto, un solo pecado venial ofende más á Dios, que gloria le dan las eternas alabanzas de todos los bienaventurados. Ya no extraño que Santa Catalina de Génova llegara á decir, que si se hallase en el infierno, y para librarse de aquellos tormentos no tuviera otro medio que cometer un pecado venial, preferiría quedarse en el infierno por toda la eternidad, antes que ofender levemente á su divino Esposo (1). No me maravilla que Santa Teresa dijera á sus monjas, «que mayor daño las podía venir de un pecado venial, que de todo el infierno junto» (2). Ahí tenéis expuesta en ceñidas palabras la malicia que entraña el pecado leve. Otro de los motivos que deben inducirnos á evitar este pecado es porque

Conduce al pecado mortal. Aunque el pecado venial no quita ni disminuye el hábito de la caridad, como prueba Santo Tomás (3), causa, no obstante, grandes males en el

(1) Mansi, tract. 76, disert. 16.
(2) Vida, cap. XXV.

(3) 1. 2, q. 89, art. 1.

alma, porque la fatiga, la aflige, la detiene en el camino de la virtud y la dispone para cometer el pecado mortal. En efecto: ha dicho el Espíritu Santo: *Quien desprecia las cosas pequeñas, poco á poco vendrá á caer en la ruina* (1). Esta es una de las más indefectibles máximas de la religión; pues, como dice San Agustín (2), «el alma que comete faltas voluntarias, siquiera sean leves, pronto contrae el hábito de pecar sin remordimiento, y este hábito enflaquece y debilita las fuerzas del espíritu necesarias para ejercitar las virtudes y luchar contra las tentaciones; esta costumbre de pecar va como ensanchando la conciencia y el alma va perdiendo el temor que antes tenía de ofender á Dios»; y como por otra parte Dios, para castigarla y corregirla, la priva de las gracias especiales que conducen á la perfección (3), el alma ya no halla gusto en la práctica de la virtud, y si bien no abandona enteramente los ejercicios de piedad, pero los hace sin atención ni devoción, los practica por costumbre, con languidez y á más no poder, y vedla ya, hermanas mías, á plomo del abismo.

He dicho que Dios niega sus gracias especiales al alma que habitualmente comete el pecado leve, y voy á demostrarlo. El alma, para conservarse sin pecado, necesita el socorro continuo de la gracia (4) de tal manera, que si Dios dejara un instante de sostenerla y conservarla con su amorosa Providencia, sucumbiría inmediatamente y quedaría hecha esclava de Satanás (5). La gracia obra la fidelidad del justo, es cierto, pero también lo es que la fidelidad del justo atrae la gracia á su alma. Por tanto, si deja de corresponder, se suspende la gracia; *si no negocia con el talento, se le*

(1) Eccli., XIX, 1; Luc., XVI, 10.
(2) Epist. ad Seleuc.
(3) II. Reg., VII, 15; Isai., V, 5;
Matth., XXV, 29.

(4) Joann., XV, 5; II. Corinth., III, 5.
(5) Joann., VIII, 34.

quita (1); si se ciñe á cumplir aquellas obligaciones, aquellos deberes de los cuales no puede prescindir sin culpa grave, también el Señor se limita á concederla aquellas gracias generales con las cuales difícilmente permanecerá fiel en la tentación. Es verdad que estas gracias ordinarias son suficientes para perseverar en el bien; pero la faltarán los auxilios extraordinarios con los cuales infaliblemente se persevera. Por ello no hay tentación, no hay riesgo que no exponga á estas almas á una caída mortal. ¡Qué estado tan deplorable el de estas almas! Desde ese momento el suave yugo de Jesucristo (2) viene á ser para ellas duro, pesado, insoportable, porque ya no experimentan los consuelos que lo suavizan y aligeran; y las son insípidas todas las prácticas de piedad y molestos todos sus ejercicios; viven desgraciadas y sin consuelo; toda su vida se reduce á una monótona repetición de actos estériles que arrastran con indolencia hasta el sepulcro. Pero este estado, hermanas mías, es violento y no puede durar. Una virtud que no sosiega el corazón, que no contenta al amor propio, pronto cansa; la carga que pesa y no se lleva con amor, sino por algún respeto humano, pronto se sacude. El corazón del hombre necesita un objeto que lo ocupe, que lo sujete, y si no es Dios quien lo sujeta y quien lo ocupa, lo será forzosamente el mundo, lo serán las pasiones, lo serán los vicios; así que, el paradero inevitable de estas almas desdichadas, es la desgracia de la caída y con ella la pérdida de la gracia santificante, el pecado mortal.

Ejemplo. Llenas están las Santas Escrituras de ejemplos que corroboran esta tristísima verdad. Sólo citaré uno que muestra con evidencia á qué abismo de maldad puede conducir como por grados un solo pecado leve. Después que

(1) Luc., XIX, 24; Matth., XXV, 28.

(2) Matth., XI, 30; I. Joann., V, 3.

Saúl fué ungido por Samuel, rey del pueblo de Dios, díjole el profeta: *Pasa á Gálgala y aguardame allí siete días, hasta que yo llegue y te declare lo que debes hacer.* Esperó Saúl á Samuel siete días, pero no enteros; pues al amanecer del día séptimo ofreció á Dios un holocausto, sin aguardar al profeta. Acabado el holocausto, aparece Samuel y le dice: *Infeliz, ¿qué has hecho?... Saúl, confuso y aturdido, intentó disculpar con excusas su inobediencia al precepto de Dios, y replicóle Samuel: Has obrado neciamente no cumpliendo el mandato del Señor tu Dios; que si eso no hicieras, desde ahora hubiera el Señor asegurado para siempre tu reino sobre Israel; mas ahora pronto acabará tu reinado (1).* Muchos y graves autores opinan que Saúl obró en este caso, como él mismo dijo, *forzado por la necesidad*, y dicen que no fué grave esta falta de obediencia, sino leve. Pues con todo ello, á esta falta leve siguió luego no sólo la pérdida del reino y de la corona, sino también la pérdida del temor de Dios, de la virtud, de la gracia, del alma y del cielo. No fué esta desobediencia la causa próxima de la condenación de Saúl, por cuanto no era más que pecado venial, sino que fué ocasión y disposición remota de su perdición eterna, puesto que por esa falta leve, de la cual jamás se arrepintió, mereció muy justamente que Dios le retirase sus auxilios y gracias especiales que, como don gratuito de Dios, á nadie debe de justicia. Privado ya de estas gracias, prosiguió Saúl multiplicando los pecados y los crímenes; unas veces, devorado por la envidia, intentando quitar la vida á David, porque barruntaba que había de sucederle en el trono (2); otras, burlándose de los preceptos de Dios, despreciando sus amenazas y mandando quitar la vida al Sumo Sacerdote Aquimelec y á ochenta y cinco sacerdotes que le acompañaban. No saciado todavía su despecho,

(1) I. Reg., XIII, 12.

(2) I. Reg., XVIII, 11.

pasó también á cuchillo á todos los habitantes de la ciudad de Nobe, hombres y mujeres, muchachos y niños de pecho, hasta los bueyes, los asnos y las ovejas (1). Finalmente, en la batalla que dió contra los Filisteos en los montes de Gélboe, murieron á filo de espada los tres hijos de Saúl, única esperanza del reino, y temiendo Saúl caer en manos de los Filisteos, sus enemigos, él mismo desesperado se dió la muerte atravesándose el cuerpo con su misma espada (2).

«Veis aquí, dice San Juan Crisóstomo, á Saúl que empezó por una leve desobediencia, y deslizándose por la pendiente del pecado, él mismo vino á precipitarse en el abismo de la perdición eterna» (3). Séame lícito ahora exclamar con San Gregorio: «Ved lo que se exponen á perder y adónde van á parar los que miran con desprecio las faltas leves.»

Corroboraba esto lo que escribe Santa Teresa hablando del pecado leve. «Quiso el Señor, dice la santa, ponerme en espíritu en un lugar del infierno que tenía por mis pecados merecido, para que viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia» (4); no por pecados graves que nunca cometió, sino por leves defectos de su juventud, los cuales la habrían precipitado en el abismo del pecado mortal si, advertida del peligro, no hubiera emprendido una vida mortificada y fervorosa.

Castigos. Pero lo que muestra con más elocuencia la insuperable oposición que media entre la santidad de Dios y la fealdad del pecado, son las desgracias y calamidades con que ha castigado, aun en esta vida, faltas al parecer pequeñas y de poca importancia.

Leemos en el libro segundo de los Reyes (5), que Oza, hijo de Abinadab, iba custodiando el Arca de Dios, llevada

(1) I. Reg., XXII, 18.
(2) I. Reg., XXXI, 4.
(3) Homil. 87, in Matth.

(4) Vida, cap. XXXII.
(5) II. Reg., VI, 7.

en un carro nuevo tirado por bueyes; al llegar á la era de Nacón, dice la Escritura que los bueyes comenzaron á andar con tal viveza, que hicieron inclinar el Arca. Apenas lo advirtió Oza, extendió su mano para sostenerla; mas el Señor, indignado en gran manera, castigóle por su temeridad—pues no siendo sacerdote, no podía tocarla—y quedó muerto allí junto al Arca de Dios.

El sagrado libro de los Números (1) refiérenos otro castigo semejante. Estando los hijos de Israel en el desierto, hallaron á un hombre recogiendo leña en día de sábado—día festivo para los judíos—y lo presentaron á Moisés y á toda la Sinagoga, los cuales le encerraron en la cárcel, no sabiendo qué debían hacer de él. Moisés consultó el caso con Dios, y díjole el Señor: *Muera ese hombre y mátele todo el pueblo á pedradas fuera del campamento.*

Sabido es el caso de la mujer de Lot, convertida en estatua de sal por una leve desobediencia, dice San Juan Crisóstomo (2).

Asimismo el de los hijos de Aarón, Nadab y Abiú, que murieron abrasados por el fuego que bajó del cielo, porque osaron ofrecer á Dios incienso con fuego que no era sagrado (3).

El mismo Moisés, del cual dijo el Señor que era el más fiel de todos sus siervos y con quien hablaba como un amigo habla á su amigo (4), vacila un momento al herir con su vara la peña en el desierto, y por esta sola falta queda privado de entrar en la tierra de promisión, cuyas fronteras tocaba después de infinitas tribulaciones (5).

David, rey según el corazón de Dios (6), cede á un lige-

(1) Núm., XV, 35.
(2) Génes., XIX, 26; Luc., XVII, 32.
(3) Levit., X, 2; Núm., III, 4.

(4) Núm., XII, 7; Hebræ., III, 2.
(5) Núm., XX, 12.
(6) Act., XIII, 22.

ro impulso de vanidad, que consistió en mandar hacer el censo de toda la gente de Israel y de Judá, para saber el número de sus vasallos, y Dios castigó este pecado con una peste terrible que en solos tres días quitó la vida á setenta mil personas (1). «David pecó, dice San Agustín (2), porque »obró movido por vanidad y soberbia», aunque es muy probable que su pecado fuese leve, por lo que se infiere del mismo texto sagrado (3).

Ahora bien: al ver á un Dios tan *misericordioso, tan benigno y de extremada clemencia* (4), castigar con tanto rigor á sus siervos más amados por pecados leves, por faltas ligeras que, á nuestro parecer, apenas merecen atención, ¿qué debemos esperar nosotros si cometemos estas mismas faltas con advertencia, sin el menor remordimiento y en la presencia de ese mismo Dios que tan terrible se ha mostrado en sus fieles servidores?... Meditemos, hermanas mías, meditemos sosegadamente á la luz de la fe esta amarga verdad y declaremos guerra á muerte al pecado leve, pues por muy ligero que sea, es de fe que no entrará con nosotros en el reino de los cielos (5). En la hora de nuestra muerte no nos valdrá estar abastecidos de merecimientos; con todos nuestros méritos y con toda la santidad que hayamos adquirido, si nuestra alma al salir de este mundo lleva la mancha de algún pecado venial que no haya expiado con la penitencia, este solo pecado, esta ligera mancha nos impedirá la entrada en la mansión de los bienaventurados, hasta que Dios la haya vengado con el fuego del purgatorio (6), tan temible como poco temido.

Amargas quejas exhalamos todos los días al ver que

(1) II. Reg., XXIV, 15.

(2) Lib. XXII, contr. Faust., cap. 66.

(3) III. Reg., XV, 5.

(4) Psalm. CII, 8; II. Esdr., IX, 17.

(5) Apocal., XXI, 27.

(6) Matth., V, 26; I. Corinth., III, 15.

siempre somos los mismos, que no adelantamos un paso en la práctica de las virtudes, que pasan los años y quedan con nosotros los malos hábitos, y quizá no hemos advertido que son los pecados veniales voluntarios los que se oponen á nuestro adelantamiento en la virtud, como dicen todos los maestros de la vida espiritual. Pues, hermanas mías, este es el obstáculo y así lo afirma la gran Santa, Catalina de Sena: «Nada hay tan funesto en el camino de la perfección, dice, »como una falta, por pequeña que sea, cuando el que la comete no cuida de enmendarse y purificarse por la penitencia» (1).

Sea, pues, hoy nuestro propósito evitar, con la gracia de Dios, el pecado leve, ó por lo menos no dejarlo arraigar en el corazón, que hemos de conservar siempre puro y limpio para que sea digna morada del divino Esposo (2); y para que lo imprimáis en vuestra memoria, os referiré un ejemplo tomado de la Santa Escritura. Leemos en el sagrado libro del Éxodo (3), que el rey de Egipto mandó quitar la vida á todos los hijos varones de los hebreos apenas naciesen, y confió esta comisión á las matronas diciéndolas: *Cuando asistiereis á las hebreas en sus cuidados, si el recién nacido fuere varón, matadlo; si hembra, dejadla vivir.* ¿Sabéis qué movió al rey á dar tan descabellada orden? El temor de que los hijos varones se multiplicaran y pudiesen algún día declararle guerra y arrojarlo del trono. Pues este temor y esta solicitud debemos tener también nosotros en lo que atañe á los pecados y defectos leves, declarándoles guerra á muerte antes que se multipliquen y logren introducirse en nuestras costumbres y echar raíces en el corazón, porque, como he dicho, pueden ser un obstáculo serio en el camino de la perfección,

(1) Vida, part. II, cap. 6.

(2) II. Corinth., VI, 16; I. Corinth., III, 16; Joann., XIV, 23.

(3) Exod., I, 16.

y plegue á Dios no lo sean también, andando el tiempo, para la salvación de nuestras almas.

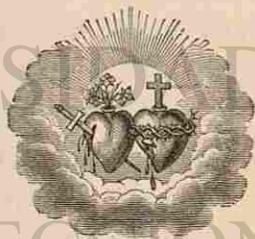
No permita Dios que halle albergue en esta santa casa el pecado, siquiera sea leve, porque su Majestad habita en ella (1). Mas si por fragilidad propia de la naturaleza (2), cometéis alguna falta, no perdáis la paz del corazón; venid, entrad en esta capilla, que es como la sala de recibo de Jesús, postraos á sus plantas benditísimas, y humildes y confiadas, decidle de lo íntimo del corazón: «Jesús mío amorosísimo, dulcísimo Esposo de mi alma, perdonadme; desde hoy quiero serviros con vuestra ayuda, no como esclava por temor, ni como mercenaria por la recompensa, sino como esposa fidelísima, pues las esposas sirven por amor; para que después de haberos servido fielmente en la tierra, merezca y merezcamos todos gozaros eternamente en el cielo.»

(1) Génes., XXVIII, 17.

(2) Psalm. CII, 14; Génes., VIII, 21.

DE LA TIBIEZA

JUANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

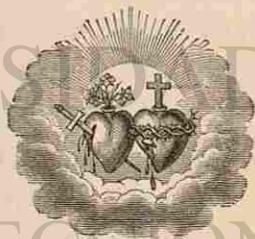


y plegue á Dios no lo sean también, andando el tiempo, para la salvación de nuestras almas.

No permita Dios que halle albergue en esta santa casa el pecado, siquiera sea leve, porque su Majestad habita en ella (1). Mas si por fragilidad propia de la naturaleza (2), cometéis alguna falta, no perdáis la paz del corazón; venid, entrad en esta capilla, que es como la sala de recibo de Jesús, postraos á sus plantas benditísimas, y humildes y confiadas, decidle de lo íntimo del corazón: «Jesús mío amorosísimo, dulcísimo Esposo de mi alma, perdonadme; desde hoy quiero serviros con vuestra ayuda, no como esclava por temor, ni como mercenaria por la recompensa, sino como esposa fidelísima, pues las esposas sirven por amor; para que después de haberos servido fielmente en la tierra, merezca y merezcamos todos gozaros eternamente en el cielo.»

(1) Génes., XXVIII, 17.

(2) Psalm. CII, 14; Génes., VIII, 21.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

DE LA TIBIEZA

JUANIL





DE LA TIBIEZA



UALQUIERA que conserve en su corazón una centella de fe y á la luz de esta antorcha divina examine detenidamente la excelencia, las utilidades y ventajas espirituales, y aun temporales, que facilita la vida religiosa, no podrá menos de confesar que esta vida venturosa y apacible satisface maravillosamente todos los deseos lícitos del corazón y todos los anhelos del alma, compatibles con la humana naturaleza; y al columbrar la paz y tranquilidad en que vive el religioso en medio de las miserias y amarguras de este destierro, verá forzado á exclamar: «¡Bienaventurada el alma que, correspondiendo á la gracia de la vocación, logra gustar los encantos de la vida religiosa y saborear la dulcedumbre que encierra el servicio divino!» (1), porque bien puede asegurar que ha logrado sorprender el secreto de la verdadera felicidad, viviendo estrechamente unida con Dios, principio, fuente y manantial inagotable de amor (2).

(1) Psal. XXXIII, 9; Psal. LXXXIII, 5; Psal. LXXXIII, 11.

(2) Deut., IV, 24; Psal. XXXV, 10; Jerem., II, 13; Hebræ., XII, 29; I. Joann., IV, 8.

Pero advertid, hermanas mías, que no acontece esto á todos los religiosos por el mero hecho de abandonar el siglo, vestir un hábito y consagrarse al servicio divino. Así debiera ser, pero desgraciadamente no suele suceder así. En todos los Institutos y Congregaciones religiosas, dice San Bernardo, á pesar de vestir todos sus miembros el mismo hábito, de hacer los mismos votos y de vivir sometidos á la dirección de una misma Regla, existen dos clases de religiosos: unos fervorosos y otros tibios. Unos, solícitos en corresponder á su vocación, adelantan visiblemente en el camino del espíritu y son la honra de la Religión que profesan. Otros, perezosos é indolentes, se contentan con la observancia exterior de su Regla y practican los actos de piedad y devoción con frialdad é indiferencia; éstos no viven vida de espíritu; se ciñen á no cometer pecado mortal y arrastran una vida triste y congojosa, y con ello ni contentan á Dios, ni al mundo, ni á sí mismos. Los primeros son verdaderos religiosos, religiosos de buen espíritu, y son bendecidos de Dios, como hijos muy queridos (1). Los segundos son religiosos tibios é indevotos que, sobre no hacer cosa de provecho, sirven de escándalo y tropiezo á sus hermanos y son la burla y el descrédito de la Religión á que pertenecen.

De estos últimos quiero hablaros hoy. Plegue á Dios que lo haga con acierto, para que procuréis y procuremos todos evitar á toda costa, con la gracia divina, esa enfermedad espiritual casi incurable, llamada tibieza.

Comencemos trazando el proceso de esta perniciosa enfermedad, que á tantas almas logra contagiar. La tibieza supone naturalmente que el alma devota ha llegado á cierto

(1) Psal. CXLVII, 13; Rom., VIII, 14-16; II. Corinth., VI, 18; Galat., III, 26.

grado de fervor en el camino de la perfección, del cual ha bajado luego por cobardía, por respetos humanos ó por hastío ó cansancio. Y á la verdad: el alma religiosa, devota y ejemplar en un principio, alegre y feliz mientras ha permanecido fiel á las promesas que hizo á Dios en su profesión, cansada de luchar con sus pasiones y cediendo á las sugerencias de los apetitos depravados, va decayendo paulatinamente de su primitivo fervor; insensible á las inspiraciones de la gracia, empieza por omitir, sin pena ni remordimiento y por livianos motivos, los ejercicios y prácticas espirituales, como son la oración y meditación, la lectura de libros devotos, las obras de mortificación y penitencia, etc.; y si no los deja desde el principio, á lo menos los disminuye y cercena, ó se entretiene en ellos con decaimiento de ánimo, más por costumbre ó por miras humanas, que por deseo de aprovechar. Los exámenes de conciencia, que antes hacía con mucha compunción, ó los omite, ó los hace superficialmente y sin enmienda. A los Sacramentos se acerca de mala gana y los recibe sin preparación y sin fruto. No piensa sino en sí misma, en sus comodidades y en lo que puede lisonjear su amor propio; suele andar triste y desmazalada, y para aliviar y entretener su corazón, busca la compañía y conversación de las menos observantes. Lo que en tiempo de fervor la parecía esencial, ya no lo mira sino como vano escrúpulo; las omisiones que antes la causaban vivo remordimiento, ahora las cree faltas leves; esfuérsase en vivir en paz consigo misma, y no puede lograrlo enteramente. Es verdad que no se atreve á volver la espalda á su fidelísimo Esposo Jesús (1), cometiendo el pecado grave, pero no repara en afligirle con pecados leves plenamente voluntarios, con mentiras, murmuraciones, envidias, actos de impaciencia, de vanidad, de aversión y des-

(1) Deut., XXXII, 4; Psal. CXLIV, 13; I. Corinth., I, 9; I. Corinth., X, 13; I. Joann., I, 9.

precio de las que ve más fervorosas; con deseos de ser preferida, alabada y obsequiada de las personas con quien trata; en fin, con el espíritu del siglo inoculado en su corazón de tal suerte, que sin ella advertirlo, va pregonando con su proceder que no merece llevar hábito religioso, porque carece de espíritu, y es que ha caído en la tibieza. ¡Desgraciada!

Consecuencias. Pues bien: desde el momento en que estas almas se resuelven á cometer y multiplicar sin remordimiento faltas leves voluntarias; desde que se contentan con observar aquellas obligaciones, aquellos preceptos de que no pueden prescindir sin culpa grave; desde que se empeñan en no querer llevar una vida más fervorosa, más recogida y exacta, como exige su profesión, desde ese momento renuncian al deseo de su santificación y desprecian atolondradas el precepto de Jesucristo que las obliga á ser perfectas, esto es, á trabajar para conseguirlo (1). Y ¿sabéis las funestísimas consecuencias que se siguen de esta malhadada disposición de ánimo?... No osaría exponerlas á vuestra consideración, si no fuera porque abrigó el convencimiento de que os han de servir de saludable lección para evitarlas.

1.^a Decidme: ¿qué provecho espiritual pueden sacar estas almas tibias de tantas confesiones como hacen y de tan frecuentes comuniones como reciben?... ¿Sabéis con qué disposiciones suelen acercarse al santo tribunal de la Penitencia? Confesarse para estas almas desdichadas, no es proponerse una mudanza saludable en sus costumbres; es, cuando mucho, seguir una práctica devota, repetir un ejercicio piadoso muy recomendado por los Santos y maestros de espíritu; y como no pueden prescindir de ello sin ser notadas, se confiesan, pero sin preparación y sin examen, porque tienen horror á sus conciencias, y recitando por mera fórmula el

(1) Matth., V, 48; II. Timoth., III, 17; Jacob., I, 4; II. Petr., I, 10; Apocal., XXII, 11.

acto de contrición, comparecen ante el ministro de Jesucristo, no para arrepentirse de su tibieza con lágrimas del corazón, sino para entretener al confesor con la fría relación de algunas faltas ligeras, que suelen ser siempre las mismas, y nunca se las perdonan, porque nunca las detestan como deben, y muestran con ello que es más fácil pasar del crimen á la virtud, que de la tibieza á la verdadera penitencia; y suben las gradas del altar para recibir en sus pechos el Santísimo Cuerpo de Cristo, y comulgan, pero sin preparación y sin fruto, y se separan del altar tan frías y tan insensibles como se acercaron á él. Verdad es que estas almas no quedan nunca satisfechas de sus confesiones, pero tampoco atinan á descubrir qué les falta para buenas; parécelas siempre que se han dejado por decir algo que deberían haber dicho, y lo mismo les acontece con las comuniones, y con los exámenes de conciencia, y con la oración mental... ¡ay!, hermanas mías, precisamente uno de los actos más insoportables para estas almas infortunadas es la oración mental, y se concibe, porque un espíritu frívolo y disipado, un corazón que carece de estímulo y no experimenta consuelo alguno espiritual que lo aliente y sostenga en la lucha contra el mundo y las pasiones; un corazón dividido entre Dios y el mundo su enemigo (1), forzosamente ha de sentir repugnancia y tedio á la oración y meditación y demás actos de piedad, porque todos estos ejercicios devotos que de grado ó por fuerza estas almas desventuradas han de practicar, las sujetan y aprisionan como á esclavas con las cadenas del deber; y si bien asisten con el cuerpo, pero su imaginación, á semejanza del cuervo que Noé despidió del Arca (2), tiende el vuelo por los dilatados horizontes de la tierra para alimen-

(1) Eccli., II, 14; Joann., XVII, 9; I. Joann., V, 19; S. August., Tract. 9, in Joann.

(2) Génes., VIII, 6.

tarse con los despojos que dejaron abandonados en el siglo el día memorable de su profesión religiosa. Así se confiesan y comulgan y oran las almas tibias, sin parar mientes en cómo lo han hecho, ni en el fruto ó resultado que han obtenido. Así es que las oraciones de estas almas suben, cuando suben, al cielo envueltas en nube de pecados veniales, y los ángeles se tapan el rostro para no ser testigos de tales confesiones y comuniones (1).

2.^a ¿Qué linaje de esperanza pueden concebir las almas que así se portan con Dios?... Si la oración, si los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía—que son los medios más eficaces y las fuentes ordinarias de gracia y de salud eterna—no reaniman ni vigorizan su espíritu para luchar ventajosamente con las pasiones y progresar en la virtud y perfección, ¿á qué otro recurso, á qué otro medio podrán apelar que logre aliviarlas el peso de la cruz que forzosamente todos hemos de llevar? (2). ¡Qué estado tan lamentable el de estas almas desdichadas!... Con nombre y hábito de religiosas han emprendido un camino peligrosísimo, del cual dice el Espíritu Santo en el libro de los Proverbios *que á muchos parece camino real, derecho y seguro, y no obstante, conduce á la perdición* (3). Tal es el camino de la tibieza. Y ved aquí uno de los resultados más funestos á que conduce esta enfermedad espiritual, y consiste en creer que andan por el camino recto de los consejos evangélicos. Cometan sin escrúpulo el pecado venial; no quieren enmendarse de sus faltas voluntarias; renuncian á *practicar en sus cuerpos la mortificación de Cristo*, como aconseja el Apóstol (4); viven en continua turbación y desasosiego, y teniendo tantos motivos para temer y temblar, se creen, no obstante, seguras. ¡Ah! San Pablo,

(1) P. Faber. Tibieza.
(2) Matth., X, 38; Luc., IX, 23.

(3) Prov., XIV, 12.
(4) II. Corinth., IV, 10.

aquel hombre extraordinario á quien *fueron revelados secretos del cielo* (1); San Pablo, que sólo vivía en Jesucristo y por Jesucristo (2); aquel *vaso escogido* (3) á quien nada reprendía la conciencia (4), no sabía, sin embargo, si era digno de amor ó de odio en la presencia de Dios (5), no sabía si aun conservaba en su corazón el invisible tesoro de la caridad (6), y por ello nos dice en una de sus cartas *que trabajemos con temor y temblor en la obra de nuestra santificación* (7). David, aquel Rey penitente que cifraba sus mayores delicias en la meditación asidua de la Ley divina (8), y á quien el Espíritu Santo llama *Rey según el corazón de Dios* (9); David teme no conocer bastante la gravedad de sus faltas y cree ver en su conciencia abismos insondables de iniquidad, y derramando abundantes lágrimas en la presencia de Dios, suplícale que le ayude á purificarse de sus ocultas infidelidades dándoselas á conocer (10). Las almas justas y fervorosas, como saben que á pesar de su cuidado y solicitud en evitar las faltas leves voluntarias no pueden asegurar que están en gracia y amistad de Dios (11), desconfiando de sí mismas, ponen toda su confianza en el Señor, *que salva á los que en Él esperan* (12). Pero los tibios, como no se conocen, como no se comparan con los más observantes y fervorosos, sino con los que son tan tibios ó más que ellos; como no cometen faltas graves, creen estar en paz con Dios, y suelen decir con la falsa confianza del fariseo del Evangelio, *que no tienen las faltas de muchos* (13). De aquí procede que, sirviendo á Dios

(1) II. Corinth., XII, 4.
(2) Philipp., I, 21.
(3) Act., IX, 15.
(4) I. Corinth., IV, 4.
(5) Ecclesiast., IX, 1.
(6) Sapient., VII, 14; Philipp., III, 12.
(7) Philipp., II, 12.
(8) Psal. XVIII, 15; Psal. CXVIII, 16-92.

(9) I. Reg., XIII, 14.
(10) Psal. XVIII, 13.
(11) II. Paral., VI, 36; Ecclesiast., VII, 21; III. Reg., VIII, 46; I. Joann., I, 8.
(12) II. Reg., XXII, 31; Psal. XVI, 7; Psal. XXXVI, 40.
(13) Luc., XVIII, 11.

muy tibiamente, osan juzgar á los demás (1), lo cual reprende el Apóstol (2), y viven tranquilos y muy pagados de su virtud, como si cumplieran toda justicia (3).

3.^a ¿Cómo ha de ser grata á Dios una vida como esta de relajación y de hipocresía? ¿Cómo no ha de contristar su amorosísimo Corazón el desprecio de sus gracias y beneficios? ¿Cómo no ha de aborrecer y detestar este modo de proceder, contrario á las promesas, á los votos y juramentos pronunciados en el santo Bautismo y ratificados en el acto solemne de la profesión religiosa?... No, no puede ni quiere sufrir Dios esta conducta. ¿Sabéis de dónde infero el indecible aborrecimiento con que Dios mira la tibieza? De las palabras que pone en boca del Evangelista San Juan: *Sé por tus obras—dice hablando con un alma tibia—sé por tus obras que ni eres frío ni caliente; ojalá fueras frío ó caliente, mas porque eres tibio comenzaré á vomitarte de mi boca* (4). No hay en toda la Sagrada Escritura pasaje semejante á éste, en el cual vemos que, no solamente Dios prefiere á lo tibio lo frío, sino que la tibieza excita náuseas al que es Amor eterno; la caridad del Corazón de Jesús, nuestro único refugio, no puede hospedar en él al tibio, porque le da asco. Así lo dice Dios, y cierto que si Él no lo dijera, jamás habríamos osado poner en sus labios frase tan tremenda y tan extraña (5). Y no os maravilléis, pues, como dice el Espíritu Santo, el estado de tibieza es en cierto modo peor que el del pecado. Fuera mejor para estas almas haber caído en alguna culpa grave y grosera, porque sin duda no habrían podido sufrir largo tiempo los remordimientos de la conciencia, pues conociendo que habían muerto á los ojos de Dios (6), la enormidad de la culpa y el temor del infierno las habrían obligado á entrar

(1) Matth., VII, 1.

(2) I. Corinth., IV, 5; Jacob., II, 4.

(3) Ezech., XXXIII, 3.

(4) Apocal., III, 15.

(5) P. Faber, Progreso del alma.

(6) Jacob., I, 15.

en sí mismas, á humillarse y arrepentirse y enmendar la vida. Ya no extraño que los maestros de la vida espiritual enseñen que es más difícil salir del estado de tibieza que del vicio y de la maldad; y entre otros, Casiano afirma haber conocido gran número de pecadores que después de su conversión habían llegado á ser hombres fervorosos y espirituales, pero que no había visto jamás la misma mudanza en los tibios (1).

Mas para evitar equivocaciones de transcendencia, debo advertiros que una cosa es la tibieza y otra la sequedad ó aridez espiritual. Cierto que, tanto en la sequedad como en la tibieza, se pierde todo afecto sensible, todo sentimiento y sabor de las cosas espirituales; pero ambas producen efectos tan contrarios, que no se las puede confundir. En la sequedad, si bien cesa la sensibilidad de los afectos, mas no falta la voluntad de quien la padece, antes es más diligente que nunca en el cumplimiento de sus deberes; mientras que en la tibieza, juntamente con el afecto, falta también la voluntad, que es negligente y descuidada en los ejercicios del espíritu y de las virtudes (2). La sequedad no es culpable, ya que procede de Dios, el cual suele permitir que el alma padezca esta tribulación, unas veces para purificarla de sus pecados, desasirla de los consuelos sensibles y perfeccionarla en su amor, y otras para conservarla en humildad y que no fie de sus solas fuerzas, sino que ponga toda su esperanza en Dios (3). Pero la tibieza siempre es culpable y anda envuelta en infinita multitud de imperfecciones y de pecados leves. Además, el alma que se halla en estado de sequedad ó aridez espiritual no abandona ni siquiera disminuye sus acostumbradas meditaciones y ejercicios de piedad; no se deja vencer de las distracciones, sino que vela sobre sus pensamientos para enderezarlos á Dios, y si no puede ejercitar sensible-

(1) Collat. 4, cap. 9; Hebrz., VI, 4-6.

(2) Scaramelli, tom. 1.^o, cap. 7.

(3) Psal. CXX, 1-2.

mente sus afectos con el corazón, los ejercita con la voluntad que tiene estrechamente unida con su Criador. Por el contrario, el alma que vive en la tibieza, como no halla gusto en sus oraciones, ó las deja, ó las acorta; condesciende con las distracciones y aun las suscita y fomenta, y está delante de Dios no menos dura de corazón que de voluntad. En una palabra, el alma fervorosa, sumida en aridez de espíritu, vive en un estado violento sin culpa suya, mientras que el alma tibia permanece culpablemente en un estado lamentabilísimo, pero muy de su agrado, y esta es su mayor desdicha.

Remedio. Y ¿habrá remedios que puedan aplicarse á enfermedad tan maligna?... Difícil es ciertamente de curar, tan difícil, que San Bernardo la tiene, al parecer, por incurable de todo punto. No obstante, aunque la tibieza es de suyo enfermedad muy rebelde, según el unánime parecer de los Santos—porque realmente con suma dificultad alcanzará gracia bastante para bien guardar los preceptos quien tenga en poco los consejos, en sentir del Doctor Angélico (1),—existe por la bondad divina una medicina eficazísima que cura radicalmente todas las dolencias del alma, si ésta se halla bien dispuesta, y consiste en la práctica de los santos «Ejercicios espirituales». Porque el engaño más lamentable del que vive en la tibieza estriba en que se cree seguro, en que piensa que todo va bien, en que no sospecha siquiera su estado, y por decirlo en una palabra, consiste en que no se conoce. De otra suerte, ¿cómo podríamos pensar que quisiese proseguir un camino cuyo término, como queda dicho, es la perdición eterna? (2). ¿Por ventura el tibio quiere condenarse? De ninguna manera. Por tanto, el conocimiento propio le es indispensable para salir de su error, pues nadie puede aborrecer lo que no cree que es malo, ni puede amar un objeto

(1) Quodlib. 4, art. 26.

(2) Prov., XIV, 12.

si antes no conoce su bondad. Y ¿cómo conocerá el que vive en la tibieza los defectos, las transgresiones, las faltas y omisiones que tan conformes son á su naturaleza corrompida, si no medita?... Debe, pues, meditar. Y así, recogida el alma en la apacible soledad del retiro, con la antorcha de las justicias de Dios en la mano (1), sondeará las profundidades de su conciencia; escudriñará las oprobiosas huellas marcadas en todo su sér durante el tiempo de su tibieza; llorará amargamente sus culpas é infidelidades, y puestos los ojos en Dios que la perdona (2) y la espera con ansias de enamorado, volará á sus brazos amorosísimos para enfervorizar su espíritu y escuchar de sus labios palabras de vida eterna (3) que la alumbren (4) y la instruyan (5) y la alienten y la santifiquen y la salven. Así acontecerá, hermanas mías, porque Dios es manso de corazón (6), y ha prometido *no apagar la mecha humeante, ni romper la caña resquebrajada* (7), y *abrir á quien llame á las puertas de su amantísimo Corazón* (8), y *salir al encuentro del alma* que de veras lo busque (9), y para ello ofrece ancho campo y recursos inagotables la práctica fervorosa de los santos Ejercicios. Veis aquí el único remedio—comúnmente hablando,—la única tabla de salvación para la religiosa que vive en la tibieza, si no quiere estrellarse al pie mismo del faro que la había de alumbrar.

¡Ah! Pensemos con frecuencia, hermanas mías, que para conservar la piedad en nuestras almas no hay medio más seguro que la fidelidad en el divino servicio; que si aflojamos en la virtud, aumentaremos nuestras penas, y la vida religiosa, tan meritoria y tan envidiable de suyo, se nos hará pesada é

(1) Psal. IX, 9; Psal. LXXIV, 3; Sophon., I, 12.

(2) Psal. CII, 12; Isai., XLIII, 25; Ezech., XVIII, 22.

(3) Joann., VI, 64; Joann., VI, 69.

(4) Psal. CXVIII, 105.

(5) Psal. XCIII, 12.

(6) Psal. LXXXV, 5; Matth., XI, 29.

(7) Matth., XII, 20.

(8) Matth., VII, 7; Marc., XI, 24; Luc., XI, 9; Joann., XVI, 23.

(9) Isai., XXI, 12; Matth., VII, 8; Luc., XI, 9.

insoportable, porque Dios nos retirará sus consuelos y sus gracias especiales. Pero ¿es posible, hermanas mías, que después de haber sacrificado lo más costoso para asegurar la salvación de nuestra alma, es posible que la expongamos á perecer eternamente, por no hacernos un poco de violencia?... Cuando Naamán Siro, despreciando el remedio que le indicaba el profeta Eliseo para sanar de su lepra—que era bañarse siete veces en las aguas del Jordán,—se retiraba desilusionado creyendo inocente y vulgar la medicina, los que le acompañaban lograron disuadirle diciéndole: «Señor, si el hombre de Dios os hubiera mandado cosas muy difíciles, sin duda le habríais obedecido; habéis abandonado vuestra patria, vuestros dioses é intereses por venir á consultar al profeta; os habéis expuesto á los peligros y fatigas de un largo viaje; habéis padecido tantas molestias por recobrar la salud perdida; y después de tantos trabajos y privaciones, ¿no queréis probar ahora un remedio tan fácil como el que os indica este varón de Dios?» (1). Pues esto mismo digo á las almas que han caído en la tibieza. Habéis abandonado el siglo, rompiendo todos los lazos que á él os sujetaban; os habéis arrancado de los brazos y del corazón de vuestros queridos padres, para ofreceros á Dios en holocausto por los votos de Religión; en ella permanecéis sujetas á mil privaciones y sacrificios; y ahora que no se os pide más que simples purificaciones, por decirlo así; ahora que se os pide lo mismo que hacéis, sí, lo mismo en que os ocupáis, pero ejecutado con más fervor, con más fidelidad, con más viva fe, ¿podréis alegar excusa para no hacerlo? ¿No seréis dignas de lástima, si después de haber sacrificado á Dios lo que más codicia el corazón, os perdéis por quererle cercenar algunos sacrificios mucho menos costosos á la naturaleza?... Pero, ¿qué estoy

(1) IV. Reg., V, 11.

diciendo, hermanas mías? En la Religión, que es *Casa de Dios y puerta del cielo* (1), ¿puede hallar albergue la tibieza ni por un momento? En esta casa, santificada por la augusta presencia de Dios (2), *que es fuego que abrasa y consume* (3), ¿puede concebirse que viva en la tibieza ninguno de sus moradores?... Pues qué, ¿por ventura la caridad de Dios, el amor divino que constituye la felicidad de los ángeles y bienaventurados, ha perdido la virtud de atraer, unir, abrasar y consumir los corazones de los mortales que á Él se acercan y con Él moran?... (4). No, no ha perdido esa virtud ni la perderá nunca, porque Él mismo ha dicho que *vino á poner fuego en la tierra, y no desea otra cosa sino que arda en los corazones de sus hijos* (5).

Que arda, pues, en los nuestros, hermanas mías; que los purifique de todo afecto terreno; que ponga en ellos su trono y reine y gobierne como Soberano en todo nuestro sér. Que dirija nuestros pasos por el camino de su santa Ley (6), y al fin de la triste jornada de esta vida, nos conceda por su misericordia la recompensa prometida á sus fieles servidores, que consiste en la visión de su divinidad (7) en la gloria por siglos sempiternos.

(1) Génes., XXVIII, 17.

(2) Matth., XVIII, 20.

(3) Deut., IV, 14; Hebra., XII, 29.

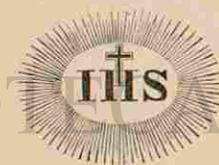
(4) I. Corinth., XIII, 8.

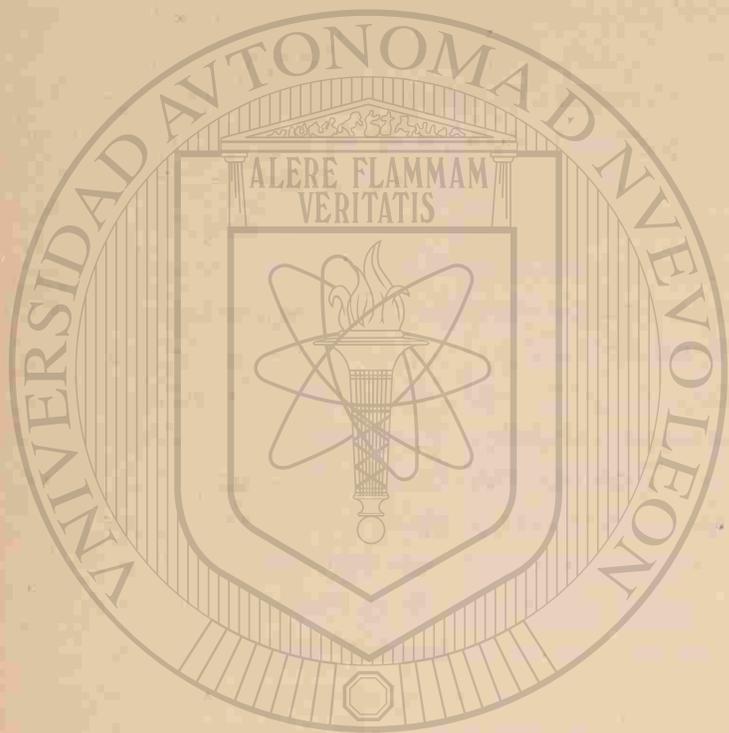
(5) Luc., XII, 49.

(6) Psal. CXVIII, 35; Luc., I, 79.

(7) Psal. LXXXIII, 8; I. Corinth.,

XIII, 12; I. Joann., III, 2.





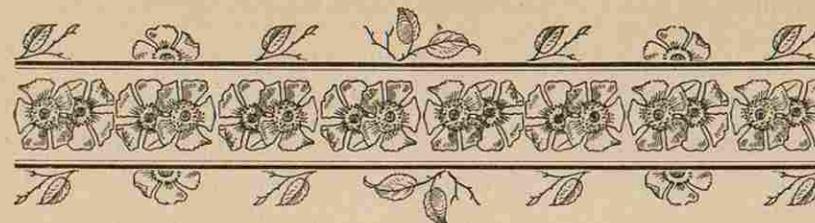
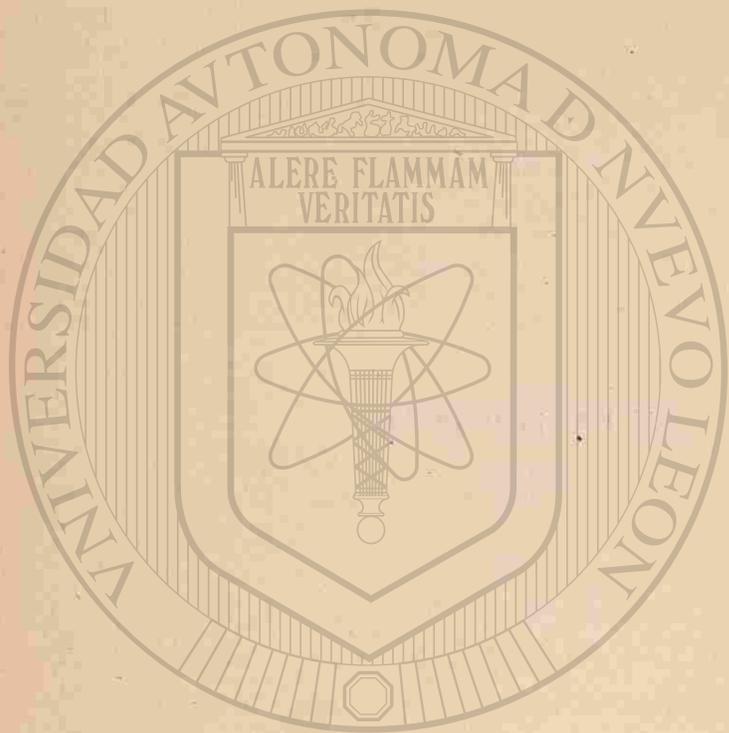
DE LA TRISTEZA

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DE LA TRISTEZA



ENTRE los diversos obstáculos que suelen atajar nuestros pasos en el camino de la perfección á que aspiramos, existe uno que pone á nuestra alma en inminente riesgo de pérdida. Aludo, hermanas mías, al profundo abatimiento moral, á esa deplorable situación del ánimo llamada tristeza. La religiosa que tiene la desgracia de caer en los lazos de esta temible pasión, siente que todo ejercicio piadoso la disgusta, que la oración la cansa, que la lectura espiritual la fastidia, que la tentación no la alarma y que el horror al pecado ni siquiera la preocupa. De manera, que una religiosa habitualmente triste y melancólica, es materia de suyo dispuesta para todo mal; es campo en sazón para recibir todo linaje de mala semilla, pues, como dice el Espíritu Santo en el libro del Eclesiástico, *la tristeza del corazón es plaga universal* (1). Los que hayan sentido estos accesos de melancolía, saben la dolorosa huella que dejan en el

(1) Ecli., XXV, 17.

alma, y los obstáculos que acumulan, y los peligros que suscitan en el camino del bien; obstáculos y peligros que no sólo alteran la propia índole, sino que también la exacerban con una inestabilidad alarmante que cierra las puertas á la gracia y las abre á un sinnúmero de culpas, que plegue á Dios no sean más que veniales (1).

Así es, hermanas mías; pingüe cosecha rinde al demonio esta pasión, y aun me atrevo á decir que ni el pecado mortal produce en el alma resultados tan desastrosos, porque este monstruo abominable alarma la conciencia, y la oprime, y la atormenta, y no la deja sosegar hasta que se libra de él por la contrición y la penitencia; pero la tristeza—caudaloso mantal de infidelidades y pecados—se apodera del espíritu del hombre, ofusca su razón, le torna medroso, inactivo, hueraño, insociable, é insensiblemente lo va sumergiendo en un abismo de cobardía tan profundo, que lo imposibilita para recibir consuelo alguno razonable. ¿Puedese concebir situación más peligrosa?... Y no obstante, el alma triste, puesta á plomo del abismo y envuelta en sombras de muerte, rechaza la mano caritativa que se la tiende y rehuye todo consuelo. Decidme: ¿qué fin puede esperar esta desventurada que desdeña todo remedio, sino la impenitencia, la desesperación y la muerte?...

Pero yo no he venido, hermanas mías, á contristar vuestras almas con amargas reflexiones, sino á *regocijar vuestro espíritu en Dios que es nuestra salud* (2), diciéndoos con San Pablo: Hermanas mías, *vivid siempre alegres en el Señor* (3). Para ello intento mostraros el «origen» de tan funesta pasión, los «daños» que ocasiona al cuerpo y al alma y los «medios» que debéis emplear para libraros de este lazo satánico, y

(1) P. Faber, Progreso del alma.
(2) Luc., I, 47.

(3) Philipp., IV, 4; I. Thessal., V, 16.

para huir siempre del camino ancho y espacioso que el enemigo abre á las almas tristes y que conduce irremisiblemente á la perdición y á la ruina (1).

Su origen. La tristeza es una pasión del ánimo que se despierta ante la previsión ó la experiencia de un mal presente que nos oprime y atribula (2). Engendran esta pasión los trabajos ó contrariedades que nacen de la pobreza, de la enfermedad, de la pérdida de la honra, de la hacienda ó de cualquier otro bien temporal que merezca nuestra estima. Mas como á todo esto ha renunciado la religiosa en su sagrada profesión poniéndolo en manos de Dios, como aconseja el real Profeta (3), la única tribulación que puede entristecerla y angustiarla es la relativa al espíritu, á las dificultades de la virtud; y la causa radical, aunque oculta, de las tribulaciones de esta índole, dice un sabio escritor ascético, proviene siempre ó de falta de humildad y mortificación, ó del hábito de no referir á Dios todas las obras (4); y todo esto roba á nuestro espíritu la paz y tranquilidad, tan necesaria y tan esencial á la vida religiosa.

En efecto: la tranquilidad de espíritu, *la paz del corazón, que constituye, en frase del Apóstol, nuestra mayor gloria* en este mundo (5), es esencialmente necesaria á nuestro aprovechamiento espiritual; necesitamosla para bien practicar la oración y mortificación, para recibir fructuosamente los santos Sacramentos, para amar á nuestros prójimos con puro afecto de caridad, para practicar con puntualidad y fervor todos los ejercicios y empeños de la vida religiosa y para

(1) Matth., VII, 13; Luc., XIII, 24.
(2) Scaramelli, tom. 3.
(3) Psal. LIV, 23; Matth., VI, 25;
I. Petr., V, 7.

(4) P. Faber, lib. cit.
(5) II. Corinth., I, 12.

perseverar en la divina vocación hasta la muerte; y así, por nada ni por nadie debemos consentir que padezca menoscabo este tesoro inestimable, á tanta costa adquirido. En ello debemos poner todo empeño, porque si franqueamos la entrada en nuestro espíritu á la duda infundada, al temor excesivo, á la melancolía ó desaliento, forzosamente buscaremos con afán la paz que habremos perdido, fuera de nosotros, en las criaturas, en los pasatiempos y frivolidades del siglo, en cualquier cosa que pueda entretener y consolar nuestro pobre corazón, hambriento siempre de felicidad y de ventura; pues, como dice el Doctor Angélico, «nadie puede sopor»tar mucho tiempo la tristeza, si no la acompaña alguna «delectación ó consuelo que la alivie. De suerte, que si no «halla descanso en los goces del espíritu, se entregará sin «freno á los de la materia» (1); en el cual caso nos incapacitaríamos para todo bien é insensiblemente nos pondríamos en peligro de naufragar en la virtud, como escribe San Gregorio (2).

1. Algunas religiosas afirman que esta tristeza y melancolía que las domina reconocen por causa el desengaño que experimentan al verse enlazadas siempre en las mismas faltas é infidelidades, á pesar de sus propósitos y resoluciones, y por ello arrojan las armas y se rinden á discreción, como desesperadas de alcanzar la santidad y perfección á que aspiran. Pero viven engañadas, miserablemente alucinadas, porque mucho mayores son los daños espirituales que se siguen de esa tristeza y melancolía, que los que proceden de la misma culpa; y entiendan y no olviden que no es esta la causa que produce tal desorden, sino que proviene de un secreto impulso de orgullo y de una confianza excesiva de sí mismas; pues al verdadero humilde no se le hace extraño

(1) 2. 2, q. 35, art. 4, ad 2.

(2) Moral., lib. 18, cap. 8.

el cometer faltas, porque sabe que es harto flaco é impotente para lograr cosa alguna sin el auxilio divino (1), y por ello, humillado hasta el polvo, pone sus ojos en Dios, á semejanza del real Profeta (2), y después de llorar su culpa, vuelve á levantarse con presteza, estribando en *la divina gracia que todo lo puede* (3), y avisado para lo sucesivo. Si por las faltas que diariamente cometemos hubiésemos de andar decaídos, tristes y desanimados, ¿quién tendría paz y descanso, pues todos pecamos, según dice el Santo Rey David? (4). De San Francisco de Asís leemos que reprendió á uno de sus frailes que veía andar triste, diciéndole: «Hermano mío, no «debe el que á Dios sirve andar triste, si no es por haber «cometido algún pecado; y si tú lo has hecho, confésate, y «torna á tu alegría (5). Deben éstos procurar, dice el Beato «Juan de Avila, servir á Dios con diligencia; mas si se vieren «caídos, lloren, pero no desconfíen; y conociendo ser más «flacos de lo que pensaban, humíllense más y pidan más «gracia, y vivan con mayor cautela» (6).

2. También suele causar tristeza en las religiosas el no estar indiferentes para todo aquello en que pueda ocuparlas la obediencia. Así lo dice San Gregorio: «Porque desean «tener lo que no tienen, ó temen perder lo que tienen, por «eso, dice el santo, andan tristes y preocupadas». Pero la religiosa que está indiferente para cualquier cosa que la ordenare la superiora, y tiene cifrado todo su contento en hacer la voluntad de Dios, siempre anda gozosa y alegre, y *nadie la podrá quitar su alegría* (7), porque no la ha puesto en estar aquí ó allí, ni en desempeñar este ó el otro oficio,

(1) Joann., XV, 5; II. Corinth., III, 5.

(2) Psal. CXX, 1.

(3) Philipp., IV, 13; I. Corinth., XV, 10.

(4) Psal. CXXIX, 3; Prov., XXIV, 16; Jacob., III, 2.

(5) En su vida.

(6) Audi, filia, cap. 23.

(7) Joann., XVI, 22.

sino en cumplir el divino beneplácito (1). Muchas veces, dice el P. Rodríguez (2), lo que suele ser causa y raíz de nuestras melancolías y tristezas es la maldita soberbia que reina en nuestro corazón, y mientras ella reinare, nunca faltarán tristezas y melancolías, porque nunca faltarán ocasiones que las despierten, y así siempre viviremos atormentados y quejumbrosos. Buen remedio nos da Jesucristo para curar este linaje de tristeza: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas* (3). Comentando San Agustín estas palabras, dice, que si imitamos á Cristo en esta virtud, no sentiremos trabajo ni dificultad en el ejercicio de las virtudes, sino mucha paz y sosiego (4). Repito que esta tristeza y abatimiento de espíritu no es humildad, pues que os hace más quejumbrosas que sufridas; no es tampoco sincero pesar de haber ofendido á Dios, sino vanidoso despecho de hallaros tan defectuosas é inmortificadas; es, por decirlo en una palabra, puro amor propio, y el amor propio conduce paulatinamente al término desastroso de Caín (5), cuya impenitencia nació cabalmente de una tristeza exagerada por su falta de humildad, falta engendrada á su vez por haber mirado en sus obras, no á Dios, sino á sí mismo, en sentir de San Bernardo (6).

3. Por último, la causa principal y la más común de las tristezas y melancolías de las religiosas suele ser el no andar á derechas con Dios, el no hacer lo que deben conforme á su estado y profesión; pues, como escribe San Bernardo, no hay pena ni tormento que puedan compararse con la mala conciencia, porque es un fiscal incorruptible que á toda hora nos está acusando y atormentando y echándonos en cara

(1) Hebræ., XIII, 21.

(2) Tract., 6 cap. 4.

(3) Psal. LXXXV, 5; Joel, II, 13; Matth., XI, 29.

(4) In psal. 93.

(5) Génes., IV, 11; P. Faber. Progreso del alma.

(6) Serm. 65, in Cant.

nuestra infidelidad y desgracia. En cambio, no hay mayor contento y alegría en esta vida que *el testimonio de la buena conciencia*, dice el sabio (1). No hay alegría mundana que se la pueda comparar (2); es un paraíso y una bienaventuranza en la tierra (3). Pues bien; todo esto corrobora lo que estamos diciendo. No, yo no puedo creer ni concebir siquiera—atendida la índole de la perfección—que la tristeza logre nunca entronizar la inquietud y el desorden en el corazón de una religiosa observante y verdaderamente humilde. Por el contrario, estoy firmemente persuadido—y así lo muestra la experiencia—de que esta funestísima pasión á quien suele atacar, á quien ataca con éxito lamentable, por punto general, es á las religiosas inmortificadas, á las amadoras de sí mismas, á las amigas de cumplir su voluntad, á las tibias é inobservantes, á las que en todas las cosas buscan su comodidad y descanso; y como el espíritu y el corazón, engolfados en estas tinieblas, andan á tientas por este camino sembrado de estorbos, sólo falta el remate que á esta obra diabólica ponen la disipación, la sensualidad y las máximas del mundo (4).

Daños que ocasiona. Pero yo quiero insistir en este punto esencial, poniendo á vuestra consideración los daños que acarrea la tristeza de espíritu al cuerpo y al alma de quien se deja dominar de esta temible pasión, y dando mayor autoridad á las razones y ejemplos que lo prueban hasta la evidencia. Cuanto á los daños que produce en el cuerpo, sabido es que la tristeza estrecha, aprieta y encoge el corazón; no sólo le quita el deseo y la voluntad de obrar, sino también las fuerzas, y logra hacer pesado y dificultoso lo que de suyo es fácil y agradable. Así lo confesó el sacerdote Aarón: pro-

(1) Eccli., XXX, 16.

(2) Prov., XV, 15.

(3) II. Corinth., I, 12.

(4) P. Faber, Progreso del alma.

fundamente angustiado por la muerte de dos de sus hijos, y reprendido de su hermano Moisés por no haber ofrecido sacrificio al Señor, respondió: *¿Cómo podía yo agradar á Dios en las ceremonias con el corazón lloroso y triste?* (1). Y los hijos de Israel en el destierro de Babilonia decían: *¿Cómo hemos de cantar las alabanzas del Señor en tierra extraña?* (2). Por experiencia vemos que cuando estamos tristes y malhumorados, no sólo sentimos que disminuyen las fuerzas espirituales, sino también las corporales, hasta el punto de inutilizarnos para toda empresa. Y más: es opinión unánime de los médicos, que la tristeza siempre daña y aun puede quitar la vida, no súbitamente—como acontece con el temor y el gozo excesivos,—sino poco á poco y como por grados, y así lo confirma esta sentencia del libro de los Proverbios: *Como la polilla al vestido y la carcoma al madero, así la melancolía daña al corazón del hombre* (3), hasta que logra herirle de muerte. Luego la tristeza es el verdugo del cuerpo. Así lo da á entender Santo Tomás con estas palabras: «Entre las pasiones que ocasionan más daño al cuerpo, está la tristeza (4), pues dice el Espíritu Santo, *que la tristeza engendra la muerte, y la melancolía del corazón deprime el vigor del cuerpo*» (5); ella arruina la salud, enflaquece al hombre más robusto y *seca hasta sus huesos* (6); *acorta sus días y lo envejece antes de tiempo* (7) con las melancólicas reflexiones que suscita incesantemente en su angustiado espíritu. Por ello el Apóstol escribía á los fieles de Corinto: *No dejéis que la tristeza se apodere de vosotros, porque causa la muerte* (8).

Y no sólo debilita las fuerzas y el vigor del cuerpo, hasta quitarle la vida—dice San Juan Crisóstomo—(9), sino que

(1) Levit., X, 19.
 (2) Psal. CXXXVI, 4.
 (3) Prov., XXV, 20.
 (4) 1. 2, q. 37, art. 4.
 (5) Eccli., XXXVIII, 19.

(6) Prov., XVII, 22.
 (7) Eccli., XXX, 26.
 (8) II. Corinth., VII, 10; Eccli., XXX, 25.
 (9) Epist. 7, ad Olymp.

también mata al alma; y añade: «No son tan lúgubres las tinieblas de la noche, como las que causa al alma la tristeza;» y el medio que suele emplear el demonio, como más seguro y eficaz para vencer á un alma y hacerla suya, es la «tristeza y melancolía» (1). Y en verdad, cuando esta pasión logra apoderarse de un alma, llega á entorpecerla é inutilizarla para todo lo bueno. Ejemplo de ello tenemos en el profeta Eliseo. Este hombre de Dios, enojado con el rey de Israel, había perdido la paz de su alma, y mandó traer á su presencia un cantor sagrado que supiese tañer el arpa, para que las dulces melodías arrancadas á las cuerdas de este instrumento lograsen amansar su corazón atribulado y disponerlo para recibir el Espíritu profético que esperaba (2). Y esto nos enseña que no lograremos que el Espíritu divino descienda y more en nuestro corazón, mientras permanezca éste angustiado por la tristeza; pues, como dice el Sabio, *con la tristeza del ánimo se abate el espíritu* (3), esto es, nota el Cardenal Hugo, «se contrista y aflige el Espíritu Santo, al cual desaloja del corazón la tristeza y melancolía». Y si el Espíritu que da vida (4) abandona al alma, forzosamente ha de poseerla el espíritu de las tinieblas, que da la muerte (5). Y esto aconteció al rey Antíoco; la tristeza excesiva le causó la muerte y puso el sello á su eterna reprobación. Ciertamente este rey impío lamentó los males que había perpetrado en Jerusalén y las desgracias sin cuento que en Judea había ocasionado su indomable despotismo, y aun llegó á confesar que Dios le castigaba con justicia (6); pero no fueron escuchados sus lamentos, toda vez que procedían de un corazón abismado en profunda melancolía, nacida, no de

(1) Serm. 1. de Provid.
 (2) IV. Reg., III, 15; S. Greg. Homil. 1. in Ezech.
 (3) Prov., XV, 13.

(4) Joann., VIII, 12; Psal. XXXV, 10.
 (5) Joann., VIII, 44.
 (6) I. Machab., VI, 12.

sincero dolor y arrepentimiento, sino de su ambición des-
apoderada y no satisfecha (1). Idéntico resultado produjo
esta temible pasión en el desventurado apóstol, Judas Isca-
riote. Acababa de entregar á la muerte á su divino Maes-
tro; mas al columbrar las horribles consecuencias de su ale-
vosa traición, despedazado su corazón por el remordi-
miento, ya no pudo lograr su espíritu un momento de so-
siego; y si bien profirió algunas frases, al parecer de sincero
dolor por el crimen cometido, en realidad fueron inspiradas
por la desesperación y el despecho, que dieron con él en la
horca (2).

No diré yo que en las religiosas lleguen á tan fatal extre-
mo los accesos de esta pasión; pero sí que puedo asegurar
que son muy lamentables los resultados que suele producir
en sus almas si, despreciando el impulso amoroso de la
gracia, cierran sus oídos á todo consejo; porque desde el
momento en que la tristeza logra dominarlas, la Religión, que
había de ser para ellas caudaloso manantial de paz y bienan-
danza, se las vuelve tormento y dura servidumbre; los Sa-
cramentos, que las habían de fortalecer para la lucha con las
pasiones y apetitos depravados, las dejan tan flojas é inhá-
biles como antes, por sus malas disposiciones; los consejos
de su director espiritual, que habían de instruir las y alentar-
las en tan crítica situación, no las aprovechan, porque ni
ellas le dicen la verdad, ni él, por tanto, puede darlas ade-
cuado remedio (3). Ya no extraño que diga San Bernardo,
que «casi todas las tentaciones de la tristeza vienen á parar
»en derribar la soberana virtud de la perseverancia, á la que
»está vinculada la corona» (4); y añade el santo, que «á
»quien se deja apoderar de esta pasión, ni le espanta el

(1) II. Machab., IX, 18.

(2) Matth., XXVII, 5; Act., I, 18.

(3) P. Faber, Progreso del alma.

(4) Matth., X, 22; Matth.,
XXIV, 13.

»horror del infierno, ni la vergüenza detiene, ni la razón en-
»frena, ni la disciplina corrige» (1). ¡Oh tristeza maldita, á
cuántas almas has cortado el camino de la perfección!, ¡cuán-
tas infelices han caído en esta red, de donde no salieron sino
para volver á Egipto á gemir como esclavas!...

Tales son los frutos de muerte que produce la tristeza
desordenada y los daños que ocasiona al alma que se deja
dominar de esta pasión abominable. Pero hay una tristeza es-
piritual cuyos frutos son de vida, porque *es santa la raíz* que
los produce, como dice San Pablo (2), y es la que procede
del recuerdo de los pecados propios. Esta tristeza, en vez de
impedir nuestro adelantamiento espiritual, lo impulsa y esti-
mula maravillosamente, y por ello es muy recomendable y
aun necesaria á los que hemos tenido la desgracia de ofen-
der á Dios. Los que por este motivo se entristecen, merecen
especial bienaventuranza y muy cumplida recompensa, pues
dice Jesucristo por San Mateo: *Bienaventurados los que lloran,*
porque ellos serán consolados (3). A éstos alude San Pablo
cuando dice, escribiendo á los fieles de Corinto: *Gózome de*
que vuestra tristeza os ha conducido á la penitencia; puesto que
la tristeza que es según Dios, obra un arrepentimiento y enmien-
da saludables (4). Y esta tristeza en nada se parece á la tris-
teza del siglo, la cual, dice Casiano, está henchida de rencor
y amargura infructuosa, é induce á desconfianza y desespe-
ración (5); mas la tristeza de que hablamos es obediente,
afable, humilde, mansa, suave y paciente, y en su seno ate-
sora todos los frutos del Espíritu Santo que menciona el
Apóstol (6). Por ello dice San Agustín, que «son mucho más
»dulces las lágrimas que brotan de un corazón penitente,
»que las alegrías de los mundanos en sus locas diversio-

(1) Serm. 6. de Ascens.

(2) Rom., XI, 15.

(3) Matth., V, 5; Luc., VI, 21.

(4) II. Corinth., VII, 9.

(5) Lib. 9, cap. 10.

(6) Galat., V, 22.

»nes» (1). Y no carece de fundamento esta sentencia, porque si existe en el mundo quien tenga motivos racionales para alegrarse en el Señor (2), sin duda es aquel que llora amargamente sus pecados, porque el dolerse de ellos es obra de la gracia, que tiene por recompensa la gloria eterna.

También es buena tristeza la que nace de la consideración de los innumerables pecados que se cometen en el mundo, de ver que Dios es ofendido y menospreciado y quebrantada su santa Ley, porque esta tristeza es hija del amor y del celo de la honra y gloria de Dios y bien de las almas; y esta tristeza afligió en sumo grado á nuestro divino Redentor mientras oraba por nosotros en el huerto de Gethsemaní, y así lo confesó Él mismo diciendo: *Triste está mi alma hasta la muerte* (3); y nació esta tristeza, dice el Doctor Angélico (4), de la viva representación de todos los pecados que habían de cometerse en el transcurso de los siglos hasta el fin del mundo. El Profeta David, al considerar las innumerables ofensas que los pecadores cometían contra Dios, sintióse tan hondamente angustiado y desfallecido, como lo expresan estas palabras: *Consumiéronse de dolor mis entrañas al ver que los pecadores abandonaban tu santa Ley* (5). Y San Pablo, en cuyo corazón ardía siempre la caridad de Cristo (6), viendo que los judíos menospreciaban su doctrina y se movaban del Evangelio, quiso mostrarles la profunda angustia que henchía su alma, diciéndoles: *Jesucristo me es testigo de que os digo la verdad al aseguraros que mi corazón se halla sumergido en profunda tristeza é intenso dolor, hasta desear el ser apartado de Cristo, por la salud espiritual de mis hermanos, los hijos de Israel* (7); en cuyas palabras se trasluce el ardenti-

(1) In psal. 127.

(2) Philipp., IV, 4.

(3) Matth., XXVI, 38; Marc., XIV, 34.

(4) 3 pars., q. 46, art. 6, in corpore.

(5) Psal. CXVIII, 53.

(6) II. Corinth., V, 14.

(7) Rom., IX, 2-3.

simo celo que devoraba y consumía las entrañas de este infatigable Apóstol. Mas aunque es bueno y muy laudable de suyo el condolerse y afligirse de la ruina espiritual de los pecadores y mostrar compasión y celo por la salvación de sus almas, pero esta tristeza, dice Santo Tomás, no ha de ser extremada, de tal suerte que logre conturbar nuestra alma, poniéndola en tribulación, porque entonces sería desordenada, y por tanto, sugerida por el demonio (1), sino que debe ser tranquila, pacífica y sosegada, como dice también Santa Teresa de Jesús (2). Regla general: toda tristeza—sea cualquiera su origen—que tienda á turbar la paz y sosiego de nuestro espíritu con temores, ansiedades y congojas, hasta el punto de lograr inhabilitarnos para la práctica de la oración, de la mortificación y demás ejercicios y deberes de la vida religiosa, como obra del demonio, debemos sacudirla de nuestro corazón por los medios que indican los maestros de espíritu, y que yo reduzco á dos principales.

Remedios. 1.º El primero nos lo aconseja el apóstol Santiago: *¿Se halla triste, dice, alguno de vosotros? Pues ore* (3), acuda á la oración, y Dios, *Padre de las misericordias* (4), se compadecerá de su aflicción, endulzará su dolor y mitigará su pena. *Cuando me abrumba la tristeza, decía el Profeta, pienso en Dios y al punto me siento consolado* (5). La oración, hermanas mías, es la medicina más eficaz para curar estas enfermedades del alma, y esta eficacia estriba en las promesas amorosísimas que Dios ha hecho en la Sagrada Escritura á los atribulados, de darles socorro, con la única condición de que acudan á Él con humildad y viva confianza (6). *En tiempo de trabajos, dice el Señor, acude á mí; yo te libraré y tú me honrarás* (7). *En medio de las tribulaciones estoy con el atribu-*

(1) Suppl., q. 3, art. 2.

(2) Vida, cap. 13.

(3) Jacob., V, 13.

(4) II. Corinth., 1, 3.

(5) Psal. LXXVI, 4.

(6) Luc., XI, 9; Marc., XI, 24.

(7) Psal. XLIX, 15.

lado: si recurriere á mí, yo le libraré y glorificaré (1). Levantaron la voz al Señor cuando estaban atribulados, escribe el Profeta, y Dios los libró de sus angustias (2). No puede Dios dejar de oír benignamente los ruegos y súplicas de las almas afligidas; y si no las oye en orden á librarlas de los males que padecen, porque así convenga á su salvación, pero es imposible que no las conceda la paciencia que necesitan, si se la piden con humildad, viva fe y perseverancia; es imposible, repito, que no acuda Dios al socorro del alma atribulada, revistiéndola de su misma fortaleza, para que salga siempre airosa en las luchas con el infierno. Esta fortaleza divina la adquiere el alma cuantas veces recibe con las disposiciones debidas el Santísimo Cuerpo de Cristo, y se detiene en la contemplación de su hermosura.

2.º Y veís aquí el segundo medio infalible para ahuyentar la tristeza y restablecer la calma, la tranquilidad y sosiego en nuestro corazón: la Comunión sacramental, fuente inagotable de consuelo, caudaloso manantial que alegra la ciudad de Dios (3) y prenda inmortal de la gloria venidera (4). Ella nos comunica fuerzas y alientos, dice el real Profeta, para sufrir con paciencia y resignación las tristezas y quebrantos de este destierro. *Me habéis preparado, Señor, la mesa abundante*, dice el santo, *para fortalecerme contra los que me persiguen y atribulan* (5). El profeta Elías huía de la impía Jezabel, que lo buscaba para quitarle la vida; quebrantado por la fatiga y el temor, sentóse á la sombra de un enebro, y el ángel del Señor acudió á confortar su ánimo con un pan que le dió para comer, y este pan místico dió tanta fortaleza á los cansados miembros del profeta y tanto aliento

(1) Psal. XC, 15.

(2) Psal. CVI, 13.

(3) Psal. XLV, 5; S. Ambr. Serm. 1, de Spirit. Sancto.

(4) Joann., VI, 52-59; Ephes., I, 14.

(5) Psal. XXII, 5.

y vigor á su abatido espíritu, que pudo proseguir su camino cuarenta días, hasta llegar á la cumbre del monte Horeb (1). Símbolo fué esto de la fortaleza que nos comunica el Pan eucarístico en las tristezas y trabajos de esta vida (2). Así es, hermanas mías; Jesús en la Eucaristía es el pan de los esforzados que vigoriza el corazón del hombre (3) y le hace caminar con valor hasta los tabernáculos de Sión. En la Comunión hallaremos vida, alegría, paz, suavidad y dulzura celestial (4). El Cuerpo de Cristo encenderá nuestro corazón en amores del cielo, y trocará nuestra tristeza en gozo nunca experimentado, y nos dará la paz que no puede dar el mundo (5), la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento (6).

Concluyo repitiendo las palabras del Apóstol que he mencionado al principio: *Vivid siempre alegres en el Señor: vivid alegres, repito* (7). La alegría asegura la libertad y la paz, y sin paz ni libertad, ¿qué alegría cabe tener ni aun concebir? Buscad, pues, esta alegría vosotras, que por misericordia de Dios pertenecéis á la pequeña grey de Cristo (8); vosotras que vivís crucificadas al mundo y á la carne (9) en la cruz de vuestros votos sagrados, buscad este camino, fruto de la justicia y de la paz (10), y seguidle después de haberle hallado, pues á ello os obligan vuestra fe y las palabras que Dios os ha dado y las promesas que os ha hecho y las esperanzas que desea alimentéis y el maravilloso fin que os depara (11). Buscar la alegría es buscar á Dios, y el poseerla consiste en hacerle justicia confesando que *su yugo es suave y su carga ligera* (12), y que no hay dicha comparable

(1) III. Reg., XIX, 2-8.

(2) S. Greg., Homil. 14, in Ezech.

(3) Psal. XLII, 1-3; Psal. CIII, 15.

(4) Sapient., XVI, 20.

(5) Joann., XIV, 27.

(6) Philipp., IV, 7.

(7) Philipp., IV, 4; I. Thessal., V, 16.

(8) Luc., XII, 32.

(9) Galat., VI, 14.

(10) Psal. LXXXIV, 11.

(11) Mons. Gay. Virt. crist.

(12) Matth., XI, 30; I. Joann., V, 3.

á la de ser siervos suyos, pues dice un sabio escritor que «el gozo humano es cosa magnífica, un verdadero tributo de adoración que se presta al Creador» (1). Esta es también, no solamente la mejor, sino tal vez la única vía de medrar en santidad y asegurar lo que más nos importa, lo único que nos importa en el mundo (2), es decir, la perseverancia en amar á Dios (3), pues, como bien sabéis, sólo á la perseverancia en el servicio divino está vinculada la salvación eterna del alma (4), que plegue á Dios concedernos á todos.

(1) P. Faber. La preciosa Sangre, cap. 3.

(2) Luc., X, 42; Matth., X, 22.

(3) Eccli., XXX, 15.

(4) Matth., X, 22; Matth., XXIV, 13.



COMUNIÓN SACRAMENTAL

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

á la de ser siervos suyos, pues dice un sabio escritor que «el gozo humano es cosa magnífica, un verdadero tributo de adoración que se presta al Creador» (1). Esta es también, no solamente la mejor, sino tal vez la única vía de medrar en santidad y asegurar lo que más nos importa, lo único que nos importa en el mundo (2), es decir, la perseverancia en amar á Dios (3), pues, como bien sabéis, sólo á la perseverancia en el servicio divino está vinculada la salvación eterna del alma (4), que plegue á Dios concedernos á todos.

(1) P. Faber. La preciosa Sangre, cap. 3.

(2) Luc., X, 42; Matth., X, 22.

(3) Eccli., XXX, 15.

(4) Matth., X, 22; Matth., XXIV, 13.



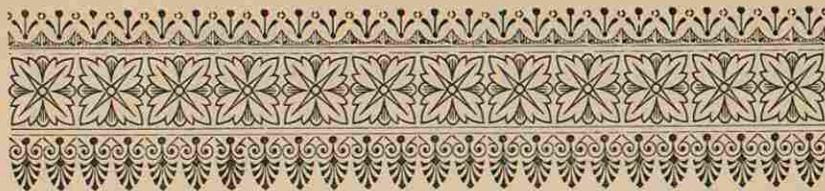
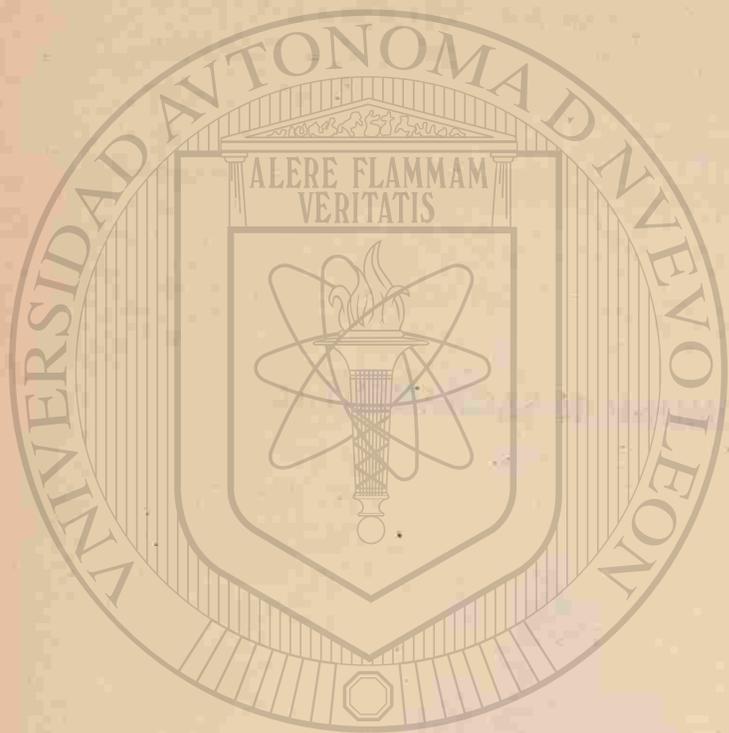
COMUNIÓN SACRAMENTAL

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



COMUNIÓN SACRAMENTAL



REFIÉRENOS San Juan en el capítulo sexto de su Evangelio, que hablando Jesús á los judíos en la Sinagoga de Cafarnaum del portentoso designio que había concebido de instituir el adorable Sacramento de la Eucaristía, dijoles: *Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron; mas yo soy el pan vivo que bajó del cielo: el pan que yo os daré es mi carne; quien comiere de este pan, vivirá eternamente* (1). Al oír esto los judíos, comenzaron á altercar entre sí diciendo: *¿Cómo este hombre puede darnos á comer su carne? Dura es esta doctrina; ¿quién puede escucharla siquiera? Y muchos de sus discípulos le abandonaron.* Entonces preguntó Jesús á los doce Apóstoles: *¿También vosotros queréis retiraros?*—Señor, contestó Pedro, *¿á quién iremos? Sólo Vos tenéis palabras de vida eterna* (2).

Nosotros, por misericordia de Dios, en vez de creer dura esta doctrina, confesamos paladinamente á la faz del mundo

(1) Joann., VI, 49.

(2) Joann., VI, 69.

que la carne sacratísima de Cristo es verdadera comida, y quien de ella se alimenta, debidamente dispuesto, vivirá para siempre, si logra conservar esta vida divina por medio de la gracia y de la caridad; en vez de querer separarnos, de querer abandonar á Jesús—como los judíos carnales que no entendieron las palabras de su Maestro,—nos sentimos impulsados á vivir más unidos con Él cada día por medio de la sagrada comunión, y si nos fuera lícito, le recibiríamos sacramentalmente, no ya cada día—como lo hacemos por dicha nuestra,—sino muchas veces durante el día, porque Jesús constituye el manantial más puro de todos los goces, el único consuelo que hace soportable este destierro y el continuo deseo de nuestras almas; en Él hallamos serenidad en las tempestades del corazón, paz en las tribulaciones y quebrantos, asilo en nuestras desgracias, escudo contra los dardos del enemigo, remedio contra los estímulos de la carne rebelde y nuevo fervor contra las frecuentes tibiezas de la piedad.

Así es, hermanas mías; todos estos bienes y otros muchos sin cuento produce la santa comunión en las almas bien dispuestas. Y para que cada día vaya en aumento nuestro fervor al practicar este acto, el más grande, el más delicioso y de resultados decisivos para nuestras almas, bueno será que indiquemos siquiera algunos medios que nos preparen y ayuden á comulgar con fruto. Tres virtudes principalmente recomienda y encarece San Pablo—y constituyen muy excelente disposición para recibir á Cristo dignamente—cuando dice á los hebreos: Lleguémonos á Jesucristo con «plena fe», con «pureza de conciencia» y estimulados por «la caridad» (1), y éstas debemos adquirir á toda costa si queremos experimentar en nuestras almas los inestimables frutos de este Sa-

(1) Hebræ., X, 22-24.

cramento. Digamos algunas palabras sobre cada una de ellas.

Fe. Al decir que debemos acercarnos á comulgar con plena fe, no me refiero á la fe habitual que todos recibimos en el sacramento del Bautismo (1), y que es necesaria para salvarse (2), porque constituye «el principio, fundamento y raíz de nuestra justificación», como dice el Concilio de Trento (3), sino que aludo á aquella fe viva y anhelante que, rasgando las nubes, transporta el alma á las moradas celestiales y la permite asociarse á las alabanzas y bendiciones de los coros angélicos que rodean el trono del Cordero (4); hablo de aquella fe que, á través del misterioso velo de los accidentes con que cubre su rostro el verdadero Moisés en la montaña santa de este admirable Sacramento, columbra los esplendores de su gloria, y confusa y anonadada, tiembla de respeto en su presencia; me refiero á aquella fe humilde y agradecida que derribó á Simón Pedro á las plantas de Jesús y obligóle á exclamar lleno de pasmo: *¡Señor, apartaos de mí, que soy un hombre pecador!* (5). Esta es la fe que debe palpitar en nuestro corazón al recibir el Sacramento del Amor, si deseamos ser abastecidos de gracias y gustar la dulzura incomparable que encierra esta prenda de la gloria (6). Por esta fe examinaba Cristo Nuestro Señor á los enfermos, y á la medida de ella obraba los milagros (7); con esta fe viva tocó la Hemorroísa la vestidura del Salvador, y quedó repentinamente sana (8); con esta misma fe—heroica por lo

(1) 2. 2. q. 5, art. 2, ad 1 et 2.
 (2) Galat., III, 8; Hebræ., XI, 6.
 (3) Conc. Trid., sess. 6, cap. 8.
 (4) Apocal., V, 11-12.
 (5) Luc., V, 8.
 (6) Psal. LXVII, 11; Sapient.,

XII, 1; Sapient., XVI, 20; Joann., VI, 32-33.
 (7) Matth., VIII, 13; Luc., VIII, 50; Joann., XI, 40; Rom., X, 9.
 (8) Matth., IX, 21-22.

importuna—logró la Cananea la salud de su hija, y que Cristo elogiase su proceder, con admiración de las muchedumbres que le seguían (1); con insistentes clamores, henchidos de esta fe divina que logra cuanto quiere, porque es omnipotente (2), pidieron á Cristo dos ciegos el sentido de la vista, y al punto les fué otorgada esta merced (3). En suma, todos los que—fiados en la palabra infalible del Salvador—acudían á sus plantas con viva fe en demanda de remedio para sus necesidades, aflicciones y quebrantos, en recompensa de esta fe viva lograban ser atendidos y remediados, y alababan á Jesús y se iban tras Él desalados (4).

También nosotros creemos, ¿quién lo duda?, pero creemos con una fe que no llega más que á la forma exterior de este Sacramento—lo único que perciben nuestros sentidos,—sin penetrar su virtud y sus misterios; creemos, pero con una fe lánguida y débil, que no puede llamarse *fe de Dios* (5), porque nada la mueve ni la impresiona; creemos, pero con una fe tranquila, inactiva y vulgar, que nada tiene de grande, de sublime, de fervorosa y apasionada, como acontece cuando *obra impulsada por la caridad* (6). ¡Ah, hermanas mías!, si al acercarnos á la mesa Eucarística para alimentar nuestras almas con el Cuerpo de Cristo, avivando la fe de la real presencia de Jesús en la Sagrada Hostia, tan vivo, tan hermoso, tan amable, tan tierno y dadivoso como está en el cielo, creyéramos y confesáramos con la fe y el amor entrañable con que el Príncipe de los Apóstoles dijo al Salvador: *Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo* (7), sin duda mereceríamos oír de los labios de Jesús aquellas regaladas palabras que dijo á sus fieles discípulos: *Bienaventurados aquellos que sin haberme visto*

(1) Matth., XV, 26; Marc., VII, 27.

(2) Marc., IX, 22.

(3) Matth., XX, 30.

(4) Luc., XVIII, 43.

(5) Marc., XI, 22.

(6) Galat., V, 6.

(7) Matth., XVI, 16.

han creído (1), como llamó bienaventurado al apóstol San Pedro, porque creyó y confesó públicamente su eterna generación (2). Si al contemplar la Sagrada Hostia en manos del sacerdote, abriendo los ojos del alma, que son los de la fe, y fiados en la palabra infalible de Dios—como fia el niño en la palabra de su padre (3)—confesáramos con entrañable fe: «Allí está mi remedio; allí está quien puede »y sabe y quiere dármele; allí tengo un Padre (4), y un »Hermano (5), y un Amigo (6) que me ama mucho más »que yo á mí mismo (7); allí tengo lumbre para mis igno- »rancias, esfuerzo para mis flaquezas, rescate para mis »deudas, perdón para mis pecados; allí todos mis bienes, »porque mío es el dador de todos ellos...» (8); si esto, repito, creyéramos con viva fe, de otro modo nos llegaríamos á Él, otro sería el fruto de nuestras comuniones, toda vez que nuestra poca ó mucha fe es la que estrecha ó ensancha el vaso de nuestro corazón para recibir poco ó mucho del inagotable manantial de las divinas misericordias (9). Ensanchemos, pues, el corazón, hermanas mías, al prepararnos para recibir á nuestro amante Jesús (10), y Él lo llenará y colmará muy cumplidamente, pues, como escribe Casiano, «tanto alcanzaremos cuanto creyéremos que podemos alcanzar» (11).

Ahora bien: si la virtud de la fe encierra el poder maravilloso de atraer á Jesús á nuestros corazones, *cimentados en la caridad*, como dice el Apóstol (12), para morar en ellos todos los días de nuestra vida, ¡cuán pura no debemos conservar esta morada, tan codiciada por Él (13), y cuán perfu-

(1) Joann., XX, 29.

(2) Isai., LIII, 8; Act., VIII, 33.

(3) S. Hilar. Ep., in Matth., cap. 18.

(4) Isai., LXIII, 16; Matth., XXIII, 9.

(5) Rom., VIII, 29; Hebræ., II, 11-12.

(6) Joann., XV, 14-15.

(7) Jerem., XXXI, 3.

(8) Rom., VIII, 32.

(9) Psal. CXLIV, 9.

(10) Psal. LXXX, 11.

(11) Collat. 91, cap. 31.

(12) Ephes., III, 17.

(13) Prov., XXIII, 26.

mada con la fragancia de todas las virtudes la vestidura nupcial de nuestra alma, para que el divino Isaac *la bendiga* (1) *con bendiciones de dulzura* (2) que la habiliten y dirijan y ayuden á progresar en el camino de la perfección á que aspira!... Y esta es la segunda virtud necesaria para recibir con fruto la santa comunión: la

Pureza de conciencia. Tratando el profeta David de edificar el maravilloso templo de Jerusalén, decía á los príncipes de su nación: *Grande es la empresa, porque no se trata de preparar habitación para un hombre, sino para Dios* (3); y en ese templo se había de poner el Arca, y en ella el maná, figura admirable de la Eucaristía. Pues, ¿qué hemos de pensar de la preparación y adorno del templo de nuestro corazón (4) en que ha de hospedarse el mismo Dios?... Dícenos Santa Teresa de Jesús que, deseando una gran sierva de Dios comulgar cada día, mostrándola el Señor un globo hermosísimo de cristal, la dijo: «Cuando tu alma esté como este cristal, entonces lo podrás hacer; pero luego, añade la santa, la dió licencia para ello» (5). Y ¿quién de nosotros será tan afortunado que logre conservar su alma limpia como el cristal, envueltos como andamos en tanto cieno y en tanta basura? ¿Quién osará decir, pregunta el Sabio: *Mi corazón está limpio, libre estoy de todo pecado?* (6). Hermanas mías: no creamos que Dios haya querido con este ejemplo dificultar ni mucho menos apartar de la comunión á sus queridas esposas, las almas que le desean y le aman. Muy al contrario, y la prueba está en que Él mismo nos dice en el libro de los Proverbios que *tiene sus mayores delicias en estar con los hijos de*

(1) Génes., XXVII, 28.

(2) Psal. XX, 4.

(3) I. Paral., XXIX, 1.

(4) I. Corinth., III, 16.

(5) Pater noster, petic. 4.^a, núm. 20.

(6) II. Paralip., VI, 36; III. Reg., VIII, 46; Prov., XX, 9; Ecclesiast., VII, 21; I. Joann., I, 8.

los hombres (1), y desea tanto nuestra compañía, que amenaza con el fuego del infierno á quien no se acerque á comulgar, debidamente dispuesto: *En verdad, en verdad os digo, que si no comiereis mi carne* en el Sacramento del Amor, *no tendréis vida en vosotros*, moriréis eternamente (2). Nosotros cumplamos lo que nos dice San Pablo: Quien quiera comulgar dignamente, escribe el Apóstol, *PROBET SEIPSUM*, examínese antes, y si halla pura su conciencia, coma ese sagrado Pan (3), que este es el traje nupcial necesario para entrar sin sacrilegio en la sala del festín. «Con esta pureza, dice San Juan Crisóstomo, acercaos siempre á la sagrada mesa; pero sin ella, jamás».

Tomando esto en cuenta, ¿bastará para comulgar dignamente el tener libre la conciencia de pecado grave?—Bastará, como queda dicho, para no comulgar indignamente; bastará para no cometer un sacrilegio. Quede esto para los cristianos en general. Pero tratándose de personas que comulgan cada día porque aspiran á la perfección, ¿será suficiente preparación el estar libres de pecado grave?—No, responde San Ligorio, porque estas almas que constituyen en la tierra la porción escogida del Señor; estas almas que se sientan diariamente á la mesa del Esposo, además de estar libres de todo pecado grave y aun del afecto al pecado leve, deben esforzarse en luchar contra las malas inclinaciones, á fin de que no levanten cabeza y progresar cada día en las virtudes. «Cuando ha llegado el alma, dice el santo, á un alto grado de perfección, y dedica algunas horas á la oración mental, y ha vencido además, añade San Francisco de Sales, la mayor parte de sus malas inclinaciones, entonces puede comulgar cada día» (4), y «esta es, en sentir de San

(1) Prov., VIII, 31.

(2) Joann., VI, 54.

(3) I. Corinth., XI, 28.

(4) Comun. frecuente. Opúsculo, párr. 3.^o; Vida devota, parte 2.^a, cap. 20.

»Próspero, la perfección que puede lograrse en esta vida, «contando con nuestra nativa flaqueza».

Bien mostró Jesucristo la pureza de corazón que exigía para recibir dignamente este Sacramento, cuando quiso limpiar y lavar Él mismo los pies de sus discípulos antes de dárselos en manjar, dando á entender con ello, dice San Bernardo, que aunque basta para comulgar el estar libre de pecado grave—como libres de él estaban los once apóstoles,—pero tratándose de almas tan allegadas y familiares de Cristo—como eran los apóstoles y lo son todos los que comulgan cada día,—conviene que se purifiquen de los veniales, simbolizados en el polvo que se adhiere á los pies. «Hízolo así Jesucristo, dice el Doctor Angélico, para manifestarnos la suma limpieza que debemos procurar cuando recibimos en la comunión al Cordero immaculado» (1). Y así, quien tratando de perfección, rehusare lavarse los pies, esto es, evitar con diligencia el pecado leve voluntario, *no tendrá parte con Cristo*, como Él mismo dijo á Simón Pedro (2), es decir, no recibirá en la comunión la parte especial de gracias y mercedes reservada para las almas fervorosas, mortificadas y bien dispuestas. Y añade San Dionisio Areopagita—corroborando la doctrina de San Ligorio—que no sólo de los pecados veniales, sino también de las demás faltas é imperfecciones pide el Señor limpieza con este ejemplo.

Hay pecados veniales, hermanas mías—y digo esto para evitar ansiedades y congojas,—hay pecados veniales que permiten la comunión diaria, y los hay que la impiden. Los pecados que no tienen otro origen que la fragilidad humana, más bien que la voluntad de cometerlos, en vez de hacer peligroso el uso frecuente y aun diario de la Eucaristía, lo hacen en extremo útil y saludable. Los que cometen estos

(1) Pars. 3, q. 83, art. 1 ad 5.

(2) Joann., XIII, 8.

pecados los deploran con toda su alma, evitan cuidadosamente las ocasiones, combaten con valor las tentaciones y lloran las recaídas. Éstos deben acercarse al altar profundamente humillados y Jesucristo los recibirá con todos los tesoros de su misericordia para derramarlos con profusión en sus almas, pues ha asegurado que *nunca despreciará al corazón humilde y contrito* (1). Cuanto á los pecados leves que se cometen con madura reflexión y libre voluntad, los que se cometen sin remordimiento y se confiesan sin disgusto, ¿pueden ser compatibles con la santidad que exige la recepción diaria de la Eucaristía? De ninguna manera. Así que, para poder acercarse todos los días á recibir este augusto Sacramento, son necesarias disposiciones mucho más perfectas de lo que puede esperarse ordinariamente del común de los fieles. Débense hacer esfuerzos, dice San Ligorio, para vivir vida verdaderamente espiritual y evitar en lo posible los pecados veniales y prepararse con exquisito cuidado para acción tan santa; porque acudir todos los días á la fuente de toda santidad y no salir de ella más santos, ó proseguir viviendo con flojedad y tibieza, merecería calificarse de irreverencia grande; esto no sería honrar á Cristo. Con razón dice el piadoso Padre Nieremberg que «á la comunión debiera preceder el purgatorio» (2), para que no quedase en el alma ni la más ligera sombra de mancha; y es muy justo que brillen con esta pureza de conciencia las almas religiosas tan familiares de Cristo, que se sientan todos los días á su mesa y le acompañan á todas partes, y á las cuales pueden aplicarse las palabras del libro tercero de los Reyes: *Dichosos tus siervos que están siempre delante de ti y oyen tu sabiduría* (3). Pero hay otra virtud que las resume todas

(1) Psal. L, 19.

(3) III. Reg., X, 8.

(2) Adoración en espír., lib. 3, cap. 11.

y constituye á la vez la más excelente disposición para recibir con fruto este divino Sacramento. Esta es la caridad, el

Amor. En este Sacramento ha mostrado Cristo el amor que nos tiene y el que desea le tengamos. No pudo sufrir su excesiva caridad (1) el dejarnos huérfanos (2) en la tierra, y halló un medio maravilloso para enlazar con su vida mortal la vida eucarística, instituyendo el Santísimo Sacramento. Allí le tenemos hecho nuestro compañero de peregrinación en este destierro, convertido en sabroso Pan del cielo (3) que nutre y vigoriza, abrasa y consume (4) las almas que le desean y le aman. Allí le tenemos sujeto á innumerables humillaciones, irreverencias, desatenciones, insultos y sacrilegios; todo lo arrostra, todo lo sufre este finísimo Amador con paciencia infinita, á trueque *de estar con nosotros* (5) *hasta el fin del mundo* (6), y desde este trono de magnífica gloria concedernos todas las gracias que concedía en su vida mortal á los que á Él se acercaban con fe y confianza (7). Amor es lo que pide en cambio del amor que nos da, puesto caso que todo lo que ha obrado y padecido lo ha encaminado á despertar en nosotros su amor, de manera que todos sus beneficios, todas sus dádivas son como despertadores del amor que le debemos. *¿Qué piensas que pide tu Señor y tu Dios, dice el profeta Miqueas, por lo que por ti ha hecho? No otra cosa sino que le ames* (8). ¡Y que haya todavía quien no os ame, Jesús mío!... ¡que haya quien os ofenda!... ¿Qué beneficio agradecerá quien éste no agradece? ¿Cómo no amar, hermanas mías, á quien así nos amó, y así nos buscó, y así nos remedió?... Razón tuvo San Pablo para exclamar trans-

(1) Ephes., II, 4.
 (2) Joann., XIV, 18.
 (3) Joann., VI, 31.
 (4) Deut., IV, 24.

(5) Prov., VIII, 31.
 (6) Matth., XXVIII, 20.
 (7) Act., X, 38.
 (8) Mich., VI.

portado por el amor: *Quien no ama á Nuestro Señor Jesucristo, sea excomulgado* (1).

Atrévome á decir que, exceptuando á la Santísima Virgen María, Nuestra Señora, difícilmente hallaremos un corazón más encendido en amor de Dios que el de María Magdalena. *DILEXIT MULTUM. Amó mucho*, dijo Jesucristo, aludiendo á esta dichosa mujer (2). No la preguntó, como á Pedro, si le amaba, porque las obras de esta penitente afortunada testificaban con elocuencia el apasionado amor que henchía su corazón y abrasaba sus entrañas. En apurado trance nos veríamos nosotros, hermanas mías, si tuviéramos que responder á esta pregunta de Jesús: «¿Me amas, hija mía?» ¡Qué dichosos seríamos si pudiéramos afirmar con la veracidad de Simón Pedro: *¡Señor, tú que lo sabes todo, sabes también que te amo!* (3). ¿Dónde está, hermanas mías, ese amor intenso, ese amor puro, constante y desinteresado que por tantos títulos merece Jesucristo y que á todos nos pide con indisputable justicia?... Llamamos á Jesús Esposo á boca llena, y lo es en efecto, y por tanto debíamos amarlo con toda el alma, y no obstante... no me atrevo á asegurarlo, porque no puedo suponer que Jesús tenga en este punto la más liviana queja contra alguna de vosotras. No quiero suponerlo, hermanas mías; pero si de ello tuviera el menor indicio, yo me atrevería á suplicarla—como suplico á todas vosotras rendidamente—que, avivando la fe y abierto el corazón á las suaves influencias de la gracia, escuchéis, confundidas y anonadadas, estas súplicas tiernísimas que con ardor anhelante os dirige hoy Jesús, el más celoso de los esposos: *Dame, hija mía, tu corazón* (4) con todos sus amores. ¿Por ventura no lo merezco? ¿No soy el mismo á quien tanto amabas en los primeros

(1) I. Corinth., XVI, 22.
 (2) Luc., VII, 47.

(3) Joann., XXI, 17.
 (4) Prov., XXIII, 26.

fervorosos años de tu profesión religiosa?... Mira que *estoy á la puerta de tu corazón y llamo* (1). *Ábreme, hermana mía, amiga mía, esposa; porque está llena de rocío mi cabeza, y del relente de la noche mis cabellos* (2). Si escuchas mi voz y me abres las puertas de tu corazón, entraré en él y te sentaré á mi mesa, y *te daré á gustar el pan de los escogidos y el vino que engendra vírgenes* (3), porque los hace puros, castos, incorruptibles é inmortales (4), y *beberás de él hasta saciarte*, y te diré todos mis secretos, y *te desposaré conmigo para siempre* (5). ¡Hermanas mías!, corazón de bronce debe de tener quien al escuchar estas frases tan divinamente amorosas, no cae rendido á las plantas de Jesús para decirle, conmovido y balbuciente: «¡Oh Jesús, amante y amado mío! ¿Por ventura no eres tú el único dueño de mi corazón? ¿Por qué, pues, esperas mi beneplácito para entrar en él, si es tu propia casa?... Rompe, Jesús mío, los cerrojos y derriba las puertas que he tenido cerradas hasta hoy; entra y apodérate de mi alma, que tuya es, á imagen tuya la criaste (6), con tu sangre la redimiste (7), con tu vida la compraste, te pertenece por derecho propio. ¿Quién para entrar en su casa necesita de ruegos y de súplicas?...» Y no obstante, hermanas mías—doloroso es decirlo,—harto reducido es el número de los que responden como deben á este tiernísimo llamamiento. Así lo dijo Jesús en cierta ocasión á Santa Teresa: «¡Ay, hija mía, qué pocos me aman con verdad!; que si me amasen, no les encubriría mis secretos!» (8).

Una de las almas que mejor correspondieron al amor de Jesús—como antes he indicado,—una de las almas que abrieron de par en par las puertas de su corazón y le recibieron

(1) Apocal., III, 20.
 (2) Cant., V, 2.
 (3) Zachar., IX, 17.
 (4) Joann., VI, 55.

(5) Osee, II, 19.
 (6) Génes., I, 26; Coloss., III, 10.
 (7) Ephes., I, 7; Coloss., I, 4.
 (8) Vida, cap. 40.

con amor más encendido, fué María Magdalena; por ello fué tan regalada de Cristo, y de ella debemos aprender á amarle como Él quiere ser amado. Miradla: con el corazón fatigado por el peso de sus pecados, que ya detestaba con toda su alma, pero impulsada á la vez por el amor inmenso que abrasaba sus entrañas, entra en casa del fariseo, donde estaba Jesús convidado, y sin hablar palabra—porque cuando el amor es grande no tiene palabras—derríbale á las plantas de Jesús, abrázase á aquellos pies santísimos, los baña con ardientes lágrimas, los unge con precioso perfume y límpialos con sus cabellos (1). Callaba Magdalena, pero hablaba su corazón diciendo con la Esposa: *He hallado al que ama mi alma; asido le tengo y no le soltaré* (2). «Heme aquí, Rey mío, »Esposo mío, bien y descanso mío, ya tengo tus pies, déjame aquí con ellos abrazada, que ya no quiero más gloria...» ¡Oh!, ¡qué ternuras y regalos pasaban del corazón de Magdalena al de Cristo y del de Cristo á la Magdalena!... Y ¿qué la vas á dar, Jesús mío, en premio de tanto amor? ¡Ah! Tú, Señor, no sabes dar sino mucho. Eres manirroto, porque te rompieron las manos en la cruz, y todo se te cae de las manos para que nosotros, mendigos, nos hagamos ricos con lo que á ti se te derrama. En premio de tan acendrado amor, la fueron perdonados todos sus pecados, y sabido es que *menos ama aquel á quien menos se le perdona* (3). Esto es amar como Dios quiere ser amado. Es verdad que Cristo alabó la fe del Centurión (4), y la confianza de la Hemorroísa (5), y la perseverancia de la Cananea (6); pero todos estos, dice San Juan Crisóstomo, buscaron á Jesús por su propio interés; pero Magdalena se arrojó á los pies de Cristo

(1) Luc., VII, 38.
 (2) Cant., III, 4; S. August., Homil. 23; S. Gregor., Homil. 25, in Evang.

(3) Luc., VII, 47.
 (4) Matth., VIII, 10; Luc., VII, 9.
 (5) Matth., IX, 22.
 (6) Matth., XV, 27; Marc., VII, 28.

con amor desinteresado, arrepentida de sus culpas y entregándole toda su alma. Este es amor puro: amar á Dios por Dios, sin otro incentivo que su divina bondad.

Veis aquí el amor con que debemos recibir en nuestro pecho á Jesús Sacramentado; abrasados en este amor han comulgado los Santos, y por ello ha obrado Dios en sus almas tantas maravillas. Y si no tenemos este amor, acerquémonos profundamente humillados, arrastrándonos por el suelo como viles gusanillos y suplicando á Jesús que nos haga dignos de recibirle, diciéndole: «Ven, vida mía, mi
»único bien; ven, que yo quiero consolarte y reparar cuantos ultrajes y menosprecios sufres por mi amor en ese Sacramento. Magdalena, anegada en llanto, cayó de hinojos
»á tus pies, los bañó con sus lágrimas, los ungió con perfumes y después los enjugó con su abundosa cabellera que á
»tantos corazones tenía seducidos; mas esto aún no satisface
»á mi amor; yo quiero amarte más. No me contento con que
»estreches tus benditas manos con las mías temblorosas, ni
»que reclines tu cabeza sobre mi conmovido pecho; ven á
»unirte conmigo para siempre, ¡para siempre!, pues ya tengo
»mi corazón abierto para recibirte; entra en él, vida mía; ahí
»reposarás en paz (1). Y si algún día, ¡no lo permitas, Jesús
»mío!, si alguna vez te ha de ser infiel, arráncalo de mi
»pecho, pues no lo quiero; pero no me dejes sin corazón;
»dame el tuyo—como se lo diste á tu amada esposa Catalina de Sena (2)—para que logre amarte como mereces en
»esta vida, y consumida por el fuego de este amor, volar á
»las mansiones de la gloria para continuar amándote con los
»ángeles y bienaventurados». Si hacemos esto con viva fe, yo os aseguro, dice el Bienaventurado Juan de Ávila, que comulgaréis con fruto.

(1) Psal. IV, 9.

(2) Vida, part. 2, cap. 7.

Después de haber comulgado, no perdamos tan buena sazón de negociar, pues no suele su Majestad pagar mal la posada, dice Santa Teresa, si le hacen buen hospedaje (1). Aprovechemos esos preciosos momentos, hermanas mías; cerrados los ojos del cuerpo, abramos los del alma y miremos á Jesús con amor. Si no nos faltan palabras—y hartas veces nos sobran—para hablar con otras personas, ¿por qué nos han de faltar para hablar con Dios? Consolémonos con Él, y Él se consolará con nosotros, porque en el mundo tiene muy pocos que amen tan dulce compañía; y si acostumbramos á hacer esto cada vez que comulgamos, dice la santa, procurando tener limpia conciencia, tanto podemos desear verlo, que se nos descubra del todo (2).

Por último, traigamos todo el día este pensamiento: «Al Señor recibí; á su mesa me senté y mañana estaré con Él»; y con esto *huiremos el mal y practicaremos el bien* (3), y Dios bendecirá nuestros esfuerzos en esta vida y los premiará en la otra con la eterna contemplación y goce de su embelesadora hermosura (4).

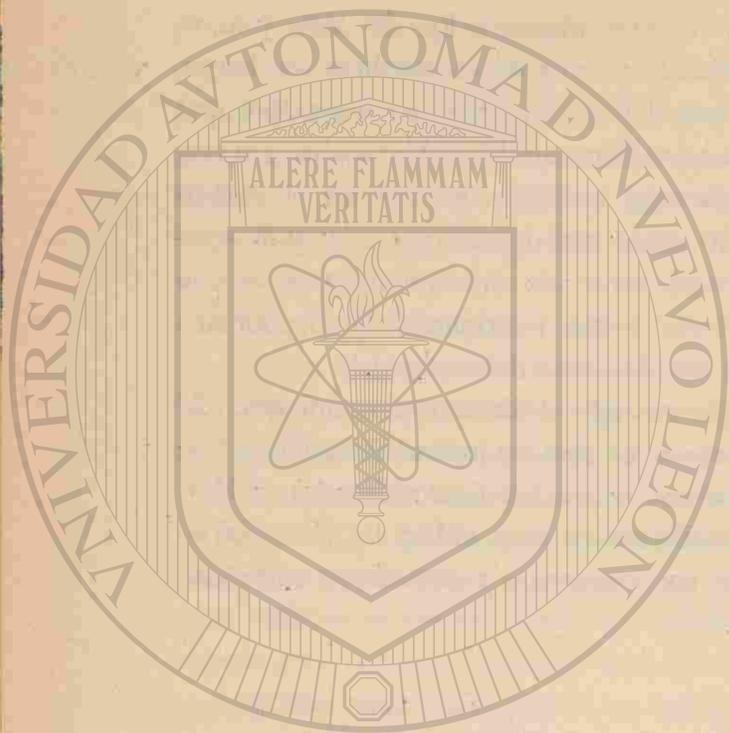
(1) Camin. de perf., cap. 62.

(2) Camin. de perf., cap. 34.

(3) Psal. XXXVI, 27.

(4) Psal. XLIV, 3; I. Corinth., XIII, 12; I. Joann., III, 2.





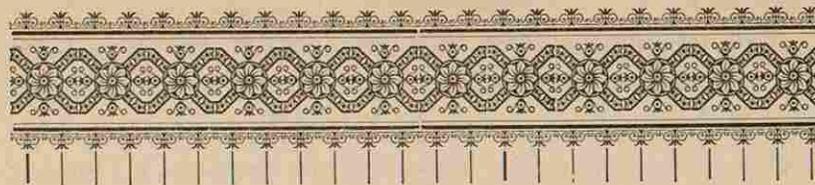
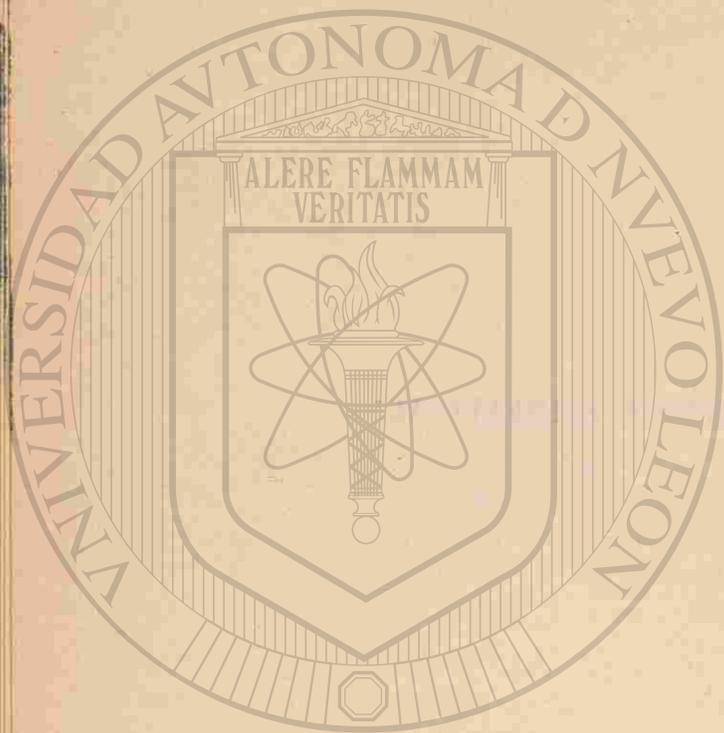
LECTURA ESPIRITUAL

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LECTURA ESPIRITUAL



o hay mejor amigo que un buen libro, y no hay mejor libro que el que nos instruye en la ciencia del alma, en la ciencia de la salvación; pues, como dice el Espíritu Santo en los Proverbios, *donde no hay la ciencia del alma, no hay nada bueno* (1). Esta ciencia divina tiene sus libros en que se aprende, como los tiene la ciencia humana, si bien ambas presentan caracteres tan distintos, que no se las puede confundir. La sabiduría de los hombres no es la palabra de Dios; produce sentimientos, pero no muda voluntades; ilustra la inteligencia, pero no enciende el corazón; puede hacer sabios con *esa ciencia que*, en frase del Apóstol, *hincha* y envanece (2), pero no logrará hacer Santos, porque no estriba en *el temor de Dios*, sólido fundamento de la verdadera sabiduría (3), ni en la virtud de *la caridad que ennoblece y edifica*. Mas la ciencia divina, *la palabra de Dios es viva y eficaz* para el alma que de ella se alimenta (4).

(1) Prov., XIX, 2.
(2) I. Corinth., VIII, 1.

(3) Eccli., I, 16.
(4) Hebræ., IV, 12; Rom., X, 8.

Esta palabra increada constituye para el cristiano un tesoro inestimable encerrado en los libros de la Santa Escritura, verdadera Arca de oro del Nuevo Testamento, y abastecidos en este manantial inagotable de doctrina, los Santos Padres y Doctores de la Iglesia—insignes maestros de esta ciencia sagrada—la han expuesto y comentado admirablemente en obras inmortales, como en limpísimas corrientes de sabiduría, á las cuales acuden los predicadores evangélicos para nutrirse de esta savia del cielo y derramarla cual fecunda semilla (1) en los corazones de los fieles; y los Santos y maestros de espíritu, para condensarla en luminosos tratados de ascética y mística, que constituyen la escuela de perfección de las almas que á ella aspiran. Y si en frase del Espíritu Santo, *quien halla un amigo fiel ha hallado un tesoro* (2), ¿qué mejor amigo podemos desear que uno de estos libros cuyas páginas encierran el tesoro *escondido á los sabios y prudentes* del siglo (3), y patente y *manifiesto á los humildes* que buscan á Dios para *adorarle y servirle en espíritu y en verdad*? (4). A pesar de ello, la ciencia humana, la palabra del hombre es leída con avidez y encomiada con entusiasmo, mientras que la palabra de Dios, la ciencia de la salvación es mirada con desprecio sistemático ó relegada al olvido.

Mas vosotras que sabéis por experiencia que *no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios* (5); vosotras que habréis experimentado más de una vez las regaladas mercedes y saludables frutos que produce la lectura de esta palabra divina en el alma que en ella se ocupa con frecuencia, debidamente dispuesta, bendeciréis sin duda el breve espacio de tiempo que voy á emplear en mostraros la «utilidad» de esta lectura y el «modo» de ejer-

(1) Luc., VIII, 11.

(2) Eccli., VI, 14.

(3) Matth., XI, 25.

(4) Joann., IV, 24; Rom., I, 9; Galat., V, 16.

(5) Luc., IV, 4; Matth., IV, 4; Deut., VIII, 3; Sapient., XVI, 26.

citarnos en ella, para que redunde en provecho de nuestras almas.

Utilidad. Es una verdad fundamental, que no se puede obtener la gracia—comúnmente hablando—sino por los medios que Dios ha establecido. *Jesucristo, único mediador entre Dios y el hombre* (1), ha querido escoger la palabra como instrumento, como conducto de su gracia para obrar la santificación de las almas. Decidme, si no: ¿quién regenera á los hijos del pecado y les abre las puertas del cielo en el sacramento del Bautismo? (2).—La palabra de Jesucristo. ¿Quién los absuelve de todos sus pecados en el tribunal de la Penitencia? (3).—La palabra de Jesucristo. ¿Quién les prepara en el Sacramento de nuestros altares un manjar divino, prenda inmortal de la gloria venidera? (4).—La palabra de Jesucristo. Y si tan soberanamente obra esta palabra inefable en todos los Sacramentos, no menos útil ni menos eficaz es en la cátedra de la verdad ó en el libro piadoso; y si bien esta palabra, hablada ó leída, obra de otra manera en las almas que la leen ó escuchan, pero siempre es ella el medio por el cual descende á nosotros el Espíritu de Dios (5). Esta palabra fecundó la nada en el principio del mundo, y en el transcurso de los tiempos está dando calor y vida á las almas que de ella se alimentan.

En efecto; expuesta y comentada con admirable lucidez por los Santos Padres y escritores eclesiásticos en tratados manuales, circula profusamente entre nosotros con indecible consuelo de nuestras almas, pues estos libros devotos nos proveen de remedios contra los vicios, de armas contra

(1) I. Joann., II, 1; I. Timoth., II, 5.

(2) Joann., III, 5.

(3) Joann., XX, 23.

(4) Joann., VI, 52-59.

(5) Rom., X, 17.

las tentaciones, de consejo en las dudas, de consuelo en las tristezas, de aliento en los trabajos y de medios para alcanzar la perfección de todas las virtudes. ¡Oh!, ¡quién pudiera encarecer como lo merece la utilidad de esta lectura y las maravillas que obra en el alma que en ella se ocupa con frecuencia! Unas veces, como *grano de mostaza* sembrado en el corazón del que lee, y merced al suave rocío de la gracia, *germina, crece y se hace árbol frondoso* y abundante en frutos de santidad (1); otras veces esta palabra divina es para el alma hambrienta y desalentada *sabrosísimo maná* que nutre y vigoriza sus fuerzas para que no desfallezca en las frecuentes luchas del espíritu; y *antorcha luminosa que disipa las tinieblas de la tribulación* (2) y *alumbra nuestros pasos* (3) *para que no se desvíen de la senda estrecha que conduce á la vida eterna* (4); y arma formidable y poderosa para vencer las perniciosas influencias de la carne y de las pasiones (5); y sabrosa plática con Dios, el cual unas veces por medio de la lectura espiritual nos consuela y alienta con suavísimos coloquios, *más dulces que la miel* (6); otras, con palabras duras y sentidas, corrige nuestras faltas voluntarias ó reprende nuestra tibieza en su servicio y siempre deja en el alma alguna prenda de amor, como recuerdo inefable de su visita. *¿Por ventura, dice el Espíritu Santo, mis palabras no son como fuego,* pues alumbran el entendimiento, inflaman la voluntad y purifican al hombre de sus malos afectos y resabios, y *como martillo que hace saltar las rocas en pedazos,* esto es, que ablanda los corazones, aunque sean de piedra, si se muestran dóciles, y los reduce á polvo, si oponen resistencia? (7). Mas estas cualidades no las tiene sino como palabra de Dios y en cuanto procede de Él. Por ello dijo San Pablo, que

(1) Matth., XIII, 31-32.
 (2) II. Reg., XXII, 29.
 (3) Psal. CXVIII, 105.
 (4) Matth., VII, 14.

(5) Rom., VIII, 13.
 (6) Psal. CXVIII, 103.
 (7) Jerem., XXIII, 29.

toda escritura divinamente inspirada es útil para enseñarnos, corregirnos é industriarnos en la justicia (1), porque es muy eficaz para instruirnos en las verdades necesarias para nuestra salvación, para corregir nuestros vicios y demasías é industriarnos en el ejercicio de las virtudes y buenas obras, medios adecuados para lograr la perfección á que aspiramos.

Ya no debe extrañarnos que los Santos Padres de la Iglesia hayan mostrado empeño en inculcar á los fieles de su tiempo la afición á la lectura de estos libros, porque estaban persuadidos de la maravillosa eficacia que atesora y de los grandes bienes que produce en el alma que en ella se ejercita. San Juan Crisóstomo atrevese á afirmar que «difícilmente podrá conseguir su salvación quien no emplea con frecuencia algún tiempo en la lectura espiritual» (2). Claro está que este elocuentísimo Padre de la Iglesia habla con las almas piadosas que aspiran á la perfección, porque la lectura espiritual constituye uno de los ejercicios esenciales de la piedad (3), como que «es hermana de la oración mental y su grande ayudadora»—dice el P. Rodríguez (4). Y en ello se funda San Atanasio para decir: «No veréis á nadie que trate de veras de su aprovechamiento, que no sea dado á la lección espiritual, y el que la dejare, pronto se le echará de ver en su conducta» (5). Todos los Santos y maestros de la vida espiritual coinciden con los Padres de la Iglesia en decir maravillas de la frecuente lectura de libros devotos, pues unánimes aseguran que induce paulatinamente á detestar el vicio y á practicar la virtud; que arranca del corazón la soberbia, la envidia, la ira, la pereza y destierra la murmuración y el juicio temerario; que enfrena y amorti-

(1) II. Timoth., III, 16.
 (2) Conc. 3, de Lázaro.
 (3) P. Faber. Conferencias espirituales; I. Timoth., IV, 13; S. Laurent. Justin., De lign. vitæ, cap. 4;

S. Chrysost., Homil. XXXV, in Génes.
 (4) Trat. V, cap. 28.
 (5) Exhort. ad Monachos.

gua la concupiscencia de la carne y demás apetitos groseros; que va descubriendo poco á poco la nobleza y dignidad de la virtud y la malicia y fealdad del vicio, y que insensiblemente enciende el corazón en deseos de amar á Dios y de avanzar en el camino del cielo. Por eso escribió San Jerónimo á un religioso llamado Rústico: «No se aparte nunca el libro de tus manos; ama la verdadera ciencia que enseñan los libros santos, y yo te aseguro que muy pronto te enamorarás de la virtud y detestarás el vicio» (1). Y en otra carta dice á Eustoquio, virgen: «Sorpréndate el sueño leyendo, y cuando vencida del sueño cabeceares, caiga tu cabeza sobre el libro santo» (2).

Este empeño de los Padres y escritores eclesiásticos en encarecer á los fieles la frecuente lectura de buenos libros, quizá parezca exagerado á los que no han logrado apreciar los inefables bienes que atesora, porque tienen descuidado este ejercicio. *Si conocieran el don de Dios y quién es el que habla* (3) en la lectura, sin duda mudarían de parecer al verse dulcemente atraídos por las corrientes de suavidad que fluyen de las palabras de Dios (4), pues no es otro el que *habla al corazón* (5) cuando leemos. Así lo expresa San Ambrosio: «Cuando oramos—dice—hablamos con Dios, y cuando leemos oímos á Dios» (6). Y añade San Agustín: «Mientras leyeres, piensa que Dios te está diciendo aquello que lees, no para que lo sepas, sino para que lo cumplas y pongas por obra» (7). Así es, hermanas mías; sin ruido de palabras habla Dios al alma (8) en la lectura y la dice con el profeta Isaías: *Yo soy el Señor Dios tuyo, que te enseñe cosas útiles y te dirijo por el camino que debes seguir* (9). Y como la

(1) Epist. IV.
 (2) Epist. VIII.
 (3) Joann., IV, 10.
 (4) Psal. XXXIII, 9; Psal. XVIII, 11; Psal. CXVIII, 103.
 (5) Osee, II, 14.

(6) Lib. I. Offic., cap. 20.
 (7) Serm. 12, de temp.
 (8) Cant., V, 6; Isai., XLII, 2; Matth., XII, 19.
 (9) Isai., XLVIII, 17.

palabra de Dios es viva y eficaz—dice el Apóstol—y *más poderosa para penetrar hasta los pliegues del alma que una espada de dos filos* (1), al derramarla Dios en el corazón que de ella se nutre en la lectura, lo humilla y lo entenece y lo inflama (2) y lo transforma y lo convierte.

Ejemplos. Corroboración esta verdad el tierno relato de la maravillosa conversión del Doctor de la Iglesia San Agustín. Atraído por la elocuencia sagrada que fluía á raudales de los labios de San Ambrosio, Arzobispo de Milán, acudía Agustín al templo para escucharle, «no con la intención que debiera—como él mismo confiesa,—sino para explorar su facundia y elocuencia, á ver si era correspondiente á su fama» (3). No obstante, la gracia de Dios, que había comenzado la obra de su conversión conduciéndole al templo para que oyese la palabra que da vida á los muertos (4), obraba secretamente en su corazón, y lo que no había logrado esta misma palabra anunciada en el púlpito, vino á lograrlo leída en el libro. Sumido Agustín en profundas reflexiones y conmovido su corazón por la muchedumbre de sus pecados, que ya detestaba y aborrecía, echóse aturdido al pie de un árbol, y soltando la rienda á su dolor, brotaron de sus ojos abundantes lágrimas que Dios aceptó benigno, pues al punto oyó Agustín una voz del cielo que decía: «Toma y lee; toma y lee»; y abriendo las cartas de San Pablo, leyó una de las sentencias más energicas de este Apóstol (5), que llenó de luz su corazón y trocó su llanto en gozo nunca experimentado. «Desde entonces, dice á Dios el santo, ya sólo me gustaba hablar de Vos, que sois mi gloria, mi canso, mi Señor y mi Dios» (6). ¡Admirable triunfo de la

(1) Hebræ., IV, 12; Ephes., VI, 17.
 (2) Psal. CXVIII, 140; Psal. XVIII, 8.
 (3) Confes., lib. V, cap. 13.

(4) Luc., VII, 14; Joann., V, 24; Joann., XI, 43.
 (5) Rom., XIII, 13.
 (6) Confes., lib. IX, cap. 1.

gracia que conquistó para la Iglesia uno de sus defensores más elocuentes, y para Dios uno de los corazones más enamorados! Y no fué sólo Agustín quien logró experimentar la soberana influencia que ejerce la gracia divina por medio de la lección espiritual en los corazones bien dispuestos. También confiesa San Gregorio Nacianceno que experimentó una mudanza radical en su corazón merced á la frecuente lectura de los libros de ascética que había escrito San Basilio; y San Ignacio de Loyola logró el mismo resultado con la lección—fortuita al parecer—de las vidas de los Santos; y San Felipe Neri, con la asidua lectura de la portentosa vida de los monjes de Egipto; y Santa Teresa de Jesús refiere en su vida que, aficionada en su tierna edad á leer las «Actas de los Mártires», sintióse tan encendida en deseos de gozar los bienes eternos que leía haber en el cielo, que «concertó con su hermanito ir á tierra de moros, pidiendo «limosna por amor de Dios, para que allá los descabezasen; »y desde entonces—dice la Santa—quedó vivamente impreso en mi corazón el camino de la virtud» (1). Tales son los frutos que produce la lectura espiritual en las almas que en ella se ocupan. Mas para obtener tan felices resultados y que la gracia divina no halle obstáculo que impida su triunfo en el corazón del que se ocupa en la lectura, debe ésta reunir algunas condiciones que voy á indicar ligeramente.

Práctica. 1.^a Puestos en lugar retirado, tomemos el libro con santo recogimiento, y hallado el asunto de la lectura, levantemos el corazón á Dios y pidámosle gracia para aprovecharnos, y busquemos en el libro la verdad, y no la elocuencia; la devoción, y no la profundidad; el saber salvarnos, y no el sabor literario para entretenernos y recrearnos. Luego demos principio á la lectura imaginando lo que

(1) Vida, cap. I, n. 2

admirablemente pondera San Gregorio, diciendo «que la »lectura santa es una carta que el todopoderoso Dios nos »ha escrito, en la cual nos descubre sus secretos y nos manifiesta su divina voluntad» (1). Por tanto, creamos que Dios no habla y dice lo que leemos para que lo pongamos en ejecución. *Procuremos entender lo que leemos*, dice Jesucristo por San Mateo (2), y si no lo entendemos, hablémosle á Él, que *cerca está de nosotros* (3), y pidámosle que nos abra el sentido para entenderlo (4).

2.^a De donde se infiere, que no debemos leer apresuradamente ni de corrida, como quien lee historia, sino con pausa y ponderación, dando lugar á que Dios nos hable al corazón; y de cuando en cuando, como aconseja San Bernardo, «miremos con los ojos de la fe al Señor que nos envía tal carta y al Maestro que nos enseña tal doctrina, y »hablemos con quien nos habla haciendo algunas breves peticiones de lo que allí se dice, representándole nuestras »mayores necesidades y recreándonos con la dulzura de su »palabra» (5). Si en la lectura hallamos alguna sentencia ó lugar devoto que nos mueva, detengámonos un poco meditando en ello y procurando que se nos vaya embebiendo y arraigando en el corazón para pensarlo entre día y aprovecharnos de ello en las ocasiones, y de esta suerte, insensiblemente quedaremos más aficionados á la virtud y más arraigados y resueltos en lo que nos conviene, como asegura San Juan Crisóstomo (6).

3.^a Procuremos además no leer mucho de una vez, porque así como no sustenta al cuerpo la mucha comida, sino la moderada bien digerida, así tampoco sustenta al

(1) Moral., lib. IV, cap. 40.

(2) Matth., XXIV, 15; Marc., XIII, 14.

(3) Psal. CXVIII, 151; Philipp., IV, 5; Act., XVII, 28; Psal., CXLIV,

18; Isai., LV, 6; Matth., XXIV, 33.

(4) Psal. CXVIII, 34.

(5) Ad frat. de Monte Dei; Cant., IV, 3; Psal. XVIII, 15.

(6) Homil. 35, in Génes.

alma la lección larga, sino el digerirla bien. Y conviene—dice San Bernardo—no echar al olvido lo que acabamos de leer, sino guardar algo en la memoria para entenderlo después mejor con la consideración de lo que más nos ha movido y pueda ayudarnos á nuestro aprovechamiento espiritual. Y así andaremos todo el día ocupados en cosas buenas y santas y nos veremos libres de muchas tentaciones y peligros. La lectura que reúna todas estas condiciones, seguramente ha de ser provechosa y muy fecunda en buenos resultados para el alma que aspira á la perfección de su estado.

Cuanto á la elección de libros espirituales y mayormente de los que sirven de esparcimiento y honesta recreación al espíritu, atengámonos siempre al prudente y seguro dictamen de nuestros directores ó superiores, y no cedamos nunca á la vana y peligrosa curiosidad de leer ni aun de hojear ningún libro profano ó desconocido sin el debido consejo, si deseamos conservar la paz del corazón que constituye un tesoro más estimable sin comparación que toda la ciencia de los hombres y todas las riquezas del mundo (1); y enemigos de esta paz son—por punto general—los libros profanos de recreo, aun los que no atacan abiertamente las buenas costumbres, porque disipan el espíritu, enfrían la devoción y no dejan arraigar en el corazón la buena semilla que en él derraman los libros espirituales y devotos.

Aficionémonos, hermanas mías, á la lectura de estos libros santos, porque ellos nos enseñan el camino que á Dios conduce y los estorbos y precipicios que en él se hallan; ellos nos señalan los mejores pasos y atajos para llegar con mayor seguridad y prontitud al feliz término y posesión de nuestra verdadera patria, ya que son el conducto por donde

(1) II. Corinth., I, 12; Sapient., VII, 9.

Dios nos habla. Gran cosa es tener á Dios por Maestro, cursar en su escuela y oír de su boca palabras de vida eterna (1). Mas como *no basta para ser justificados oír ó leer sólo la Ley, sino que es necesario también observarla* (2), *ni se llaman bienaventurados en el Evangelio los que oyen ó leen la divina palabra, sino los que la guardan en su corazón para cumplirla* (3), menester es, si de veras queremos aprovechar, que nuestro corazón intervenga también en la lectura. Allí, en lo más secreto de esta entraña ha de resonar la palabra de Dios mientras leemos, porque á sólo Dios es permitida la entrada en el santuario de nuestro corazón y «sólo Él puede» hablar allí como Maestro», dice San Agustín (4). Allí es donde se mudan las costumbres y nacen los buenos deseos y se forman las más saludables resoluciones. En el corazón es donde la palabra de Dios, leída con ponderación y reposo, ha obrado en muchas almas una verdadera revolución espiritual, derribando todos los ídolos de las pasiones, aficiones ó apegos mundanos, destruyendo todos los altares en que se adoraba á la criatura, pisoteando el incienso que sacrilegamente se la ofrecía, persiguiendo á todas las víctimas inmoladas en su obsequio y erigiendo sobre estos escombros un trono á Jesucristo, vencedor del mundo y del infierno (5). Veis aquí el fruto de la lectura piadosa.

Y para hablar con llaneza, por si no me habéis entendido: si alguna vez notamos en la lectura algo que logre mover las fibras de nuestro corazón, entonces debemos escuchar atentamente la voz de Dios que viene á turbar nuestra falsa paz (6) poniendo el dedo en la llaga (7); entonces debemos

(1) Joann., VI, 64.

(2) Matth., VII, 24; Rom., II, 13; Jacob., I, 22.

(3) Luc., XI, 28; Matth., VII, 21.

(4) De prædest. sanct., tom. X, cap. 8.

(5) Joann., XII, 31; Joann., XVI, 33.

(6) Jerem., VI, 14; Ezech., XIII, 10.

(7) II. Reg., XII, 7; Psal. XXVII, 3.

practicar el consejo del Sabio (1), esto es, creer que va dirigida á nosotros aquella reprensión ó aquel aviso de la gracia; y si el golpe no ha profundizado lo suficiente, tomemos nosotros mismos el arma y hundámosla más, hasta que logre tocar en lo más sensible de la herida, esto es, detengámonos á examinar cuál es la voluntad de Dios en aquel punto, y desoyendo los sofismas y protestas del amor propio, cooperemos resueltamente á la gracia actual que está llamando á nuestras puertas (2), proponiendo lo que más conduzca á la mayor gloria de Dios y á la reforma de nuestra vida. Que triunfe la gracia en esos momentos supremos, aunque el corazón gima destrozado por el dolor, aunque brote por los ojos la sangre de la herida, es decir, las lágrimas que San Agustín llama con suma elegancia «sangre del alma» (3). Entonces habremos leído provechosamente.

Pero tenemos que confesarlo, hermanas mías. ¡Cuántos sentimientos de compunción habrá obrado el Señor en nuestros corazones por medio de esta lectura, sin que hayan producido efecto respecto á la mudanza de nuestras costumbres! ¡Cuántas piadosas resoluciones, concebidas durante la misma, que parecían ser precursoras de una nueva vida, y que al cerrar el libro se estrellaron contra el primer escollo!... Y ¿no es esto triste, hermanas mías? ¿No es esto lamentable, tratándose de almas que, movidas por la gracia, han vuelto la espalda al mundo y sus vanidades, para consagrarse en cuerpo y alma al amor y servicio de su Dios? ¿No es esto incomprendible en religiosas que deben aspirar con ardor anhelante á la unión íntima con Cristo, á quien llaman Esposo á boca llena y, no obstante, parece como que tienen en poco su amoroso trato y comunicación, siendo así que el

(1) Eccli., XXI, 18.

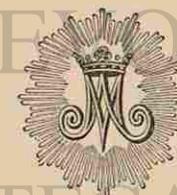
(2) Apocal., III, 20.

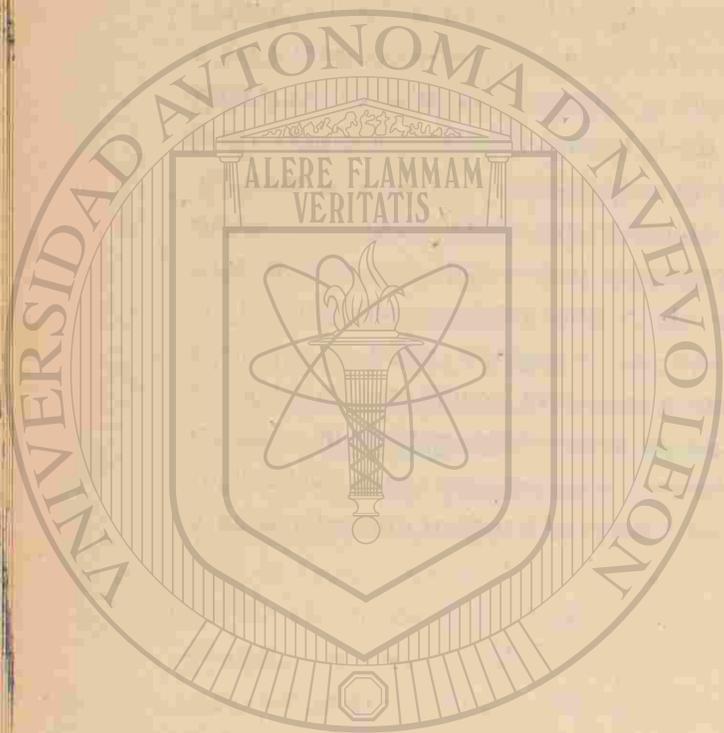
(3) Serm. 351, tom. 5.º

trato del alma con Dios la levanta sobre la tierra, la muda y la hace celestial?...

Mas yo no debo proseguir lamentando este modo de proceder tan impropio de una religiosa, como ajeno del espíritu de fervor que veo resplandecer en todos los actos y pormenores de vuestra vida. Por ello debo ceñirme á suplicaros que sea frecuente y detenida vuestra comunicación con Dios por medio de la lectura devota; y si alguna vez la enfermedad, las muchas ocupaciones ó cualquiera otra circunstancia os hurtan el tiempo que debíais emplear en la meditación, muy ventajosamente podéis suplirla con la lectura, siquiera sea breve, de algún libro piadoso; porque *el Espíritu Santo*—dice San Juan—*se comunica á quien quiere y como le place* (1), y por ventura esa breve lección será para vuestra alma vena riquísima de un manantial inagotable de gracias y mercedes que os santifiquen y os preparen para asistir algún día como esposas á las bodas del Cordero immaculado en la patria celestial.

(1) Joann., III, 8; Psal. CXXXIV, 7; Rom., IX, 16.





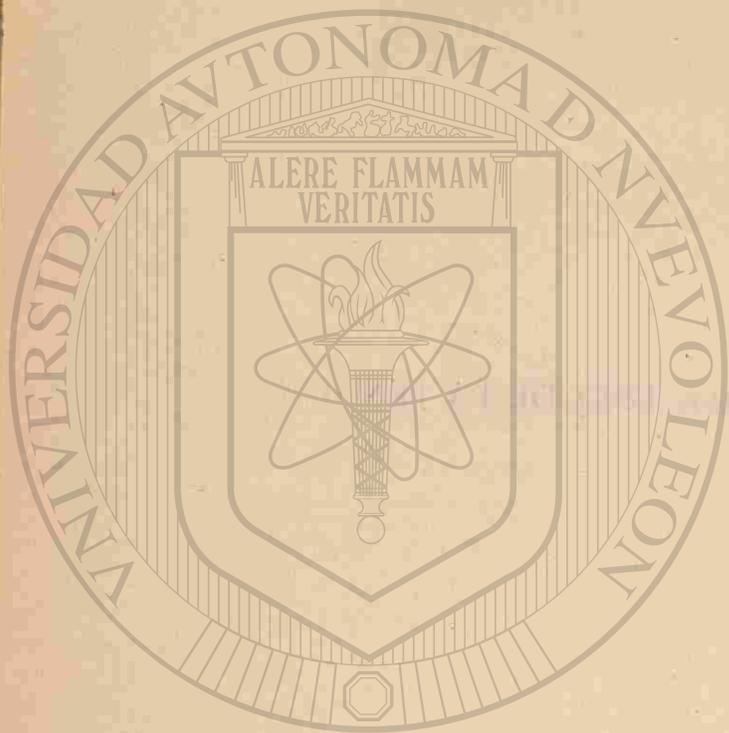
DEL BUEN USO DE LA LENGUA

UANL

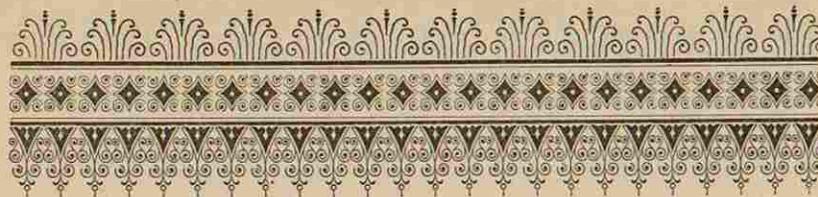
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN



DEL BUEN USO DE LA LENGUA



LA lengua, uno de los miembros más pequeños de nuestro cuerpo, es no obstante uno de los más útiles é importantes. La lengua es un instrumento de inestimable valor, si se emplea según el fin á que Dios la ha destinado. Con la lengua *bendecimos á Dios y le alabamos* (1); en la lengua descansa el Cuerpo adorable de nuestro amantísimo Jesús en la santa comunión; ella es nuestra medianera con Dios; de ella nos servimos para confesar nuestros pecados é implorar la divina misericordia, para manifestar á nuestros semejantes las ideas que concibe nuestra mente y los sentimientos y afectos de nuestro corazón; de ella se ha servido siempre Dios para manifestar su voluntad á los hijos de los hombres y para convertir á los pecadores más endurecidos por medio de sus enviados (2). ¡Cuántos bienes no ha producido y está derramando sobre la tierra este admirable órgano de la palabra!, y ¡cuánta gloria no ha dado á

(1) Jacob., III, 9.

(2) Act., II, 4; Act., XIX, 6; Psal. XVIII, 5; Rom., X, 18.

Dios por el ministerio de la predicación evangélica en todos los siglos!...

Sin embargo, ¡quién lo creyera!, la lengua ha sido también la que ha producido en el mundo los mayores trastornos, las catástrofes más espantosas. ¿Sabéis por qué? Porque entre todos los miembros de nuestro cuerpo la lengua es el más rebelde, dice el apóstol Santiago (1). Sí; el hombre con su industria logra domesticar al león y al tigre, y ser obedecido del oso y del elefante; pero su lengua no la puede enfrenar, escribe San Agustín. Y en ello no hay exageración, hermanas mías, pues, como muestra la experiencia, á menudo hallaréis personas que han logrado enmendarse de graves pecados habituales; que se han apartado de ocasiones de pecar y aun han renunciado generosamente—movidas por la gracia—las pompas y vanidades del siglo en que antes vivían engolfadas; pero que hayan domado perfectamente la lengua, ¡cuán pocas conoceréis! Ya no debe extrañaros que, á pesar de ser harto crecido el número de devotos que aspiran á la perfección y frecuentan los Santos Sacramentos, sean tan pocos los verdaderamente espirituales, porque no han tratado nunca de vencerse en este punto.

Pues bien: nosotros que también aspiramos á la perfección, porque este es nuestro deber como religiosos, debemos persuadirnos de que no la alcanzaremos si no procuramos con empeño enfrenar la lengua, pues á ello estamos obligados como «cristianos» y como «religiosos».

Como cristianos. En primer lugar, como cristianos estamos obligados á enfrenar nuestra lengua. Dice el gran Padre de la Iglesia San Ambrosio, que Dios Nuestro Señor, al

(1) Jacob., III, 8.

criar al hombre, *inspiró en su rostro soplo de vida* (1), y pregunta: «¿Por qué quiso Dios soplar en el rostro del hombre, »y no en el pecho, en el corazón, en los pies ó en las manos? »La razón es, añade, porque en el rostro se hallan los sentidos corporales, especialmente la lengua, que es la que más »necesita ser santificada por Dios, para que no se extralimite»; la lengua, *en cuyo poder está la vida ó la muerte del alma* (2); la lengua, que, bien empleada, constituye un manantial de bienes, pero mal dirigida *encierra todo un mundo de males* (3). Así es, hermanas mías, porque con los pies sostenemos el cuerpo y andamos sobre la tierra; con las manos practicamos el bien y ayudamos al cuerpo en sus múltiples necesidades; pero los pies y las manos y todas las operaciones del cuerpo son dirigidas por el entendimiento y el corazón, y sabido es que las operaciones del entendimiento y del corazón se manifiestan por la lengua. Ved cuánta necesidad tenían los sentidos del hombre de ser alumbrados con luz divina y santificados con el soplo de Dios, especialmente la lengua, que había de ser el medio por el cual había de propagarse esta luz y manifestarse esta santidad durante la vida.

Además, como *las obras de Dios son perfectas* (4) y nada hizo al acaso, sino ordenado todo al fin de su creación, atendamos al modo como ha hecho y colocado Dios nuestra lengua, con relación á los oficios que debe desempeñar. Observemos en primer lugar con San Bernardino, que Dios ha dotado al hombre de dos oídos, dos ojos, dos fosas nasales, dos brazos, dos pies y dos manos con muchos dedos en ellos, y no obstante, á este cuerpo tan complicado, tan voluminoso y tan perfecto le pone una sola lengua y ésta encerrada en

(1) Génes., II, 7.

(2) Prov., XVIII, 21; Eccli., XXVIII, 13.

(3) Jacob., III, 6; Eccli., XXVIII, 22.

(4) Deut., XXXII, 4; Eccli., XXXIX, 21.

la boca, sujeta en su parte inferior por una membrana llamada frenillo, y guardada por doble muralla de dientes y labios. ¡Dios mío!, ¡cuán indómita debe de ser esta fiera, cuán ponzoñosa esta víbora, cuando tanto esmero habéis puesto en rodearla de precauciones, al parecer excesivas! Pero no lo son; no son excesivas estas precauciones, pues si bien ha dado Dios al cuerpo miembros duplicados, ha sido para que aprenda el hombre á practicar el bien sin tasa ni medida, pero á ser muy parco y comedido en las palabras, según dice el apóstol Santiago: *Sea todo hombre presto y fácil para oír, y tardo para hablar* (1). No debe maravillarnos, dice San Bernardo, que Dios haya encerrado la lengua con doble muralla, porque ella es el instrumento de la razón, y la razón es como *un destello de la sabiduría de Dios* impreso en nuestra alma, dice el real Profeta (2). Por la razón nos distinguimos de los animales irracionales; por eso éstos no hablan, porque, como carecen de razón, no pueden discurrir, y por tanto les es imposible manifestar con la lengua los conceptos del entendimiento, como lo hacemos nosotros.

Debe, pues, estar sujeta nuestra lengua al dictamen de la razón, es decir, de la ley natural, y ésta señala tres deberes principales respecto al uso de la lengua, que consisten: 1.º, en alabar á Dios; 2.º, en salvar nuestra alma; 3.º, en edificar al prójimo. De modo que, si faltamos con la lengua á alguno de estos tres deberes, no haremos de ella el uso para que ha sido destinada, y por tanto ofenderemos á Dios, más ó menos gravemente, según las circunstancias.

1.º En primer lugar, se nos ha dado la lengua para «alabar y bendecir á Dios». Este es el primero y el principal deber de todo cristiano (3). Deber de «justicia», porque es nuestro Dios (4) que desde la eternidad ha puesto en nos-

(1) Jacob., I, 19; Prov., XVII, 27.
(2) Psalm. IV, 7; Job, XXIX, 3.

(3) Dan., III, 82; Tobíaz, IV, 20.
(4) Deut., X, 21; Psalm. XV, 2.

otros sus ojos y su corazón (1), y nos ha sacado de la nada (2), y nos ha colocado en este hermosísimo palacio del mundo, primorosamente adornado y copiosamente abastecido de lo necesario para el sustento y regalo de nuestro cuerpo (3). Deber de «gratitud» inmensa porque es nuestro Redentor, que, con el precio infinito de su sangre, nos ha reconquistado el cielo que habíamos perdido por la culpa original (4), y con su muerte nos ha dado la verdadera vida, la vida de la gracia que nos hace *herederos de Dios y coherederos con Cristo*, con derecho á la gloria, como dice el Apóstol (5). En esto debe emplearse principalmente nuestra lengua y mil lenguas si tuviéramos: en alabar y bendecir á Dios, que es también oficio de ángeles y bienaventurados, y en darle infinitas gracias por los beneficios que continuamente estamos recibiendo de sus benditas manos. Y así, ¡cuán pura y cuán santa no ha de ser la lengua que ha de emplearse en estas alabanzas, si desea que sean agradables en la presencia del Señor!, pues, como dice el Espíritu Santo en el Eclesiástico, *la alabanza de Dios no es hermosa en la boca del pecador* (6). Y ¿cómo ha de adquirir la lengua esa santidad y pureza si no procuramos guardarla y refrenarla?...

2.º También debe emplear su lengua el cristiano «en su propia santificación». Y veis aquí, hermanas mías, el segundo fin que se propuso Dios al dotarnos de este órgano de la palabra. En efecto: debemos servirnos de la lengua, en primer lugar, para pedir á Dios todos los días que se compadezca de nuestras miserias (7) y nos conceda su amor y su gracia, con la cual seremos omnipotentes (8), y estaremos siempre

(1) Jerem., XXXI, 3; I. Petr., III, 12.

(2) II. Machab., VII, 28.

(3) Psalm. VIII, 8.

(4) I. Corinth., VI, 20; Coloss., II, 14; I. Petr., I, 18.

(5) Rom., VIII, 17.

(6) Eccli., XV, 9; Psal. XLIX, 16.

(7) Psalm. L, 3.

(8) Philipp., IV, 13.

apercibidos para vencer las tentaciones y peligros de que está sembrada la vida (1), y cumplir sus santos mandamientos y perseverar en su servicio hasta la muerte. También debemos emplearla en fomentar entre nosotros la unión y caridad, tan amadas y encarecidas por Jesucristo (2), y tan necesarias para conservar la paz y armonía que deben reinar siempre entre nosotros. Asimismo debemos servirnos de la lengua para confesar nuestros pecados con el corazón contrito y humillado, y pedir á Dios que nos otorgue el perdón de ellos y nos asista con su gracia para no volver á cometerlos (3). Después de reconciliados con nuestro Padre celestial, y al acercarnos devotos al sagrado convite de la Eucaristía, ¿cuál es el medio que empleamos para recibir á Jesús Sacramentado sino la lengua, tan suelta y desenfrenada muchas veces?... Este pensamiento debería confundirnos si tuviésemos fe viva. Sí, hermanas mías; la lengua es la primera que sale á recibir al Esposo; en ella descansa antes de bajar á nuestro corazón, y como dirigido y acompañado por ella, entra en nuestro pecho la Soberana Majestad hecho hombre, para morar con nosotros en esta estrecha cárcel del cuerpo, y consolar nuestras tristezas (4), y enjugar nuestras lágrimas, y alumbrar nuestras tinieblas (5), y reiterarnos sus promesas de vida eterna si perseveramos en su amor y servicio hasta la muerte. ¿Columbráis ahora por qué quiso Dios rodear nuestra lengua de tan minuciosas precauciones? ¿Comprendéis la exquisita vigilancia que exige este precioso miembro de nuestro cuerpo, para que se halle siempre santificado y apercebido para recibir á Jesús, que tanto desea nuestra compañía y nuestro amor?... (6).

3.º Por último, debemos servirnos de la lengua «para

(1) I. Joann., II, 16.

(2) Joann., XIII, 35; Joann., XVII, 11.

(3) Matth., VI, 13.

(4) Psalm. XC, 15.

(5) Psalm. XXXIII, 6; II. Reg., XXII, 29.

(6) Prov., VIII, 31.

«edificación y provecho espiritual del prójimo», y este es su tercer oficio. No necesito encareceros el sumo cuidado que debemos poner á fin de que no se deslicen de nuestra boca palabras que puedan desedificar á aquellos con quien tratamos. No ignoro, hermanas mías, cuán difícil es el tener siempre á raya la lengua, de tal suerte que no hallemos falta alguna de qué arrepentirnos después de haber hablado largamente, pues dice el Espíritu Santo en los Proverbios, que *en el mucho hablar no faltará pecado* (1). Convencido el real Profeta de esta verdad, y deseando no ofender á Dios ni aun con palabras ociosas, exclama: *Pon, Señor, guarda á mi boca y una puerta con que se cierren mis labios* (2). Advertid, dice San Gregorio, que no pide David á Dios que ponga una pared á su boca y la cierre á piedra y lodo para que nunca se abra, sino puerta que se abra y se cierre, según las circunstancias de tiempo, lugar, modo y personas con quien hablamos. Y si bien nosotros no es de presumir que faltemos gravemente en esta materia, pero, hermanas mías, como quiera que por nuestra nativa fragilidad podemos faltar hablando ociosamente ó fuera de tiempo sin necesidad, ó impulsados por la curiosidad de saber lo que no nos atañe, bueno es tomar en cuenta que el que mucho habla, el que no guarda orden ni concierto en el hablar, se expone á ofender á Dios ó al prójimo y por lo menos pierde un tiempo precioso que debería emplear en cosas de alguna utilidad, y del tiempo, como de todos los demás bienes que hemos recibido de Dios, somos administradores (3) y no propietarios absolutos, de tal suerte que podamos emplearlos á nuestro arbitrio; y por ello el día del juicio *daremos estrecha cuenta de todas y cada una de las palabras ociosas* que hayamos proferido, dice

(1) Prov., X, 19; Eccli., XX, 8.

(2) Psalm. CXL, 3.

(3) Luc., XIX, 13; Luc., XVI, 2; Rom., XIV, 12.

Jesucristo por San Mateo (1). Reparad que no dice de toda palabra injuriosa, torpe, escandalosa ó denigrante—porque éstas ya se sabe que han de ser juzgadas con rigor,—sino también de toda palabra ociosa, entendiendo por palabras ociosas aquellas de las cuales ningún provecho saca el que las dice ni quien las escucha. Para evitar estos peligros, hablemos de Dios con frecuencia en casa y fuera de ella, edificándonos mutuamente y estimulándonos á cumplir nuestros deberes con fervor y rectitud de intención, procurando, en ocasión oportuna, derramar también esta buena semilla en el corazón del prójimo extraviado, pintándole con vivos colores la vanidad y mentira del mundo (2), los bienes que atesora la virtud y la suavidad y delicia de los caminos de Dios (3). Veis aquí los deberes que tenemos respecto al uso de la lengua como cristianos.

Como religiosos. Pero sube de punto el deber de refrenar la lengua cuando se trata de personas consagradas á Dios y obligadas á aspirar á la perfección. Y á la verdad: muchas veces habréis oído decir que la lengua es el espejo del corazón, y así es, pues, como dice Jesucristo por San Mateo, *de la abundancia del corazón habla la boca* (4). De manera que, por el lenguaje—comúnmente hablando,—traslucimos la bondad ó malicia del corazón humano. «Habla—»dijo Sócrates á un joven que tenía gran fama de sabio,—»habla para que te conozca». A serias reflexiones convida, hermanas mías, este hecho. Tengo para mí que la religiosa debe aparecer á los ojos del mundo como un arcano, como un misterio, como un sér bajado del cielo sin padre, ni madre, ni genealogía, según leemos en la divina Escritura del Sumo Sacerdote Melquisedech (5); sólo así será amada, respetada

(1) Matth., XII, 36.

(2) Psalm. XXXVIII, 6; Ecclesiast., I, 2; Psalm. IV, 3.

(3) Psal. CVIII, 32; Psal. XXXIII, 9; Sapient., XII, 1; I. Joann., V, 3.

(4) Matth., XII, 34; Luc., VI, 45;

(5) Hebræ., VII, 3.

y aun venerada y puesta por modelo y ejemplar á las gentes del siglo. Y como la lengua es el medio por donde se desagua, digámoslo así, el corazón, por donde manifiesta éste sus sentimientos, sus deseos y aun sus vicios y virtudes, resulta que si la lengua no se refrena, si no se meditan antes maduramente las palabras, es sumamente fácil que se deslicen algunas que nos delaten, que nos acusen, que revelen algunos de nuestros defectos y miserias, y entonces los que nos aman, los que nos reverencian, los que se encomiendan á nuestras oraciones porque nos creen perfectos y santos, insensiblemente se apartarán de nosotros negándonos su confianza, su amistad, su amor y veneración, porque, como sabéis muy bien, las palabras mueven, pero los ejemplos arrastran (1).

Por misericordia de Dios, todavía influye poderosamente en el ánimo de los mundanos de buen sentido el proceder de la religiosa, y no pueden menos de encomiar su abnegación y sus virtudes. Sin duda habréis observado lo que acontece á estos sujetos cuando por vez primera visitan alguna de vuestras casas. Lo que más les encanta al poner los pies en una de estas moradas, es la paz y el silencio que en ella reinan y un cierto aroma de suavidad y pureza que se respira, como si Dios estuviese allí más íntima y familiarmente presente; aquella soledad y silencio levanta el espíritu y mueve á devoción á los que entran; todo en aquella casa les causa una impresión indefinible, que bien puede llamarse la huella de Dios en el corazón; todo allí les edifica y encanta, é indúceles á exclamar con el patriarca Jacob: *Verdaderamente el Señor mora aquí: esta es Casa de Dios y puerta del cielo* (2), y salen de estas casas edificados y devotos, como si salieran de un templo. Pues bien: ¿sabéis á qué debe atribuir-

(1) Eccli., IV, 29.

(2) Génes., XXVIII, 17.

se en gran parte la grata impresión que suelen causar estas visitas?... Ya lo he dicho: al silencio que reina en estas moradas de Jesús y á la encantadora modestia de sus esposas, ya que estas virtudes sólo hallan albergue en las casas religiosas.

Por el contrario, si en estos recintos sagrados no se cuida de poner freno á la lengua, á lo menos en las horas prescritas en las Reglas; si no reina en ellos el silencio—que es como el aroma de la virtud—no parecen casas de Religión, sino de seglares, dice el P. Rodríguez (1); entonces son las quejas, los corrillos, las murmuraciones, las amistades particulares que se fomentan con esas conversaciones; entonces es el perder tiempo y hacerlo perder á las demás, y otros muchos inconvenientes que de ello se siguen. Y luego á la hora del examen acuden en tropel todas estas faltas, ocasionadas por las demasías de la lengua, para acusarnos de inobservantes é inmortificados, y plegue á Dios que no sirvan para ir ensanchando poco á poco los severos límites de la conciencia, y enflaqueciendo las fuerzas del espíritu; y fomentando en el corazón el cansancio y la tibieza, si no se procura atajar pronto esta mala costumbre con el arrepentimiento y la enmienda. Y esta es otra razón que debe movernos á practicar con esmero esta virtud del silencio.

Sí, hermanas mías; aunque sólo fuera por los daños que ocasiona al espíritu la locuacidad, deberíamos empeñarnos en mortificar la lengua, porque es imposible—entendámoslo bien—es imposible que dé un paso en el camino de la perfección quien no trata seriamente de mortificarse en este punto. No lo digo yo; yo no hago más que repetir las terminantes palabras del apóstol Santiago, que nunca debemos olvidar. Escuchadlas: *Si alguno piensa que es religioso y no refrena su lengua, engañase, porque es vana su religión* (2). No

(1) Part. 2, trat. 2, cap. 6.

(2) Jacob., I, 26.

lo extrañéis, pues no hay cosa que más enfríe y disipe el corazón que la libertad y el desconcierto en el hablar. *El hablador*, dice el Profeta, *no será enderezado en la tierra* (1); esto es, no medrará, no crecerá en la virtud; se ha derramado como agua, ha derramado y vaciado su corazón por las puertas de la boca y de los sentidos, y no crecerá, no esperéis de él grandes progresos en la virtud (2), porque es moralmente imposible que el que anda mendigando consuelo de las criaturas—y esto busca quien mucho habla—pueda hallarse apercebido para tratar con Dios de lo que atañe al bien de su alma. En efecto: Dios ha prometido hablar al alma para enseñarla las escondidas sendas de la perfección, pero ha puesto por condición el retiro y el silencio: *La llevaré á la soledad, y allí la hablaré al corazón* (3). Allí, en el retiro, en la soledad, en el silencio la consuela, y la regala, y la instruye y la perfecciona. Y esta soledad, dice San Bernardo, no es corporal, sino espiritual; es la soledad y recogimiento del corazón; allí es donde Dios nos habla, y este trato y comunicación divina insensiblemente nos va despegando y desasiendo de las vanidades del mundo y aficionándonos más á Dios y á las cosas de su servicio. Y esto lo muestra la experiencia, porque cuando salimos de la oración devotos y recogidos, porque el Señor nos ha hecho en ella alguna merced, ¿no es verdad que sentimos repugnancia de hablar con los demás y que apenas osamos alzar los ojos á una parte ni á otra, sino que parece que nos han echado un candado á la boca y á todos nuestros sentidos? (4). Entonces no buscamos consuelos exteriores, porque los tenemos en nuestro interior; entonces, dulcemente heridos en el corazón (5), pasaríamos horas enteras recogidos con nuestro Dios, porque el amor

(1) Psal. CXXXIX, 12.

(2) Génes., XLIX, 4.

(3) Osee, II, 14.

(4) Rodríguez, part. 2, trat. 2, cap. 5.

(5) Cant., IV, 9.

busca soledades para gozar sin testigos de las inefables caricias del Amado, y escuchar su voz (1), dulce como de Esposo (2), y contemplar extasiado la hermosura incomparable de su rostro (3) *que no se sacian de mirar los ángeles* (4), y constituye el encanto y la felicidad de los bienaventurados (5). Si buscamos, pues, á Dios, sabemos dónde hemos de hallarle indefectiblemente, teniendo limpia conciencia (6), porque es muy amigo de la soledad y del silencio, y muy enemigo de la locuacidad y del tumulto (7). Tan cierto es esto, que aun para hacer oración decía Jesucristo á sus Apóstoles que no empleasen muchas palabras: *Cuando orareis, les decía, no habléis mucho, como hacen los gentiles, pues piensan que por mucho hablar serán oídos* (8).

¿Decís que la perfección de la religiosa no estriba en esas prácticas exteriores de andar recogidas y modestas, de no hablar demasiado, etc., sino que consiste en la práctica de las verdaderas y sólidas virtudes? Confieso, hermanas mías, que la perfección esencial consiste en la limpieza del corazón y en la caridad y amor de Dios (9), y no en estas cosas exteriores; pero tened entendido que no alcanzaremos esa perfección si no procuramos mortificar nuestros sentidos, especialmente la lengua. Cierto que no está la perfección en la guarda de la lengua y de los sentidos; pero no lo es menos que alma aficionada á ver, oír y hablar no logrará jamás la perfección ni la pureza de corazón; lo dice el Espíritu Santo (10). Si no, decidme si conocéis alguna persona habladora que sea muy contemplativa y espiritual; ni aun aprovechada la veréis. *¿Por ventura el hablador será rustificado?*, dice el Santo Job (11).

(1) Psal. XLIV, 11.
 (2) Cant., II, 14.
 (3) Psal. XLIV, 3-5.
 (4) I. Petr., I, 12.
 (5) Psal. XVI, 15.
 (6) Matth., V, 8.

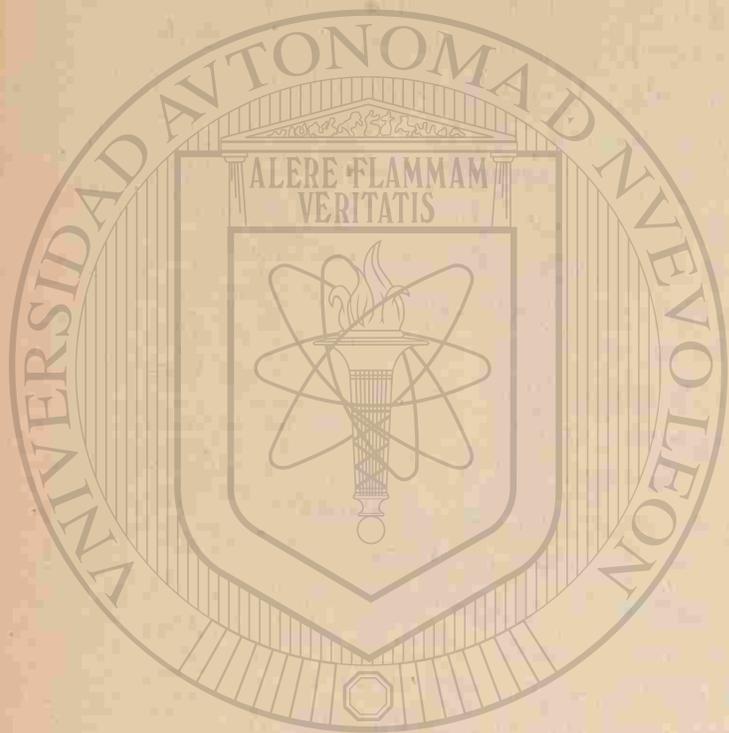
(7) III. Reg., XIX, 11; Isai., LXV, 19; Matth., XII, 19.
 (8) Matth., VI, 7.
 (9) Eccli., I, 20; Rom., XIII, 10.
 (10) Prov., XXI, 23.
 (11) Job, XI, 2.

Aprendamos de Jesucristo, que es el modelo que nos ha dado el Padre celestial (1). Desde los doce años hasta los treinta no tenemos en el Evangelio cosa escrita de su vida santísima, porque quiso dedicar todo este tiempo á darnos una lección muy principal que nos convenía aprender, que es el silencio, y éste nos enseñó callando treinta años—á pesar de ser la Sabiduría increada (2)—y escogiendo sólo tres para enseñar á los hombres el camino del cielo. En cambio nosotros, dice San Bernardo (3), creyendo saber mucho, no podemos callar; ni nos tenemos por sabios, si los otros ignoran lo que sabemos. De suerte que todas nuestras habilidades, por pequeñas que sean, querríamos que fuesen publicadas en las plazas. No ha de ser éste nuestro proceder en adelante, con ayuda de la gracia. Como cristianos y como religiosos estamos obligados á enfrenar nuestra lengua, la cual, en sentir del apóstol Santiago, *está llena de mortal veneno* (4). Por tanto, procuremos no hablar sino en alabanza de Dios, en utilidad propia ó en provecho y edificación del prójimo. Para ello pidamos á Dios con el Profeta *una puerta de circunstancias*, á fin de que se abran y cierren nuestros labios sin menoscabo de la Ley santa. Haciéndolo así, *tendremos bien guardada nuestra alma*, dice el Espíritu Santo (5); evitaremos muchas faltas de caridad, nos dispondremos mejor para hablar con Dios en la oración, haremos grandes progresos en el camino de la virtud y mereceremos que Dios recompense nuestros sacrificios con una corona de gloria en la patria de los santos.

(1) Exod., XXV, 40; Act., VII, 44; Hebræ., VIII, 5.
 (2) Coloss., II, 3.

(3) Sermo I, de Epiphan.
 (4) Jacob., III, 8.
 (5) Prov., XIII, 3.





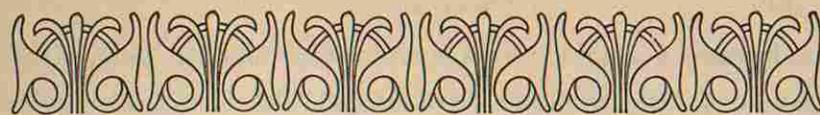
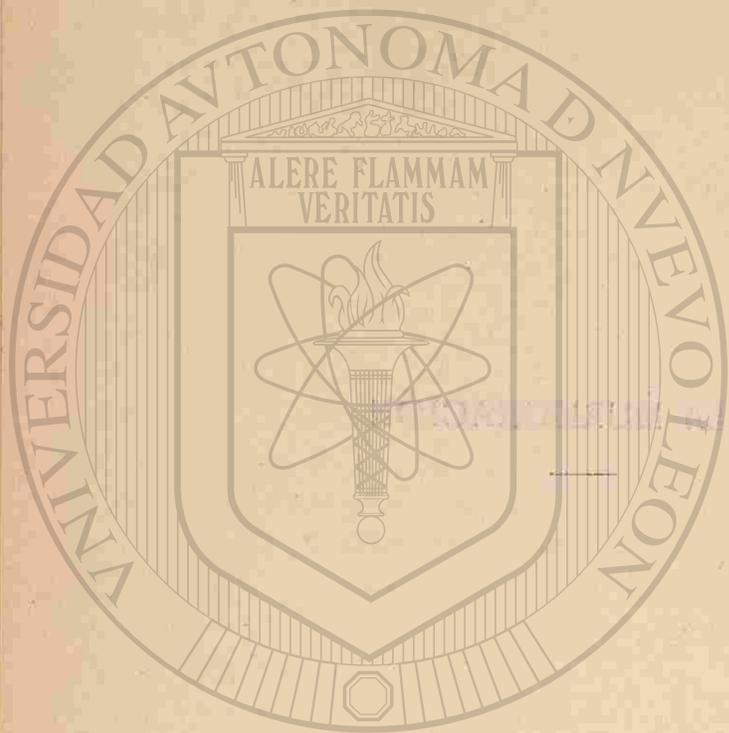
DE LA MURMURACIÓN

UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DE LA MURMURACIÓN



CONVENCIDO el apóstol Santiago de la gravedad que entraña el vicio de la murmuración y de las funestas consecuencias que acarrea á la familia y á la sociedad, y sabiendo que muchos cristianos de su tiempo no hacían de la lengua el uso conveniente, abrasado en celo por la salvación eterna de sus almas, resuelve escribirles, y lo hace de una manera tan enérgica y terminante, que expresa bien la importancia y gravedad del precepto. *Hermanos*—les dice,— *evitad la detracción á toda costa: no murmuréis unos de otros* (1). ¿No es verdad, hermanas mías, que estas palabras del apóstol parecen escritas para nuestros tiempos precisamente? ¿No es cierto que vienen como de molde á la sociedad de nuestros días, y que debían esculpirse en las moradas de todos los cristianos, porque el vicio de la murmuración constituye la gangrena de todos los pueblos y de todas las familias?... Y, ¡quién lo creyera!, doloroso es decirlo, pero más doloroso es que sea cierto; tan universal es el dominio que

(1) Jacob., IV, 11; Sapient., I, 11; I. Corinth., X, 10; Philipp., II, 14; I. Petr., IV, 9.

ha llegado á establecer en la tierra este maldito vicio, y tan grande y tan poderosa la influencia que ejerce en la vida humana, que ha logrado invadir también el santuario, esto es, la tierra virgen de algunas almas, de gran número de almas que, llamándose devotas, tienen que luchar con él á toda hora porque constituye su pasión dominante, y por tanto, el mayor obstáculo para adelantar en el camino de la perfección á que aspiran. Parece increíble, repito, pero ello es muy cierto; apenas hallamos personas, dice San Lorenzo Justiniano—aun de las llamadas espirituales,—que hayan logrado tener á raya su lengua (1); en cambio, son innumerables las que de ella abusan inconsideradamente, en descrédito de la verdadera devoción, á la cual sólo conocen por el nombre.

No puedo allanarme á creer que acontezca lo mismo entre vosotras; no, no quiero hacer os tal injuria. En todo caso, no estará fuera de lugar que os dé á conocer los principales motivos que tenemos para aborrecer este vicio y evitarlo á toda costa, pues á ello nos obligan «la fe», la «justicia» y la «caridad».

Definición. Para proceder con orden, empecemos definiendo la murmuración. Consiste ésta, según Santo Tomás, «en manifestar en ausencia del prójimo sus faltas verdaderas, »pero ocultas, sin motivo que lo justifique» (2). No obstante, á fin de evitar equivocaciones y escrúpulos, debo advertiros que para incurrir en este pecado de murmuración, es necesario: 1.º, que la falta que se revela sea oculta, porque si fuese ya conocida, podría entonces faltarse más ó menos á

(1) Devita solitaria, cap. 4; Jacob., III, 8; Eccli., XIX, 17.

(2) 2. 2, q. 73, art. 1.

la caridad—como veremos luego,—mas no habría pecado de murmuración; 2.º, además, el descubrir la falta del prójimo será murmuración cuando no haya causa que justifique dicha revelación, porque si hay motivo razonable para descubrirla, entonces no será pecado. De manera, que cuando es necesario descubrir la falta del prójimo, ora para pedir consejo, ora para evitar á otro algún daño grave, ó bien cuando así lo exija el bien público, en estos y otros casos semejantes no sólo no es pecado revelar las faltas ocultas, sino que es lícito y aun obligatorio muchas veces el hacerlo, como enseñan San Agustín y Santo Tomás (1).

Enumerar las trazas y medios que suelen emplearse en la comisión de este execrable pecado, es punto menos que imposible; por tanto, me ceñiré á indicar los más usuales y conocidos. En primer lugar, se murmura revelando sin necesidad las faltas secretas del prójimo; interpretando siniestramente sus buenas acciones; procurando rebajar el mérito de sus cualidades ó buenas obras; afirmando que es indigno de las alabanzas que se le tributan; mostrando inquietud ó impaciencia cuando se le elogia; sonriéndose con sorna, meneando la cabeza ó mostrando con otro signo cualquiera desaprobación lo que se dice. Son también reos de murmuración los que guardan ciertos silencios y reticencias, ó se abstienen de aplaudir los actos buenos del prójimo cuando convendría hacerlo, ó los alaban y aplauden con tal tibieza, que se les puede suponer poco dignos de este aplauso (2). También se vulnera la buena fama del prójimo cuando se dicen—tratándose de sus vicios ó defectos—estas ó parecidas palabras: «En fin, no quiero ser más explícito; si todo pudiera »decirse, ¡qué cosas se oirían!...» Pues obran muy mal los que así proceden, porque esta reserva daña á veces más que la

(1) In Regula; 2. 2, q. 73, art. 2.

(2) 2. 2, q. 73, art. 1, ad 3.

manifestación franca del suceso, pues induce á sospechar que se ocultan cosas muy graves, cuando no hay valor para decir las. Pero basta, hermanas mías, porque son casi innumerables, como he dicho, los modos y trazas que sugieren las pasiones para enlazarnos en este vicio, contra el cual ha hablado Dios en términos tan enérgicos y tan horripilantes, que bien merecen toda nuestra atención y que no se borren nunca de nuestra memoria.

La fe. Escuchad lo que nos dice la fe que profesamos y con la cual debemos conformar toda nuestra vida (1). Escuchemos con temor y temblor la sentencia que fulmina Dios contra los murmuradores por boca del Apóstol: *Los que murmuran son dignos de muerte eterna, y no sólo ellos, sino también los que aprueban la murmuración* (2); y añade: *Los murmuradores, lo mismo que los avaros, deshonestos y homicidas, no entrarán en el reino de los cielos* (3). Ahora bien: siendo cierto, como lo es, que Dios Nuestro Señor no castiga los pecados veniales con penas eternas, de aquí se infiere que la murmuración, en su género, es pecado mortal; es decir, que si la falta oculta que se manifiesta sin motivo racional es grave, grave es también el pecado que se comete, dice Santo Tomás (4). ¿Lo habéis oído, hermanas mías? *Los murmuradores, lo mismo que los avaros, deshonestos y homicidas, no entrarán en el reino de los cielos.* No lo olvidemos.

Mas quiero desentrañar toda la ponzoña que oculta este vicio infame, para que, horrorizados al contemplar su fealdad y malicia, procuremos evitarlo en lo sucesivo. Comenzad reparando que San Pablo pone á los murmuradores en el número de los avaros, deshonestos y homicidas. Decidme: ¿quién de vosotras—me habéis de permitir este procedi-

(1) Habac., II, 4; Rom., I, 17; Galat., III, 11; Hebræ., X, 38.

(2) Rom., I, 32; Rom., II, 1-3.

(3) I. Corinth., VI, 10.

(4) 2. 2, q. 73, art. 1.

miento; lo hago para que resalte más la gravedad del asunto, —¿quién de vosotras no se estremecería de horror si alguien la juzgase capaz de cometer un robo ó de hundir un puñal á sangre fría en el corazón de alguna de vuestras hermanas? «¡Cómo!—diríais justamente indignadas,—y un crimen tan horrendo, ¿puede ni siquiera suponerse tratándose de religiosas?...» Pues bien, hermanas mías: ladrones y asesinos son, con circunstancias agravantes, todos los que murmuran en materia grave, ¿qué digo?, peores sin comparación y mucho más criminales que aquéllos son los que despedazan con sus dientes de víbora la fama y la buena reputación del prójimo; vicio tanto más grave que el robo y el homicidio, cuanto es más apreciable la fama y el buen nombre que todos los bienes del mundo, dice el Espíritu Santo (1). Ciertamente, á los ojos de los hombres no aparecerán criminales, porque *los hombres no ven más que lo exterior* (2), pero delante de Dios son verdaderos sepulcros llenos de la podredumbre de las pasiones más abyectas, en frase del Profeta (3); por ello *son abominables á los divinos ojos* (4). No serán ladrones ni asesinos ante la sociedad, que aborrece y arroja de su seno á tales monstruos; pero si meditan sosegadamente su conducta, no podrán menos de ver en ello un verdadero crimen, porque el murmurador viola con su depravado proceder uno de los derechos más sagrados y legítimos del hombre, más estimable para muchos que la misma vida; y por esta razón, esto es, como injusto agresor contra la fama y el buen nombre del prójimo, el que murmura es también *aborrecido de los hombres* (5). Esto nos dice la fe. Veamos qué exige

La justicia. Dios es autor del hombre (6), y por tanto,

(1) Prov. XV, 30; Prov., XXII, 1; Ecclesiast., VII, 2.

(2) I. Reg., XVI, 7; Psal. VII, 10; Jerem., XVII, 10; Apocal., II, 23.

(3) Psal. V, 11; Rom., III, 13.

(4) Rom., I, 30; Prov., XVII, 15; Prov., XXIV, 9.

(5) Job., XXXI, 15; Psal. XCIX, 3; Psal. CXVIII, 73.

autor de todos los derechos que ha tenido á bien concederle para que pueda vivir en sociedad y alcanzar su último fin, usando de ellos según las prescripciones de la razón y de la fe. Uno de estos derechos, quizá el más sagrado, es, como queda dicho, el relativo á la conservación del buen nombre, de la buena reputación entre sus semejantes, confirmado y defendido por el mismo Espíritu Santo que dice á todos y á cada uno de nosotros: *Cuida de tu reputación y buen nombre* (1). Ahora bien: las palabras «derecho» y «deber» son correlativas, esto es, que todo derecho reclama y supone un deber de parte de aquellos sobre quien se ejerce. Yo tengo derecho, por ejemplo, á que se respeten mi vida y mis intereses; pues este derecho que yo poseo y que nadie me puede disputar supone en todos los que me rodean y con quienes vivo el deber de respetar mis intereses y mi vida; y el que osare impedirme el recto ejercicio de estos derechos atentando contra alguno de ellos, cometería un crimen, sería verdadero ladrón ú homicida, según el derecho que violare. Pues bien: siendo el derecho á la conservación del buen nombre de la misma naturaleza que los anteriores, y aun mucho más apreciable en ciertos casos que la hacienda y la vida, el que osare emplear su lengua en denigrar la fama ajena, en manchar la buena reputación del prójimo, cometería una injusticia, un verdadero robo; crimen tanto más enorme cuanto más alta y sagrada fuere la dignidad de la persona objeto de la murmuración. Y si, como dije, en la sociedad queda sin castigo el murmurador, pero á los ojos de Dios asume una responsabilidad inmensa que incluye el deber de confesar el pecado, y lo que es más, de restituir la fama y reparar los daños ocasionados á la persona víctima de la murmuración.

Sí, hermanas mías; la responsabilidad del que murmura

(1) Eccli., XLI, 15.

en materia grave es inmensa, y esta sola consideración debería bastar para hacernos aborrecer este vicio. Trátase de un robo, y por tanto, de la obligación de restituir; obligación de estricta justicia, de la cual ni el mismo Dios puede dispensar, porque es justo por esencia (1), y dejaría de ser Dios si pudiera dejar de ser justo por un solo instante. Repito que esta sola consideración debería horrorizarnos si vivimos empeñados en salvar nuestra alma. Escuchad. Es cierto que Dios perdona los pecados que se cometen contra su divina Majestad, mediante la confesión humilde y dolorosa de los mismos (2); pero cuando se trata de pecados ó de injurias graves inferidas al prójimo, además de la contrición y penitencia, común á todos los pecados, exige la reparación de los daños y perjuicios ocasionados al mismo. Pongamos un ejemplo. Al que hurta materia grave, si no restituye, pudiendo, nada absolutamente le aprovecha el dolor, ni el arrepentimiento, ni las lágrimas, ni las penitencias, por extraordinarias que se las suponga: todo será inútil; es necesaria la restitución, y mientras tanto, no puede recibir la absolución del sacerdote. Y cuenta que esta doctrina no es opinable entre los autores, sino un principio inconcuso de estricta justicia (3). Pues bien: en este caso se hallan los que han murmurado gravemente del prójimo, los que se han complacido escuchando ó aprobando la murmuración y los que la divulgaron sin utilidad alguna, con el necio afán de desahogar su pecho y con una responsabilidad desesperante para todo aquel que conserve en su corazón algún rastro de fe.

Sí, desesperante es en sumo grado, porque puesto caso que el murmurador se resuelva á restituir la fama á quien

(1) Deut., XXXII, 4; Tobíæ, III, 2; Psal. CXVIII, 137; Baruch., II, 9; I. Joann., I, 9; Apocal., XVI, 5.
(2) Isai., XLIII, 25; Ezech., XVIII, 21-22; Hebræ., X, 17.

(3) S. August., Epist. 54, ad Macedon.

se la haya quitado, es moralmente imposible que pueda hacerlo como conviene para que la restitución produzca el resultado apetecido. En efecto; el murmurador se separó de las personas con quien había murmurado; éstas á su vez repitieron lo mismo á otras, como suele acontecer; éstas á otras y otras en número incalculable, las cuales han ido dispersándose y propagando la ponzoña, de suerte que no puede apreciarse ni remotamente hasta qué punto ha perdido su buen nombre el prójimo por nuestra culpa, y por tanto, hasta dónde deben alcanzar las diligencias que reclama el deber sagrado de restituir la fama. A ver quién resuelve este problema. Comparezcan ahora los murmuradores ante el tribunal de la razón, y digan si hay medio humano para resarcir enteramente los daños causados por la maldiciencia y para devolver la autoridad y la fama, la dignidad y el buen nombre á quien injustamente fué víctima de tan vergonzoso despojo...

La caridad. ¿Decís que son públicos los defectos que criticáis, y por tanto que el prójimo que los ha cometido ya no tiene derecho á la buena fama, á la cual ha renunciado implícitamente?... Ingeniosa es la observación y concluyente en la apariencia, pero no puedo menos de añadir que es opuesta abiertamente al espíritu cristiano y á la doctrina del Evangelio. Cierto que cuando es público un delito, quien lo cometió ha renunciado implícitamente su derecho á la buena fama; pero no lo es menos que, aun en ese caso, el que se ceba refiriendo y comentando la desgracia del prójimo, manifiesta claramente que abriga en su pecho un corazón, si no enteramente corrompido, por lo menos enteramente vacío de caridad, y quien no tiene en sus entrañas esta virtud, ni siquiera puede llamarse cristiano, porque carece de la señal que distingue á los discípulos de Jesucristo de los que no lo son, como Él mismo dijo á sus Apóstoles. Escuchad sus pa-

labras: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si tuviereis caridad entre vosotros* (1). ¡Conque son públicos los defectos de que habláis! Buena razón es ésta; buena razón es que son públicos los defectos. Y porque sean públicos y conocidos, ¿nos creemos con derecho para amontonar sobre la infortunada víctima el cieno de nuestras sátiras ó aceradas invectivas?... Y ¿no tenemos una palabra compasiva para nuestro prójimo, mucho menos culpable quizá de lo que se dice, y al fin criatura frágil y miserable como nosotros?... Lo dicho: los que así obran ni siquiera merecen el nombre de cristianos: les falta el distintivo de los discípulos de Cristo. No, los que así proceden no tienen ni conocen su Espíritu; están muy lejos de conocerle. ¿Lo dudáis? Pues comparemos la conducta de Cristo con la de estos desventurados.

Ejemplos. 1.º Refiérenos San Juan en el capítulo octavo de su Evangelio, que los escribas y fariseos—gente hipócrita y maliciosa—sorprendieron en el pecado á una mujer, y presentándola á Jesucristo, dijéronle: *Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio; según la ley, debe morir apedreada por todo el pueblo; y tú, ¿qué dices?* No ignoráis la maravillosa respuesta del Salvador: *El que entre vosotros esté sin pecado—les dijo—arroje contra ella la piedra el primero.* Al oír esto, salieron los unos en pos de los otros, y quedó Jesús solo con la mujer acusada. Entonces la preguntó: *Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?*—*Ninguno, Señor,* respondió ella.—Y dijo Jesús: *Ni yo tampoco te condeno: vete, y no peques más en adelante* (2). ¡Ni yo tampoco te condeno! Este es el Espíritu de Jesucristo.

2.º Otro ejemplo maravilloso leemos en el capítulo décimoctavo. Interrogado el divino Maestro por el Sumo Sacer-

(1) Joann., XIII, 35; Rom., XII, 10; I. Joann., III, 16; I. Joann., IV, 7.

(2) Joann., VIII, 11; Joann., V, 14.

dote Caifás acerca de sus discípulos y de la doctrina que predicaba, á esta última pregunta respondió larga y muy cumplidamente diciendo: *Yo he predicado en público delante de todo el mundo; siempre he enseñado en la sinagoga y en el templo, adonde concurren todos los judíos, y nada he hablado en secreto. ¿Qué me preguntas á mí? Pregunta á los que han oído lo que yo les he enseñado, que ellos saben las cosas que yo he dicho* (1). Mas acerca de la persona y proceder de sus discípulos, nada quiso decir. ¿Sabéis por qué? Porque desgraciadamente en aquella sazón poco bueno podía decir de ellos. Judas acababa de entregarlo á sus enemigos (2). Pedro, acosado por el miedo, esforzábese en persuadir á los judíos que no conocía á tal hombre (3). Los demás lo habían abandonado en Gethsemaní (4). ¿Qué podía decir que redundase en honra y alabanza de los mismos?... Por eso enmudeció, dice el Doctor Angélico, por no difamarlos, descubriendo su pusilanimidad y cobardía (5). ¡Ejemplo elocuentísimo y muy digno de imitación!

3.º Pero donde vemos palpitar las entrañas amorosísimas de la caridad de Cristo Nuestro Redentor en favor aun de los pecadores más endurecidos, es en el siguiente hecho, admirablemente comentado por el erudito expositor Cornelio á Lápide. Cuando el divino Salvador quiere referir á sus discípulos los misterios inefables de su Pasión y muerte, lo hace hablando en impersonal. *El Hijo del hombre, dice, será entregado á muerte de cruz* (6). Y ¿por quién será entregado?, ¿quién será el traidor? No lo dice. Mas llega el momento en que juzga necesario delatar al sacrilego. ¿Creéis que se decidirá á publicar su nombre? ¡Oh!, de ninguna manera. Re-

(1) Joann., XVIII, 20-21.
 (2) Matth., XXVI, 49; Marc., XIV, 45; Luc., XXII, 48.
 (3) Matth., XXVI, 72.

(4) Matth., XXVI, 56.
 (5) Apud Sylveir., tom. V, lec. 8, cap. 4.
 (6) Matth., XVII, 21; Marc., IX, 30.

parad bien la delicadeza del procedimiento; lo hace indirectamente. *Uno, dice, de los que meten la mano conmigo en el plato, ese me ha de entregar* (1); y todos se creyeron aludidos, pues todos preguntaron: *Señor, ¿soy yo?* Hay más: Juan, el discípulo amado de Cristo, atrevióse á preguntarle: *Señor, ¿quién es?* Entonces, accediendo á su ruego, díjole en secreto, pero sin nombrar á nadie: *Aquél á quien yo ahora daré pan mojado* (2). Hízolo tan disimuladamente, que—como nota el sagrado texto—ninguno de los que estaban á la mesa entendió á qué fin se lo dijo.

Así habló el Señor de su mayor enemigo, del traidor y sacrilego Judas; y si bien declaró á su amado Juan quién había de entregarlo, fué porque Juan amaba entrañablemente á Jesucristo, y quien ama á Jesucristo tiene caridad con sus hermanos y sabe callar y encubrir sus faltas. Este, repito, es el Espíritu de Cristo, y Jesucristo debe serlo todo para el cristiano, porque es el modelo que debe imitar (3), el Maestro de quien ha de aprender (4) y, sobre todo, el Juez incorruptible que le ha de juzgar (5). Por tanto, quien no procure imitar sus ejemplos y practicar su doctrina, no tiene su Espíritu, y *quien no tiene el Espíritu de Cristo, dice San Pablo, no pertenece á Cristo* (6).

Cerrada queda la puerta á todos los pretextos y á todas las excusas, y probada la verdad de mi asunto, esto es, que la fe, la justicia y la caridad de consuno obligan al cristiano á abstenerse de la murmuración, si no mira con indiferencia su salvación eterna. Destiérese, pues, para siempre de nuestros labios la maledicencia, aborrecida de Dios y de los hombres. Destiérese sobre todo de las personas llamadas espi-

(1) Matth., XXVI, 23.
 (2) Joann., XIII, 25-26.
 (3) Exod., XXV, 40; Act., VII, 44; Hebræ., VIII, 5.

(4) Matth., XI, 29; Matth., XXIII, 8.
 (5) Jerem., XXIX, 23; Act., X, 42.
 (6) Rom., VIII, 9.

rituales, de las que practican la devoción y la piedad, porque en balde trabajan y se fatigan si no se fatigan y trabajan en tener á raya la lengua, escribe el apóstol Santiago: *Si alguno cree que practica la piedad, dice el santo, y no pone freno á su lengua, vive muy engañado y no tiene sombra de religión ni de piedad* (1). Destiérrese, en fin, ese deseo insaciable de saber y publicar novedades, porque es un manantial de disgustos y sinsabores y puede redundar en descrédito de personas respetabilísimas constituidas en dignidad, que siempre deben inspirar confianza, amor y veneración á sus subordinados, porque están en lugar de Dios (2), el cual ha prometido vengar con todo el poder de su brazo las injurias hechas á los representantes de su autoridad en la tierra, como dice el profeta Zacarías (3).

Tengamos caridad, hermanas mías, porque es el *vínculo de la perfección*, dice el Apóstol (4); ella es el lazo que nos une unos con otros, y á todos con Dios. Disimulémonos mutuamente nuestros defectos, que todos somos pecadores; amémonos entrañablemente como miembros de una familia cuya cabeza es Cristo Señor nuestro (5), á quien debemos seguir é imitar, porque es nuestro camino y nuestra salvación (6). Para lograrlo, *poned, Señor, en nuestros labios una puerta de circunstancias*, á fin de que sólo se abran para edificar á nuestros prójimos (7) y para alabaros y bendeciros á Vos en esta vida hasta la muerte, y en la otra por toda la eternidad.

(1) Jacob., I, 26.

(2) Luc., X, 16; I. Joann., IV, 6.

(3) Zach., II, 8.

(4) Coloss., III, 14.

(5) I. Corinth., XI, 3; Ephes., IV, 5.

(6) Act., IV, 12.

(7) Psal. CXL, 3; Eccli., XXII, 33; Eccli., XXVIII, 28.



CARIDAD CON EL PRÓJIMO

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



rituales, de las que practican la devoción y la piedad, porque en balde trabajan y se fatigan si no se fatigan y trabajan en tener á raya la lengua, escribe el apóstol Santiago: *Si alguno cree que practica la piedad, dice el santo, y no pone freno á su lengua, vive muy engañado y no tiene sombra de religión ni de piedad* (1). Destiérrese, en fin, ese deseo insaciable de saber y publicar novedades, porque es un manantial de disgustos y sinsabores y puede redundar en descrédito de personas respetabilísimas constituídas en dignidad, que siempre deben inspirar confianza, amor y veneración á sus subordinados, porque están en lugar de Dios (2), el cual ha prometido vengar con todo el poder de su brazo las injurias hechas á los representantes de su autoridad en la tierra, como dice el profeta Zacarías (3).

Tengamos caridad, hermanas mías, porque es el *vínculo de la perfección*, dice el Apóstol (4); ella es el lazo que nos une unos con otros, y á todos con Dios. Disimulémonos mutuamente nuestros defectos, que todos somos pecadores; amémonos entrañablemente como miembros de una familia cuya cabeza es Cristo Señor nuestro (5), á quien debemos seguir é imitar, porque es nuestro camino y nuestra salvación (6). Para lograrlo, *poned, Señor, en nuestros labios una puerta de circunstancias*, á fin de que sólo se abran para edificar á nuestros prójimos (7) y para alabaros y bendeciros á Vos en esta vida hasta la muerte, y en la otra por toda la eternidad.

(1) Jacob., I, 26.

(2) Luc., X, 16; I. Joann., IV, 6.

(3) Zach., II, 8.

(4) Coloss., III, 14.

(5) I. Corinth., XI, 3; Ephes., IV, 5.

(6) Act., IV, 12.

(7) Psal. CXL, 3; Eccli., XXII, 33; Eccli., XXVIII, 28.

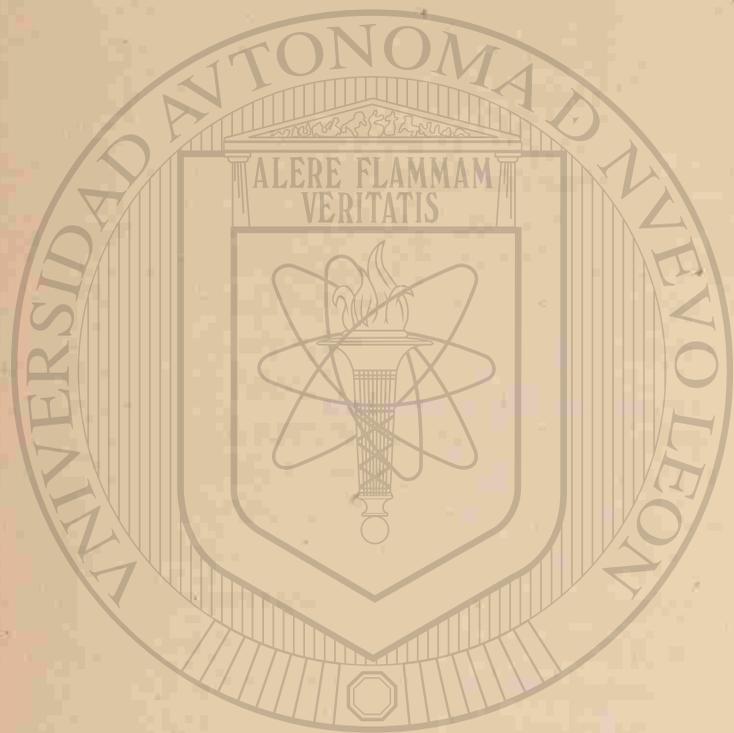


CARIDAD CON EL PRÓJIMO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CARIDAD CON EL PRÓJIMO



¡*Cuán buena y cuán dulce cosa es, dice el Profeta, el morar los hermanos en íntima unión!* (1), y dice bien, porque no hay cosa más agradable y dichosa y bienaventurada que el ver á religiosas de tan diversas inclinaciones y temperamentos, tan desemejantes é incompatibles según la naturaleza, vivir en comunidad tan conformes y semejantes en las costumbres y modo de proceder, que no parece sino que tienen *un solo corazón y una misma alma* (2). ¿No es esto maravilloso y un milagro de la gracia? Sí, milagro de la gracia y dádiva del cielo es, dice San Agustín, y esta concordia y hermandad han cautivado y movido á muchas almas á dejar sus padres y haciendas para vivir en la Religión, que es *Casa de Dios y puerta del cielo* (3). Milagro es de la gracia y de la caridad, pues de ella procede el amor entrañable que mutuamente se profesan y que constituye á la vez la señal única

(1) Psal. CXXXII, 1.
(2) Act., IV, 32.

(3) Génes., XXVIII, 17; Psal. LXVII, 7.

que distingue á los hijos de la luz de los hijos de las tinieblas (1). Así lo dice Jesucristo por San Juan: *En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os tenéis amor unos á otros* (2). De manera que, aunque vistáis todas el mismo hábito; aunque mortifiquéis vuestro cuerpo con vigiliias, ayunos, cilicios y disciplinas; aunque recéis día y noche y practiquéis las más heroicas obras de piedad y religión, si no vivís unidas en caridad, si no amáis sincera y eficazmente á todas vuestras hermanas y al prójimo en general, no podrá afirmarse con seguridad que sois hijas de Dios, que poseéis en vuestros corazones al Espíritu Santo; porque en la caridad y sólo en la caridad consisten la verdadera justicia, la sólida piedad, la consumada perfección, y sólo con ella se merece y se logra la felicidad eterna. Esta caridad que á todos abraza en Cristo constituye el tesoro del cristiano, y es más excelente, en sentir de San Cipriano, que todas las obras de piedad, y aun más preciosa que el martirio (3).

De lo dicho podéis inferir la «importancia» de este mandamiento de amor y la «necesidad» de practicarlo en todos los actos y circunstancias de la vida; pues cabalmente en el estado religioso, más que en ningún otro, conviene ser de todo punto fieles á la soberana ley de recíproco amor, puesto que en ningún otro estado se trata de perfección con tanto empeño. Vamos á explicar brevemente estos dos puntos.

Definición. «Caridad es una virtud sobrenatural que nos inclina á amar á Dios por sí mismo sobre todas las cosas, »y al prójimo por Dios». Llámase esta virtud teológica, porque su objeto inmediato es Dios, en cuanto es la infinita

(1) I. Thessal., V, 5; I. Joann., III, 10.

(2) Joann., XIII, 35.
(3) De bono patientiæ.

bondad, y el ser imagen del mismo Dios constituye la razón formal de la caridad del prójimo; de suerte que una misma es la caridad con que amamos á Dios y con que amamos al prójimo, dice Santo Tomás (1). Cuatro cosas debemos amar por caridad, según el Doctor Angélico: Dios, nuestra alma, el prójimo y nuestro cuerpo (2), las cuales compendió maravillosamente San Agustín en estas palabras: «Cuatro cosas, »dice, han de amarse por caridad: una que está sobre nosotros, y es Dios; otra que somos nosotros, es decir, nuestra »alma; otra que está con nosotros, y es el prójimo, y otra »inferior á nosotros, que es el propio cuerpo» (3). Atañe hoy á nuestro propósito el tratar del amor al prójimo, y de él tenemos precepto terminante.

Debemos amar al prójimo. En efecto: refiérenos el Evangelio que un doctor de la ley preguntó á Jesucristo para tentarle: *Maestro, ¿cuál es el primer mandamiento de la ley?* Y respondióle Jesús: *Amarás á tu Señor Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas. Este es el mayor y el primer mandamiento; el segundo es semejante á éste, y es: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. En estos dos preceptos están compendiados la Ley y los Profetas* (4). Jesucristo, dice el Doctor Angélico, enlaza en este pasaje el amor del prójimo con el que debemos á Dios, porque el primero está implícitamente contenido en el segundo, como la consecuencia en su principio (5), y da la razón: El que ama á otro, natural es que ame también á los que ama su amado; y como Dios ama entrañablemente á los hombres, á los cuales ha criado para que le gocen eternamente como á su último fin, es muy lógico que el amador de Dios ame también al prójimo, tan amado de Dios (6). Corrobora esta doctrina el discípulo amado

(1) 2. 2, q. 23, art. 5, in corpore.

(2) 2. 2, q. 25, art. 12.

(3) De doct. christ., lib. 1, cap. 22.

(4) Matth., XXII, 36-40.

(5) 2. 2, q. 44, art. 2, in corpore.

(6) Lib. III, cont. gent., cap. 117, n. 2.

de Cristo, San Juan Evangelista, con estas palabras: *Si alguno dice yo amo á Dios, y aborrece á su hermano, que es imagen de Dios, es un mentiroso* (1). «Así es, añade Santo Tomás, y quien esto afirma, miente con la palabra y con la obra. Con la palabra, porque si bien dice que ama á Dios, su corazón lo contradice, pues si realmente le amase, debería conformar su voluntad con la divina; y como la voluntad de Dios es que ame al prójimo, aunque sea enemigo, y él le aborrece, luego miente al decir que ama á Dios. Miente también de hecho, porque lejos de amar al prójimo, le odia, lo cual envuelve contradicción». Ciertamente, dice San Juan, porque *si no ama al hermano á quien ve, ¿cómo podrá amar á Dios, á quien no ve?* (2). «Podemos amar las cosas que no vemos, escribe San Agustín, mas no nos es posible amar lo que no conocemos. Si, pues, no amamos al prójimo con quien tratamos y á quien cada día vemos, ¿cómo osamos decir que amamos á Dios, á quien nunca vimos?» (3). Siendo, pues, ambos preceptos inseparables, ó se cumplen los dos, ó ninguno» (4).

Gran empeño mostró el Salvador del mundo en inculcar nos este precepto, puesto que es el único en cuyo encarecimiento quiso emplear el verbo mandar, para que viéramos cuánto deseaba arraigarlo en nuestros corazones, diciéndonos: *Esto os mando: que os améis unos á otros* (5). «No extrañéis, dice San Agustín, que Jesucristo nos haya encarecido tanto el amor al prójimo, porque esta quiere que sea la señal y divisa para que el mundo nos conozca y tenga por discípulos suyos» (6). «Puede el hombre obrar maravillas, escribe San Juan Crisóstomo, y poseer todas las ciencias, y fascinar á las muchedumbres con su prodigiosa elocuencia;

(1) I. Joann., IV, 20-21.

(2) *Ibidem.*

(3) Lib. X, de Trinit., cap. 1.

(4) De Thom., *ibid.*, párr. 6.

(5) Joann., XV, 17.

(6) Lib. 83, q. IX, art. 71.

»pero si no arde en su corazón el fuego divino de la mutua caridad, que no repara en sacrificios, hasta ofrecer el de su propia vida por sus hermanos (1), no será contado en el número de los justos, por carecer de la señal que los distingue de los pecadores» (2). Escuchad lo que escribe Santo Tomás del discípulo amado de Cristo. Dice el Doctor Angélico: «Refiérese en la vida del Evangelista San Juan, que en su ancianidad, cuando ya no podía otra cosa, decía en sus exhortaciones sólo estas palabras: *Hijos míos, amaos unos á otros*; y que cansados los fieles de oírle repetir siempre eso mismo, preguntáronle un día por qué repetía siempre la misma cosa, y contestó: *Porque es el precepto del Señor, y si él solo se cumple, basta*» (3). Claro está que cuando San Juan dijo que el amarnos unos á otros bastaba para salvarnos, habló de la caridad sobrenatural y divina, que nunca puede existir sin que la acompañen la fe y las demás virtudes, porque ella es la reina de todas (4). En el mismo sentido dijo también San Pablo: *Toda la Ley se encierra en este precepto: Amarás á tu prójimo como á ti mismo* (5), y el que cumple la Ley, se salva.

Luego este amor mutuo es para todos los cristianos una obligación absoluta, una deuda sagrada. *La caridad de Dios, dice el Apóstol, ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado* (6) para que amemos primeramente á Dios sobre todas las cosas y después á nuestros prójimos. Sí, hermanas mías, la caridad fraterna constituye una deuda que mutuamente tenemos todos contraída. Así lo dice Santo Tomás (7). Y San Pablo añade que es la única deuda de los cristianos: *No tenéis, dice, otra deuda sino la*

(1) Joann., XV, 13.

(2) In caten. aur. D. Thom.

(3) De reg. princ., lib. V, cap. 41; S. Hier., Comment. in epist. ad Galat.

(4) I. Corinth., XIII, 13.

(5) Galat., V, 14.

(6) Rom., V, 5.

(7) De dilect. Dei et prox., lib. 2, cap. 2, inter opuscula.

del amor que os debéis siempre unos á otros (1); y esta deuda nadie nos la puede dispensar, porque estriba en un título independiente del poder de los hombres. Este título está comprendido en las siguientes palabras del Apóstol: *Aunque somos muchos, todos formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros* (2); y como el lazo que tan estrechamente nos une es divino y sobrenatural, ya que procede de Jesucristo y de su Espíritu; luego en toda la naturaleza no hay fuerza suficiente para destruirlo. Y si queréis saber cuán fuerte es este lazo y cuán sagrada esta deuda, escuchad estas palabras del Salvador: «Si al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar recuerdas que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda y ve en seguida á reconciliarte con tu hermano, y después volverás á presentar tu ofrenda» (3). Ciertamente que no hay deber más sagrado que el de rendir á Dios los homenajes que de justicia le corresponden, como supremo Señor de todo lo criado (4); y no obstante, existe una obligación más perentoria, si cabe, una deuda más urgente: *Reconcíliate con tu hermano*. «Dios parece como que desdeña su propio honor, dice el Crisóstomo, hasta que ve cumplida la ley del amor al prójimo; manda que su culto se interrumpa, á fin de que la caridad no padezca menoscabo; dándonos á entender con ello que la ofrenda más grata á sus ojos es un corazón apacible y sin rencores y un alma santamente reconciliada» (5). ¿Puédese encarecer más la importancia de este mandamiento de amor?...

Cómo debemos amarle. Como veis, el amor que Dios tan terminantemente nos exige, no es una mera perfección

(1) Rom., XIII, 8.

(2) Rom., XII, 5.

(3) Matth., V, 23-24.

(4) Exod., X, 2; Levit., XXI, 15;

Isai., XLV, 3; Ezech., V, 13; Psal. XV, 2; Psal. XXIII, 1; I. Corinth., X, 26.

(5) Homil. XVI, in Matth.

que convendría adquirir, sino una deuda que hay que pagar á nuestros prójimos, y entendemos por prójimo todo aquel que ya participa ó puede participar de la eterna bienaventuranza; de aquí es que los ángeles y santos que ya la poseen, las almas del purgatorio que tienen seguridad de poseerla, y todos los viadores, justos ó pecadores, herejes ó gentiles, como pueden salvarse, todos son nuestros prójimos, y así debemos amarlos á todos con amor de caridad. Hablando en general, dos actos principales abraza esta virtud y los hallamos consignados en la Sagrada Escritura. El primero—que es á la vez principio de ley natural—está contenido en estas palabras de Jesucristo: *Lo que deseéis que los demás hagan con vosotros, hacedlo vosotros con ellos, porque ésta es la suma de la Ley y de los Profetas* (1). El segundo constituye uno de los saludables consejos que dió á su hijo el anciano Tobías: *Guárdate, le dijo, de hacer jamás á otro lo que no quisieras que otro hiciese contigo* (2).

Actos internos. De estos dos principios generales se deducen en la práctica otros muchos actos particulares, de los cuales unos son «internos» y otros «externos». Pertenece á los primeros arrancar de nuestro corazón todo odio, aversión ó mala voluntad contra el prójimo, y pensando la grande estima en que Dios le tiene, trocar en amor el odio, y la aversión y mala voluntad en deseos de servirle y obsequiarle. Y así, no basta ceñirnos á no despreciar á nadie, sino que debemos estimarlos á todos; á unos más, á otros menos, según sus méritos, que esto exige la equidad, pero á todos verdaderamente, porque la caridad así lo manda. Aun la sospecha ha de estar muy lejos de nosotros, y cuando no quepa disculpar los actos, por ser ciertos y evidentes, salve-

(1) Matth., XXII, 40; Matth., VII, 12; S. Cyprian., serm. VI, de orat. Domin.

(2) Tobíæ, IV, 16.

mos á lo menos las intenciones, y achaquemos principalmente lo malo á las sugerencias de nuestro común enemigo. Al segundo acto interno de caridad pertenece el desear para nuestros semejantes los bienes eternos y aun temporales, si han de conducir al logro de la salvación del alma. Así lo hizo Moisés. Enojado Dios contra su pueblo porque había idolatrado, este incomparable caudillo logró amansar el Corazón divino con esta súplica llena de ardentísima caridad: *¡Oh Señor!, dignate escucharme: ó perdona á tu pueblo esta culpa, ó si no lo haces, bórrame del libro de la vida en que me tienes escrito* (1). Lo mismo hizo San Pablo, el cual, lleno de la más ardiente y fervorosa caridad, llegó á decir que se tendría por dichoso si lograra padecer las mayores persecuciones y afrentas y aun la muerte, á trueque de conseguir la salvación de sus hermanos (2). Incluido está también entre los actos internos que exige la caridad un tercero, que consiste en conformar en lo posible nuestros sentimientos, afectos y deseos, con los deseos, afectos y sentimientos buenos de nuestros prójimos, *alegrándonos con los que se alegran y llorando con los que lloran* (3). Así lo aconseja San Pablo cuando escribe á los fieles de Filipo: *Haced que sea completo mi gozo, sintiendo todos una misma cosa, teniendo un mismo amor, un mismo espíritu y unos mismos sentimientos* (4). En este punto es muy de notar el proceder de este admirable Apóstol; bien pudo aconsejarlo quien, como él, tenía abrasadas las entrañas en la caridad de Cristo (5). Oigamos, hermanas mías, los clamores que exhala su pecho abrasado en vivas llamas de amor: *¿Quién enferma que yo no enferme con él? ¿Quién se escandaliza—ó cae en pecado—que yo no me abraze en vivos deseos de remediar su flaqueza?* (6). Al leer estas frases

(1) Exod., XXXII, 31-32; Núm., XI, 15.

(2) Rom., IX, 3.

(3) Eccli., VII, 38; Rom., XII, 15.

(4) Philipp., II, 2.

(5) II. Corinth., V, 14.

(6) II. Corinth., XI, 29.

el Crisóstomo, exclama entusiasmado y como fuera de sí: «Refiéranme los hombres cuantas maravillas se han obrado en el mundo; ninguna brillará en mis ojos con tan vivos resplandores, ni logrará conmover tan profundamente mi corazón, como la que revela este prodigio de caridad del Apóstol».

Actos externos. Mas no bastan para cumplir el precepto de la caridad con el prójimo estas disposiciones interiores de la voluntad, sino que exige además que mostremos con las obras los buenos sentimientos y afectos que atesora nuestro corazón, pues, como escribe San Gregorio, «la caridad, el amor, si permanece inactivo, si no obra, si no se sacrifica, no es caridad, no es amor» (1). Y así, en primer lugar, debemos esmerarnos en dar á nuestros prójimos muestras exteriores de amor y benevolencia; ellas son como aroma exhalado de la interior caridad fraterna. Punto es este muy esencial y harto delicado, hablando á religiosas de vida activa que, por la índole de su Instituto, han de vivir en medio de una sociedad culta que no puede tolerar la más pequeña falta de educación. Por tanto, evitad la menor descortesía con vuestros prójimos, *procurando*, según dice el Apóstol, *anticiparos mutuamente en las señales de amor y de deferencia* (2). No quiero decir con esto que uséis los modales afectados y todo ese cúmulo de frívolas correspondencias, que llamamos cumplimientos del mundo; que todo eso es opuesto á la religiosa sencillez. Como dice un notable escritor, «resplandezca la sinceridad en vuestro recíproco trato; transparentese en él vuestra alma; sea todo espontáneo en vuestro porte exterior, como el brotar de las flores, como el correr de las ondas cristalinas» (3).

(1) Homil. XXX in Evang.; I. Joann., III, 18.

(2) Rom., XII, 10.

(3) Mons. Gay, Caridad con el prójimo.

Tomando esto en cuenta, pongamos especial cuidado en no causar al prójimo la menor molestia ni ofenderle con palabras mortificantes, bien se refieran éstas á su condición, á su entendimiento, á su ingenio no tan agudo ó á algún otro defecto natural ó moral. Estas palabras son muy perjudiciales y muy contrarias á la caridad, y si se dicen con cierta ingeniosa agudeza, suelen producir resultados mucho más funestos, porque quedan más impresas en los oyentes y difícilmente se olvidan. De blasfemia y sacrilegio las califica San Bernardo, si las profiere un religioso (1); y añade: «Si de las palabras ociosas hemos de dar cuenta á Dios el día del juicio (2), ¿qué será de las que pasan de ociosas?, ¿qué será de las que ofenden á nuestros hermanos?» (3). Huyamos también del espíritu de contradicción; así nos lo avisa San Pablo, escribiendo á su discípulo Timoteo: *Guárdate, le dice, de porfías y contiendas, porque no sirven sino de escándalo á quien las oye. Al siervo de Dios no le conviene porfiar, sino ser manso y pacífico con todos* (4). Mucho más debemos abstenernos de reprender y corregir á nuestros hermanos, ni aun so color de caridad, porque este es oficio del superior. Muchas veces nos mueve á ello—tenemos que confesarlo—no la caridad y buen celo, sino nuestra impaciencia é inmortificación, y en ese caso la reprensión ó corrección debería recaer sobre nosotros. El espíritu de mortificación y de rigor es muy justo que le tenga cada cual para consigo; pero con su hermano siempre ha de tener espíritu de amor y suavidad, que eso enseñan los Santos y nos manda la caridad de Cristo. ¿Quién no tiene defectos? Todos tenemos muchas miserias que han de durar lo que nuestra vida. El mejor, el más santo no está exento de lunares que, si bien carecen

(1) Lib. II, de Consid., ad Eugen.

(2) Matth., XII, 36.

(3) De ordine vitæ et morum.

(4) II. Timoth., II, 14-24.

muchas veces de todo valor moral, difícilmente nos resignamos á sufrirlos. Y no sólo nos dan en rostro estos pequeños defectos del prójimo—tan pequeños que son compatibles con la perfección,—sino que además nuestra inmortificación y escasa humildad de tal suerte los agrandan y exageran, que plegue á Dios no seamos nosotros los únicos dignos de castigo. Así somos: muy perspicaces *para descubrir la paja en el ojo de nuestro hermano*, y muy torpes *para ver en el nuestro la viga que le ciega* (1). Nos gusta que los demás no tengan defectos, y nosotros no corregimos los nuestros. ¡Ah!, «¿cuándo veremos al prójimo en el pecho del Salvador divino?—pregunta San Francisco de Sales;—quien le mira fuera de él, se expone á no amarle pura, ni constante, ni igualmente; pero cuando se mira en él, ¿quién podrá no amarle?, ¿quién no sufrirá sus imperfecciones?, ¿quién podrá hallarle enojoso, si le contempla en aquel pecho sacratísimo y lo ve allí tan amable y tan amado, que el Salvador llegó á morir de amor por él?» (2).

Amaos, pues, entrañablemente unas á otras, hermanas mías, y mostrad este amor, no sólo con las obras, sino también fomentando con esmero el íntimo cariño que recíprocamente os debéis y evitando á toda costa cuanto pudiere menoscabarle. Y puesto que el amor debe ser común, huid de las amistades particulares que, si bien no son malas en sí, nacen únicamente de la afición sensual, fundada no más que en prendas puramente naturales. De este linaje de aficiones debe guardarse mucho la religiosa, porque si bien en el siglo pueden no ser más que vanas, en las comunidades siempre son funestas, y muchas veces tienen un fin lamentable (3). Hablando Santa Teresa de estas amistades, dice que no

(1) Matth., VII, 3; Luc., VI, 41.

(2) I. Corinth., VI, 20; II. Corinth., V, 14; Ephes., V, 2; I. Petr., I, 18.

(3) Mons. Gay, Caridad con el prójimo.

pueden imaginarse las faltas é imperfecciones que traen consigo, «porque de aquí viene el no amarse todas tanto, el sentir el agravio que se hace á la amiga, el desear tener para regalarla, el buscar tiempo para hablarla, y muchas veces más para decirla lo que la quiere, que lo que ama á Dios. Guárdense de estas particularidades, por santas que sean, que aun entre hermanos suele ser ponzoña, y ningún provecho veo en ello» (1). Huid, repito, de esas amistades como de la peste; temed hasta su sombra, porque os va en ello nada menos que el perfeccionamiento de vuestras almas, la perseverancia en la vocación, y por tanto la salvación eterna; allí donde veáis despuntar esas amistades, «ahogadlas, dice la Santa Madre, á costa de cualquier sacrificio» (2). Lo mismo afirma San Basilio (3). Amemos á nuestros prójimos, que así lo manda Dios (4), pero sin acepción de personas, á los amigos, á los indiferentes y á los enemigos más encarnizados (5), estando apercebidos para servirles, ayudarles y consolarles en sus trabajos, aunque reclamen éstos alguna hazañosa empresa, pues la caridad no solamente no se arredra ante linaje alguno de sacrificio, sino que por el contrario los ama, y si es menester los busca (6).

Por último, deber es también nuestro y muy principal el edificar al prójimo con nuestras palabras y sobre todo con nuestro ejemplo (7). Así nos lo encarece Jesucristo: *Brille vuestra luz entre los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen á vuestro Padre que está en los cielos* (8). Hoy son más necesarios que nunca los buenos ejemplos, á fin de que, comparando los mundanos su conducta relajada con la

(1) Camin. de perfec., cap. IV, n. 4.
 (2) Camin. de perfec., cap. 6 y 7.
 (3) De constit. monast., cap. 30.
 (4) Joann., XIII, 34; Joann., XV, 12 et 17; Rom., XII, 10; Rom., XIII,

8; Galat., V, 14; I. Thesal., IV, 9; Jacob., II, 8; I. Joann., IV, 21.
 (5) Matth., V, 44; Luc., VI, 27.
 (6) Mons. Gay, lug. cit.
 (7) Tit., II, 7.
 (8) Matth., V, 16; I. Petr., II, 12.

nuestra mortificada y edificante, se vean forzados á reconocer que andan extraviados, ó por lo menos queden confundidos y avergonzados, como avergonzados y confundidos quedaron los judíos cuando Jesucristo les echó en cara su pertinacia y ceguera diciéndoles: *Si no queréis darme crédito á mí, dádselo á mis obras* (1). Basta para ello que la religiosa sea digna de este honroso nombre; con sólo esto ya edifica, porque el cristiano, y mucho más la religiosa, es *luz en el Señor*, dice San Pablo (2), y la luz alumbra y regocija y tiende á irradiarse y difundirse. En cuanto obremos ó digamos, resplandezcan nuestra humildad y pureza de corazón; que en todo nuestro proceder trascienda *el buen olor de Cristo, olor vivificante que causa vida* á quien lo aspira (3); de manera que vernos á nosotros sea tanto como ver á Jesús, pues somos sus amigos íntimos (4), sus escogidos siervos, sus hijos predilectos; y si perseveramos en su servicio (5), tenemos esperanza muy fundada (6) de ser admitidos algún día en la patria de los bienaventurados para alabarle, bendecirle y gozar de sus amores para siempre.

(1) Joann., X, 38; Psal. XCII, 5; Joann., X, 37.

(2) Ephes., V, 8.

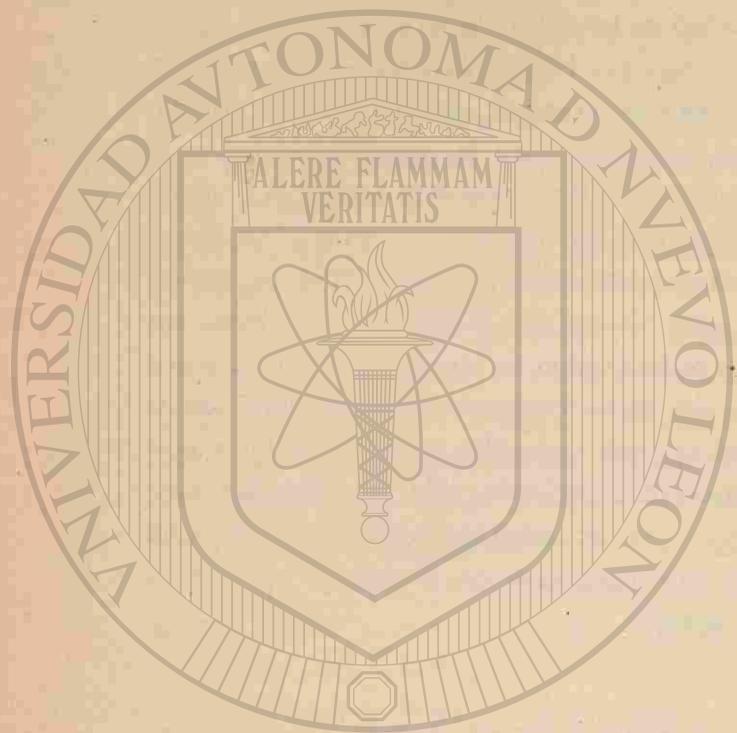
(3) II. Corinth., II, 15-16.

(4) Luc., XII, 4; Joann., XV, 14.

(5) Matth., XXIV, 13; Matth., X, 22.

(6) Rom., V, 5; Psal. XIII, 6; Hebræ., VI, 11; I. Petr., III, 15.





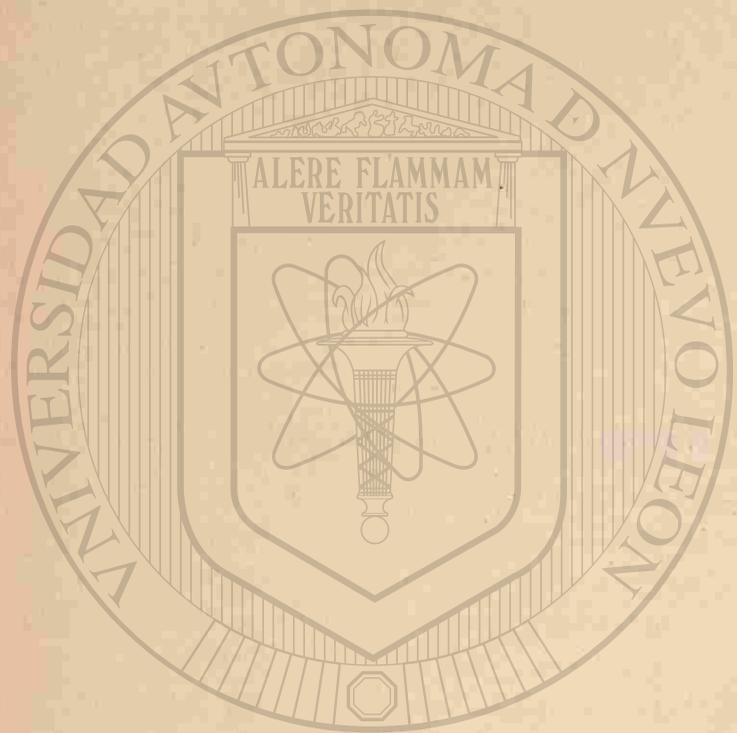
UN PENSAMIENTO SALUDABLE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

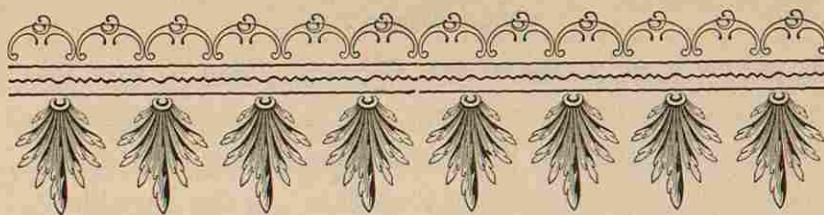
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UN PENSAMIENTO SALUDABLE

DICENOS San Pablo en su primera carta á los fieles de Tesalónica, que *la voluntad de Dios es que nos santifiquemos* (1). Y yo, que conozco sobradamente vuestros nobles sentimientos y la acendrada piedad de vuestras almas, atrevome á asegurar, y no temo equivocarme, que este es también, por virtud divina, el deseo más ardiente de vuestros corazones: *Ser santas en el cuerpo y en el espíritu*, como dice el Apóstol (2). Digo que no me equivoco, porque una de las señales características de las almas que aspiran á la perfección es el deseo vivo y constante de oír á menudo la palabra divina, y esta señal la veo en vosotras, en todas sin excepción, y ello me da lugar á creer que todas sois de Dios (3), que todas pertenecéis á la noble escuela de Cristo, como Él mismo asegura por el Evangelista San Juan cuando dice: *El que es de Dios, escucha con gusto sus palabras* (4),

(1) I. Thessal., IV, 3; Levit., XX, 7.

(2) I. Corinth., VII, 34.

(3) I. Corinth., III, 23; I. Corinth., VI, 19.

(4) Joann., VIII, 47.

porque ha logrado saborearlas, y confiesa con el real Profeta que son dulces á su alma, *más dulces que la miel y el panal* (1). Además, ese deseo que mostráis de oír la palabra divina es un estímulo para el sacerdote que ha recibido de Dios el sublime encargo de predicarla (2), porque sabe que, tratándose de personas religiosas, hambrientas siempre de doctrina, esta divina semilla (3) cae en tierra fértil y agradecida y ha de producir el *ciento por uno* (4), porque tal es la virtud maravillosa que ella entraña, como emanada del Corazón del divino Maestro, Cristo Jesús, manantial inagotable de gracia y de verdad (5).

Pues bien, hermanas mías: á eso he venido, á sembrar en la tierra bendecida (6) de vuestros corazones un pensamiento saludable, una verdad de fe terribilísima en la cual quizá no hemos pensado, pero que sosegadamente meditada con fe viva y puesta en práctica con ayuda de la gracia, creo ha de tener virtud para reformar nuestra vida, ó á lo menos para estimularnos á andar siempre fervorosos en el servicio divino (7). Voy á explicárosla en ceñidas palabras.

Empecemos confesando una verdad tristísima que nunca debemos olvidar, esto es, que *todos hemos pecado* (8). ¿Quién, pregunta el Sabio, *puede decir con verdad: Mi corazón está limpio, libre soy de todo pecado?* (9). Si alguno dijere que no tiene pecado, añade el Evangelista San Juan, *miente y él mismo se engaña* (10). Más aún: quizá hemos ofendido á Dios grave-

(1) Psal. XVIII, 11; Psal. CXVIII, 103.
 (2) Matth., XXVIII, 19.
 (3) Luc., VIII, 11.
 (4) Matth., XIII, 8.
 (5) Exod., XXXIV, 6; Psal. LXXXV, 15; Matth., XXII, 16; Marc., XII, 14; Rom., III, 4; I. Joann., V, 6; Apocal., XIX, 11.

(6) Psal. LXXXIV, 2.
 (7) Rom., XII, 11.
 (8) Jacob., III, 2.
 (9) II. Paral., VI, 36; III. Reg., VIII, 46; Ecclesiast., VII, 21; Prov., XX, 9.
 (10) I. Joann., I, 8.

mente con el pensamiento, con la palabra ó con la obra. Si así es, por desgracia, debemos coleccionar que hemos sido reos, por más ó menos tiempo, de eterna condenación (1); que merecimos el infierno, y si no fuera porque Dios se ha compadecido de nosotros (2), ahora estaríamos ardiendo en aquellas simas incandescentes por toda la eternidad. Esta es una verdad de fe (3). Vamos á desenvolverla, valiéndonos de una hipótesis que para muchos desventurados es una realidad.

Supongamos que al primer pecado grave que cometimos, Dios, obrando con equidad y justicia (4), nos quitó la vida súbitamente y que al punto fuimos lanzados como un rayo en los abismos infernales (5). En ese caso, ¿qué sería de nosotros? ¡Ah!, sólo el mentarlo causa horror y espanto. Nos hallaríamos ahora revolviéndonos desesperados en aquellas llamas vivísimas de fuego inextinguible (6). Nos hallaríamos ahora lanzando ayes desgarradores; aullando como lobos hambrientos; maldiciendo la hora en que fuimos concebidos (7); maldiciendo á nuestras madres porque no nos quitaron la vida antes de darnos á luz, y en verdad vale más no haber nacido que haber pecado (8); maldiciendo á la tierra porque no nos tragó vivos cuando estábamos en gracia; maldiciendo sobre todo al pecado que en mal hora cometimos, puesto que era la única causa de nuestra eterna desventura (9). Aguijoneados por *el gusano* de la conciencia que *nunca muere* (10); martirizados por *el hambre y la sed que nunca se apagan* (11), en vano pediríamos, como el rico Epu-

(1) Psal. XCIII, 17; Ezech., XVIII, 4.
 (2) Thren., III, 22.
 (3) Exod., XXXII, 33; Ezech., XVIII, 4.
 (4) Psal. XVIII, 10; Psal. CXVIII, 137.
 (5) Luc., X, 18.

(6) Marc., IX, 43.
 (7) Job, III, 3.
 (8) Matth., XXVI, 24.
 (9) Núm., XXXII, 23; Job, XXIV, 19.
 (10) Marc., IX, 43.
 (11) Marc., IX, 45-47.

lón, una gota de agua (1) para humedecer siquiera nuestras fauces caldeadas por aquel fuego que abrasa sin consumir (2), alimentado por el soplo de la justicia de Dios, cuyo hermosísimo rostro jamás habíamos de contemplar (3). En vano clamaríamos al cielo, perdido por nuestra culpa (4); ni á los ángeles custodios, testigos de nuestro pecado; ni á la Virgen María, en otro tiempo Madre cariñosísima, porque ya no podría interceder por nosotros ni defendernos de aquellos monstruos infernales cobijándonos bajo su manto amorosísimo, pues ya no era Madre nuestra. Agotaríanse nuestras fuerzas y tendríamos que renunciar para siempre á toda esperanza... Mas, ¿qué oigo, hermanas mías? ¿Qué extraña novedad ocurre en este lugar de eterna desventura?... ¿Quién nos llama por nuestro propio nombre?... ¡Ah!, es el ángel custodio, enviado de Dios para sacarnos de aquellas penas acerbísimas, y concedernos un breve plazo para expiar en el mundo nuestro único pecado con penitencias voluntarias...

Decidme, carísimas hermanas, porque yo no puedo imaginarlo siquiera, decidme: ¿qué efecto, qué impresión causaría en todo nuestro sér el vernos otra vez en este mundo—que por cierto ya nos habría olvidado (5)—libres de las cadenas infernales que habrían descoyuntado nuestro cuerpo ennegrecido por el humo, chamuscado horriblemente por el fuego, desollado y deshecho por los pasados tormentos?... «¿Estoy soñando ó despierto?—exclamaríamos.—¿Es esto «cierto ó ilusión de mi fantasía?... Yo... sentenciado á padecer eternamente sin mérito y sin alivio... condenado á es-»téril llanto sempiterno (6), ¿he vuelto realmente del infierno, »de donde nadie ha salido ni saldrá jamás?... Y ¿puedo

(1) Luc., XVI, 24.

(2) Isai., XXXIV, 10; Isai., LXVI, 24.

(3) Matth., XXV, 41.

(4) Osee, XIII, 9.

(5) Ecclesiast., IX, 5.

(6) Matth., VIII, 12; Matth., XXIV, 51; Luc., XIII, 28.

»expiar cumplidamente mi pecado... y recobrar la amistad »divina... y ser admitido en el cielo para extasiarme en la »eterna contemplación de la embelesadora hermosura de mi »Dios (1), cuyo benditísimo Nombre tan horriblemente he »maldecido?... ¡¡Oh dicha soberana!! ¡¡Oh felicidad por ningún »título merecida!!...» ¿Quién, repito, será capaz de describir el confuso tropel de ideas, afectos, deseos y sentimientos que henchirían nuestro pobre corazón en aquellos momentos supremos?... ¡Cuán inmensa no sería nuestra gratitud para con Dios que se había dignado poner sus ojos en nosotros entre tantos millares de réprobos, puesto que á ningún otro había de otorgar jamás esta imponderable merced!... Ante todo buscaríamos con ardor anhelante la morada de Dios, un templo, y entrando en él hechos una lástima, nos arrojaríamos transidos de dolor á los pies del sacerdote para confesar el pecado, de cuya gravedad y malicia estaríamos tan penetrados como del fuego infernal que había circulado por nuestras venas... ¡Con qué dolor, con qué lágrimas y gemidos nos acusaríamos culpables!... ¡Qué propósito tan firme y tan eficaz sellaría nuestro arrepentimiento!... Recobrada la gracia divina, y deshechos en llanto, buscaríamos á Jesús en el Sagrario para derramar en su presencia nuestro corazón, henchido de gratitud, y hacerle mil protestas de amor y fidelidad mientras nos durare la vida; y le pediríamos su paternal bendición para comenzar desde luego una vida nueva, una vida de penitencia y de fervor que llenara de asombro á los pecadores más empedernidos y sirviese de ejemplo aun á los justos y fervorosos...

Y como, por punto general, este santo designio no suele efectuarse cumplidamente sino poniendo nuestra voluntad y juicio en manos de la obediencia—camino llano y el más

(1) Psal. XLIV, 5; Cant., I, 15; I. Corinth., XIII, 12; I. Petr., I, 12.

seguro para alcanzar la bienaventuranza (1),—buscaríamos la Orden religiosa de más estrecha observancia, y postrados en tierra, anegados en llanto, suplicaríamos al prelado de la misma nos admitiera por amor de Dios en aquella santa casa, no en calidad de hijos espirituales—pues no lo merecíamos,—sino para emplearnos en los servicios más penosos y repugnantes y ser el último de los siervos (2). Admitidos en la Religión, que es *puerta del cielo* (3), no es fácil imaginar los prodigios de santidad que obraríamos en ella; la profunda humildad que informaría todos nuestros actos; la abrasada caridad con que serviríamos á las religiosas, tan amadas de Cristo; la puntual observancia de las santas Constituciones, camino real del cielo, cerrado para nosotros hasta entonces; la obediencia con rendimiento de voluntad y de juicio, aun á las más ligeras indicaciones de nuestros superiores; la mortificación y penitencia con las cuales *reduciríamos nuestro cuerpo á servidumbre*, á imitación de San Pablo (4), y sobre todo, ¡con qué hambre espiritual, con qué deseos tan vehementes ensancharíamos los senos de nuestro corazón (5) al acercarnos al celestial banquete para recibir en nuestro pecho con transportes de amor al regalado Jesús, y engolfarnos en el caudaloso manantial de sus misericordias (6), puesto que nos había mostrado tan pasmosa predilección! ¡¡Qué ratos tan deliciosos pasaríamos con Él, jurándole amor y fidelidad hasta la muerte y ofreciéndonos á padecer y ser despreciados y perseguidos y despedazados por su amor!!...

Naturalmente había de llegar un día de honra y exaltación para los humildes, según la sentencia de Cristo (7); día

(1) Prov., XXI, 28; Hebræ., XIII, 17.

(2) Luc., XV, 19.

(3) Génes., XXVIII, 17.

(4) I. Corinth., IX, 27.

(5) Psal. XLI, 2; Psal. LXXX, 11.

(6) I. Paral., XVI, 34; Psal. CXLIV, 9; Jerem., XXXIII, 11.

(7) Job, XXII, 29; Luc., I, 52; Luc., XIV, 11.

de inmenso gozo y santa emulación para la Comunidad (1), edificada por nuestro ejemplo, asombrada de nuestro fervor. Aludo, hermanas mías, al día solemne de nuestra profesión religiosa; día de gozo para los ángeles (2) y de indeleble recuerdo para nosotros, pues con la emisión de los votos nuestra alma quedaría enteramente limpia de toda mancha de pecado, reconciliada con Dios y admitida en el tálamo nupcial de las esposas de Cristo, y esta sería la mayor gloria y felicidad que podíamos desear en esta vida. Honrados con el santo hábito de la Orden, y para agradecer á Dios las imponderables gracias y mercedes que de su bondad habíamos recibido sin merecerlo, nuestra vida en lo sucesivo sería un dechado de virtudes, un portento de fervor y santidad. Desde entonces nada creeríamos merecer; todo nos vendría ancho; nos creeríamos indignos de que los demás pusieran los ojos en nosotros; indignos de sentarnos á la mesa con nuestros hermanos; indignos de llevar el santo hábito, siquiera fuese el más viejo de la casa; indignos de llamarnos religiosos, nosotros que habíamos tenido por compañeros á los demonios y por padre á Lucifer (3)... Y ¿por qué todo ello, hermanas mías? ¡Ah!, porque llevaríamos impreso en el alma con caracteres de fuego el recuerdo de las justicias de Dios (4); porque tendríamos siempre delante de los ojos, como el real Profeta, el pecado que habíamos cometido (5) y los horribles tormentos que habíamos padecido en el infierno, y que Dios ha preparado en aquel lugar de desorden, de maldición y de olvido (6) para los que tienen la desgracia de cometer el pecado mortal y morir impenitentes (7).

¿No es verdad, hermanas mías, que este relato nos con-

(1) I. Corinth., XII, 31.

(2) Luc., XV, 7.

(3) I. Joann., III, 8.

(4) Eccli., IV, 33.

(5) Psal. L, 5; S. Ambros., Apologet., cap. 9.

(6) Job, X, 22; Psal. LXXXVII, 13.

(7) Joann., VII, 34; Rom., XIII, 2.

mueve y llena de espanto?... ¿No es cierto que nunca habíamos meditado sosegadamente esta verdad, capaz de obrar una mudanza, una conversión radical en el pecador más contumaz y empedernido?... Pues si hemos pecado gravemente alguna vez, nos hemos hallado en inminente peligro, no de ser arrojados al infierno para salir de él más ó menos pronto—cosa imposible (1),—sino de ser sepultados en él para siempre. Por tanto, más amor nos ha mostrado Dios librándonos de caer en el infierno, que si nos hubiera sacado de él, cosa, como dije, imposible. Sirva á lo menos este pensamiento de eficaz estímulo que logre encender el fervor en nuestras almas, frías tal vez, como frío y satisfecho vivía el Profeta David, enemistado con Dios, hasta que le contaron una historia que logró impresionarlo vivamente. Voy á referírosela en dos palabras. Leemos en el libro segundo de los Reyes, que el Profeta David, rey de Jerusalén, tuvo la desgracia de cometer dos pecados gravísimos que escandalizaron á toda la nación, y así permaneció un año insensible á los remordimientos de su conciencia, y ¡quién sabe el tiempo que habría vivido en ese estado miserable si la misericordia de aquel mismo Señor ofendido no hubiera movido su corazón á penitencia! En efecto: mandó Dios al profeta Natán que se presentara al rey y le recordase los crímenes que había cometido, para que se arrepintiese é hiciese penitencia. Hízolo así el profeta valiéndose de una ingeniosa parábola, en la cual indirectamente echóle en cara la enormidad de sus crímenes, intimándole á la vez todos los castigos que la justicia divina le tenía preparados. David, al verse recriminado en aquel relato, levantóse de su trono, y arrojándose en el suelo, transido de dolor su corazón, exclamó: ¡*Pequé contra el Señor!* Al punto díjole Natán: *También el Señor, que ve tu dolor, te*

(1) Respons. Eccles.

ha perdonado (1). David lloró sus pecados mientras le duró la vida; lo dicen con elocuencia los ciento cincuenta salmos que compuso, llenos de amor y de lágrimas.

Como veis, el profeta Natán valiése de una parábola para despertar en el corazón de este rey sentimientos de compunción por los pecados cometidos. Yo me he valido, no de una parábola, sino de una máxima saludable consignada en las Santas Escrituras, la cual nos aconseja que, *mientras vivimos* en el mundo, *conviene que bajemos con la consideración al infierno* (2) que hemos merecido por nuestros pecados; y si esta consideración, tan veraz como espantosa, no nos mueve á emprender una vida fervorosa ajustada á nuestros deberes respectivos, difícilmente podrá lograrlo ninguna otra. «¡He »pecado!, ¡he ofendido á Dios gravemente!, y por tanto, he »vivido en inminente riesgo de morir enemistado con Él y »ser arrojado á los infiernos por toda la eternidad; pero el »Señor, por su bondad infinita, ha conservado mi vida para »que le sirva con fervor en el estado religioso, y ¡ay de mí, »si no correspondo dignamente á este amoroso llamamiento...» ¡Ay de nosotros!, hermanas carísimas, *si oyendo hoy la voz de Dios* (3), que nos llama como Padre cariñoso para que despertemos del peligroso letargo de la tibieza en que vivimos quizá largo tiempo (4), proseguimos, no obstante, duros é insensibles á la gracia y á la misericordia (5); porque en tal caso—inconcebible en una esposa de Jesucristo—caería sobre nosotros este pavoroso anatema lanzado por Dios á los ingratos que desprecian sus gracias y pisotean sus mercedes: *Os llamé y no respondisteis: pues yo también me reiré en vuestra muerte, y os escarneceré cuando vinieren sobre*

(1) II. Reg., XII, 13.

(2) Psal. LIV, 16; Eccli., VII, 40.

(3) I. Reg., XII, 15; Hebræ., III, 7.

(4) Rom., XIII, 11.

(5) Psal. XCIV, 8; Rom., II, 5.

vosotros la tribulación y la angustia (1). Si meditáramos, repito, sosegadamente esta verdad, la gracia del Espíritu Santo obraría en nuestras almas verdaderos prodigios. Entonces, profundamente agradecidos á Dios, emprenderíamos una vida de abnegación y de fervor, semejante á la que llevaron los Santos, á pesar de haber conservado limpia toda su vida la estola de la inocencia muchos de ellos; entonces, lejos de resentirnos por las injurias y desprecios, nos gozaríamos en ellos y profesaríamos especial amor á quien nos injuriase; entonces buscaríamos con empeño los oficios ó empleos más humildes, la comida más pobre y el hábito más viejo y desechado; entonces, en vez de fomentar nuestro amor propio con alabanzas y lisonjas, huiríamos de ellas como se huye de una alimaña ponzoñosa para evitar que nos inocule su veneno; entonces nos acercáramos á comulgar humillados como viles gusanillos, pero al mismo tiempo abrasados de amor como serafines, y el fruto de estas comuniones sería maravilloso, y cada uno de nosotros un dechado, un modelo de virtud que Dios miraría complacido y las gentes del siglo con veneración y con envidia, y ésta sería una señal evidente de predestinación. ¡Mil veces dichosa y bienaventurada la Comunidad que logra poseer en su seno una joya semejante!...

Hermanas mías muy amadas en Jesucristo: quizá he contristado vuestro espíritu con las vivas reflexiones que tan copiosamente suministra la atenta consideración de este saludable pensamiento. Mas como quiera que esta tristeza es según Dios, en vez de arrepentirme de ello, me doy el parabién imitando al Apóstol, porque ella os induce á la práctica de la penitencia y del fervor (2). Vamos, pues, á adquirir estos bienes con la ayuda de Dios. La vida pasa como un

(1) Psal. II, 4; Prov., I, 24.

(2) Joann., XVI, 20; II. Corinth., VII, 8-9.

sueño (1); llegará la muerte, y entonces nadie podrá hacer lo que querría haber hecho, dice el Evangelista San Juan (2). Ahora son benignamente escuchadas nuestras súplicas. *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán*, nos dice Jesucristo (3). *Ahora es tiempo aceptable* (4); ahora se nos brinda con el perdón, con la gracia, con la misericordia. Jesús, enamorado Esposo de nuestras almas, nos está mirando á través del misterioso velo de los accidentes (5) lleno de piedad y de amor, esperando una súplica de nuestro corazón, una lágrima de nuestros ojos, siquiera una mirada amorosa para arrojarse en nuestros brazos y hacernos suyos para siempre. Mas antes preparemos nuestro corazón para recibirle como merece.

Me parece á mí que el mejor modo de preparar nuestro corazón consiste en sacudir de él la tibieza en el divino servicio. Creedme, hermanas: si Jesucristo pudiera sentir pena del agravio que le infiere la religiosa que se contenta con no ofenderle gravemente, la sentiría muy profunda al ver á una esposa suya en brazos de la tibieza, porque no la puede sufrir, hasta el punto de inspirarle asco quien la posee (6). Uno de los síntomas que indican la existencia en el alma de esta enfermedad, es la asombrosa facilidad con que comete el pecado leve voluntario. Ciertamente que el alma tibia no quiere condenarse, y por ello se guarda de cometer el pecado grave; pero no es menos evidente que su modo de proceder con Dios la hace indigna de las gracias especiales que Él concede sin tasa á las almas fervorosas; y sin estas gracias, sin estos auxilios especiales que Dios á nadie debe de justicia, difícilmente podrá el alma aspirar á la perfección de su estado, ni practicar en toda su integridad los consejos evan-

(1) Job, VII, 7.

(2) Joann., IX, 4; Galat., VI, 10.

(3) Matth., VII, 7; Marc., XI, 24; Luc., XI, 9.

(4) II. Corinth., VI, 2.

(5) Cant., II, 9.

(6) Apocal., III, 16.

géticos, como nota Santo Tomás (1), ni resistir las graves tentaciones del enemigo, ni lograr esa *abundancia de paz* que caracteriza á los fieles servidores de Cristo (2), ni ser fiel por mucho tiempo á la divina vocación. Repito que estas almas no quieren condenarse, pero andan *por un camino que*, como dice el Espíritu Santo, *al necio se le figura acertado* (3), y no obstante, *conduce á la ruina* (4).

Para evitar esta desgracia—la mayor que puede acontecernos,—comencemos examinando reposadamente nuestra conciencia, y si nos arguye de algún pecado de los que habitualmente y sin remordimiento solemos cometer, sea él la materia del examen particular y de nuestras más fervientes súplicas en la oración, hasta que logremos arrancarlo del corazón, ayudando Dios que nunca falta, dice Santa Teresa. No dejemos nunca la oración por nada de este mundo, porque «este es el oficio de las religiosas», escribe la Santa (5); procuremos mortificar los sentidos del cuerpo, sobre todo los ojos y la imaginación; ejercitémonos todos los días en la humildad, tan amada de Cristo (6), y estaremos muy lejos de faltar á la caridad con nuestros prójimos. En una palabra, desprendamos el corazón de todo lo terreno y consagrémoslo entero á Dios, que suyo es; entonces lo aceptará de buen grado para derramar en él sus misericordias y hacernos felices en el tiempo y en la eternidad.

- | | |
|---------------------------------|--|
| (1) Quodlib., IV, art. 23. | (5) Camino de perfec., cap. 23. |
| (2) Psal. CXVIII, 165. | (6) Psal. CXII, 6; Prov., III, 34; |
| (3) Prov., XII, 15. | Isai., LXVI, 2; Jacob., IV, 6; I. Petr., |
| (4) Prov., XIV, 12; Prov., XVI, | V, 5. |
| 25; Isai., LV, 8. | |



DEVOCIÓN Á MARÍA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



géticos, como nota Santo Tomás (1), ni resistir las graves tentaciones del enemigo, ni lograr esa *abundancia de paz* que caracteriza á los fieles servidores de Cristo (2), ni ser fiel por mucho tiempo á la divina vocación. Repito que estas almas no quieren condenarse, pero andan *por un camino que*, como dice el Espíritu Santo, *al necio se le figura acertado* (3), y no obstante, *conduce á la ruina* (4).

Para evitar esta desgracia—la mayor que puede acontecernos,—comencemos examinando reposadamente nuestra conciencia, y si nos arguye de algún pecado de los que habitualmente y sin remordimiento solemos cometer, sea él la materia del examen particular y de nuestras más fervientes súplicas en la oración, hasta que logremos arrancarlo del corazón, ayudando Dios que nunca falta, dice Santa Teresa. No dejemos nunca la oración por nada de este mundo, porque «este es el oficio de las religiosas», escribe la Santa (5); procuremos mortificar los sentidos del cuerpo, sobre todo los ojos y la imaginación; ejercitémonos todos los días en la humildad, tan amada de Cristo (6), y estaremos muy lejos de faltar á la caridad con nuestros prójimos. En una palabra, desprendamos el corazón de todo lo terreno y consagrémoslo entero á Dios, que suyo es; entonces lo aceptará de buen grado para derramar en él sus misericordias y hacernos felices en el tiempo y en la eternidad.

- | | |
|---------------------------------|--|
| (1) Quodlib., IV, art. 23. | (5) Camino de perfec., cap. 23. |
| (2) Psal. CXVIII, 165. | (6) Psal. CXII, 6; Prov., III, 34; |
| (3) Prov., XII, 15. | Isai., LXVI, 2; Jacob., IV, 6; I. Petr., |
| (4) Prov., XIV, 12; Prov., XVI, | V, 5. |
| 25; Isai., LV, 8. | |

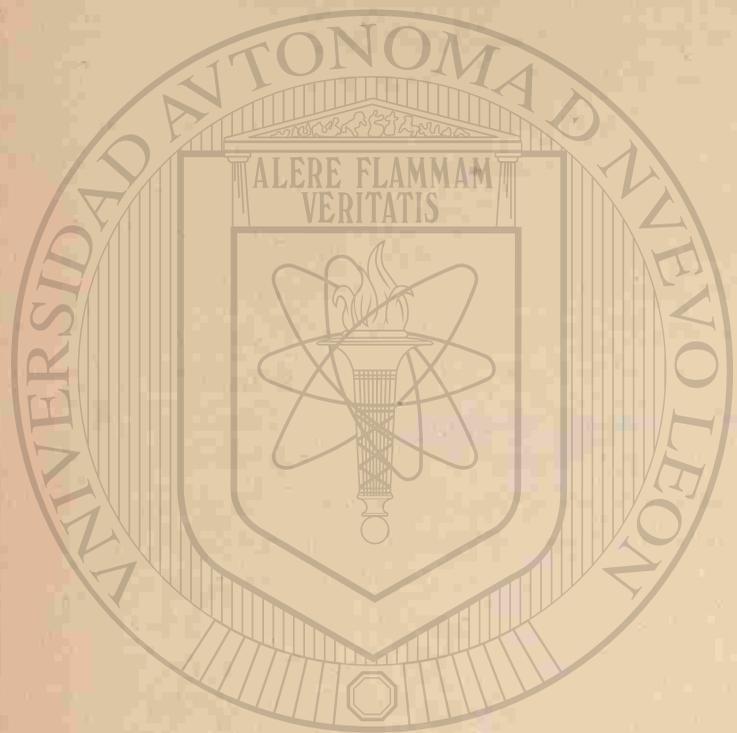


DEVOCIÓN Á MARÍA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DEVOCIÓN Á MARIA

ARDUO y dificultoso es, hermanas mías, seguir á Cristo por la *senda estrecha* (1) de los consejos evangélicos que conduce á la perfección de la caridad (2); las almas privilegiadas que á ella aspiran se ven forzadas á trabar á menudo luchas formidables, *no con enemigos de carne y sangre*, dice el Apóstol (3), *sino con los espíritus de las tinieblas, príncipes de este mundo*, los cuales, á manera de salteadores, en frase de San Gregorio (4), con tentaciones, asechanzas y arteras emboscadas, intentan desviarlas del camino del cielo. Y son á veces tan vivas y tan importunas estas sugestiones, que las perturban y acongojan sobremanera y las ponen en peligro inminente de ofender á Dios con actos de desconfianza, de presunción, de vanidad, de orgullo, de liviandad ó desesperación, con riesgo de perder, no sólo la perfección que pretenden, sino también la salvación eterna (5). ¿No es

(1) Matth., VII, 14.

(2) 2. 2, q. 186, art. 3.

(3) Ephes., VI, 12.

(4) Homil. 2, in Evang.

(5) Scaramelli, tom. 2, cap. 10.

esto cierto, hermanas mías, con cruel y amarga certidumbre?...

Pero no temáis, no os desalentéis, que no en balde sois las escogidas del Corazón de Jesús (1); y entre los medios y trazas maravillosas que ha empleado para mejor mostraros la intensidad del amor que os profesa (2) y el empeño que tiene en conducirnos sin riesgo á la cumbre de la santidad, existe una, emanada de sus divinos labios (3), que constituye para vosotras—y para la humanidad en general—una garantía soberana, una prenda inestimable, tan valiosa y eficaz, que aunque otra no hubiera, dice un notable escritor, ella sola bastaría (4). Vuestro corazón la presiente; sí, es María, la criatura más perfecta, después de Jesucristo (5), y la más bella de toda la creación; el compendio de todas las maravillas del mundo visible. Destinada por Dios desde la eternidad (6) para Madre de su Unigénito (7), el Sér divino quiso hacer alarde de su poder ilimitado (8); se empeñó en darla un testimonio público de su amor colmándola de bienes, y reunió en su persona todas las perfecciones de que era susceptible una pura criatura, y se apresuró á multiplicar tesoros y riquezas en Ella, y la embelleció con lluvia copiosa de bendiciones, y la inundó con la efusión de todas las gracias necesarias para constituir un tipo de amor universal, que tan aplaudido y tan venerado había de ser por todas las generaciones (9).

Mas no creáis que todas estas maravillas y todas las grandezas que atesora esta Virgen incomparable son tan exclusivamente suyas, que no desee hacernos á nosotros par-

(1) II. Paral., XXIX, 11; Psal. XLIX, 12; Isai., XLVIII, 10; Joann., XV, 16; Rom., VIII, 29; Ephes., I, 4; Coloss., III, 12; Jacob., II, 5.

(2) Isai., XLIX, 5; Jerem., XXXI, 3.

(3) Joann., XIX, 26.

(4) Mons. Gay. Esperanza cristiana.

(5) Cant., VI, 8.

(6) Prov., VIII, 23.

(7) Luc., I, 31.

(8) Luc., I, 51.

(9) Luc., I, 48.

ticipes de las mismas, puesto que los bienes de las madres son para sus hijos, é hijos suyos somos nosotros, engendrados en su Corazón al pie de la Cruz (1), y los hijos del corazón son tiernamente amados y espléndidamente favorecidos. Sí, hermanas mías, María nos ama; esta Virgen benditísima nos profesa entrañable cariño (2) y cifra todo su empeño en salvarnos, y por eso anhela tan ardientemente santificarnos; y su oficio es procurarlo, y su blasón conseguirlo, ya que es la Abogada más poderosa que podemos hallar para con Dios, y la más tierna y misericordiosa con nosotros. De modo que, si deseamos progresar en la virtud y asegurar la salvación de nuestras almas, dice San Juan Damasceno (3), debemos consagrarnos al servicio de esta Señora y recurrir á su valiosa protección en nuestras necesidades y peligros, pues tanto en el «poder» como en la «misericordia», añade San Bernardo (4), es inmensamente rica.

Veis aquí el asunto que voy á tratar con especial complacencia de mi alma: su interés y transcendencia reclaman toda vuestra atención.

~~~~~

Dos plenitudes podemos reconocer en el Océano: una de capacidad para recibir todos los ríos que desembocan en su seno, y otra de redundancia para suministrar, por medio de la cooperación y de la lluvia, abundante agua á la tierra. Estos dos modos de plenitud posee la Santísima Virgen: la primera de capacidad, es decir, de *poder*, como Madre de Dios; la segunda de redundancia, esto es, de *misericordia*, como madre de los escogidos (5). Veámoslo.

*Su poder.* Antes de aducir razonamientos en apoyo del

(1) Joann., XIX, 26.

(2) Prov., VIII, 17.

(3) Serm. de Annunt.

(4) Serm. 4. de Assumpt.

(5) P. Señeri, El cristiano instruido.

primer punto, debo deciros que la santidad, los privilegios, las gracias que la Virgen Santísima recibió en el primer instante de su sér, exceden toda comprensión humana y aun angélica. Desde ese momento María presenta tan asombrosa plenitud de gracia y santidad, dice San Anselmo (1), que después de Dios no puede concebirse mayor, y fuera de Dios nadie puede alcanzar ni con el pensamiento. ¡Ah!, al querer sondear este océano de gracia (2), al intentar describir este purísimo sol, véome oprimido por el peso de tanta gloria y deslumbrado por tanta luz. ¿Cómo penetrar lo impenetrable? ¿Cómo hablar de lo incomprendible?... No lo pretendo; me contentaré con trazar á grandes rasgos y muy torpemente algún diseño de tanta perfección y grandeza.

En primer lugar, todas las prerrogativas con que Dios enriqueció á María, todas *las cosas grandes que en Ella obró el Omnipotente* (3), proceden, se apoyan, descansan en el augusto misterio de su maternidad divina, dice el Doctor Angélico (4); dignidad sublime, prerrogativa incomparable, gracia singular, elevación altísima desde la cual domina á todas las dignidades terrestres y celestiales, y descuella entre todo lo más grande que Dios ha hecho. A la verdad: María es Madre de Dios, y con ello se dice todo lo más glorioso que de esta Señora se puede predicar. Para que podamos traslucir la grandeza de esta prerrogativa, vamos á desenvolver un pensamiento de San Buenaventura (5) hablando de esto mismo. Dios es infinitamente sabio (6); Dios es omnipotente (7); Dios es riquísimo en dones (8). Todo lo que su

(1) In lib. de Concep. Virginis.

(2) Luc., I, 28.

(3) Luc., I, 49.

(4) 3. pars., q. 7, art. 10, ad 1; Suárez, 3, pars., dist. 18., sec. 4.

(5) In Specul., cap. 4.

(6) I. Reg., II, 3; Rom., XI, 33; Philipp., III, 8; Coloss., II, 3.

(7) Génes., XVII, 1; Job, XV, 25; Tobías, XIII, 4; Apocal., XXI, 22; II. Machab., XV, 29.

(8) Psal. CXLIV, 16; I. Corinth., VII, 7; Ephes., IV, 8; Jacob., I, 17.

entendimiento concibe, su omnipotente brazo lo ejecuta; y cuando quiere henchir de bienes á una criatura, en su seno halla tesoros infinitos de naturaleza y gracia. Pues sin embargo de ser tan rico, no podría enriquecer con más gracias á quien de ellas estaba llena (1). A pesar de su infinita sabiduría, no sabría inventar un puesto más elevado, una dignidad mayor que la maternidad divina. Dios es omnipotente, repito; podría crear unos cielos más elevados, unas estrellas más refulgentes, un sol más encendido, un mundo más perfecto... todo lo que puede ser criado, su brazo omnipotente lo podría ejecutar; pero una Madre más pura, una Madre más perfecta, una Madre más santa, con toda su omnipotencia Dios no podría crear. ¿Qué es esto, Señor?... ¿A vuestra sabiduría, á vuestro poder osamos poner límites?... Pues ¿no sois Vos quien podéis hacer cuanto os plazca en el cielo y en la tierra?... (2). Así es, hermanas mías; mas no señalamos límites al poder, sabiduría y bondad de Dios, no, sino que enaltecemos cuanto podemos hacerlo, aunque no como se merece, la sublime dignidad de María por ser Madre de Dios. No decimos que sea finito lo que es infinito por naturaleza; mas engrandecemos tanto la dignidad de María, que nos atrevemos á decir que frisa con lo infinito. Tenemos, pues, asentado el fundamento en que estriba el poder inmenso de esta Señora: María es Madre, y Madre digna de Dios. Esto se dice pronto, hermanas mías, pero explicarlo no sería posible, aunque estuviéramos hablando un siglo entero. Es muy fácil decirlo, pero toda la eternidad no bastaría para llegar á comprender lo que significan, lo que encierran estas palabras: «María, Madre de Dios».

Ya no extraño que los Santos Padres y Doctores de la Iglesia no hallasen frases adecuadas para expresar las impon-

(1) Luc., I, 28.

(2) Psal. CXIII, 3; Ib. CXXXIV, 6.

derables riquezas é inapreciables tesoros de gracias que columbraron en este augusto misterio. Santo Tomás (1) dice que «la Bienaventurada Virgen, por su divina maternidad, »tiene cierta dignidad infinita del Bien infinito, que es Dios; »y por esta parte—añade—no puede hacerse cosa mejor, »tratándose de una pura criatura, como no puede haber cosa »más excelente que Dios». Lo mismo afirma Santo Tomás de Villanueva (2). Para que la Virgen María pudiera crecer en dignidad, dice San Bernardino (3), había de crecer en perfección el mismo Dios; mas como esto no es posible, tampoco puede concebirse Madre más santa ni más perfecta que la Madre de Dios. Ella es la imagen viva de la divinidad, escribe San Juan Damasceno (4), y su grandeza no tiene término, añade San Germán (5); no tiene otro término, dice San Agustín (6), que su mismo Hijo; de suerte que, como es el Hijo, así es la Madre. ¿El Hijo fué siempre santo? (8). Santa fué siempre la Madre. ¿El Hijo lleno de gracia? (7). De gracia llena la Madre. Sí, porque en la fábrica prodigiosa de este templo animado del Verbo eterno, presidía y daba disposiciones y leyes la divina maternidad; y al salir esta grande obra de manos del Artífice divino, sólo Él mismo, dice San Bernardo (9), podía aventajarla en gracia y en hermosura.

Añadid ahora, hermanas mías, á este océano de gracia santificante, el caudaloso río de otras gracias, así teológicas como morales, que forman el cortejo de la caridad, como escribe San Gregorio; añadid los dones del Espíritu Santo;

(1) Pars. 1, q. 25, art. 6, ad 4;  
2. 2, q. 103, art. 4, ad 2.

(2) Serm. 3, de Nativit. V. M.

(3) Tom. 1, serm. 61.

(4) De Nativit. Virginis; Sapient., VII, 26.

(5) De Dormit. Deiparæ.

(6) Serm. 10, ad frat. in eremo.

(7) Psal. CXLIV, 13; Marc., I, 24; Luc., IV, 34; Hebræ., VII, 26; I, Petr., I, 16; I. Joann., III, 3; Apocal., III, 7.

(8) Joann., I, 14.

(9) Serm. 51, de Concep., art. 3.

añadid los hábitos de aquellas innumerables virtudes que se producen con la repetición de actos y que recibió María en el momento de su animación; añadid todas las gratuitas que tuvo en hábito, según Alberto Magno (1); añadid... pero ¿qué es lo que intento?, ¿llegar hasta el fondo del abismo inmenso de sus gracias?... Desvarío. Ni los hombres, ni los ángeles, ni la misma Madre de Dios, en sentir de San Agustín (2), conoce toda la riqueza de sus tesoros. Vedla anonadada á vista de tanta grandeza; inútilmente quiere explicar á la madre del Precursor lo que en Ella ha hecho la gracia; las expresiones faltan á sus sentimientos, y lo único que sabe decirla es que *Dios ha obrado en Ella prodigios dignos de su omnipotencia* (3); y con razón, pues según el feliz pensamiento de San Antonino (4), agotó toda la gracia del Espíritu Santo.

¡Oh Reina de los cielos! ¡Oh portento de santidad! ¡Cuán perfecta os hizo Dios! En verdad sois la obra maestra del brazo omnipotente. No, el ingenio del hombre no puede crear, ni comprender, ni aun concebir nada tan perfecto como María, ni llegan á esa inconmensurable altura la sublime inspiración del artista, ni los fantásticos sueños del poeta... Luego como océano de gracia, María posee la plenitud de capacidad, esto es, de poder para con Dios, que quiso escogerla para Madre suya.

*Su misericordia.* Hablemos ahora de la segunda plenitud, que es la de redundancia ó de misericordia, por la cual también se nos presenta la Santísima Virgen como un mar inmenso de gracias y mercedes que suministra continuamente á los fieles que la invocan, puesto que es nuestra Mediadora de gracia, como voy á demostrarlo.

(1) Lib. de B. V., cap. 69, 70 et 71.

(2) Serm. de Assumpt.

(3) Luc., I, 35.

(4) 4 pars., tit. 15, cap. 2.

En el Código del tribunal divino que preside Jesucristo, *Juez de vivos y muertos* (1), hallamos leyes contrarias á las que rigen en los tribunales de la tierra. En éstos, ni las mujeres, ni los amigos ó domésticos del juez pueden intervenir en la causa ni abogar por el reo (2); en aquél, no solamente no excluye Jesucristo á los más amados para que patrocinen nuestras causas, sino que con suma benignidad ha elegido por Medianera entre nosotros y su divina Majestad á su misma Madre (3), es decir, á la más amada de todas sus criaturas (4); á la que le es tan doméstica que, *como Reina, se sienta á su diestra* (5); á la que el Juez, como Hijo, se juzga más obligado que lo estarán todos los hijos á sus madres. Así es; pues, como dice el Doctor Angélico (6), si el Hijo de Dios, antes de celebrar sus desposorios con la naturaleza humana, quiso recabar el consentimiento de la Virgen María, y una vez obtenido, *se ofreció voluntariamente* á redimir al hombre (7) y aun á hacerle particionero de todos los méritos y gracias de su *copiosa redención* (8), muy natural es que también por mediación de María, y con su beneplácito, distribuya á sus redimidos esos mismos dones y gracias, que constituyen como el fruto de su preciosísima sangre.

Desde entonces esta Virgen benditísima es nuestro consuelo, nuestro refugio y única esperanza, después de Jesucristo. Desde entonces María es la puerta oriental que conduce al Santuario de la divinidad, porque *ha entrado por Ella el Señor Dios de Israel*, como dice un profeta (9). ¡Oh cuántos caminos hay para la salud!, exclama San Juan Crisóstomo (10). ¡Cuántos medios y trazas amorosísimas ha inven-

(1) I. Reg., VII, 12; Act., X, 42.

(2) De Assesor. et domest., cap. 24.

(3) Joann., XIX, 26.

(4) Cant., II, 7.

(5) Psal. XLIV, 10.

(6) 3 pars., q. 30, art. 1.

(7) Isai., LIII, 7; Ephes., V, 2; Hebræ., X, 14.

(8) Psal. CXXIX, 7.

(9) Ezech., XLIV, 2.

(10) Homil. 90, ad popul.

tado Dios Nuestro Señor para facilitarnos la salvación! Bastaba, sin duda, que fuera nuestro Abogado el mismo Redentor (1); mas como á la vez es *Juez y testigo* incorruptible (2), quiso alentar y como ensanchar nuestra confianza, dándonos por Abogada á la que no había de ser sino favorecedora, dice San Bernardo (3). Y por cierto muy pronto se la ofreció ocasión de desempeñar este oficio, interviniendo en los dos primeros milagros que obró su divino Hijo. En el primero, dispensando en las leyes de la gracia; en el segundo, suspendiendo las de la naturaleza; en el primero, *como aurora* (4) que, avanzando por las montañas de Judea, *se apresura* (5) á que amanezca en la mente del Precursor el sol de la gracia que llevaba en su casto seno (6); en el segundo, logrando por su valiosa intercesión la conversión del agua en vino en las bodas de Caná de Galilea (7).

Y no debemos extrañar en esta Madre de misericordia tan solícito interés por la santificación y aun por el bien temporal de las criaturas, puesto que Jesucristo la tomó por compañera y cooperadora de su Redención para salvar á los hombres, como dice San Alfonso de Ligorio (8); y viendo Ella que fueron ellos ocasión de su grandeza, ¿con qué ímpetu de caridad se resolvería á amarlos y mirar por ellos? Los serafines más abrasados en amor no lo podrán explicar, ni los querubines, que se aventajan en sabiduría, lo podrán bastantemente entender, y más después que vió que su Hijo así amó á los hombres, que dió la sangre y la vida por ellos (9). ¿Cómo puede faltar voluntad donde sobra este amor? Nunca la faltó esta voluntad. Los pecadores arrepen-

(1) Judic., XI, 10; I. Timoth., II, 5; Hebræ., IX, 15; I. Joann., II, 1.

(2) Jerem., XXIX, 23.

(3) Serm. de Zona Virgin.

(4) Cant., VI, 9.

(5) Luc., I, 39; Eccli., XI, 24.

(6) Matth., I, 18.

(7) Joann., II, 5.

(8) Glorias de María, cap. 1.

(9) P. Rivadeneira. Flores

espirit.; Joann., X, 16; I. Corinth.,

XV, 3; I. Petr., III, 18.

tidos hallaron siempre en el compasivo Corazón de esta Madre amorosísima un manantial inagotable de misericordia; y si alguno ha tenido la desgracia de morir impenitente, cúlpele á sí mismo, dice San Bernardo (1), pues de seguro no ha querido recurrir á la valiosa intercesión de esta Señora.

*Ejemplo.* El ejemplo tristísimo, de todas vosotras sabido y consignado en las Santas Escrituras, viene á corroborar desgraciadamente esta opinión de San Bernardo, esto es, que sólo se condena el pecador empedernido que rehusa acudir á las plantas de María en demanda de perdón y misericordia. Aludo, hermanas mías, al desastroso fin del sacrilego y traidor apóstol, Judas Iscariote. Todos los Apóstoles que formaban la noble escuela de Cristo siguieron su doctrina (2), la predicaron y defendieron con su sangre, y se salvaron: sólo Judas perdióse eternamente (3). ¿Quién explica esto?... Judas, á quien prometió Jesucristo *un trono para juzgar al mundo* (4), ¿viene á morir con ignominia colgado de un árbol?... (5). Judas, que á tantas almas debió poner con sus trabajos apostólicos en el camino del cielo, ¿lanza al fin la suya en los abismos del infierno?... Judas, que en Nombre de Cristo arrojaba los demonios del cuerpo de los posesos (6), ¿muere poseído de los espíritus infernales?... (7). El mismo día en que se promete el paraíso á los ladrones (8), ¿se condena un apóstol?... Y la sangre preciosísima de Cristo, derramada en la cruz por la salvación del mundo (9), ¿no ha de aprovechar á este infortunado discípulo, puesto que aprovechó á muchos de los que intervinieron en la muerte del Salvador?... (10). Y si Judas se condenó en castigo de su

(1) Orat. paneg., ad B. V., cap. 8.  
 (2) Matth., XIX, 28; Marc., I, 18.  
 (3) Act., I, 25.  
 (4) Matth., XIX, 28.  
 (5) Matth., XXVII, 5.  
 (6) Matth., X, 8; Marc., XVI, 17.

(7) Joann., XIII, 27.  
 (8) Luc., XXIII, 43.  
 (9) I. Corinth., XV, 3; II. Corinth., V, 14.  
 (10) Luc., XXIII, 48.

ingratitude y dureza de corazón, como dice Teofilacto (1), ¿por qué Pedro, cabeza del apostolado, no tuvo el mismo desdichado fin? ¿No fué también ingrato con su Maestro, á quien negó tres veces, jurando y maldiciéndose á sí mismo?... (2). ¿Por qué no aconteció lo propio á los demás Apóstoles, que *padecieron escándalo* en la prisión de su Maestro y huyeron despavoridos, dejando al Salvador en manos de sus enemigos?... (3). ¿Sabéis por qué?, dice un piadoso escritor, devotísimo de María (4): Porque Judas, una vez efectuada la venta de su Maestro, no quiso acudir arrepentido á la amorosa intercesión de María, como lo hicieron los demás Apóstoles.

Corroboraba este aserto una revelación que la Virgen Santísima hizo á San Anselmo diciéndole: «Vinieron presurosos los discípulos y exclamaron anegados en llanto: ¡Oh carísima Señora! Vuestro amado Hijo y nuestro Maestro ha sido apresado por los judíos». Sólo el miserable Judas no recurrió á María, sino á los Príncipes de los Sacerdotes para decirles, dominado por la rabia y el despecho: *He pecado entregando la sangre del Justo* (5). ¡Oh!, si arrodillado á las plantas de esta benignísima Señora, hubiera proferido contrito esas mismas palabras, bien puede asegurarse que esta piadosísima Madre lo habría abrazado amorosamente y reconciliado con Dios. Ya veis, hermanas mías, por qué fueron perdonados los Apóstoles y reprobado Judas. De suerte, que esta Madre de misericordia puede repetir con verdad las mismas palabras que dijo Jesucristo á su Eterno Padre en la última plática que dirigió á los Apóstoles la noche de la Cena: *He guardado los que tú me diste y ninguno de ellos ha*

(1) Apud Sylveir., lect. 7, cap. 6.  
 (2) Matth., XXVI, 72.  
 (3) Marc., XIV, 50.

(4) A. Pacinchell., exercit. 4, in Ps. 26.  
 (5) Matth., XXVII, 4.

perecido, sino el hijo de perdición (1); pues, como dice San Buenaventura (2) hablando con la Virgen: «Quien en ti espera y á ti acude, hallará tesoros de paz; mas quien no te invoca en esta vida, no logrará entrar en el reino de Dios». Espoleado este mismo santo por el entrañable amor que profesaba á la Señora, y como si intentara ser oído en todo el ámbito del mundo, exclama entusiasmado: «Oíd, gentes; prestad atención á lo que os digo, los que deseáis eficazmente entrar en el reino de los cielos: Honrad á la Virgen María, y hallaréis vida (3) y salud perpetua».

Honremos á María, Madre de Dios por naturaleza (4) y Madre nuestra cariñosísima por adopción (5); pues, como escribe el Papa Inocencio III, su devotísimo siervo (6), Ella reúne en su augusta persona cuantos títulos, empeños é influencia necesita para disponer á su arbitrio de los tesoros inagotables de la divina misericordia (7). Ella es como *aurora naciente, bella como la luna, brillante como el sol, terrible y majestuosa como ejército formado en orden de batalla* (8). La luna—prosigue el mencionado Pontífice—alumbra la noche, el sol el día, la aurora al rayar el alba; la noche es símbolo del pecado, la aurora representa los albores de la conversión, esto es, la penitencia, y el día los esplendores de la gracia. Por tanto, quien tenga la desdicha de vivir en las tinieblas del pecado (9), ponga sus ojos en la luna, acuda á María, y con los rayos que recibe del *Sol de justicia* (10), alumbrará su corazón para que se conozca y se convierta. Quien ha dejado la culpa y se ejercita en la mortificación y penitencia, contemple esta hermosísima aurora, invoque á María y lo-

(1) Joann., XVII, 12.

(2) In Psalter. Virginis.

(3) Prov., VIII, 35.

(4) Luc., I, 43; Joann., II, 1.

(5) Joann., XIX, 26.

(6) Serm. 2, de Assumpt.

(7) Psal. CII, 17.

(8) Cant., VI, 9.

(9) Isai., IX, 2; Matth., IV, 16; Luc., I, 79.

(10) Malach., IV, 2; Luc., I, 78; Apocal., XXI, 23.

grará por su mediación el don inefable de la perseverancia. Y como *la vida del hombre sobre la tierra es una continua lucha* (1), quien se halle en peligro de sucumbir á los ataques ó asechanzas de alguna de las tres concupiscencias (2), no se desaliente, vuelva sus ojos á este ejército vencedor en todas las batallas, pronuncie con viva fe el Nombre de María, y huirán á sepultarse en sus antros los espíritus infernales, y renacerá en su corazón la *paz de Dios, que*, como dice el Apóstol (3), *sobrepuja todo entendimiento*.

¡Qué honor!, ¡qué consuelo!, ¡qué dicha!, poder llamar madre nuestra á la Madre del mismo Dios, cuya dignidad la eleva sobre la esfera de la comprensible, cuyo mérito la confunde casi con Dios y cuyo galardón lo constituyen los inagotables tesoros de la divinidad, para que esta Madre de misericordia los distribuya á su arbitrio entre sus hijos, los pobres pecadores que acudan á sus plantas benditísimas implorando su valiosa intercesión. No lo dudéis: Dios nos ha dado este milagro de su gracia para que sea nuestra luz y nuestra guía, nuestro consuelo y nuestra protección en este mundo; nos ha concedido este tesoro de gracia y de belleza, para que, extasiados en su contemplación, logre embelesar nuestros corazones y cautivarlos y rendirlos á su amor y servicio.

Amémosla entrañablemente, hermanas mías; profesémosla una tierna y sólida devoción, que consista principalmente en la imitación de sus virtudes, como dice San Bernardo (4). Las solas palabras no acreditan el amor, cuando éste es verdadero; nada significan, si no van acompañadas de obras y sacrificios, dice el Evangelista San Juan (5) y lo repite San Gregorio (6). Buenos son y muy dignos de aplau-

(1) Job, VII, 1; Job, XIV, 14; II. Timoth., III, 12.

(2) I. Joann., II, 16.

(3) Philipp., IV, 7.

(4) Serm. 1, de Assumpt.

(5) I. Joann., III, 18.

(6) Homil. 30, in Evang.

so los ejercicios de devoción y de piedad que suelen practicarse en obsequio de la Reina de los cielos; excelente y muy recomendada y eficaz la recitación diaria del Santísimo Rosario y demás prácticas piadosas que se la consagran, y ayudan maravillosamente á conservar el fervor y mantener viva la devoción á esta Señora; pero no constituyen por sí mismas la esencia de la verdadera devoción; no son sino medios eficaces para adquirirla y fomentarla. Por ello, sin abandonar estas prácticas y ejercicios, que tan agradables son á nuestra Madre, procuremos con tenaz empeño copiar en nuestras almas las perfecciones con que Dios la ha enriquecido; que no exista entre Ella y nosotros la monstruosa semejanza de una Madre pura y santa, y unos hijos que distan mucho de parecersele. Imitemos su fidelidad á la divina gracia ejercitando todas las virtudes, especialmente la humildad y la caridad en que tanto se distinguió. De esta suerte podremos llamarnos, y ser en realidad, verdaderos devotos de su Inmaculado Corazón y alcanzar la gracia imponderable de la perseverancia final que á todos sus devotos promete esta Señora cuando les dice: *Los que me honran, imitando mis virtudes, alcanzarán la vida eterna* (1).

(1) Eccli., XXIV, 31; S. Bernard., serm. 39, in Cant.

PROFESIÓN RELIGIOSA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



so los ejercicios de devoción y de piedad que suelen practicarse en obsequio de la Reina de los cielos; excelente y muy recomendada y eficaz la recitación diaria del Santísimo Rosario y demás prácticas piadosas que se la consagran, y ayudan maravillosamente á conservar el fervor y mantener viva la devoción á esta Señora; pero no constituyen por sí mismas la esencia de la verdadera devoción; no son sino medios eficaces para adquirirla y fomentarla. Por ello, sin abandonar estas prácticas y ejercicios, que tan agradables son á nuestra Madre, procuremos con tenaz empeño copiar en nuestras almas las perfecciones con que Dios la ha enriquecido; que no exista entre Ella y nosotros la monstruosa semejanza de una Madre pura y santa, y unos hijos que distan mucho de parecersele. Imitemos su fidelidad á la divina gracia ejercitando todas las virtudes, especialmente la humildad y la caridad en que tanto se distinguió. De esta suerte podremos llamarnos, y ser en realidad, verdaderos devotos de su Inmaculado Corazón y alcanzar la gracia imponderable de la perseverancia final que á todos sus devotos promete esta Señora cuando les dice: *Los que me honran, imitando mis virtudes, alcanzarán la vida eterna* (1).

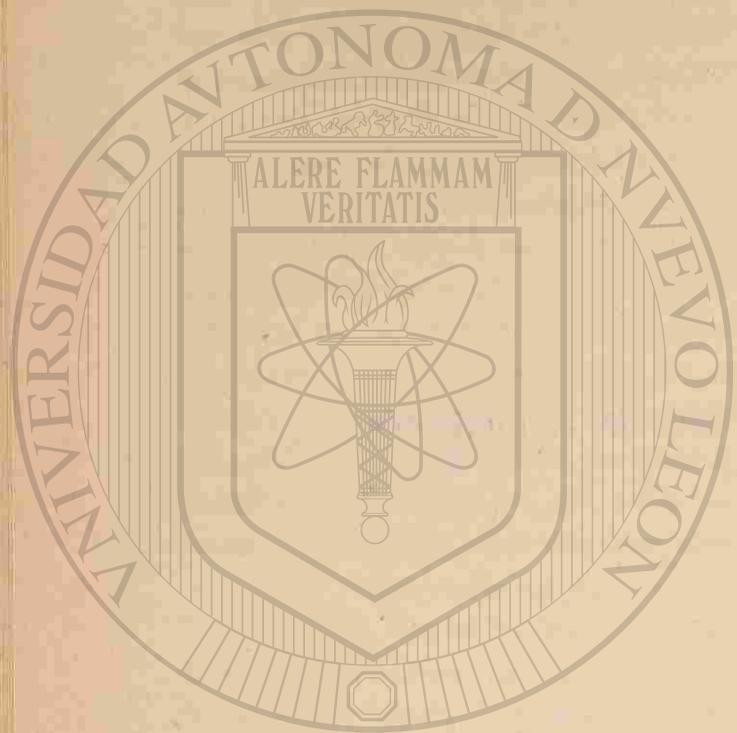
(1) Eccli., XXIV, 31; S. Bernard., serm. 39, in Cant.

PROFESIÓN RELIGIOSA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## PROFESIÓN RELIGIOSA <sup>(1)</sup>

*Veni de Libano, sponsa mea, veni de Libano, veni: coronaberis.*

Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano: ven y serás coronada.

(Cant. cant., IV, 8.)



A llegado, hermana mía, el momento tan deseado por ti de acercarte al altar santo, conducida por el celestial Esposo de las almas, para consumir el místico desposorio que el mundo desconoce, el corazón presente y Dios gustoso ratifica. Cuando hace un año fuiste admitida en la Religión en calidad de novicia, el enamorado Jesús se te mostró á lo lejos—como se mostraba á los israelitas que peregrinaban por el desierto—como una columna de fuego que guiaba tus pasos por las vías del amor (2), como una nube de esperanza que arrebatava tus ojos (3), como una aurora de hermosura que atraía fuertemente tu corazón con lazos de caridad.

Cual la esposa de los Cantares que no acertaba á sepa-

(1) Para religiosas de clausura.

(2) Exod., XIII, 22; Núm., XIV, 14.

(3) I. Corinth., X, 1; Esdr., IX, 19.

rarse de la puerta de su enamorado y permanecía en el umbral con los ardores y vehemencias de quien ansiosamente codicia (1), podías repetir á cada instante: *Estoy á la puerta y llamo* (2). Pudiste sospechar que tu Amor dormía por lo que en abrirte tardaba, y no era así, porque el Amor, *cuando duerme, tiene en vela el corazón* (3). Quería probarte; quería ver si pertenecías al número de las *vírgenes prudentes* (4); y cuando se ha convencido de que *tu amor es fuerte é invencible como lo es la muerte* (5); cuando ha visto que los hielos de tan dilatada espera no amortiguaron los ardores de tu devoción; cuando se ha asegurado de que eras digna de Él y de morar en su real palacio, es cuando viene á decirte: *Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano: ven y serás coronada*.

Sal, pues, hermana mía, *como esposa ataviada con sus más preciadas joyas* (6); sal á recibir al Amado de tu corazón, al *Esposo escogido entre millares* (7); *sal á recibir á tu Rey que viene á ti lleno de mansedumbre* (8) *para desposarte consigo para siempre* (9), *porque se ha enamorado de tu hermosura* (10) *y escogíote con preferencia á muchas de tus compañeras...* (11).

Mas antes de efectuar este místico desposorio, deseo—porque te interesa—que separes por un instante tus ojos de Jesús y los vuelvas á la realidad de la vida; que prestes atención, no al eco de la voz del cielo que te llama, sino á las palabras que voy á decirte. Tómallo con paciencia, hermana mía, y sea éste el primer sacrificio que ofrezcas á Dios: el de escucharme atenta mientras declaro:

- 1.º Qué es lo que la esposa da al Esposo.
- 2.º Qué es lo que el Esposo da á la esposa.

(1) Cant., III, 1.  
 (2) Apocal., III, 20.  
 (3) Cant., V, 2.  
 (4) Matth., XXV, 4.  
 (5) Cant., VIII, 6.  
 (6) Isai., LXI, 10.

(7) Cant., V, 10.  
 (8) Matth., XXI, 5.  
 (9) Osee, II, 19.  
 (10) Psal. XLIV, 12.  
 (11) Psal. XLIV, 8.

## I

*Qué es lo que la esposa da al Esposo.* De los que contraen matrimonio en el orden de la naturaleza, ha dicho Dios que *serán dos en una carne* (1). De este desposorio místico del alma religiosa con Jesucristo cabe decirse que serán dos en un mismo espíritu (2). Debe el alma consagrada á Dios vivir de tal suerte que se vaya despojando de su espíritu viejo, del espíritu de la vieja Eva (3), para adquirir el espíritu nuevo (4), el espíritu del nuevo Adán, que es Jesucristo (5), y de la nueva Eva, que es la madre Religión.

Lo primero que ha de llevar la religiosa al altar donde ha de ser entregada en los brazos del Esposo celestial, es el espíritu nuevo de sacrificio. ¡Ah!, no pienses, hermana mía, que la profesión religiosa constituye de suyo un medio eficaz para librarte de los rudos ataques de las tres concupiscencias (6), y que ya no has de verte en aprietos y congojas, en tentaciones y quebrantos, como si no vivieras en *cuerpo mortal y corruptible que agrava al alma* (7), que esto no es posible en esta vida; no te forjes la ilusión de que vas á recrear tu espíritu en las apacibles delicias de la holganza, ni á retirarte de la gran batalla en que están empeñados los hijos de Dios contra el poder de las tinieblas (8), ni á hallar un lugar seguro y un puerto abrigado donde pasar tranquilamente el resto de los años contemplando los horrores que causa la tormenta en los infelices que navegan por este golfo tempestuoso del mundo. Ni vivas en el error de que la vida religio-

(1) Génes., II, 24; Matth., XIX, 5; Marc., X, 8; I. Corinth., VI, 16; Ephes., V, 31.  
 (2) Joann., XVII, 11; I. Corinth., VI, 17.  
 (3) Ephes., IV, 22.

(4) Ezech., XI, 19.  
 (5) Ephes., IV, 24; Coloss., III, 10.  
 (6) I. Joann., II, 16.  
 (7) Sapient., IX, 15.  
 (8) Ephes., VI, 12.

sa es tranquila como las aguas de un lago, serena como una plácida noche de estío, dulce como blando y aromoso lecho de rosas, porque la vida religiosa es vida de perenne é incruento sacrificio. Sólo una consideración hace suave y deleitoso este sacrificio y es, que matamos los fementidos goces de la tierra, para saborear la dulcedumbre de los placeres del cielo; mortificamos la carne, para dar libertad al espíritu (1); ayunamos en el tiempo, para saturarnos en la eternidad (2); nos crucificamos en vida, para resucitar á vida perdurable (3).

**Pobreza.** El primer sacrificio que se le impone á la persona que hace votos en la Religión—sea ésta cual fuere—es el del mundo exterior, el de las cosas del siglo, el de los bienes de la tierra, el de las haciendas y haberes, que son espinas que atormentan el corazón (4). Es lo primero que harás, hermana mía, con el voto de pobreza; aunque á decir verdad, procurando la Religión *vestido con que cubrirte y alimento* que repare tus fuerzas (5), la pobreza religiosa ha de estar más en el espíritu que en el cuerpo, en el deseo más que en la obra.

Es un sacrificio que te exige el Esposo que vas á tomar. Tan codicioso está de tu amor (6), que no consiente se te pegue el corazón á ninguna de esas cosas baladíes, que el mundo llama bienes de fortuna (7) y tras las cuales son arrebataados los ojos y el corazón de los hombres. Quiere que sean tan espirituales, tan sin mezcla de materia tus castos amores, que ni el apetito, ni el deseo, ni la sombra de cosas terrenas y groseras puede tolerar. No sufre su amante Corazón que le robes al amor el tiempo que habrías de consagrar

(1) Rom., VIII, 13; II. Corinth., VII, 1.

(2) Psal. XVI, 15; Jerem., XXXI, 25.

(3) Rom., VIII, 17.

(4) Luc., VIII, 14.

(5) I. Timoth., VI, 8.

(6) Prov., XXIII, 26.

(7) Sapient., II, 6; I. Corinth., XV, 32.

á los cuidados terrenos; por eso amó tanto la pobreza; por eso *ama á los pobres de espíritu y les promete el reino de los cielos* (1), porque la pobreza, desembarazando de afanes y cuidados, deja en más libertad para amar y servir al Esposo. Por tanto, con el fuego de la devoción que el Señor ha puesto en tu alma, debes encender y abrasar en la pira de tu corazón á los enemigos de tu reposo (2), esto es, las vanidades y locuras del siglo, esas haciendas, esos faustos, esos aparatos que á los mundanos seducen y que desprecian los hijos de Dios, los amadores de los bienes á que no alcanza *el diente de la polilla ni la codicia del ladrón* (3). Quédese para los mundanos el afecto al lujo, la pasión por las piedras preciosas, la adoración del becerro de oro (4); tú que debes ser espiritual, y en los santos amores debes arder, despójate de los trapos en que otros cifran la dicha y vístete el traje nupcial de las vírgenes consagradas á Dios, que es la blanca túnica de la pureza y la regia púrpura de la encendida caridad (5).

Si atentamente lo consideras, hermana mía, este sacrificio es harto fácil y, si me apuras, ventajoso. Fácil, porque cuanto dejas, ó es *vil metal que el orín consume* (6), ó es *heno del campo que por la mañana florece y á la tarde está seco* (7). Todas las riquezas del mundo son eso: *codicia de ladrones*, alimento de malos deseos, repugnante *idolatría* (8), pasto de las llamas; son carga del espíritu, *concupiscencia de los ojos* (9), distracción del pensamiento, afán del alma; son tierra que llama á la tierra, cadenas que esclavizan, redes que tiende el demonio para robar la libertad del corazón; son lazos que

(1) Matth., V, 3; Luc., VI, 20.

(2) Psal. XCVI, 3.

(3) Luc., XII, 33; I. Timoth., VI, 19.

(4) Exod., XXXII, 8; III. Reg., XII, 28.

(5) Prov., XXXI, 22; Apocal., III, 5.

(6) Matth., VI, 19.

(7) Eccli., XIV, 18; Isai., XL, 7; Jacob., I, 10; I. Petr., I, 24.

(8) Ephes., V, 5.

(9) I. Joann., II, 6.

ahogan, semillero de iniquidades engendrador de insomnios; son *muerdos que entierran á muertos* (1), son esposas que atan las manos, grillos que sujetan los pies y *grande impedimento* para el logro *de la salud eterna* (2). El sacrificio de semejantes naderías y basuras—pues todo lo que no sea Jesucristo es basura y perdición (3),—el sacrificio de cosas que estén lejos de nosotros para que menos fuerza de sugestión ejerzan sobre nuestras almas, es fácil y ventajoso, porque con lo que nada vale compramos el amor del Corazón de Jesús, y con lo que en la tierra ha de quedar—porque es de origen y naturaleza terrenos—adquirimos *el ciento por uno en esta vida y la gloria en la que no ha de tener fin* (4).

*Castidad.* Otro sacrificio exige é impone la profesión religiosa, y consiste en refrenar las concupiscencias de la carne por el voto de castidad. Debes suponer que no se habla de aquellos pensamientos, deseos, palabras y obras que á ningún cristiano se le permiten, porque están en oposición con la Ley de Dios y los preceptos de la naturaleza; se trata del sacrificio de todo placer sensual de cualquier modo procurado; trátase de hacer la vida de pureza que hacen los ángeles en el cielo; trátase de olvidar las necesidades de la carne y de dar muerte á aquel aguijón mortificante que tanto molestaba á San Pablo (5); y tanta debe ser la pureza y delicadeza de las religiosas en este punto, que hasta repugne hablar de él, toda vez que, como escribe el mencionado Apóstol, *ni siquiera debe nombrarse* (6).

No extrañes, hermana mía, que el divino Esposo Jesús sea tan extremadamente celoso de tu amor (7), que llegue á exigirte tan minuciosa circunspección y cuidado en este

(1) Matth., VIII, 22.

(2) Prov., XI, 4; Eccli., V, 10; Matth., XIX, 23.

(3) Philipp., III, 8.

(4) Matth., XIX, 21; Marc., X, 21; Luc., XVIII, 22; Coloss., II, 3.

(5) II. Corinth., XII, 7.

(6) Ephes., V, 3.

(7) Exod., XXXIV, 14.

punto, puesto que te lo pide con harta justicia. *Eres hechura suya* (1), propiedad suya; *ya no sois de vosotros*, dice San Pablo (2), sino de Dios; como esposa de Cristo, á Él perteneces en cuerpo y alma; en consecuencia, deduce el Apóstol, *debes glorificarle y llevarlo siempre en tu cuerpo*, convertido por la gracia *en morada del Espíritu Santo* (3), *y el ornamento de la Casa de Dios*, añade el Profeta, *debe ser la santidad por la serie de los siglos* (4). El divino Esposo lo exige así; Él que es todo pureza y santidad (5), que no consintió ni aun la sugestión en este punto, aunque otras tentaciones quiso padecer (6), no ha de tolerar en sus esposas, las almas religiosas, cosa contraria á esta pureza *de cuerpo y de espíritu* (7), como no se sufren manchas en los vestidos de gran precio, ni empañadura en el límpido cristal del alma, donde como en un espejo se mira Dios (8).

Medita sosegadamente la esposa la calidad y limpieza del Esposo (9) al cual se une y las espirituales bodas que celebra, y convénzase de cuánto la importa la pureza en el pensamiento y en el deseo, en la palabra y en la acción. Es Jesucristo el Cordero que *se apacienta entre lirios* blanquísimos y perfumados (10), que son los pensamientos y deseos de las religiosas; piensen éstas que viven en las casas donde mora su Esposo, y guárdense de llenarlo del *oprobio é ignominia de la suciedad* (11). Vivir entre el vaho de esta pestilencial condición de la materia y no impregnarse de él; rozar con las alas esta baja tierra y no contaminarse; ser mujer por la naturaleza y ángel por la pureza; ser carne de concu-

(1) Job, X, 8; Psal. XLIX, 3; Psal. CXVIII, 73.

(2) I. Corinth., VI, 19.

(3) II. Corinth., VI, 16.

(4) Psal. XCH, 5.

(5) Levit., XI, 14; Josue, XXIV, 9; I. Reg., II, 2.

(6) Hebræ., IV, 15.

(7) I. Corinth., VII, 34.

(8) Job, XXXIV, 21; Jerem., XVIII, 10; I. Petr., III, 12.

(9) Cant., V, 15; Joann., VIII, 46.

(10) Cant., III, 16.

(11) Isai., XXII, 18; Jerem., III, 25.

piscencia y conservar inmaculado el espíritu, tal es la materia de este segundo sacrificio, el cual, cuanto es más costoso, tanto es más meritorio.

*Obediencia.* Después de haber sacrificado el alma religiosa en aras de su amor al Esposo las cosas que se han dicho, esto es, el mundo con todos los trofeos de sus pompas y vanidades y la carne con su asqueroso y repugnante cortejo de concupiscencias y liviandad, aun la queda algo que sacrificar, algo que es más íntimo, más personal, que la llega más al alma, esto es, el propio juicio y la voluntad propia. Este postrer sacrificio lo hace mediante el voto de obediencia.

Tan importante es este sacrificio en el estado religioso, que constituye su esencia, y sin él los restantes no tienen mérito y él solo basta para cimiento de toda Religión, dice el Doctor Angélico (1). ¿Para qué querría el Esposo de su esposa el sacrificio del mundo y el de la propia carne, si no se le hiciera el de la voluntad? Voluntades quiere Jesucristo (2), voluntades prontas y devotas, voluntades rendidas y sacrificadas, voluntades dóciles y obedientes. Sin el sacrificio de la voluntad en obsequio de la obediencia, ni el retiro es morada de santificación, ni las almas son esposas de Dios, ni Dios hace mansión en los corazones, ni el desposorio espiritual es unión fuerte é indestructible, ni existe el vínculo religioso, ni puede el Señor gobernar la amada grey de sus esposas, ni siquiera hay vida espiritual.

Consiste este sacrificio en desasirse del juicio privado y en no hacer cosa por propia voluntad. Ya no manda la religiosa en sí misma, sino que manda la Superiora y el confesor, mandan las Constituciones y Reglas, manda Dios á quien se rinde la voluntad (3). No es lo mejor y más perfecto aquello

(1) 2. 2. q. 186. art. 8; Suárez, De statu relig., lib. 10, cap. 9.

(2) Prov., XXIII, 26; Act., XIII, 22.

(3) Luc., X, 16; I. Joann., IV, 6.

que nos parece, sino aquello que se nos manda, porque no es la obra en sí misma, sino el rendimiento del propio juicio y voluntad lo que da valor á nuestros actos. Los que en el siglo viven son mariposas que vuelan libremente por el ameno jardín de las virtudes, deteniéndose en aquellas flores que más halagan la vista ó más recrean el olfato; las esposas de Jesucristo están sujetas al *suave yugo* de la obediencia (1), y es para ellas virtud lo que se las manda, aunque parezca lo menos perfecto, y es vicio y defecto aquello que se las prohíbe, aunque tenga trazas de ser lo mejor. El regalo del cuerpo y el placer del espíritu son de mayor mérito en la presencia de Dios—si se ajustan á los preceptos y fueros de la obediencia—que el ayuno y la mortificación voluntariamente impuestos y practicados (2). En una palabra, la obediencia es virtud, es mérito, es justicia, es religión, es santidad, es seguridad; la obediencia es la sustitución de la voluntad propia por la de Dios. Esta es, hermana mía, la dote que llevar debes al pie del altar de Dios, como desposada con Jesucristo.

Si te pareciere pesado y duro el sacrificio que el celestial Esposo te exige—y bien sé que hoy no te lo parece y plegue al cielo que no te lo parezca nunca—y juzgares que das mucho á Dios, voy á declararte brevemente lo que para la segunda parte te prometí, es decir,

## II

*Lo que el Esposo da á la esposa.* Cuando en los matrimonios del mundo existe notable desigualdad en las dotes de los desposados, rómpese alguna vez la buena armonía de los cónyuges y la paz falta en el seno del hogar.

(1) Matth., XI, 30; I. Joann., V, 3.

(2) I. Reg., XV, 22; Isai., LVIII, 3; Osee, VI, 6.

En este desposorio místico, llamado profesión religiosa, si mucho aporta la desposada, no es poco lo que el Esposo trae; su dote es tan rica y tan copiosa, que logra henchir de bienes el corazón de la esposa y saciar todos sus anhelos. Jesucristo (1): ved aquí el más rico tesoro del alma (2), por cuya adquisición ha renunciado la esposa todos sus haberes con el voto de pobreza, y quien logra poseer á Jesús, lo posee todo.

1.º En efecto: Jesucristo es infinitamente veraz (3); *es la verdad* por esencia (4), y *antes faltarán el cielo y la tierra* (5) que deje de cumplir lo que ha prometido, y Jesucristo ha prometido á quien todo lo renuncie por su amor dos premios: uno futuro, que es *la vida eterna*, y otro presente, que llama *céntuplo* ó ciento por uno (6); y el número de ciento, que es número de perfección, simboliza, dice San Agustín (7), el conjunto de todos los bienes que el corazón humano puede lícitamente desear para ser feliz y bienaventurado del modo que puede serlo en este mundo. Y este premio de ciento por uno no consiste principalmente en bienes temporales, sino en bienes espirituales, si bien en los temporales no ha de faltarles á estos pobres de espíritu la divina Providencia que *alimenta á las aves del cielo y viste á los lirios del campo* (8), y aun han de lograrlos sin tasa, dice San Jerónimo (9), y así lo dió á entender el Salvador divino cuando, con el *céntuplo* que prometió á sus discípulos, añadió que recibirían también *casas y hermanos y hermanas y heredades* (10)

(1) Philipp., I, 21; Sapient., VII, 11; Luc., XII, 31.

(2) Cant., III, 4; Cant., VIII, 8.

(3) Exod., XXXIV, 6; Psal. LXXXV, 15; Matth., XXII, 16.

(4) Joann., XIV, 6; II. Corinth., XI, 10; Ephes., IV, 21; I. Joann., V, 6.

(5) Matth., XXIV, 35; Marc., XIII, 31; Luc., XVI, 17; Luc., XXI, 33.

(6) Matth., XIX, 29.

(7) Epist. 89, quæst. 4.

(8) Matth., VI, 25; Luc., XII, 22.

(9) Super Matth., lect. 3, cap. 9.

(10) Marc., X, 30.

y cuanto hubieren menester para satisfacer cumplidamente las necesidades de la vida.

Y así, la religiosa que renuncia sus bienes por amor de Cristo, recibe, dice Casiano (1), *la adopción de los hijos de Dios* (2), y los hijos de Dios tienen al mismo Señor *por única herencia* y posesión, añade el real Profeta (3); y teniendo á Dios lo poseen todo, como afirma el Apóstol, hablando con los pobres de espíritu (4): *Todas las cosas son vuestras: el mundo, la vida, la muerte, lo presente y lo futuro; mas vosotros sois de Cristo* (5). «Estos pobres voluntarios, escribe San Ambrosio (6), comienzan á poseer á Dios en esta vida, y »la posesión de este Bien infinito, que encierra todos los »bienes (7), constituye el único adecuado galardón de la »pobreza de espíritu». Por las heredades que han abandonado, reciben el *céntuplo* en copiosísimos frutos espirituales que *no roba el ladrón ni consume la polilla* (8); por las posesiones á que han dado de mano, vienen á ser *templo de Dios* (9) y *morada del Espíritu Santo* (10). Decíme: ¿hay bien alguno en la tierra ni en el cielo que pueda equipararse con nuestro Dios? (11). ¿Qué cosa más magnífica y deseable, dice San Bernardo (12), que este *dulce huésped del alma*? (13). ¿Qué bienaventuranza hay comparable con la divina posesión? ¿Qué cosa puede haber de mayor deleite, de mayor nobleza y de más provecho para el alma que ésta?... Este es el *maná escondido* que se promete al vencedor, y el nombre nuevo

(1) Collat. últ., cap. últ.

(2) Rom., VIII, 15; Galat., IV, 5; Ephes., I, 5.

(3) Núm., XVIII, 20; Deuter., XVIII, 2; Psal. XV, 5; Eccli., LXV, 27.

(4) I. Corinth., VI, 10.

(5) I. Corinth., III, 22.

(6) In psalm. 118; Génes., XV, 1.

(7) Rom., VIII, 32; Rom., XI, 36.

(8) Luc., XII, 39.

(9) I. Corinth., III, 16; II. Corinth., VI, 16; Coloss., III, 16; Ephes., III, 17.

(10) Psal. V, 12; II. Timoth., I, 4.

(11) I. Paral., XVII, 20; Tobías, XIII, 4; Sapient., XII, 13; Psal. XVII, 32.

(12) Serm. 3, de Pass. Domini.

(13) Génes., XLIX, 26; Cant., V, 16.

que ninguno conoce, sino quien lo recibe (1). Esta es la dádiva buena y el don perfecto que viene de arriba del Padre de las lumbres (2). Esta es la libertad y primicias del espíritu, los deleites de la caridad, la gloria de la conciencia (3), el reino de Dios en el alma (4) y el gozo en el Espíritu Santo (5). Este es el fuego que Cristo vino á traer á la tierra, y deseó con vehemencia que ardiese en los corazones (6). Esta es la paz que sobrepaja todo entendimiento y razón (7), y sólo es conocida de quien la posee, y quien la haya experimentado, dice Casiano (8), no tendrá palabras con que explicarla. Este es, en suma, aquel Bien infinito cuyas inefables riquezas y magníficos tesoros ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón humano puede alcanzar (9). ¡Oh largueza inmensa! ¡Oh infinita magnificencia!... Confieso, Señor, que dais á vuestros siervos, no sólo por uno ciento, sino infinitos cientos, pues os dais á Vos mismo, en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (10). Eso es, hermanas mías, la profesión religiosa; eso es lo que el Esposo da al alma que todo lo renuncia por su amor.

2.º Lo segundo que la esposa da al Esposo es el cuerpo, esto es, los amores mundanos, amargados frecuentemente con el cruel desencanto; los placeres de la sensualidad, que son lecho de rosas con trama de punzantes espinas. Dios, en cambio, brinda al alma con la copa de los dulcísimos amores espirituales que, como amores de Esposo y de tal Esposo, son néctar y delicia del corazón, y calman las inquietudes del alma, y dan paz y sosiego al espíritu y regocijo á la volun-

(1) Apocal., II, 17.

(2) Jacob., I, 17.

(3) II. Corinth., I, 12.

(4) Luc., XVII, 21.

(5) Rom., XIV, 17.

(6) Luc., XII, 49.

(7) Philipp., IV, 7.

(8) Collat., XII, cap. 13.

(9) Isai., LXIV, 4; I. Corinth., II, 9.

(10) Coloss., II, 3; La Puente. Est. relig., trat. 3, cap. 10.

tad, y no son pasajeros sino inmortales, ni acaban por el hastío sino por la hartura, como dice el real Profeta (1).

Así es, hermanas mías; el alma que consagra á Dios con voto su virginidad, es verdadera esposa de Cristo. Lo afirman todos los teólogos con Santo Tomás; y añade este Santo Doctor (2) que no hay en el mundo unión tan íntima, ni lazo tan apretado como el que une á estas almas con Jesucristo. Es cierto, dicen San Jerónimo (3) y San Agustín (4), que estas almas privilegiadas, como vírgenes, ocupan en el cuerpo místico de la Iglesia un lugar muy honorífico y distinguido, puesto que las cabe la honra incomparable de vivir estrechamente unidas con Jesucristo en calidad de esposas. Con regaladas frases lo confirma el Esposo divino, cuando dice al alma casta: *Te desposaré conmigo para siempre; y te desposaré conmigo mediante la misericordia y la clemencia; y te desposaré conmigo mediante la fe; y conocerás que yo soy el Señor* (5). *La fe, que obra por la caridad*, como dice San Pablo (6), es la que concierta este inefable desposorio; ella es la que une al alma con el Verbo divino, y la presta sus brazos para que lo estreche con efusión entrañable y no se separe nunca de su lado; y así como la esposa está obligada á seguir á su esposo adonde quiera que él fuere y á vivir donde él viviere, sin que haya entre ambos división de lugar, ni habitación secreta, ni puerta cerrada; así el alma casta y santa, una vez desposada con Cristo, *le sigue adonde quiera que va* (7), acompañándole con santas meditaciones, y andando en su presencia con fervorosos afectos; y Él, *herido en su Corazón* (8), la introduce en la pieza reservada de sus amores (9), *la esconde en el secreto de su rostro adonde no llega el bullicio de*

(1) Psal. XVI, 15.

(2) 4. pars, dist. 27, q. 1, cap. 3.

(3) In epist. ad Philemonem.

(4) Tract. in Joann.

(5) Osee, II, 19-20.

(6) Galat., V, 6.

(7) Apocal., XIX, 4.

(8) Cant., IV, 9.

(9) Cant., I, 3; Cant., II, 4.

los hombres, como dice el Profeta (1), y la une consigo con unión de íntimo amor, como esposa predilecta. Y al verse ella tan tiernamente amada y tan soberanamente favorecida, no puede menos de exclamar *desfallecida de amor* (2), como la Esposa de los Cantares: *He hallado al que ama mi alma; asido le tengo y no lo soltaré* (3). No le dice como Jacob: *Echadme vuestra bendición y os soltaré* (4); sino: «ya que os tengo, »no he de soltaros, porque no quiero vuestra bendición, sino »á Vos». ¡Oh Amado mío! *¿qué tengo yo en el cielo, ó qué busco fuera de Vos en la tierra?* (5)... No extrañéis este lenguaje, dice San Bernardo, porque el amor desprecia todo lo que no es la cosa amada, y con la posesión de ella se halla contento y rico; y por ello el alma enamorada no se cansa de repetir: *Mi amado para mí y yo para Él* (6); Él es todo mío, y yo toda suya; Él está conmigo, y yo estoy unida con Él, porque los dos somos un espíritu (7), y Él quiere lo que yo quiero, porque yo no quiero sino lo que Él quiere. Todas mis cosas son suyas, como las suyas son mías; mía es su omnipotencia, para defender mi pureza; mía su sabiduría, para conocer las astucias de Satanás; mía su prudencia, para adornar mi lámpara (8), y mías sus virtudes, para enriquecerme con ellas y alcanzar muy gloriosas victorias (9).

Decidme: ¿qué mujer hay que no desee unirse con un esposo rico, poderoso, discreto, noble y bueno, por tener con él nobleza, abundancia, paz, contentamiento y regalo? Y ¿quién más rico, quién más constante, quién más fuerte y poderoso y fiel que nuestro buen Jesús?... ¡Oh desposorio soberano y transformación divina, no por cierto de otra mano que de la omnipotente de Dios!... Y este desposorio celestial

(1) Psal. XXX, 21.

(2) Cant., II, 5.

(3) Cant., III, 4.

(4) Génes., XXXII, 26.

(5) Psal. LXXII, 25.

(6) Cant., II, 16

(7) I. Corinth., XII, 1.

(8) Matth., XXV, 7.

(9) La Puente. Est. relig., trat. 2, cap. 4.

es sempiterno, pues si bien tiene su principio en la tierra por la fe y la caridad, logra su consumación y perfección en el cielo, y durará mientras dure la vida del Esposo y de la esposa, es decir, por los siglos de los siglos.

Ya lo veis, hermanas mías; la religiosa con el voto de castidad da á Dios las concupiscencias y el Señor la recompensa con los afectos; le da lodo y Él la regala con el deleite del maná (1); de arte, que el que gusta una vez las delicias inefables del amor divino (2), por fuerza ha de cobrar repugnancia á los humanos amores. En una palabra, el Corazón de Dios por el del hombre, la suavidad de la gracia por la grosería de la carne, el oro por la escoria: eso es lo que el Esposo da á la esposa, en recompensa de lo que de ella recibe.

3.º Ultimamente, por el voto de obediencia que, en sentir del Doctor Angélico (3), es el más excelente, la religiosa entrégase á Dios en cuerpo y alma, poniendo en sus divinas manos su propia voluntad y juicio, fiando en la divina Providencia que la gobernará por medio de los Superiores, sus representantes en la tierra (4), y cumpliendo á la vez este consejo del apóstol San Pedro: *Arrojad vuestra solicitud en Dios, porque Él tiene cuidado de vosotros* (5). Con este voto la religiosa ofrece á Dios lo más grande, lo más precioso, la prenda más codiciada de todo sér racional: su libertad. Por tanto, muy valiosa y magnífica y extraordinaria debe de ser la recompensa que el Señor tiene reservada para almas tan generosas y tan enamoradas de su bondad y Providencia. Si al que deja sus padres, hermanos y hacienda dícele Dios que Él será su padre, su hermano y su única herencia y pose-

(1) II. Paral., V, 10; Sapient., XVI, 20; Hebræ., IX, 4.

(2) Psal. XXX, 20; Cant., II, 3; Eccli., XXIV, 27; I. Petr., II, 3.

(3) 2. 2, q. 186, art. 8.

(4) Luc., X, 16; I. Joann., IV, 6.

(5) I. Petr., V, 7; Psal. LIV, 23; Matth., VI, 25.

sión (1), y al que renuncia los amores mundanos Él mismo se le ofrece por Esposo (2), ¿qué no dará al que se deja á sí mismo, que es lo sumo que puede dejar? Si tanto ofrece al que renuncia las cosas exteriores, ¿qué no ofrecerá á quien deja su propia voluntad y juicio y los deseos y aficiones de su corazón, por imitarle y seguirle hasta la muerte?... Bien claro lo dijo el divino Salvador á sus Apóstoles cuando le hicieron esta misma pregunta: *En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido, os sentaréis como jueces el día del juicio para juzgar al mundo* (3). Advertid, dice San Jerónimo (4), que no dijo Jesucristo: Vosotros que dejasteis todas las cosas; sino: *Vosotros que me habéis seguido*; porque seguir á Cristo es lo más perfecto, y á eso, dice Santo Tomás (5), se reduce el voto de obediencia, pues el que obedece sigue la voluntad y parecer de otro. De modo que esta promesa de Cristo alude á los que le siguen, esto es, á los religiosos que se obligan con voto á obedecer. *Vosotros que me habéis seguido, os sentaréis como jueces el día del juicio para juzgar al mundo*.

Gran promesa, hermanas mías, soberana recompensa, espléndido galardón de la divina munificencia, cuyo valor no alcanza á comprender ni aun á concebir el humano entendimiento. Así lo han confesado los Santos Padres de la Iglesia, y por ello ciñéronse á encomiarla con todos los primores de su elocuencia y á dar el parabién á las personas religiosas en ella comprendidas. Entre las alabanzas que tributa á los religiosos San Gregorio Nacianceno, dice que á ellos aludía también Jesucristo cuando prometió á los Apóstoles que juzgarían al mundo sentados en tronos, como jueces asesores (6). San Jerónimo corrobora esta opinión diciendo que

(1) Génes., XV, 1.  
 (2) Psal. XV, 5.  
 (3) Osce, II, 19.

(4) Matth., XIX, 28; Lib. 5, in Matth., cap. 19.  
 (5) 2. 2, q. 184, art. 3, in corpore.  
 (6) Orat. 1.<sup>a</sup> cont. Julian. apost.

consagrarse en cuerpo y alma al servicio de Dios constituye un acto heroico, propio y exclusivo de Apóstoles y verdaderos creyentes, y quien á ello se resuelve, desde luego puede contarse en el número de los que han de juzgar á todas las gentes en el día del Señor (1). El insigne Doctor San Agustín, tan acertado en sus juicios, dice: «Los que no practican el gran consejo de renunciar todas las cosas y seguir á Cristo (2), si cumplieron los preceptos de su santa Ley y socorrieron á Jesús en la persona de los pobres (3), no se sentarán con Él en calidad de jueces al fin del mundo, pero estarán á su derecha y serán juzgados con misericordia; puesto que el ser jueces asesores con el *Juez de vivos y muertos* (4) está reservado á los Apóstoles y á los que, como ellos, hiciéronse pobres y le siguieron con perfección hasta la muerte» (5). ¡Oh gracia imponderable!, exclama aquí San Bernardo lleno de entusiasmo (6). ¡Oh divina familiaridad! ¡Oh colmado honor, nunca imaginado! ¡Oh prerrogativa de perfecta seguridad! El gran día del juicio, día de ira, de calamidad y de miseria (7); día que, sólo imaginado, llenaba de terror al Santo Patriarca Job (8) y pedía á Dios le escondiese en el infierno—ó sepulcro—hasta que desfogase su ira contra los pecadores, ese mismo día será el de mayor honra y gloria para las humildes religiosas que hubieren renunciado los honores, placeres y riquezas del mundo y seguido á Jesucristo. ¿Quién podrá encarecer la paz, la dicha, el gozo y santa libertad con que estas almas afortunadas, con envidia de todas las generaciones allí presentes, volarán á ocupar el trono designado por el supremo Juez para juzgar con Él al mundo universo?... Tengo para mí que,

(1) Epist. 28, lib. 3, in Matth., cap. 19.  
 (2) Matth., XIX, 21.  
 (3) Matth., XXV, 40.  
 (4) Jerem., XXIX, 23; Act., X, 42.

(5) Epist. 89, quæst. 4.  
 (6) Serm. 2, super Psal. 90.  
 (7) Sophon., I, 15.  
 (8) Job, XIV, 13.

á vista de un espectáculo tan nuevo y sorprendente, la incon-  
table muchedumbre de seres allí congregados, rindiendo tri-  
buto á la justicia, no podrá menos de exclamar maravillada:  
¡Mil veces felices y bienaventuradas las almas religiosas que,  
renunciando el mundo y á sí mismas, siguieron al Cordero  
inmaculado hasta el fin de su vida!... También nosotros, ad-  
mirando las magnificencias de Dios (1), podemos repetir con  
el Rey Profeta: *Extremadamente habéis honrado, Señor, á vues-  
tros amigos; sobremañera se ha fortalecido su imperio* (2). Bendi-  
to y alabado seáis Vos, Señor, que tan espléndidamente re-  
muneráis á vuestras esposas, pues no os contentáis con  
darlas el reino de los cielos (3), sino que las hacéis tan gran-  
des y tan señaladas mercedes en él (4), que sean jueces uni-  
versales de todo el mundo juntamente con Vos.

*Epílogo.* Tales son, hermana mía, las joyas y prendas que  
á manera de dote aporta el Esposo celestial al místico despo-  
sorio. Por bienes de naturaleza, bienes de gracia; por dudo-  
sos y punzantes deleites, suavidad, regalo y dulzuras inefa-  
bles; por voluntad flaca y mudable, soberana autoridad para  
juzgar al mundo. Por ello las almas que han entendido este  
negocio en que se da basura por oro de ley (5), pliegan las  
alas de sus ambiciones terrenas, cierran los ojos á las fala-  
cias del mundo, desoyen la voz de la carne, desprecian los  
halagos de la pasión y vuelan al claustro, y del claustro á los  
brazos de su divino Esposo que las llama secretamente con  
estas palabras: VENI DE LIBANO, SPONSA MEA, VENI DE LIBANO,  
VENI: CORONABERIS. *Ven del Libano, esposa mía, ven del Libano:  
ven y serás coronada.*

Así lo has comprendido tú, dichosísima novicia. No an-  
dabas descaminada cuando, movida por la gracia, llamaste

(1) Psal. LXX, 21; Psal. CX, 3;  
Eccli., XLIII, 32.

(2) Psal. CXXXVIII, 17.

(3) Matth., V, 3.

(4) Psal. XLIV, 17.

(5) Philipp., III, 8.

por vez primera á las puertas de la Casa de Dios en busca  
de paz y tranquilidad para tu espíritu, que sólo se logran  
cumplidamente en la apacible soledad del retiro y en la dulce  
compañía de Jesús. En ella deseas permanecer hasta la muer-  
te; lo dice con harta elocuencia esa bendita mortaja que en-  
vuelve tu cuerpo. Sí, has muerto al mundo, para vivir en  
adelante una vida nueva, vida de gracia, vida de amor, *vida  
escondida en Dios con Jesucristo* (1). Por ello tú ríes, mientras  
todos lloran; eres feliz, y el mundo te cree desdichada; ¡qué  
sabe el mundo de estas cosas! ¡Cómo va á entender *el hom-  
bre animal* lo que es *el Espíritu de Dios*? (2). Compadécete  
del mundo y ruega por él; *deja á los muertos que entierren á  
sus muertos* (3). Mira el cielo abierto y agrupadas en él in-  
numerables vírgenes para contemplar embelesadas la casta her-  
mosura de tu alma y darte el más cumplido parabién; mira  
los coros angélicos esperando el momento de entonar el  
himno inefable que sólo saben cantar *los vírgenes que siguen  
al Cordero inmaculado* (4); mira sobre todo á Jesús, el enamo-  
rado de tu alma, *el más hermoso entre los hijos de los hombres* (5),  
anhelando poseerte y *unirse contigo para siempre* (6). No con-  
sientas que espere un momento más; abre de par en par las  
puertas de tu corazón y recíbele humilde y confundida; entré-  
gate á Él sin reserva, y unidos los dos en místico desposorio,  
te llamará *su hermana, su amiga, su esposa escogida entre milla-  
res* (7), y te descubrirá todos sus secretos, y *te dará á gustar  
el pan de los escogidos* (8), que sabe á gloria, y *el vino que en-  
gendra vírgenes, y beberás de él hasta saciarte* (9) é inundará tu  
alma un océano de amores, henchido siempre por las co-  
rrientes vivas de la gracia.

(1) Coloss., III, 3.

(2) I. Corinth., II, 14.

(3) Matth., VIII, 22.

(4) Apocal., XIV, 4.

(5) Psal. XLIV, 3; Cant., I, 15.

(6) Osee, II, 19.

(7) Cant., II, 10; Cant., IV, 12.

(8) Zachar., IX, 17.

(9) Cant., V, 3.

Y vosotros, hermanos míos, los que vivís en medio de este siglo corrompido y corruptor; los que no habéis logrado la dicha de morar á la sombra del Tabernáculo, no oséis disputar á Jesucristo el derecho absoluto que posee de escoger entre sus hijas una esposa fiel que le ame y le sirva y le consuele, ya que tan pocos amadores puede hallar en el mundo, aun entre sus hijos. Lo que debéis hacer es humillaros y llorar; llorad padres, llorad hermanos, llorad amigos, llorad todos; pero no lloréis sobre la escogida de Dios (1) que hoy abandona gozosamente el siglo, sino sobre vosotros mismos (2), porque no podéis acompañarla en su purísima alegría, porque os quedáis con lo peor, que es el mundo (3), porque no recibiréis como ella el abrazo y el ósculo del Esposo Jesucristo, que es enajenación del alma, gozo del espíritu (4), embriaguez del corazón, muerte de la culpa y prenda de eterna gloria.

(1) Cant., VI, 8.

(2) Luc., XXIII, 28.

(3) I. Joann., V, 19.

(4) Rom., XIV, 17.



PROFESIÓN RELIGIOSA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Y vosotros, hermanos míos, los que vivís en medio de este siglo corrompido y corruptor; los que no habéis logrado la dicha de morar á la sombra del Tabernáculo, no oséis disputar á Jesucristo el derecho absoluto que posee de escoger entre sus hijas una esposa fiel que le ame y le sirva y le consuele, ya que tan pocos amadores puede hallar en el mundo, aun entre sus hijos. Lo que debéis hacer es humillaros y llorar; llorad padres, llorad hermanos, llorad amigos, llorad todos; pero no lloréis sobre la escogida de Dios (1) que hoy abandona gozosamente el siglo, sino sobre vosotros mismos (2), porque no podéis acompañarla en su purísima alegría, porque os quedáis con lo peor, que es el mundo (3), porque no recibiréis como ella el abrazo y el ósculo del Esposo Jesucristo, que es enajenación del alma, gozo del espíritu (4), embriaguez del corazón, muerte de la culpa y prenda de eterna gloria.

(1) Cant., VI, 8.

(2) Luc., XXIII, 28.

(3) I. Joann., V, 19.

(4) Rom., XIV, 17.

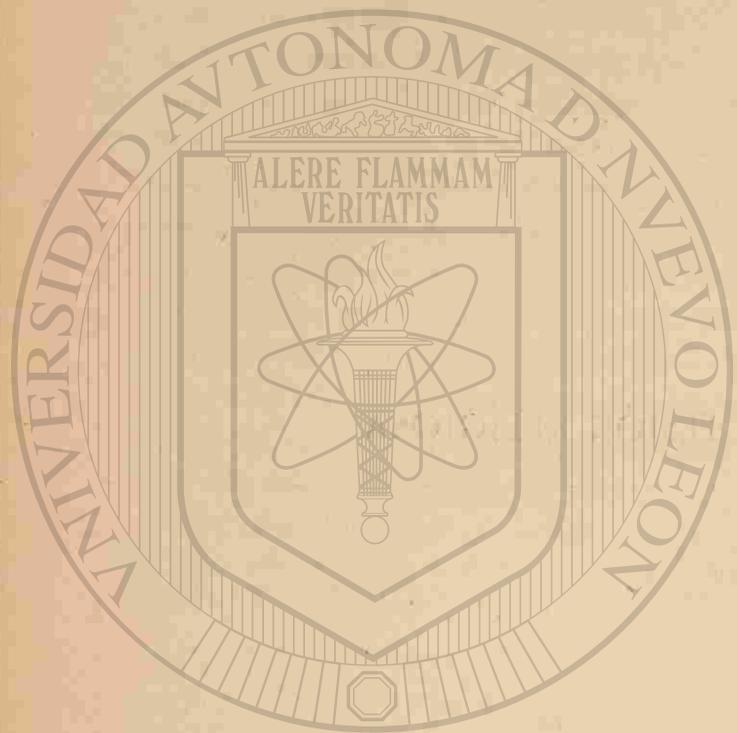


PROFESIÓN RELIGIOSA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## PROFESIÓN RELIGIOSA <sup>(1)</sup>

*Venerunt mihi omnia bona pariter cum illa.*  
Con ella viniéronme juntamente todos los bienes.  
(Sapient., VII, 11.)



ONDAMENTE conmovido, amadas hermanas mías, empiezo á hablaros en este día solemne y venturoso por más de un motivo. En efecto: hoy es para vosotras el día grande, el día suspirado, el día memorable sobre toda ponderación, porque en él vais á efectuar un acto sublime y transcendental que formará época en los anales de vuestra existencia y constituirá la página más brillante, la más honrosa y consoladora en la historia de vuestra vida. Aludo al místico desposorio que muy pronto vais á celebrar con Jesús, el enamorado de vuestras almas (2), con Jesús, el manantial más puro de todos los goces (3), en cuya comparación, dice San Bernardo, todo amor creado es ilusión de la fantasía, toda alegría es tristeza (4), todo lo hermoso es feo, toda suavidad es dolor, todo lo dulce es amargo y todo lo demás que puede

(1) Para religiosas de vida mixta.  
(2) Prov., VIII, 17; Prov., VIII, 31; Psal. CXLV, 8; Cant., II, 16; Jerem., XXXI, 3.

(3) Joann., I, 16; Ephes., III, 19; Coloss., II, 9.  
(4) Ecclesiast., II, 2.

regocijar es molesto y despreciable (1). Acto es éste, repito, el más grande, el más sublime y el de mayor transcendencia de que es capaz la humana criatura, porque, consagrándose á Dios en holocausto, no tiene ya más que ofrecerle en este mundo.

Por ello, en nombre de las jerarquías celestiales que asisten al trono del Cordero immaculado, Cristo Jesús (2), vivo y presente en este augusto Sacramento; en nombre de esta fervorosa Comunidad, ansiosa de recibirlos en su seno; en nombre de vuestros queridos padres, parientes y conocidos, y en mi propio nombre, os doy con toda mi alma el parabién más entusiasta, la más cumplida enhorabuena.

Y con esto debía dar por terminado mi honroso ministerio en este solemne acto, si no fuera porque sospecho... más aún: porque estoy persuadido de que, si bien durante el tiempo de prueba habréis tenido ocasión de conocer la vida religiosa por los deberes que ella impone y por los sacrificios que exige, y os habréis ejercitado en las virtudes fundamentales en que ha de estribar el edificio espiritual de la perfección á que sois llamadas; pero no habréis podido apreciar en todo su valor las inestimables ventajas, el cúmulo de bienes que prodiga al alma la vida regular, ni percibir las inefables dulzuras que experimenta cuando, desprendida del mundo y de sí misma, tiende con ardor anhelante á unirse estrechamente con Dios.

Además, durante el noviciado erais libres, absolutamente dueñas de vuestra voluntad, como lo sois ahora; y si exteriormente parecíais religiosas, no lo erais en realidad; os faltaba el vínculo santo que une para siempre (3) á la esposa con su Amado; os faltaba la profesión religiosa, que consti-

(1) Epist. 114.

(2) II. Paral., XVIII, 18; Dan., VII, 10; Apocal., V, 11.

(3) Osee, II, 19.

tuye el más perfecto y envidiable de los estados (1) y cuya esencia estriba en los sagrados votos que vais á emitir (2). Entonces podréis llamaros á boca llena esposas de Jesús; entonces—si os hacéis dignas de ello—podréis entrar en comunicación íntima con vuestro celestial Esposo, y percibir la inefable dulcedumbre de su apacible trato (3), y abismaros en el piélago insondable de sus infinitas misericordias (4).

Mientras tanto, dignaos favorecerme con vuestra atención un instante más, y tendré sumo gusto en exponeros muy sucintamente, para no cansaros, algunas de las inestimables ventajas que facilita la vida religiosa á aquellos que saben corresponder fielmente á su vocación y viven según el espíritu de su Instituto.

Persuadido estoy de que, una vez enteradas de ello, os veréis constreñidas á exclamar con el Sabio, aludiendo á la Religión: VENERUNT MIHI OMNIA BONA PARITER CUM ILLA. En verdad, con ella viniéronme juntamente todos los bienes.

Confieso, hermanas mías, que es cruz, yugo y carga de suyo muy pesada la observancia perpetua de los votos y de las santas Reglas en que vive la religiosa; pero no es menos cierto que la palabra indefectible de Jesucristo (5) alivia maravillosamente esa carga y aligera esa cruz con promesas tan regaladas como ésta: *En verdad os digo, que ninguno hay que deje casa, ó hermanos, ó hermanas, ó padre, ó madre, ó bienes y haciendas por mi amor, que no reciba el centuplo en esta vida y la gloria eterna en la otra* (6). Palabras son estas que persuaden

(1) Matth., XIX, 21; I. Corinth., VII, 38.

(2) 2. 2. q. 186, art. 6.

(3) Sapient., VIII, 16.

(4) II. Paral., VII, 3; Judith, XIII, 21; Psal. LXXXV, 1; Jerem.,

XXXIII, 11; Luc., I, 50; Hebræ., IV, 16.

(5) Matth., XXIV, 35; Marc., XIII, 31; Luc., XXI, 33; I. Petr., I, 25.

(6) Matth., XIX, 29; Marc., X, 29; Luc., XVIII, 29.

á muchos el desprecio del mundo y la pobreza voluntaria; ellas llenan los claustros de religiosos y despojan á Egipto de sus joyas más preciadas. Esta es la *palabra viva y eficaz* (1) que convierte las almas (2) y las provoca á la emulación de la verdadera santidad (3), estribando en la fiel promesa de este soberano galardón. Y ¿en qué consiste este galardón?, ¿qué significa este céntuplo que ofrece Jesucristo á quien *renuncia por su amor todas las cosas y le sigue*? ¡Ah, hermanas mías!, este céntuplo entraña todo linaje de bienes; este céntuplo constituye un caudaloso manantial de gracias, de perfecciones y de méritos, y por tanto, una felicidad incomparable que excede á los más codiciados goces de la tierra.

Yo os hablaría de todos estos bienes; yo desearía exponer minuciosamente á vuestra consideración todas y cada una de las ventajas que enumera San Bernardo (4) para encarecer la excelencia de la vida religiosa; mas no me atrevo é intentarlo siquiera, porque tendría que extenderme demasiado y no debo abusar de vuestra paciencia. Forzosamente he de ceñirme á explicaros con brevedad las que considero más principales. En primer lugar:

1.<sup>a</sup> *En la Religión vive el alma con más pureza.* En efecto: la religiosa, merced á los sagrados votos que emite el día de su profesión, queda limpia y purificada de todos los pecados que haya podido cometer durante su permanencia en el siglo. Sí, hermanas mías; tan grato es á la divina Majestad el holocausto que de sí misma le ofrece la religiosa en este acto solemne, que los Santos Padres de la Iglesia unánimes aseguran que Dios por su misericordia la concede la remisión de toda la deuda contraída por sus culpas, de tal suerte, que si la sorprendiera la muerte un momento des-

(1) Hebræ., IV, 12; Ephes., VI, 17.

(2) Psal. XVIII, 8.

(3) I. Corinth., XII, 31; La Puen-

te. Est. religioso, trat. 3; I. Corinth. XIV, 12; Galat., IV, 18.

(4) Homil. de quær. bon. margar.

pués de haber profesado, esa alma afortunada volaría derechamente al cielo, sin pasar por el fuego del purgatorio, como acontece al que muere inmediatamente después de bautizado. Por ello San Jerónimo, San Cipriano, San Bernardo, Santo Tomás, San Antonino y otros Santos Padres llaman á la profesión religiosa un segundo bautismo. Quiero citar textualmente las palabras del Doctor Angélico, para que no abriguéis la menor duda en este punto, ya que se trata del príncipe de los teólogos. «Racionalmente, dice, debe creerse que el que profesa en alguna Orden religiosa, logra la remisión de todas sus culpas; porque si la limosna—»hecha con encendido afecto de amor divino—*borra la muchedumbre de los pecados*, como dice el profeta Daniel (1), »mayor satisfacción da á Dios por ellos el que se consagra totalmente y para siempre á su amor y servicio en la Religión. Y cuenta que esta consagración á Dios excede en mérito á todo linaje de satisfacción, incluso la penitencia pública» (2).

Tenemos, pues, al alma que profesa en la Religión, limpia, pura y sin mancha, esposa de Dios y mortal enemiga del demonio. Pero ¡ay, hermanas mías!, no os forjéis la ilusión de que la profesión religiosa cierra la puerta á las tentaciones, á las luchas y combates con el infierno, que esto no es posible en este mundo. Precisamente porque andáis por este *camino estrecho que conduce con seguridad á la verdadera vida* (3), el demonio redoblará sus esfuerzos y multiplicará sus lazos para seduciros y extraviaros y perderos para siempre (4). Pero no temáis, no os desalentéis, porque el mismo Jesucristo que os escogió entre millares para esposas suyas (5), es Amante *fidelísimo*, y según dice San Pablo, *no*

(1) Prov., X, 12; I. Petr., IV, 8; Daniel, IV, 24.

(2) 2. 2, q. 189, art. 3, ad 3.

(3) Matth., VII, 14.

(4) I. Petr., V, 8.

(5) Rom., VIII, 29; Psal. XLIV, 12; Jerem., XXXI, 3.

ha de permitir que seáis tentadas sobre vuestras fuerzas (1), y os ayudará á perseverar en su gracia y amistad hasta la muerte, pues todo lo tiene previsto (2). Escuchad los medios que para lograrlo os facilita en la Religión.

En primer lugar, como decían los habitantes de Judá refiriéndose á la santa ciudad de Sión, *el Señor ha defendido el templo de vuestra alma* (3) *con doble muro y antemural* (4), para que nunca logre el enemigo llegar hasta sus puertas, ni aun abrir con sus ataques la más pequeña brecha en ellas, porque además del muro fortísimo de su Ley santa, ha añadido el de los votos religiosos que sirven de defensa al primero, y á estos dos muros los ha puesto á cubierto con el antemural de las Constituciones y avisos santos, para que los tiros de vuestros enemigos logren á lo sumo hacer alguna mella en el primer antemural de las santas Reglas, que de suyo no obligan con pena de pecado, pero el de los votos quede siempre intacto y sirva de defensa inexpugnable al muro principal de la santa Ley de Dios, y de este modo nunca sea ofendida la Majestad divina en cosa grave. Con evidencia vais á verlo en la práctica.

Como sabéis, la guarda de los mandamientos de Dios obliga á todo cristiano que desee salvar su alma. *Si quieres entrar en la vida*, ha dicho Jesucristo, *guarda los mandamientos* (5). Esto nadie lo duda. Su observancia, por otra parte, es facilísima con la gracia de Dios (6). También esto es cierto, pero lo es exclusivamente para *el que se hace continua violencia y se resuelve á tomar su cruz todos los días y seguir á su divino Maestro* (7), el cual ha dicho que *el reino de los cielos se alcanza á viva fuerza, y únicamente los que se la hacen á sí*

(1) I. Corinth., X, 13.

(2) Psal. CXXXVIII, 4; Act., II, 23.

(3) I. Corinth., III, 16.

(4) Isai., XXVI, 1.

(5) Prov., VII, 1-2; Eccli., XV,

16; Matth., XIX, 17; Joann., VIII,

31; Joann., XIV, 23; Jacob., II, 10.

(6) Matth., XI, 30; Philipp., IV, 13.

(7) Matth., XVI, 24; Marc., VIII,

34; Luc., IX, 23.

*mismos lo arrebatan* (1). Decidme ahora, hermanas mías: tomando esto en cuenta, y sin que yo intente exagerar lo que una tristísima experiencia nos enseña, decidme: ¿En qué situación se hallan muchos, la inmensa mayoría de los cristianos, respecto á la observancia de las leyes divinas y eclesiásticas, y al cumplimiento de los deberes anejos á su respectivo estado? Atendida la flaqueza é inconstancia de la condición humana (2) y la corrupción general que reina en las costumbres paganas de nuestros días, el espíritu y tendencias del siglo sensual y descreído en que vivimos y los desesperados esfuerzos de esos tres monstruos llamados concupiscencias, á las cuales atribuye el Evangelista San Juan todos los pecados y calamidades del mundo (3), ¿no podemos afirmar sin temeridad que son muy pocos los que *sirven á Dios en espíritu y en verdad* (4), los que no se dejan arrastrar por esa corriente destructora de sensualismo que todo lo invade y nada respeta; que es muy reducido el número de los que siguen á Jesucristo (5) por el camino de la justicia, de la continencia, de la humildad, de la mortificación y de la cruz, á pesar de ser el único que conduce al cielo?... Y ¿á qué es debido esto? ¿No lo adivináis? Pues debemos atribuirlo á que en el mundo el enemigo presenta el ataque de frente y á cara descubierta, y como el cristiano en medio del siglo apenas puede contar para la resistencia con el muro de los mandamientos divinos, medio arruinado muchas veces y mal defendido casi siempre, con harta frecuencia tiene que rendirse á discreción ó experimentar lamentables ruinas que nunca suelen repararse completamente, y que abren camino á nuevos ataques y á nuevas victorias por parte del infierno. Mas no acontece así, por punto general, en la Religión.

(1) Matth., XI, 12.

(2) Job, XIV, 2.

(3) I. Joann., II, 16.

(4) I. Reg., XII, 24; Joann., IV, 24.

(5) Matth., VII, 14.

Sabe el demonio que no puede herir de muerte á los religiosos; que no puede hacerles cometer fácilmente el pecado mortal, porque tienen su alma admirablemente defendida con el muro de los santos votos que ayudan á guardar los mandamientos y con el de las santas Reglas que facilitan la observancia de aquéllos y les sirven de defensa. Y como la religiosa, es decir, la buena religiosa, la religiosa observante y fervorosa no se contenta con observar la Ley de Dios, sino que procura guardar también con esmero los santos votos y las Constituciones y Reglas que facilitan su cumplimiento, por ello es muy difícil, es moralmente imposible que llegue á ofender á Dios en materia grave. Lo más que puede acontecer es que falte á la observancia de alguna regla, cuya transgresión pronto se repara; y esta es la manera de asegurar la guarda de los mandamientos divinos, y por tanto, la salvación del alma; pues, como dice Santo Tomás, «difícilmente podrá guardar los preceptos quien no quiera guardar los consejos y tratar de perfección» (1). Pero á la religiosa la es sumamente fácil esta observancia con la ayuda de Dios, en cuya presencia así lo ha prometido. Y veis aquí la primera ventaja que os procura la vida religiosa, esto es, la seguridad moral de salir siempre ilesas de los rudos ataques y malignas sugerencias de vuestros enemigos, merced al triple muro de defensa que guarda vuestras almas. Pero hay otra utilidad no menos digna de ser apreciada, y es que

2.<sup>a</sup> *En la Religión son más abundantes los medios de santificación.*—¿Quién lo duda? Así es, hermanas mías, pues los actos religiosos, las horas de trabajo, de silencio y aun las de mera recreación y esparcimiento, tan sabiamente distribuidas, que en ella se practican, constituyen un ejercicio continuo, aunque suave, de cristiana mortificación que faci-

(1) Quodlib. IV, art. 23.

lita al alma inmensos beneficios; son una fragua siempre encendida en que se purifica y en donde adquiere el hábito del sufrimiento y de la abnegación, y ese temple divino que tanto necesita y que ha distinguido en todo tiempo á las almas fervorosas. Además, en la práctica constante de las Reglas que á tantos pormenores descenden, pues todo lo han previsto para hacerlo meritorio, os vais adiestrando en el ejercicio de todas las virtudes: en la templanza y sobriedad, no comiendo ni bebiendo fuera de tiempo sin el debido permiso; en el silencio, guardándolo religiosamente en las horas prescritas; en la modestia y recogimiento, refrenando los sentidos del cuerpo y vigilando todos sus movimientos; en la pobreza de espíritu, teniendo el corazón desprendido de los bienes de la tierra, obligándoos á ser pobres en la comida, en el vestido, en la sencillez y modestia de la habitación, contentándoos con lo absolutamente necesario y regocijándoos si alguna vez ni aun esto podéis lograr; en la castidad, renunciando á todos los placeres y satisfacciones que pueden halagar el sentido; en la obediencia, sometiendoos por amor de Jesucristo á la voluntad racional de vuestros superiores, medios todos eficacísimos para purificaros insensiblemente de los pecados que hayáis cometido, para conservar el fervor en vuestros corazones, para destruir y aniquilar, si fuera posible, el amor propio, para adquirir todas las virtudes y hacer os pronto santas.

También en la Religión os veis estimuladas por los buenos ejemplos que continuamente os ofrecen las hermanas más fervorosas y con tanta elocuencia os solicitan é inducen á la práctica de las virtudes, haciéndoos más llevadero el yugo del Señor. ¡Ah! Cuán cierto es que en el mundo habíais de luchar con todo lo que os rodeaba; mil obstáculos se oponían siempre á la ejecución de vuestros deseos, siquiera fuesen santos. Pero aquí, en la Religión, todo lo que veis os sirve

de ejemplo y de instrucción, todo os ayuda á servir á Dios, todo os arguye y reprende si faltáis, todo os estimula si des-fallecéis, todo os santifica si cumplís. Aquí se ejercitan todas las virtudes, y sobre todo se ejercita la caridad, el amor, el verdadero amor, aquí se ama de veras. El mundo ignora cómo se practica esta reina de las virtudes (1) en la Religión, cómo se aman las religiosas, cómo se ayudan en sus dificultades, cómo se consuelan en sus aficciones y quebrantos, con qué amor se sirven en la enfermedad, qué solicitud despierta en sus corazones la salud y bienestar de la última de sus hermanas—si es que en la Religión se conocen las categorías—y qué fervorosas súplicas, cuántas mortificaciones, comuniones y sufragios elevan al cielo todos los días por el eterno descanso de las que han muerto en el ósculo del Señor. El mundo, repito, no conoce esta virtud, el mundo no ama... digo mal, el mundo ama y ama mucho y ama apasionadamente, pero no ama lo que debiera amar; para lo único que no ama y que debería ser el blanco de sus amores, sólo tiene fría indiferencia y glacial egoísmo. Y luego se lamenta de que no halla amigos verdaderos. ¿Cómo ha de hallarlos, si es egoísta? El egoísta no tiene amigos. Sólo la caridad atrae, une é identifica los corazones y las almas (2), y la caridad es patrimonio exclusivo de la Religión y de la Iglesia; *la caridad es Dios* (3), y quien permanece en caridad, ha dicho el Evangelista San Juan, *en Dios permanece y Dios en él* (4).

Por eso mora Dios entre vosotras, otorgándoos mil medios eficacísimos de santificación que os alienten y sostengan en las intrincadas sendas del espíritu; por eso, en recompensa del holocausto que le ofrecéis al consagraros en cuerpo y alma á su servicio, os concede sin tasa ni medida *el gozo en*

(1) I. Corinth., XIII, 1; I. Corinth., XIII, 13.

(2) Act., IV, 32; Hebræ., XIII, 1.

(3) I. Joann., IV, 8.

(4) I. Joann., IV, 16.

*el Espíritu Santo* (1) que menciona el Apóstol, y *que nadie os puede arrebatarse* (2), y os hace particioneras de esa codiciada paz que, en frase de San Pablo, *sobrepasa todo entendimiento* (3); paz que sólo experimentan, según dice el Profeta, *los que guardan la Ley divina* (4); paz que, á manera de caudaloso río, en sentir de Isaías (5), tiene virtud para apagar las llamas de los apetitos depravados, y templar el ardor de las pasiones, y regar las venas estériles y secas del corazón, y procurar celestial refrigerio á las almas escogidas. Y ¿sabéis de dónde procede esta paz, que es uno de los frutos del Espíritu Santo? (6). Procede, como dice Isaías, y es recompensa á la vez de la misma virtud; es obra de la justicia y su hermana inseparable (7), y el fruto de la justicia es el reposo y quietud del espíritu en las apacibles moradas de la confianza. Procede del *testimonio de la buena conciencia, que constituye la mayor gloria* de la religiosa (8). Procede de la segura confianza de alcanzar la corona de la vida, fundada en la promesa que hizo Jesucristo á los que dejasen por su amor todas las cosas (9). Procede, en fin, de la seguridad moral que tiene la buena religiosa de morir sonriendo en los brazos de su amorosísima Madre, y pasar á la eternidad para extasiarse en la contemplación de la inefable hermosura de Jesús (10), y embriagarse (11) en el torrente inagotable de las eternas dulzuras de la gloria. Y ved aquí la tercera utilidad y ventaja que ofrece la vida religiosa al alma que tiene la dicha de profesarla. Sí, hermanas mías:

3.<sup>a</sup> *En la Religión se muere con más confianza.*—Morir en estado de gracia constituye el bien más deseable y la aspi-

(1) Rom., XIV, 17.

(2) Joann., XVI, 22.

(3) Philipp., IV, 7.

(4) Psal. CXVIII, 165.

(5) Isal., XLVIII, 18.

(6) Galat., V, 22.

(7) Psal. LXXXIV, 11.

(8) II. Corinth., I, 12.

(9) Matth., XIX, 29.

(10) Psal. XLIV, 5; Cant., I, 15.

(11) Psal. XXXV, 9; Cant., V, 1.

ración constante de todas las almas justas, y con harta razón, porque no hay en la tierra cosa alguna, ni negocio, ni empresa que merezca como ésta ser deseada y lograda á toda costa. Ya lo dijo el Salvador del mundo á sus discípulos, al verlos regocijados por los estupendos milagros que habían hecho. *No os alegréis por esto, dijo, sino porque están escritos vuestros nombres en el libro de la vida* (1), esto es, porque habéis de morir en mi gracia y amistad.

En verdad, nada de este mundo debe regocijarnos más sino el ver que andamos por los pasos y virtudes que conducen con seguridad á la patria de los santos; porque, ¿qué mayor consuelo puede haber para el alma, que hallar, entre los peligros y lazos de que está sembrada la vida, probables conjeturas, claros indicios, señales moralmente ciertas de salvación? Y ¿quién puede abrigar en su corazón mayores motivos, testimonios más evidentes de predestinación á la gloria, que la religiosa observante, puesto que la sagrada profesión que hace al pie del altar constituye un holocausto vivo, una renuncia entera, incondicional y perpetua de sus bienes, de su corazón, de su voluntad y juicio y de todo su sér al amor y servicio de Dios?... No pide tanto Jesucristo al cristiano para salvarse; con menos se contenta. *Si quieres entrar en la vida eterna, le dice, guarda los mandamientos* (2); no le exige más. Pero la religiosa no se contenta con observar estos preceptos; la religiosa quiere asegurar más la salvación de su alma; desea seguir las huellas de su Maestro y unirse á Él con más estrechos lazos; por eso, desprendida del mundo y de sí misma, entra en la escuela de Cristo, escuela de perfección, porque lo es de amor y de sacrificio.

Decidme: ¿qué más puede ofrecer á Dios la religiosa? ¿Con qué otra cosa podrá agradarle, si no tiene ya más que

(1) Luc., X, 20.

(2) Matth., XIX, 17.

ofrecer? Y si, como dice Jesucristo por San Mateo, *con la medida con que midiéremos seremos medidos* (1), ¿qué medida de bienes de gracia y de gloria no puede esperar la religiosa que todo lo ha renunciado, que lo ha dado todo á Dios, incluso su persona?... ¿Sabéis qué medida merece de justicia, supuesta esta divina sentencia? La que indica el Espíritu Santo por el Evangelista San Lucas: *Al que diere abundantemente, dice, se le dará medida buena, apretada y bien colmada hasta que rebose* (2). Verdaderamente la religiosa fiel, con sólo esto, tiene ya puesto un pie en el paraíso, dice un sabio escritor, y de ella cabe decir con San Pablo, *que vive como ciudadana del cielo* (3).

Además, Dios no se contradice; Dios no se muda (4); Dios es la verdad por esencia (5) y no puede mentir, dice San Juan Crisóstomo (6), y ha prometido con juramento *dar la vida eterna al que abandonare por su amor todas las cosas* (7); y esto hace la religiosa en su sagrada profesión. También ha llamado Dios *bienaventurados á los pobres de espíritu* y ha puesto en sus manos *el tesoro escondido* (8) del reino de los cielos (9); y por lograr ese reino eterno, se ha hecho pobre de espíritu la religiosa. Dios ha dicho por el Sabio que *al que le sirve con santo temor durante la vida, le irá bien y lo colmará de bendiciones en la hora de la muerte* (10); y ¿quién tiene más arraigado en su corazón el santo temor de Dios que la religiosa, que suele vivir con envidiable limpieza de corazón? En una palabra, Dios llega hasta el extremo inconcebible de felicitar y dar el parabién al que persevera fiel en su servicio,

(1) Matth., VII, 2; Marc., IV, 24.  
 (2) Luc., VI, 38; Luc., XII, 42;  
 II. Corinth., X, 13.  
 (3) Philipp., III, 20; Mons. Gay,  
 Virt. crist.  
 (4) Núm., XXIII, 19; Malach.,  
 III, 6; Hebræ., I, 12.  
 (5) Exod., XXXIV, 6; Psal.

LXXXV, 15; Matth., XXII, 16; Marc.,  
 XII, 14; Rom., III, 4; I. Joann., V, 6;  
 Apocal., XIX, 11.  
 (6) Lib. de Proverb.  
 (7) Matth., XIX, 28-29.  
 (8) Matth., XIII, 44.  
 (9) Matth., V, 3.  
 (10) Eccli., I, 13.

pues dice por Isaías (1): Dad al varón justo la enhorabuena; decidle que bien, porque él gozará el fruto de sus buenas obras, esto es, de sus virtudes, trabajos y penitencias. Decidle que bien; esta palabra «bien», escribe el Venerable Padre Luis de Granada, encierra todos los bienes de gracia y de gloria que el corazón humano puede apetecer, como galardón de la virtud (2).

Decidlo vosotros: estribando en estos divinos testimonios y regaladas promesas, ¿quién puede andar la jornada de este mundo con planta más segura que la religiosa? ¿Quién puede vivir más confiado que ella en llegar tranquila al término de la vida y recibir en aquella última hora la regalada visita del Esposo?... En aquel momento decisivo la buena religiosa, en vez de temer, deseará con ansias de enamorada, á semejanza del Apóstol, romper las ataduras del cuerpo (3) para entrar en el gozo de su Señor (4). En aquel último trance—tan temible y angustioso de suyo—la religiosa observante, tranquila, sosegada, llena de confianza en las divinas promesas, como dice San Ambrosio (5), y columbrando los vivos esplendores de la gloria, exclamará con el Rey Profeta: *Indecible gozo experimento desde que se me dijo: Iremos á la Casa del Señor; en tus atrios descansarán nuestros pies, ¡oh Jerusalén!, para cantar eternas alabanzas al Nombre de nuestro Dios* (6).

Y ¿no tuve razón al indicaros al principio que una vez enteradas de las inestimables ventajas que os ofrece la Religión, habíais de exclamar con el Sabio: VENERUNT MIHI OMNIA BONA PARITER CUM ILLA. En verdad, con ella viniéronme juntamente todos los bienes?...

Basta, hermanas mías, que os veo impacientes con harta razón. Llegó la hora dichosa, el momento tan deseado por

(1) Isai., III, 10.

(2) Guía de pecadores, tomo I.

(3) Philipp., I, 23.

(4) Matth., XXV, 21.

(5) Lib. 6, cap. 2, q. 12, in Evang.

(6) Psal. CXXI, 1-4.

vuestra alma (1). Subid al altar santo donde os espera el Sacerdote que, en nombre de Dios, ha de recibir vuestros votos y testificar y bendecir el místico desposorio que con vuestro amado Jesús vais á celebrar. ¡Dichosas vosotras si perseveráis en su amor y servicio hasta la muerte! Si deseáis lograr esta gracia inefable, corred á la perfección de vuestro nuevo estado con ansias vivas y deseos ardentísimos, porque los deseos son las fuerzas del alma y la raíz de la vida perfecta. Corred á la perfección para alcanzar la *margarita preciosa* (2), *el tesoro escondido* (3) y *el reino de los cielos que tenéis dentro del corazón* (4). Todo vuestro conato y deseo sea venceros á vosotras mismas; toda vuestra ansia mortificaros; todo vuestro contento humillaros; todo vuestro gusto no daros gusto alguno de esta vida. Sólo así corresponderéis dignamente á la imponderable gracia de vuestra vocación.

Y vosotros, hermanos míos, los que habéis venido á honrar con vuestra presencia este solemne acto y á dar el parabién á estas vírgenes heroicas; si no os es dado imitarlas—porque no á todos llama Dios á vida perfecta (5)—admirad á lo menos su sacrificio, que digno es de admiración por muchos motivos. Miradlas: son jóvenes; el mundo podría todavía ofrecerlas riquezas, atractivos y placeres, pero á todo renunciaron. Sus cabellos, que constituyen el adorno máspreciado de la mujer y que dan realce á su belleza, cayeron al filo de las tijeras, y su cabeza se cubrió para siempre con una toca blanca que parece las rodea de celestial aureola. Sus únicas galas son un pobre hábito negro que ha de servirles de mortaja, porque *han muerto al mundo para vivir una vida escondida en Dios con Jesucristo* (6). Miradlas, repito: pobres, humildes, ignoradas, *pasan por el mundo haciendo*

(1) Psal. XLI, 3.

(2) Matth., XIII, 45.

(3) Matth., XIII, 44.

(4) Luc., XVIII, 21.

(5) Matth., XIX, 11.

(6) Rom., VI, 8; Coloss., III, 3.

*bien* (1), á imitación de su Esposo, y bajan al sepulcro donde no suele escribirse ni siquiera un nombre. ¡Dichosas ellas que sólo esperan de Dios la recompensa! Y por cierto han de lograrla muy colmada (2).

Que así sea, dulcísimo Jesús Sacramentado, tiernísimo amante del corazón. Descienda hoy á raudales vuestra gracia y la virtud de vuestro Santo Espíritu sobre esta porción escogida de jóvenes novicias que, siguiendo el impulso de secreta inspiración, se consagran hoy en cuerpo y alma á vuestro amor y servicio hasta la muerte. No las desamparéis nunca, Jesús mío; aceptad sus votos, purificad sus intenciones y hacedlas pronto santas. Descienda, Señor, la plenitud de vuestro Espíritu sobre estas inocentes víctimas; que el fuego de vuestra infinita caridad abrase y consuma el holocausto; que á todos nos alumbre para conoceros (3), y nos purifique para servirlos, y nos encienda para amaros en esta vida (4) y gozaros después de la muerte en la gloria por siglos eternos.

(1) Act., X, 38; Marc., VII, 37.

(2) Génes., XV, 1; Psal. XVI, 15.

(3) Psal. CXVIII, 105; Joann., I, 9.

(4) Luc., XII, 49.

A. M. D. G.

FIN DE LA OBRA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE

|                                    | Páginas. |
|------------------------------------|----------|
| De la paciencia. . . . .           | 9        |
| Confianza en Dios. . . . .         | 25       |
| Vida de fe. . . . .                | 41       |
| Espíritu de fe. . . . .            | 57       |
| Práctica de viva fe. . . . .       | 71       |
| Presencia de Dios. . . . .         | 85       |
| Rectitud de intención. . . . .     | 99       |
| De la verdadera devoción. . . . .  | 113      |
| Del pecado venial. . . . .         | 127      |
| De la tibieza. . . . .             | 141      |
| De la tristeza. . . . .            | 157      |
| Comunión sacramental. . . . .      | 175      |
| Lectura espiritual. . . . .        | 193      |
| Del buen uso de la lengua. . . . . | 209      |
| De la murmuración. . . . .         | 225      |
| Caridad con el prójimo. . . . .    | 239      |
| Un pensamiento saludable. . . . .  | 255      |
| Devoción á María. . . . .          | 269      |
| Profesión religiosa. . . . .       | 285      |
| Profesión religiosa. . . . .       | 307      |



*bien* (1), á imitación de su Esposo, y bajan al sepulcro donde no suele escribirse ni siquiera un nombre. ¡Dichosas ellas que sólo esperan de Dios la recompensa! Y por cierto han de lograrla muy colmada (2).

Que así sea, dulcísimo Jesús Sacramentado, tiernísimo amante del corazón. Descienda hoy á raudales vuestra gracia y la virtud de vuestro Santo Espíritu sobre esta porción escogida de jóvenes novicias que, siguiendo el impulso de secreta inspiración, se consagran hoy en cuerpo y alma á vuestro amor y servicio hasta la muerte. No las desamparéis nunca, Jesús mío; aceptad sus votos, purificad sus intenciones y hacedlas pronto santas. Descienda, Señor, la plenitud de vuestro Espíritu sobre estas inocentes víctimas; que el fuego de vuestra infinita caridad abrase y consuma el holocausto; que á todos nos alumbré para conoceros (3), y nos purifique para servirlos, y nos encienda para amaros en esta vida (4) y gozaros después de la muerte en la gloria por siglos eternos.

(1) Act., X, 38; Marc., VII, 37.

(2) Génes., XV, 1; Psal. XVI, 15.

(3) Psal. CXVIII, 105; Joann., I, 9.

(4) Luc., XII, 49.

A. M. D. G.

FIN DE LA OBRA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE

|                                     | Páginas. |
|-------------------------------------|----------|
| De la paciencia . . . . .           | 9        |
| Confianza en Dios . . . . .         | 25       |
| Vida de fe . . . . .                | 41       |
| Espíritu de fe . . . . .            | 57       |
| Práctica de viva fe . . . . .       | 71       |
| Presencia de Dios . . . . .         | 85       |
| Rectitud de intención . . . . .     | 99       |
| De la verdadera devoción . . . . .  | 113      |
| Del pecado venial . . . . .         | 127      |
| De la tibieza . . . . .             | 141      |
| De la tristeza . . . . .            | 157      |
| Comunión sacramental . . . . .      | 175      |
| Lectura espiritual . . . . .        | 193      |
| Del buen uso de la lengua . . . . . | 209      |
| De la murmuración . . . . .         | 225      |
| Caridad con el prójimo . . . . .    | 239      |
| Un pensamiento saludable . . . . .  | 255      |
| Devoción á María . . . . .          | 269      |
| Profesión religiosa . . . . .       | 285      |
| Profesión religiosa . . . . .       | 307      |



U A N

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO  
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE